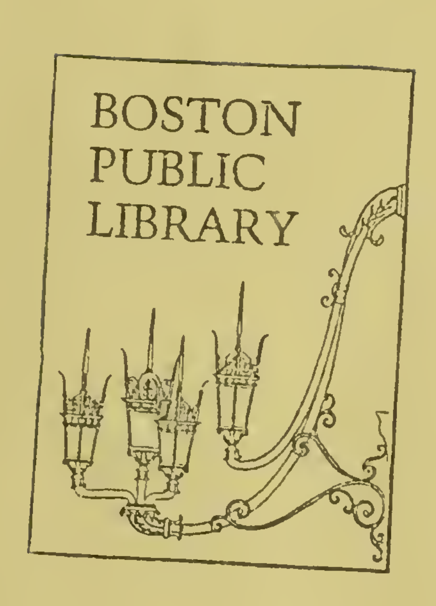

No* 4460.106
THE TRUSTEES OF THE PUBLIC LIBRARY
OMNIUM LUX CIVIUM
OF THE CITY OF BOSTON


BOSTON
PUBLIC
LIBRARY

—ENERO DE 1881.—

COLECCION DE ARTÍCULOS

TIPOS Y COSTUMBRES

DE LA ISLA DE CUBA

POR LOS MEJORES AUTORES DE ESTE GÉNERO.

OBRA ILUSTRADA

POR D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

FOTOTIPIA TAVEIRA.

PRIMERA SERIE.

EDITOR: MIGUEL DE VILLA.

OBISPO NUMERO 50.



HABANA.

Imprenta del "Avisador Comercial," Amargura 30, esquina á Cuba

AL EXCMO. SR.

DON RAMON BLANCO,

MARQUES DE PEÑA PLATA

GOBERNADOR GENERAL DE LA ISLA DE CUBA.



INTRODUCCION.

La historia de los pueblos aun no está escrita segun ya se ha observado. Poco tiempo hace que la historia era el martirologio de las naciones, y su cronología, la de sus gobernantes. Los pueblos de la Edad media volvían sus ojos hácia las épocas clásicas, para tener no muy exactas ideas de momentos libres y morales para la Humanidad. La imprenta aplicada á todas las exijencias sociales ha tenido que influir de una manera eficaz en dar su fisonomía á los pueblos; y las obras de imaginacion y recreo han contribuido acaso más que las graves y sérias á ese género de ilustracion. Al renacimiento, á la difusion de los conocimientos, el periodismo se propuso retratar la sociedad contemporánea y aparecieron los *Expectadores*, los *Censores*, las novelas históricas y de costumbres. Inglaterra dió el modelo en el Expectador de Addison, siguióla el francés y en España fué notable

por sus formas cultas y su mérito el *Pensador* que publicó Clavijo, cuyo apellido ha eternizado Beaumarchais y la literatura alemana, que lo han hecho figurar en el personaje de un drama, de quien decía aquel en su viaje á España (Memorias) que ninguno le superaba como escritor. Pronto México tuvo su *Pensador*, de que se ha reimpreso, la coleccion, como la de Clavijo. En la Habana apareció en el mismo año 1764 un *Pensador*, que redactaron, segun Pezuela, dos abogados llamados Santa Cruz y Urrutia. Todos esos periódicos tenian por principal objeto la pintura de tipos sociales; la censura de los vicios; el retrato social; la historia contemporánea.

El *Regañon de la Habana*, periódico que publicó D. Buenaventura Ferrer, fué sin duda en ella el mas apreciado y apreciable de esos trabajos (año 1800) pero no el único de su especie. Encomendada la redaccion del papel de la Sociedad Económica á sus sócios por turnos le tocó el suyo á D. Manuel de Zequeira y se dedicó á *observar*, firmando *El Observador* curiosos artículos de costumbres. Censurósele en las juntas generales al principiar el siglo XIX, de que hubiera descuidado las secciones del diminuto periódico ocupándolas de esos artículos y de poesías; pero su *Relox de la Habana* y lo demás que dió á la estampa, bien merecía á poderlos coleccionar, figurar en un interesante libro, retrato de la Habana de 1800 á 1805. Coleccion de tipos cubanos desde los negros que conducian al amanecer á los *cuadrúpedos* al baño del mar, atropellando cuanto encontraban; desde los arrieros que esperaban el cañonazo del Ave Maria en las puertas de la ciudad para penetrar en la plaza del mercado; desde las damas en sus retirados aposentos cubriéndose el rostro de albayalde y cascarilla; desde los ricos en la holganza y en el juego, hasta los laboriosos talleres y todos los demás tipos sociales.

El renacimiento de las instituciones liberales que se esperaban en el año de 1830 se inició en la Isla desde que amaneció para la Madre Pátria. El periodismo se reanimó al asomar esas esperanzas. Una multitud de imitadores de Larra, luego de *Mesonero Romanos* brilló en diferentes publicaciones en especial en el *Diario de la Habana*, todavía entónces de la Sociedad Económica, y desde 1830 hasta diez años despues en cuya fecha empezó la era del desarrollo periodístico, y solo con el nombre de obras *por entregas* á que abrió el camino con esa frase y con sagacidad D. Mariano Torrente, que nulificó la prohibicion vigente de publicar periódicos que no fuesen técnicos. En todos los prospectos se ofrecieron artículos típicos de costumbres insulares. Ya se publicaba en 1830 (salió el primer número el 7 de Noviembre) "La Moda ó Recreo Semanal del Bello Sexo." Colaboró en los primeros números D. Domingo Delmonte, aunque desgraciadamente, para el interés de la obra, poco tiempo: varios de los artículos—*Modas*—con que empezaba cada número venian á ser de costumbres, porque introducía personajes contemporáneos que discurrian sobre trajes y sucesos nuevos comparándoles con los antiguos defendidos por añejos interlocutores. Los tipos se contraponian en ingeniosos paralelos. La historia de Cuba hasta entónces impresa era pobrísima, como sigue siéndolo, de la narracion de nuestras costumbres, de nuestros sucesos populares. Ningun cubano amigo de la historia completa de su país natal, puede leer sin interés esas pocas

páginas en que para un objeto al parecer frívolo se evocan memorias de los tiempos del *Serenísimo Sr. Almirante* y de la extinguida Factoría, y se habla de capitanes de milicias y factores cesantes.

Entre los imitadores del movimiento iniciado en 1830, los que seguian á los maestros de la Península hasta imitando sus pseudónimos, tienen que recordarse á los que han dejado mejores obras del género: á José Victoriano Betancourt y José María de Cárdenas y Rodriguez. Los estilos han variado como los hombres: mas escojido y correcto en *El Pensador Matritense* y en las obras de Fígaro; sencillo hasta ser vulgar en *El Regañon*, sin desaliño mas popular é intencionado en *El Pensador Mexicano*, pues Lizardi hacía el sacrificio de descender al terreno en que creia mas ventajoso su Apostolado. No desconocia Lizardi á los buenos hablistas: el recuerdo del Quijote se ve en cada línea del *Periquillo Sarniento*, gran cuadro de tipos de costumbres; hasta puso el nombre de *Quijotita* á otra novela y el de D. Cuatrin de la Fachenda á su tipo contemporáneo. En las obras de Betancourt *El dia de Reyes*, *Un velorio en Jesus María*, *Los Ñáñigos*, en fin, no podian dejar de encontrarse en la narracion los escollos de unas materias tan escabrosas para el estilo y para la lengua.

Los productos de ese movimiento han sido escasos pero no desprovistos de mérito en consideracion á los obstáculos que han tenido que vencer. Aun cuando no quedase como memoria más que el interesante libro de Jeremías Docaransa de esos esfuerzos de los aficionados al estudio de las costumbres, él bastaría para su honra. Pero no es ese el único monumento que existe en nuestra pobre historia local.

El libro de Docaransa es sin duda uno de los más bellamente impresos en Cuba y de los mejores de su clase: se tituló "Coleccion de artículos satíricos de costumbres" por D. José M. de Cárdenas y Rodriguez (Jeremías Docaransa.) Se imprimió en 1847 en la oficina del *Faro Industrial*, como las obras de *Milanés* y las *Antigüedades Americanas* que honran á los tipógrafos del país. Cárdenas habia publicado en los periódicos y en su mayor parte en el *Faro Industrial* en que fuímos compañeros esos artículos con su anagrama. Otros, como ya dije, usaron de pseudónimo: el *Crítico Parlero*, traduccion del *Curioso Parlante*; el *Sitiero de Camoa*, el *Solitario de Casa Blanca* y otros muchos: *Querubin de la Ronda*, *Salantis* fueron antifases de Miguel Porto y Stanislas; y para no dejar de imitar á Larra hubo varios Bachilleres algunos parientes del que esto escribe: Br. Cándido Tijereta; Br. Tirso de Porra y Saeta y tantos que no recuerdo.

Pero el entusiasmo de la época en que se escribieron los primeros ensayos de la literatura sobre costumbres cubanas tuvo de 1830 á 1837 la levadura política y muchos de los trabajos impresos posteriormente pertenecen á esa época: entónces la leyenda provincial se entregó á recuerdos de lo pasado y se inició la novela histórica: se escribió sobre los *Bandidos de la Epoca* del mas incansable de sus perseguidores el Marqués de la Torre, ya entónces antiguo Capitan General; de los jugadores refiriéndose á las épocas de Vives en los *Dos Cuadros* (1519-1828) las dos *misas*, la primera bajo una seiba y la segunda en el Templete que la sustituia; la *cueva de Taganana* que precedió á *Cecilia Valdés*, ámplio retrato de las ferias cívico-religiosas de que ya quedamos muy pocos testigos. Eran tipos todos de cosas que sucedian ó habian precisamente de haber sucedido.—Los tiempos cambiaron y las luchas

nuevas dieron otro curso á las formas y al entusiasmo: sucedieron las discusiones de la filosofía de que tenemos que separarnos aquí: los desengaños, los contratiempos alejaron á los unos; y otras ocupaciones á los mas. Observó Villaverde al ocuparse del libro de Cárdenas (1847) que habia diez años que solo se escribían versos en la literatura amena.

Y tal era el furor poético que D. Bartolomé J. Crespo publicó un cuaderno en octavo con el título de "Las Habaneras pintadas por sí mismas, en miniatura" (Oliva 1847) en verso; la dedicó al Sr. D. Vicente Osés.

Hasta 1852 no recuerda el que suscribe nada que mejorase los ensayos anteriores, en este año se publicó la primera coleccion especial de tipos.—"Los Cubanos pintados por sí mismos" se agotaron los recursos de la época para hacer un libro de lujo. Ilustraba la obra el inteligente Landaluze y eran los grabados hechos por D. José de Robles en láminas *tiradas á parte* en papel de china. Debió constar la obra de 2 tomos y solo se publicó uno. Se reprodujeron algunos tipos ya impresos y bien recibidos de los que entónces escribian sobre asuntos semejantes ó análogos, y se ofreció una extensa colaboracion: que con referirse al año de 1852, casi han desaparecido de este mundo los que en la lista figuraban. Pero queda alguno y aun ofrece su colaboracion al libro de que son parte estas líneas. El Sr. D. Blas San Millan escribió el prólogo ó introduccion del libro encomiando el propósito de los Cubanos que querian pintarse como lo hicieron antes los *franceses* y los *españoles*. Estrechó el círculo de los escritores al parecer cuando sostuvo que los tipos—"defectos ó genialidades, por mejor decir han de *ser peculiares* del pais; porque mal se pintarian por ejemplo los franceses copiando los hábitos y costumbres de los ingleses ó de los españoles:"—Felicia, que contribuyó á la obra con el tipo de una coqueta casi se encargó de combatir esa opinion al principiar su obra indicando que—"Hay en la gran familia humana algunos tipos generales que á todos los paises pertenecen y como ciertos planetas... brotan bajo cualquier cielo." Testigo de esto la *coqueta*.

Y tenia razon la inteligente y simpática hija del querido maestro Auber: en todo lo que sea moral, si son invariables los principios, son muy diversas las formas de la humanidad, mas que las de su expresion ó las lenguas ¿Quién encontrará hoy el tipo del bodeguero en la Habana de fines del siglo anterior? ¿Dónde el del tendero mixto del campo hasta muy corrido el actual? Ellos influian en todas las familias por los esclavos y criados sus comensales y contertulios; ellos acuñaban moneda con el nombre de *chicos* y *cuartillos* con hoja de lata, cobre ó madera y los anticuarios mexicanos han escrito libros con láminas para perpetuar esa costumbre soberana, que allá tambien tuvieron.—Quevedo ya lo observó, que con Cervantes tanto han influido en las literaturas extranjeras que imitaban los españoles, hasta el punto que ha reconocido Mr. Victor Fournel en su estudio sobre los *romances cómicos*. "*Siempre* decia el filósofo español, se hicieron en el mundo las mismas cosas, y sólo es *nuevo* el modo de hacerlas en diversas épocas."—Hasta el libro de Scarron á que ese prólogo precede se parece en esencia al *viaje entretenido* de Fernando de Rojas.—Como se distingue la canoa del primer navegante del buque de vapor de hoy, se diferencian los cuentos de Buenaventura Des Periers, del *Cymbulum Mundi*, de Gerónimo

Morliní (italiano), de Bocacio y los Decamerones, de la novela y de los tipos de costumbres actuales: *solo es nuevo el modo de hacerlo.*

Los artículos de costumbres tienen que ser auxiliares de la historia como lo ha sido la novela: las guerras civiles de Granada, las dos conquistas de España con la pretension de historias verdaderas; las debidas á G. Scott, F. Cooper y sus imitadores han exparcido mas instruccion histórica en el mundo que todas las crónicas, anales, memorias y ordenadas historias de los pueblos.

Las modas, las costumbres hacen mudar los accesorios de los hechos ya libres, ya voluntarios, en cuanto se refiera á la humanidad. Como cuestion de arte cada cuadro es una copia de lo que sucede verdadero ó verosímil: se desciende hasta el tipo individual en el género histórico: pero si el tipo tiene que ser individual la *personalidad injuriosa* es groseria: ni siquiera la *caricatura* puede cargarse en artículos de costumbre.—Hay en las obras sobre tipos de costumbres mucho mas de arte que en otras variedades del género histórico: entra en ellas mas de imaginativo y fantástico. La literatura tiene que ocuparse del *libro*, no solo de la *idea* y en la armonía de la forma con la esencia campea la crítica estética. Antes de que el contemporáneo Revilla, justamente celebrado como excelente crítico, publicase sus lecciones sobre literatura, un Hispano Americano, V. F. Lopez (1845) catedrático en Chile, escribió sus *Curso de Bellas Letras*, dividiendo su trabajo en una forma muy análoga á la del Sr. Revilla en que se separaban de los planes de exposicion anteriores.

Las consideraciones en que se fijaba para demostrar la necesidad de cambios en la redaccion de la historia segun las épocas, son mas aplicables á las obras sobre costumbres: "el primer hecho que presenta un ser libre es la facultad de cambiar continuamente sus condiciones morales y ofrecer en estos cambios la razon de todas las situaciones de su vida."—Una bien encadenada série de observaciones conduce al hombre á encontrar en la historia la ley del *progreso* como principio fijo en sus infinitos cambios.

"El establecimiento de los gobiernos representativos, agregaba, ha hecho que la historia que antes no era sino la ciencia de los príncipes es hoy la de los ciudadanos; la ciencia de los que tienen el deber de conocer la naturaleza de la sociedad para dirigir bien sus movimientos."

Era una necesidad histórica continuar los esfuerzos hechos hasta hoy por los aficionados á la especialidad objeto de este libro y á llenarla ha respondido su editor D. M. de Villa sin perdonar sacrificio para conseguirlo. La obra reproducirá algunos tipos ya célebres de los que no envejecen, ni pierden con los años; modificarán, otros sus autores y serán originalmente escritos para la ocasion los demás. Entre los que en los últimos años han coleccionado sus trabajos, figurarán siempre los Sres. Valerio y Gelabert, por sus apreciables dotes.

Antonio Bachiller y Morales.



Landaluze Dibujó

Fototipia Taveira.

EL OFICIAL DE CAUSAS.

EL OFICIAL DE CAUSAS.

Plumas, papel, tinta.... cuidado que no estamos formulando ninguna cuenta de escritorio, y para evitar interpretaciones, diremos paleta, pincel, colores tenemos aquí á nuestra vista, limpio el lienzo, y la mano bastante diestra por mas que digan para trasladar á él, el personage que nos proponemos describir.

—¿Personage? dijo al momento una voz no desconocida ¿y qué personage es ese?

—Ese? Ninguno. ¿No ve V. que está el lienzo sin una línea siquiera?

—Bien; pero qué se propone V. pintar?

¿Pintar?...... Yo?.....

Sí señor; ¿pues no está V. frente al caballete, y en una mano la paleta y en la otra esos pinceles?....

—Vamos.... sí, es verdad.... V. es uno de los que se introducen en todas partes, y se acercan, y todo lo ven.... me ha sorprendido usted en este instante en que solo me creía....

—Cierto, pero.... ¿qué diablos va V. á pintar?

—Voy á pintar el *Oficial de Causas.*

—El *Oficial de causas*???....... *El Oficial de causas*??..... Sobre que se han propuesto ustedes no dejar clase alguna de la sociedad que no saquen á plaza, y ridiculicen, y las pinten en láminas, y en artículos y......

—Está V. muy equivocado. No pretendemos ridiculizar á nadie. Describir costumbres, bosquejar algunos personages que á nuestra sociedad pertenecen, no dañar á nadie, hablar de usos generales, atacar los que sean desacertados y torpes, dar colorido local á esos cuadros, formar un cuerpo de obras cuyas páginas den conocimiento sinó exacto, aproximado por lo ménos del modo de ser entre nosotros, y de la influencia que en nuestros hábitos ejercen las numerosas clases que nos rodean, tal es nuestro propósito, santo, laudable fruto de la observacion y del estudio; y nadie avanzará hasta el extremo de combatir

esas descripciones que con aplauso de los amantes de la literatura publicamos.

—Sí pero...... ya usted ve...... que......

—Nada, nada vemos ahora. El *Oficial de causas* es el único objeto que ante nuestros ojos se presenta, y hemos de pintarle con todos sus pelos y señales...... ¿Oh tú Joaquinito como habias de escaparte de nuestras pinceladas, habiendo para ellas abundantes tintes y colores, siendo tu fisonomía tan pronunciada entre las faces sociales, y teniendo aquí este lienzo que muy pronto será un espejo en que verás tu imágen completísima...... y tú impertérrito acuchillado cuyo nombre solo, es cifra de mil campañas que denodado has sabido vencer en concursos, testamentarías, intestados, ejecuciones, filiacion, sevicia, y toda falange de procesos en que intervienes..... y tú intrépido y locuaz...... y tú el de la risita fingida..... y tú el eterno embrollador que haces *dormir* los expedientes á tu placer.....

—"Ya usted falta á los deberes del escritor de costumbres, ya usted hace alusiones, ya usted personifica..... y ese es un ataque.....

—No personificamos camarada, de nadie hablamos, á nadie aludimos, hacemos observaciones y nada más: acopiamos datos, unimos particularidades y si de todas podemos formar el personage que hemos de pintar para que en él se vean como en el foco de un lente, las costumbres generales que sin ofender á nadie describimos entónces y sólo entónces pintamos, y ni remotamente se nos ocurre lastimar en lo mas mínimo á esa clase laboriosa, honrada, dedicada con la mayor constancia al trabajo, á la cual apreciamos y queremos por sus virtudes, esceptuando á los que hacen *entierros de cruz baja*, ó cobran al agente una firma dos veces, ó no están á sus horas en el oficio, y nos persuadimos que ni una queja siquiera recibirémos pues á nadie habrémos aludido, ni de nadie habrémos hablado.

—Pues yo creo que V. hace mal, muy mal.....

—Pues si hacemos mal, déjenos usted en nuestra ocupacion.....

—Pues me iré inmediatamente......

—Pues hágalo V. en feliz hora, y no vuelva á quitarnos el tiempo, ni á levantarnos polémicas, ni á contradecirnos, ni á distraernos.

—En hora buena y hasta nunca, eh?

Esto dijimos; fuese el majadero, y cerrando la puerta y picándonos ya la mano nos sentamos frente á frente del lienzo: arreglamos colores, bosquejamos la figura, y con sombras más ó menos fuertes, mas ó menos suaves nos dedicamos á la obra, inspirados por la memoria, y sostenidos por la imaginacion por esa potencia creadora, viva, palpitante, hermosa, que al fresco ofrece á nuestra vista, cuanto ella vió en pasadas horas, y aun en remotos climas, hiriendo nuestros sentidos cual si recibiendo estuviesen las impresiones que nos conmovieron.

Y largo silencio pasó y largo espacio empleamos.

Ved pues el cuadro. Colocaos de manera que esté en su luz: no confundais las sombras, ni veais las negras tintes que vuestra indiscrecion, vuestra malignidad ó vuestra ligereza pretenda advertir, sino lo que hemos pintado, y nada mas. Aquí, mas cerca, no tanto, desviaos mas á la izquierda... eso es.... miradlo ahora.

Ese hombre que atraviesa diariamente las calles de la ciudad, que entra y sale en algunas casas, que sube y baja escaleras; para volverlas á subir y bajar el siguiente dia, que detrás ó junto á él lleva á otro mas jóven cargado de papeles que apenas puede debajo del brazo contener, es un *Oficial de causas* y el otro su escribiente, ó ayudante que es lo mismo para el caso; este es parte integrante de aquel, y diz que solo por eso se trae á colacion, que justo es, segun cierto principio, y salvas sean las excepciones, que lo accesorio siga la naturaleza de lo principal.

El *Oficial de causas*, ese jóven que á las nueve de la mañana entra en una escribania, que suelta sombrero y baston, que abre con una pequeña llave el escaparate de cedro á su espalda colocado, que se sienta delante de su mesa y se posesiona de ella, que va colocando proceso, arreglando escritos, dictando oficios, estendiendo algunas notificaciones del dia anterior, que apenas se ocupa de los objetos ni de las personas que le rodean, seguro de que se acercarán á él, los que de él necesiten; ese jóven que con rostro sereno mira impasible á los demás, que alguna vez se sonrie pero solo con los lábios; que otras manifiesta aspereza ó resignacion, que tan pronto ojea un proceso desde la primera hasta la última página como pensativo se detiene en algunos lugares de la actuacion; este individuo finalmente que tanto lugar ofrece á la observacion en sus anomalías y contrastes, es una persona poderosa é influyente en la tranquilidad de las familias por lo mismo que en sus manos tiene sus bienes é intereses, su reputacion y honra, que ámbas cosas dependen muchas veces de la suerte que corren los litigios.

Hemos dicho que el *Oficial de causas* es persona poderosa é influyente, y no nos faltará ocasion de demostrarlo. A las diez de la mañana ha recojido ya infinitos escritos, tiene casi *redondeada la audiencia* del dia anterior, salvo algunas intimaciones que aunque le faltan pronto llenará; arregla sus papeles, coje sus procesos, distribuye el trabajo con su escribiente, toma una pluma, mal cortada por lo regular, se dispone á ir á casa de los Tenientes, (esta era la expresion cuando los habia) manda al ayudante á la de los asesores particulares, (tambien han desaparecido como nubes que lleva el huracan), pone en la pestaña de los escritos *asesor Flores* y *Alcalde* 1°, *asesor Piedra* y *Alcalde* 2° &c. &c., entrega las *firmas* con cuenta y razon de las *insolventes* y de *oficio* y bien espera algun otro escrito que le interesa, ó se vá por su lado á despachar.

Al momento queda desierta la mesa, eternamente acompañada de una carpeta con mas cortadas que agujeros, un gran tintero cerca de su esquina atravesado por mas señas con un clavo que lo fija en aquella para evitar sin duda que en la salvadera lo equivoquen, apesar de estar casi proscripto su uso y ventajosamente reemplazado por el mismo paño que cojido de un canto arroja sobre el escrito la arenilla que pródigas manos derramaron sobre él. Esto mismo sucede en todas las escribanías, hora *muerta* para el *Oficial de Causas*, pero viva, vivísima para el *oficial de cuadernos* que ve agruparse al rededor suyo infinitos vendedores, poderdantes, prestamistas y usureros, no de esos que exijen tres firmas y cuanto saben sus víctimas, sino otros mas piadosos y humanos que al descuento y con hipoteca y con renuncia de todos trámites y pregones fijan

el precio á la finca para que sin necesidad y con la simple presentacion del testimonio se proceda á su inmediato remate; y todos queriendo ser los primeros, que este es achaque frecuente en hombres de negocios, aunque no tengan mas que uno.

Y el *Cartulario* entre tanto impávido, sereno recoje certificaciones de pago, y averigua y pregunta si se satisfizo la hipoteca, si la alcabala está corriente, de quien *hubo la finca* el vendedor, si es casado, si tiene *entredichos*, si es menor, si su curador interviene, y mil y mil preguntas que dejan atónito al que por vez primera se acerca á ese lugar. Y luego muy sério, y sin mirar á los otorgantes, coje el cuaderno, y con una rapidéz de vapor lee el extenso documento que acaba de escribir que tantas y tantas cosas contiene, y alarga la mano, y da la pluma, y los contratantes que quedaron tan instruidos de lo que oyeron, como nosotros de lo que pasa ahora en Pequin, se sientan y firman, y pagan los derechos, ó no los pagan, y complacidos se van. Pero de esto en otra ocasion, que nos distraemos del punto principal, y el *oficial de cuadernos* será objeto de otro artículo que aplazamos para cuando tengamos tiempo, espacio, y sobre todo voluntad que es la única que domina en las altas regiones de la inteligencia.

Entra y sale el *Oficial de Causas* en el estudio de los asesores, *entraba* debemos escribir, que yá esto pertenece á la parte histórica de nuestro foro, y segun el interés que tiene por el pleito así insta por el despacho: toma cualquier periódico, lee y espera ó pronto se retira diciendo.

—"Licenciado, mañana despacharémos."

Y cuando ha repetido esta frase tres ó cuatro veces, se aparece de súbito con un escrito de apremio, y en él un decreto en estos términos: *ocurra el escribano á primera audiencia.*" "*Autos como están pedidos.*" *Se entiende en el despacho*; decretos que como en nada perjudican, segun dice el *oficial*, salvan de una molestia al abogado, porque de momento le libertan del despacho, y para esto se escoje precisamente la hora en que está más entregado á su bufete. Amistoso y familiar, de todo habla, de todo pregunta, en todo entiende, salvas sean las excepciones, que de todo hay en la viña del Señor, y ustedes saben muy bien (hablamos con los oficiales) que estas son verdades y que nada suponemos, y que es bueno el callar; rie y se chancea, da su opinion sin pedírsela, pide prestado algunos libros, máxime si están en verso y sinó que lo diga Pepé, se aplaza para la ópera, ó para el drama de la noche, se *embulla* para los toros, y cuenta cuanto en esos espectáculos ha pasado, haciendo estensivas sus palabras á empresas y conquistas amatorias de las que siempre ha salido triunfante, amen de los bailes y gallos de temporadas á que nunca falta y que le dan ocasion para divertirse y entretenerse.

Hoy han variado las cosas de una manera notable: hoy el *Oficial de causas* ha perdido mucho y ganado tambien más. Ha perdido entre mil cosas, que no todas son para escritas, *la propina* de los asesores, letrados, calificadores, comisionados para remates, pruebas, declaraciones &c. Ha ganado limitando sus diligencias á puntos determinados, no teniendo que ir á tantos y tan distintos estudios, de tantos y tan diversos asesores, pues ascriptas las escribanías al

despacho de un Alcalde mayor, á este juzgado y nada mas tiene el *oficial de causas* que acudir y aquí lo hace todo; provee, falla sentencia que no es poco cosa que digamos cuando antes tenia que acudir á tan distintos y encontrados lugares.

A las doce ó poco mas, ya está de vuelta en la Escribanía; ya espera la *Audiencia* que mandó firmar, ya tiene atestada la mesa de procesos, ya vienen los litigantes, agentes y procuradores, y sentándose unos, acercándose otros, tomando la pluma ó abriendo el *Cuaderno de providencias*, todos hablan y preguntan, y tosen, y fuman, y accionan y se desesperan, y cojen, y sueltan el proceso; y él impávido, en medio del huracan á todos contesta, á todos habla, á todos satisface. Y estiende una notificacion, y pone una nota, y dicta una órden, y folia un proceso, y coje otro, y pone en contínuo ejercicio su incesante y prodigiosa actividad.

—¿Qué hay en la Castro? grita un imberbe escribiente.

—Autos, responde el oficial.

—¿Qué hay en el intestado de Recio?

—No han despachado.

—¿Qué hay en el concurso de Taravilla?

—¿Han venido las resultas de la órden?

—¿Ya contestó esa gente el traslado?

—¿Cuándo pagan la asesoría?

—¿Está suelto el apremio?

—¿Ya se puso el testimonio?

—¿Evacuaron el reconocimiento?

—¿Firmó el Alcalde?

—¿Se aprobó el acuerdo?

—Ratificaron el escrito?

—¿Vinieron los testigos?

Y mil y mil preguntas en mil distintos procesos; y el respondiendo siempre bien, ó mal, con verdad ó sin ella, satisfaciendo á unos, desesperando á otros, alegrando a muchos, entristeciendo á esotros con estas palabras casi siempre las mismas y que cada cual pesca y las escribe en su cuaderno.

Traslado—Autos—No han despachado . . .

—Está en la firma . . .

—El asesor enfermo . . .

—No han dado para el papel . . .

—El ministro no ha dado cuenta . . .

—Lo tiene el escribano para notificar . . .

—No han venido las ratificaciones . . .

—Entréguense . . .

—Estése á lo provehido . . .

—Cúmplase lo mandado . . .

—Se oye en un solo efecto . . .

Y otras cosas parecidas que en sí envuelven los temores, la esperanza,

los cálculos, el gozo la incertidumbre, el anhelar contínuo de los que tienen la desgracia de litigar.

El *Oficial de Causas*, ese hombre que veis siempre afanado detras de la mesa, entre escritos y procesos, es todo, ó nada. Imparcial, á nadie se inclina, la misma actividad para unos que para otros, no revela el secreto de la prueba, no intriga en el remate, no influye con los peritos, no violenta los términos, no extiende notificacion que no ha hecho, no dice el embargo decretado ántes que se ejecute, no habla del asesor, no compele á los agentes para que se instruyan en víspera de dos ó tres dias feriados, no da copia de interrogatorios, ni de repreguntas; es igual para todos.

Interesado en la causa, es todo lo contrario; á solas se goza de su minador influjo, y si algo le decis, se pondrá tan pequeño, que en una palabra os dirá "que es un triste oficial ó mancebo de escribanía, que él no provee, que nada puede, y que no hace más que cumplir con sus gravosas obligaciones."

Pero cuando despliega toda su actividad, cuando se multiplica hasta lo infinito, cuando está en todas partes, cuando no tiene hora segura en el oficio, cuando todo lo desatiende es cuando se trata del *pago de costas*. Oh! entónces es prodigioso, entónces todo lo allana, todo lo facilita, todo lo remueve, todo lo anda y nada se queda que no venza y alcance su infatigable laboriosidad. ¡Oh! si le apurais, en un dia, en una hora, redondea el expediente, lo pasa al tasador, embarga bienes, busca postor si de remate se trata, cobra, percibe, reparte el dinero no en pos de la *cuarta*, sino en pos de la propina que le dan abogados, procuradores, peritos &c. &c.

Verdad es que todos se resisten al tiempo de *liquidar*, que hay clientes que vienen al estudio del abogado (algunos nos están leyendo) por la mañana, al mediodia, de tarde, de noche, á todas horas; que allí leen los periódicos, fuman, tertulian, hablan, tosen, oyen y ven para hablar en otras partes acaso lo que ni vieron ni oyeron, halagan y áun adulan á su defensor, le exponen sus temores, adquieren ánimo, se llenan de esperanzas, y todo, todo está muy bien, pero llega el momento de *las costas*, el pleito se tranzó; aquí de la astucia, de la malicia y de cuanto agregarse quiera. El Cliente ya no es cliente, ya cesaron sus zozobras, ya se desvanecieron sus inquietudes, ya no ha menester del abogado, ya tiene en su poder el dinero que nunca viera en tanta porcion reunido, ya *manejó* segun la expresion del *Oficial de causas*, y no vuelve, y todo lo olvida y le parecen altos, excesivos, escandalosos los honorarios, inmensas las costas y habla y murmura y pronuncia desatinos y afecta enojos, y quiere con ridícula hipocresía encubrir su punible comportamiento, y el *Oficial de causas*, aguerrido, experimentado, instruido en la ciencia de Lavater, no le sorprende saber lo que ya vió su ojo perspicaz en el rostro del cliente agradecido.

Otros se hacen *insolventes* á pesar de pesares, ó llevan mil *recibos*, otras tantas sangrías que disminuyen la *exhibicion* y que el oficial sufre con necesaria resignacion. Verdad es que no siempre sucede esto, y que él tiene á veces más que todos, porque de todos tiene, y de la parte de todos hace la suya.

El *Oficial de causas* se pinta solo para un entierro de *cruz baja*, solemnidad silenciosa en que desempeña á las mil maravillas el principal papel, y lo vais á deducir con sólo este antecedente. Cuando veais *dormir* un proceso; cuando nadie pregunte por él, cuando el procurador contrario no apremia, ni el agente se acuerda tampoco para nada, bien podeis exclamar *¡in profundis!* Aquí hubo entierro de *cruz baja*, y sepultaron con el proceso, al abogado, al procurador, á los agentes, tasadores, ministros, al escribano mismo. Verdad es que suele ser enterrado tambien el *Oficial*, pero no es lo frecuente, ni tratamos tampoco de escribir sino de aquellas escenas en que en primer término campea el personage que pintamos. Muchos enemigos y muy ventajosos é irresistibles tiene el *Oficial de causas*. Abre la marcha el litigante *insolvente*, cáncer que devora, víbora que muerde, *Jagüey* que se adhiere y se abraza y seca y aniquila y mata, y todo lo quiere en el acto, al momento, con preferencia exclusiva.

Las *causas criminales* que le acosan y le abruman, y le hacen ir continuamente á la carcel, y suplir papel y gastar en carruaje, y hacer el *extracto y el parte quincenal* y el demonio, que á tal llega á veces su justísima desesperacion.

Si se le ocurre rematar una casita, siervo ó cosa tal, él se arbitra, y busca y halla medios aunque no tenga un peso, que personas de más tener rematan y no pagan y con los plazos se quedan. Todo lo que el *Oficial* hace entónces, á todo lo que aspira y aquí prueba su honradez, es á que el defensor, y el procurador y el perito le rebajen algo de su *partida*, pero siempre exhibe el contado y cuanto á su nombre ofreció el intrépido testaferrea que como postor se presentará en la subasta.

Es el *Oficial de causas* alma del escribano, y sino dirijid la vista hácia aquella mesa sobre la cual se levantan tantos concursos, intestados, testamentarías pleitos ejecutivos, ordinarios y criminales que afanoso y á la vez autoriza, y en los cuales imposible le sería intervenir sino fuera por su órgano, que á la misma hora, y el mismo dia lo hace aparecer en una junta de acreedores, en un auto de proceder, en un reconocimiento, en unos descargos, ó en otras tales diligencias que diariamente ocurren en el cúmulo de negocios que cursan en la escribanía.

En medio de tantos afanes, de tanta constancia, de tan asíduos y penosos trabajos ¿cuál es la suerte, el porvenir del *Oficial de causas*? Triste es por cierto manifestarlo. Algunos logran despues de mil dificultades ascender á *Escribanos reales*, y decimos mil dificultades porque el *fiat* es una roca inaccesible á los de escasa fortuna; porque hay un número determinado que componen el colegio; porque es necesario una vacante, y esta ni siempre ocurre, ni hay uno solo que á ella aspire. Así pues, el que casi un niño entró en la escribanía, el que en ella vió pasar los mejores años de su juventud, llega á la vejéz, pobre, quizás desamparado, cuando una familia le demanda educacion y subsistencia; y reproduce á la contemplacion de todos el ejemplo de aquellos militares aguerridos que envejecen sin asenso, y que cargados de años y de trabajos tienen solo la memoria de las numerosas campañas en que se batieron.

Un hecho notable que está al alcance de todos y que se hace advertir

entre el laberinto infernal de oficios, órdenes, embargos, remates, entredichos, pruebas y declaraciones, entre las exijencias mismas de las partes, de los cálculos del interés, del egoismo, de las pasiones todas que desenfrenadas buscan pábulo é incremento en los contiendas judiciales, demuestra la integridad del *Oficial de causas*, de ese individuo que continuamente se afana, que continuamente trabaja sin hallar acaso recompensa á sus fatigas.

Cursan en nuestros tribunales una infinidad de pleitos de la mayor consideracion é importancia, en los cuales se reclaman cuantiosas sumas de pesos, jamás que sepamos se ha arrancado un pagaré, ni documento alguno de los procesos, jamás se le ha perseguido por su estravío, y cuenta que en esos documentos está la honra del hombre y la paz de las familias, y la riqueza y bien estar de que gozan, que los autos se entregan al asesor sin recibo, y sin recibo se recojen; que mil manos hojean aquel proceso confiado exclusivamente á las manos del *Oficial de causas* á quien no sonrien por cierto los halagos de la fortuna. Justicia pues á su reconocida honradez, á su constante laboriosidad, á su íntegro comportamiento!

M. Costales.

BOBOS.

Ya no hay abundancia de *bobos* en la Isla. Los únicos que existen hoy son los descendientes de cierto *Bobo* que pretendia cambiar un perro flaco y leproso por una yunta de magníficos *novillos* y cuyo trato no llegó á verificarse por estorbarlo su madre que creía *todavía* perjudicado á su hijo. La pobre señora no se acordaba de que su cándido niño era menor ni de que *en todo caso* podia pedir restitucion *in integrum* de contrato tan leonino, hasta la edad de veinte y nueve años inclusive.

Los especuladores en el ramo de marugas, baberos y camisas largas, están en el dia pereciendo de hambre: los bobos de ahora no compran esos efectos: compran otras cosas mejores.

El inocente *Monguito*, por ejemplo, es un alma dulce que va á ser engañado por varios amigos que lo han convidado á jugar al monte. ¡Pobrecito! Va á ser desplumado miserablemente! Es un simple, un cándido, un bobo.... ¡Bobo! sí, bobo.—*Monguito*, en lugar de llevar al juego la maruga, lleva la baraja.—En lugar de *punto* quiere ser banco.—En lugar de una baraja limpia, lleva una baraja compuesta por otro amigo, tambien *bobo*, que le enseñó á manejar *la frisa*.

Hermosa como un pino de oro está Florita, jóven *rica* y de una educacion esmerada: á su lado están Anita, Rosita, Juanita, Antoñica etc., jóvenes de igual mérito personal sinó mayor, pero pobres.—Pregúntale un *bobo* que está entre ellas:—¿Con cuál de estas niñas te quieres casar, mentecato?—y apuesto veinte contra uno á que se pone pálido y emprende la carrera diciendo:—"*Yo me quelo casá con Florita.*"

Mereje, bobo viejo, trata de tomar seis onzas á premio y el *pícaro* usurero le echa el dogal al cuello pidiéndole cinco pesos por onza: y *la necesidad* obliga al inocente á *cojer* el dinero.—No seas *bobo*—le dice un amigo al tiempo de firmar el documento—mira que te roban!—Y *Mereje* contesta:—Cuando me

quiera cobrar el pico, le digo que no tengo dinero y le bailo, "*el guanajo*" y "*el cartucho.*"

Estos y los descendientes de estos, son bobos legítimos *de la cría de la madre del Bobo del perro flaco.*

Pueden encontrarse algunos de los que comen bolitas: pero son muy escasos: podrán hallarse:

Bobos que crean que se les sirve por su liada cara.

Bobos que se hagan la ilusion de creer que siempre serán el Benjamin de una familia que los distingue hoy.

Bobos que se figuran que la *varita* que llevan en la mano, es la de Moisés.

Bobos que están persuadidos de que el dinero no se acaba.

Bobos que creen que el hábito es el que hace al monje.

Bobos que pierden el sueño de toda la vida por que una mujer adorada les sonríe con su graciosa boca y les dice conmovida:—"Tu y . . . Dios."

No hace mucho tiempo que por cualquiera de las calles de la Habana se veía un *bobo* con un papel de azúcar quebrado en la mano, derramándolo en su boca ó deteniendo un coche para preguntar á una linda señorita que iba dentro, si sabía donde vendian los *queques* á ocho por medio . . . pero ¿hoy?—Busca, lector, busca *bobos;* que ó te vuelves ciego ó cojo, ó tan bobo como los que *ántes* se chupaban el dedo pulgar, tocando una maruga y poniendo los ojos en blanco.

Sin embargo, no desesperes y si tienes interés en formar coleccion de ellos, búscalos en mi barrio, que tiene fama en ese ramo, y darás con ellos.

FRANCISCO VALERIO.



Landaluze Dibujó.

Fototipia Taveira.

EL GALLERO

EL GALLERO. [1]

El juego de gallos es tan antiguo como el mundo. Auténticas crónicas aseguran que por los años 400 ántes de la venida del Mesias, eran muy frecuentes aquellos expectáculos en los circos de Grecia, particularmente en la pátria de Solon y Licurgo. Aténas, al mismo tiempo que protegía las artes y las ciencias, dispensaba su patrocinio al gallo; y el célebre Temístocles, no solo fué el primero y más decidido aficionado á la galo–maquia, sino que más de una vez tomó por tipo las peleas de estas aves belicosas para inflamar el ardor de sus huestes, excitando de este ingenioso modo el valor de los vencedores de Maraton y Salamina.

Si de la historia profana ó vulgar pasamos á la bíblica ó sagrada, encontrarémos á cada paso ejemplos y datos inconcusos sobre la antigüedad de los gallos y sus nobles y valientes riñas; y así es que se les vé figurar entre los animales que compusieron la caravana del arca de Noé; siendo de aquí dimanada la exacta opinion de los más famosos zoologistas y etimologistas, de darle lugar á semejantes aves en el largo catálogo de las antediluvianas. El gallo de la Pasion honra superlativamente el linaje de estos animales ovíparos, de la familia de los alados, patentizando hasta la evidencia su antigua descendencia, su clara estirpe y la alta mision que han desempeñado en las épocas primitivas; y jamás, ni nunca, podrá el gallo de Moron eclipsar la memoria é ilustres hechos de sus esclarecidos progenitores. Segun la opinion facultativa de célebres bibliógrafos y anticuarios, el gallo es originario de las Galias, á quien dió su nombre, como puede asegurarlo el derivado de la palabra; pudiendo contar entre sus paisanos á Cárlo–Magno y á los doce Pares de Francia, dignos herederos del valor y bizarría del gallo; que no contento con dar su nombre á un territorio inmenso que hoy forma parte del

(1) Como sabíamos que el conocido escritor D. José Q. Suzarte había publicado en *La Revista de la Habana* varios artículos críticos bajo el seudónimo *El Licenciado Vidriera*, creímos que este del gallero sería suyo; pero él nos asegura que no; que ese cuadro excelente se debe á otro escritor que posteriormente ha usado su mismo seudónimo. Sentimos no poder estampar la firma del autor, por ignorar quien sea.—L. L. E. E.

Eden de Europa, le trasmitió á familias, formando un apellido noble y recomendable, y á varias tiendas de ropas que hoy se envanecen hasta con el diminutivo.—Tambien en las ciencias el gallo figura en primera línea. En los últimos descubrimientos hechos por Herschel, el hijo, con telescopio mónstruo, jigantesco paso de la astronomía moderna, rectificando las primeras observaciones de su laborioso y sapientísimo padre, con relacion á los alados habitantes de la Luna, de que aquel trató en su primera expedicion al Cabo de Buena Esperanza, asegura que dichos habitantes lunáticos no son otra cosa que gallos mixtos ó anfibios.

Finalmente, el gallo y sus encarnizadas peleas figuran tambien en lo político, siendo de este aserto prueba total y convincente la proteccion y prerogativas concedidas por el austero gabinete de St. James á aquellos espectáculos, parodia de la guerra y del valor de esos Horacios y Curiacios, que tan osbtinada y encarnizadamente se juran desde el huevo ódio y destruccion. Concedo que en esta última era el *Boxer* y el *Jockey* han tratado de oscurecer las glorias del *Cock*, pero no por eso dejan los elegantes hijos de Albion de exponer sendas libras esterlinas al azar del pico, del espolon ó de la navaja. Y como no sea nuestro propósito escribir la historia general del gallo y de sus riñas, usos y costumbres, darémos fin á este débil bosquejo y breve reseña, que ha trazado nuestra mal cortada pluma, y entrarémos en la delicada tarea de describir el personaje que encabeza este tipo.

Tan desconocido en todo el mundo como familiar entre nosotros, el gallero es sin duda uno de los tipos más especiales que puede ofrecer la tierra del tabaco, y el que con más justicia merece los honores de la biografía y el apoteosis. El gallero se divide y subdivide en varias clases y categorías, desde la elevada hasta la abyecta, desde el simple aficionado hasta el consumado profesor y desde el extrajudicial—ó intruso—hasta el de oficio público con tienda abierta. Hablarémos, pues, del gallero de profesion, del asalariado, del que cuida los gallos y los suelta en las vallas. Este es el tipo de nuestras elucubraciones, el árbol genealógico, que desprende de sí las demás ramas de su preclara descendencia y el daguerreotipo de la galomaquia.

Así como la poética Andalucía es sin discusion la tierra clásica de los toreros, Italia de los *ciceroni*, Méjico de los léperos, etc. etc. la Isla de Cuba lo es de los galleros. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, pues aunque ni en las obras de Washington Irving, ni en las historias de Arrate y Valdés se halla nada de aquellos, se sabe de buena tinta que Colon y sus compañeros vieron aquí las primeras peleas, y que desde que la Habana era puerto de Carenas, ha manifestado en todas épocas y circunstancias su decidida aficion á los gallos.

Pero no es solo la capital de la mayor de las Antillas el verdadero centro y punto culminante de semejantes diversiones; en sus vírgenes y olorosas campiñas es donde el genio de la galomaquia ha establecido sus redes, entronizándose y enarbolando su estandarte en los puntos más recónditos, incultos y desconocidos. Si el célebre Gall, descendiente como se vé de la raza galluna, quisiera enriquecer su sistema frenológico, debería analizar los cráneos de nuestros

campesinos, y encontraría desarrollado un nuevo órgano desconocido para él, pero que no es otro que el del gallero; y segun nuestros humildes cálculos y pobres observaciones, existe aquel órgano en la cuadratura del círculo coronal, en direccion al cerebelo. De lo dicho se infiere que el gallero puro debe ser nativo del pais, ó lo que es lo mismo, planta indígena; porque son sin duda los más hábiles, aptos, idóneos y expeditos para el oficio. Los conocimientos prácticos que necesita el gallero son grandes y dificultosos. Como capitan á guerra y castellano de casillas, ha de conocer la castrametacion, la estratégia y el ataque y defensa. Debe estar perfectamente enterado en la historia y cronología de los gallos; en los principios de higiene, fisiología y patología y en el magnetismo animal: esto es lo más esencial para todo buen gallero, que, además, ha de ser médico y cirujano, botánico y farmacéutico. A estos conocimientos puramente científicos y sublimes, debe añadir el gallero la ligereza, limpieza, y mucha locuacidad, anchos pulmones y gaznate de hierro, agilidad y soltura, especialmente en rodillas, brazos y manos, con algunos humos de alquimia, que es cosa muy socorrida para la profesion.

El gallero vive dedicado exclusivamente á su trabajo, cumpliendo la mision para que naciera y que heredó de sus primitivos padres.

Habita en la gallería establecida en los solares pátrios, y los gallos que cuida son agenos, bien de uno ó de muchos dueños, y aunque suele tenerlos de su propiedad, no es esto comun, pues más agrada pelear con pólvora agena. Su vida es eremítica; siempre solo y aislado, no tiene muchas veces tiempo ni para el cuidado de la gallería. Tan pronto *limpia* como *tusa;* ya distribuye el rancho, militarmente por horas y por *tasa;* ya *topa*, ya *afila*, ora prepara las *botainas*, ora los *zapatones;* y no descansa ni durmiendo, pues sus más gratos sueños son perturbados por el estrepitoso canto de los gallos. Las armas y blasones que ostenta, escudo de nuevo héroe, son, sobre embarrado y guano, las tijeras y las cuchillas.

Su vestuario es rigurosamente *tropical*, de lienzo, zapatos de becerro, regularmente virado, medias de *carne*, sombrero de paja ó jipijapa y gallo en mano. En invierno el mismo pelage, con solo la adicion del capote de barragan ó chaqueton ordinario á guisa de *surtout*.

Los más famosos empíricos de la antigüedad se quedarian muy en mantillas comparados con nuestro tipo. Para él sus gallos son brujos, invulnerables como Aquiles y nunca pierden; apostar á ellos es robar ó salir al camino con un trabuco. Al *talisayo* de 3 y 6 se le puede ir la vida; una picada y á la cazuela. Al *giro*, vender la ropa, jugar, porque mata al primer *revuelo*. Al *malotobo*, que solo se puede jugar *tapado*, es preciso robar para, ántes de soltar, poner *logros* de onza á peso. Todos, en fin, son más finos que la finura, legítimos de Lóndres ó de la Puerta de golpe, de los Iznagas ó de los Aguileras; ni una contingencia puede hacerlos perder, y en sus manos mucho ménos. Con lenguage tan arrobador y siguiendo el principio innato en la especie humana de la propagacion del capital presente ó porvenir, á lo que se agrega la general aficion que tenemos á los gallos, que puede asegurarse ha sido la ruina de muchas familias y sociedades, sin excluir á la de la Real Compañía, los alucinados

neófitos se lanzan en el aserrin y corren trémulos y afanados la suerte de un juego de tantos azares y tantas probabilidades más en contra como en pró: á pesar que podemos decir, en honor de la verdad, que hoy está muy morigerado el número por el actual sistema monetario y la carestía del cambio: sin embargo, como dijo el otro, no hay regla sin excepcion, y rectificando un hecho, creémos de nuestro deber como fieles y verídicos cronistas, hacer distinciones honrosas de algunos dias en que arde el cirio pascual y de ciertos pueblos circunvecinos.

Vuelvo á repetir que no escribimos la historia crítica y política del gallo, ni sus peleas, y sí un breve artículo sobre el gallero de profesion, dejando para más adelante aquella tarea al tratar de las vallas en general. El áula magna, la redaccion, la lonja, la vida del gallero es la valla pública. Allí es el protagonista, y despues del estanquero y de ciertos y ciertos caprichos de algunos propietarios, él es el que manda, campea, regentea, pierde ó gana.

El gallero vive en los barrios extramuros, distante de la ciudad, donde con una onza al mes puede proporcionarse una casa con espacioso patio, pues lo necesita para colocar en él la vallita en que ha de ejercitar los gallos. Los cuatro testeros de la sala y comedor de su casa están ocupados hasta el techo de casillas, que son las habitaciones de los gallos. Sus funciones allí se limitan á tusarlos, atenderlos y adiestrarlos en su vallita para que esten ágiles en el dia de la pelea. Con ese objeto tienen uno ó más gallos, que llaman luchadores, que son los maestros, por decirlo así, de sus compañeros. A esto se llama *topar*, operacion que ejecutan poniendo, tanto al luchador como al gallo que vá á toparse, unas botainas en los espolones para que no puedan herirse. En los *topes* descubre el gallero las propiedades del gallo, de cuyo descubrimiento hace el uso oportuno.

—Este gallo es de abajo (es decir pica por el buche de su contrario): pues conviene *casarlo* con uno *espigadito* para que coloque bien el pico.

La hipérbole es innata en el gallero.

—Sr. D. Agustin, á este gallo se pueden jugar las minas de Méjico: lo topé con otro de primera y en cuanto lo llamó le hizo saltar la valla.

Dispuesto el gallo para pelear, calificacion que hace el gallero en el último tope, lo pesa, toma la medida del espolon y ocurre á la valla para casarlo.

Las obvenciones ó gajes del gallero son muchas y pocas. Por arancel, sus entradas no son otras que un real por peso de los que se juegan en cada pelea, del gallo que ha ganado: con cuyo producto, que se denomina *saca*, porque en él saca lo que ha gastado en manutencion y en adiestrar el gallo, parece suficientemente premiado, atendido los muchos pesos en que van interesadas las peleas. Sin embargo, ningun gallero se limita á la saca, pues ellos alcanzan algo más de la generosidad de los amos y aficionados, ya en las ganancias de la *cóima*, ya en lo que les ha casado por fuera, siendo este último artículo sumamente socorrido y productivo.

Fácilmente se calcula que el gallero no está destituido enteramente de recursos para el sustento vital, sin contar con la proteccion, que éste es ramo aparte y nada tiene que ver con los gallos, figurando solo en asuntos contenciosos:

pues con todo, el gallero de que tratamos es sinónimo de pobreza, en razon á que por el roce diario, y por aquel axioma de que todo se pega, se ha desarrollado en él una necesidad fatigadora y eterna por el juego (entiéndase de gallos), que no contento con jugar el suyo á la saca, ó lo que es lo mismo, sacar la lotería sin billete, juega tambien, aunque rarísimas veces, al contrario, hasta el doble ó triple de aquella, segun las circunstancias del otro pollo, de manera que ó bien el talisayo de 3 á 6, el giro ó el malatobo, se entregan en los brazos de su más poderoso y temible enemigo. . . . . . tal como sucediera en aciágo dia al capitan mas grande del siglo. Esto, empero, es muy raro, pues en lo general hay buena fé. Sin embargo, no son frecuentes estas *carañuelas*, merced á la acertada providencia gubernativa que ya reclamaba la civilizacion y la cultura de no permitir la entrada en las vallas á los galleros y aficionados de la raza oscura, conocidos tambien con los seudónimos de *narcotizadores* y *apretadores*

Donde el gallero ostenta y luce su valor, conocimiento y sagacidad mágica y sorprendente, es en el importantísimo acto de casar los animales, y aunque en estos himeneos preside la Diosa Astrea con sus atributos, y la exactitud matemática, el buen camarada sabe sacar ventajosos partidos, si no á favor del gallo, al suyo particular. Tambien en el terrible acto de soltar, levantar, chupar y estirar, careo y pruebas, es donde más se distingue la consumada habilidad, donde se recibe el grado de gallero y donde se forma la historia de sus vicisitudes, méritos y servicios en la carrera de la galo-maquia.

No son todos los meses del año los que el gallero emplea en su ejercicio, pues éste sólo dura desde Diciembre á Mayo ó Junio. En el demás tiempo están los gallos en la muda y por consiguiente fuera de combate, no estando los animales en sazon de pelear. En el periodo de inaccion puede decirse que el gallero está en cuarteles de invierno, bien que por no olvidar el ejercicio echa peleas á la *navaja*. Epoca es esta aciága y fatal, de hastío, de vagancia y de *arranquera*, en que, como todo ser viviente, se ha de ocupar en algo. Nuestro cesante temporal se verá en un conflicto, y teniendo que matar las horas del dia, se vé, cual otro judío errante, de la taberna al billar y de éste á aquella.

Entónces se vuelve á encordar el olvidado tiple, la verdadera lira campestre; entónces se empiezan á recordar las décimas glosadas y el punto de arpa; entónces se hacen otras cosas que no son de mi incumbencia interrogar, pues mi ministerio es el de escritor y no el de juez fiscal. Pero volvamos al gallero antes de la terrible muda.

Talma y Maiquez, Latorre y Romea, Arjona y Valero, podrían honrarse poseyendo con tanta perfeccion como el gallero, el arte de las gesticulaciones y transiciones que aquel experimenta en las dos únicas épocas memorables de su azarosa vida, que se reduce á ganar ó perder.

Tambien en el ramo de actitudes, posturas, contorsiones y flexibilidades, puede apostárselas á los mejores elásticos, dislocados y Raveles, así indígenas como exóticos.

Si al lector no le sirve de molestia sígame á una de las vallas de gallos

un dia de funcion. Ya hemos dicho que el gallero habrá concurrido á ella con el peso y medida de sus campeones para casarlos. Arreglada la pelea con otros gallos del mismo peso y medida, llega la hora de soltarlos, y ahora entra en la segunda parte de su obligacion. Requerir los gallos en la balanza que con este fin se coloca en el centro de la valla, examinar si los espolones vienen bien con las medidas, es su primera diligencia, y luego soltar el gallo, ó encargar á otro compañero de su confianza que lo suelte, que no todos los galleros son *soltadores*.

Vedle ahí con su gallo en la mano, que no cesa de acariciar, en medio del circo regado de aserrin, frente al otro gallero, que hace lo mismo con el suyo.

Ambos están listos á soltarlos tan pronto como el *estanquero*, juez perito de la valla, ha podido conseguir de la gente, con fuertes gritos, que dejen el palenque despejado.

¡Qué confusion! Oid.

—¿Quién vá dos diez y ocho?

—Pago un veinte.

—¿A cual está el logro?

Llámase logro apostar una cantidad mayor contra menor, igualando con esa diferencia la que existe entre las circunstancias de los gallos por la fama que en otras riñas han adquirido, ó el estado en que los ha puesto la pelea; por ejemplo, ir un diez y ocho significa, diez y ocho pesos contra diez y seis; de suerte que quien lo pone, si triunfa su gallo, gana diez y seis pesos, y si el otro, pierde diez y ocho. Este logro suele llegar desde una onza hasta cuatro reales, por hallarse uno de los gallos venciendo y el otro acribillado de heridas.

Uno de los principales conocimientos del gallero es conocer la gravedad de estas heridas para subir ó bajar el logro, segun su entidad, é indultarse, si fuere necesario, lo que significa cojer logro contra su propio gallo para evitar perder todo el dinero que le jugó. Otra de las cualidades del gallero es entenderse entre aquella bulla y confusion de apuestas encontradas, apostando con distintas personas, diversas cantidades y á gallos tambien diversos, y al fin de la pelea los arregla con una facilidad inconcebible. El gallero, además, debe conocer á la persona con quien casa, para que no le hagan *camotes*. Son conocidos con el nombre de camoteros aquellos jugadores que acostumbran apostar y cuando pierden se escurren ó niegan la apuesta. En una palabra, el gallero es un verdadero y legítimo gurrupié.

Soltados los gallos, es digno de observar á nuestro tipo siguiendo con ávida mirada los movimientos de su gallo y retratando en su semblante los golpes buenos que dá ó recibe, y cualquiera que se circunscriba á examinar su cara, comprenderá cual es el estado de la pelea.

El gallero, entónces, masca una cañita de maloja ó de pluma con objeto de formar saliva para rociar el gallo al levantarlo en las pruebas; tambien lo rocía con el agua que en una botella tiene el estanquero para esos casos. En

las pruebas, que son cuando los gallos suspenden momentáneamente la pelea por cansancio ó por heridas, le toca al gallero *chupar* el pescuezo ensangrentado, rociarle las patas, estirárselas, secarlo con el pañuelo, revivirlo y fortificarlo para que siga la pelea.

El gallero es amigo de dicharachos y tiene su lenguaje técnico para expresarse.

—Vá la lista, vá la lista, grita uno para significar que el gallo se huye.

—Si es de la plaza! añade otro, dando á entender que no es fino, y su lenguage es siempre por este estilo.

El gallero jubilado, más feliz que el músico viejo, á quien solo le queda el compás y aficion, ocurre á la valla y carga con los gallos muertos, que come ó vende en alguna fonda, donde los trasforman en un sabroso fricasé ó plato de lucimiento.

Ni la risa de Momo, ni la alegría de un cónyuge el primer dia del canto epitalámico, ni la noticia de una herencia inesperada ó la del premio mayor en una lotería extraordinaria, ni nada en fin es comparable al gozo y al placer que experimenta cuando gana y vé aumentada su reputacion y su vejiga, receptáculo, depósito ó habitacion donde coloca nuestro campesino al veguero ó vuelta-bajero con el descendiente de Montezuma. Nuestros diccionarios, así español como provincial, carecen de las voces que arranca el momento feliz de haber vencido un gallo. Grito de victoria estrepitoso y bélico, que conmoviendo la valla por sus débiles cimientos, sale por las *yaguas*, corre veloz por entre las cañas y palmares, impelido por la poética brisa de los trópicos, desde el cabo San Antonio hasta Maisí; y el eco lo repite en lontananza.

Otras muchas sensaciones siente el ánimo del gallero cuando gana; pero ¡ay! cuán tristes, lúgubres y dolorosas cuando pierde. ¡Perder el dinero que tanto trabajo cuesta explotarlo de las minas acuñadas de *Cubanacan*....! Perder la reputacion ó la vida de un gallo.. ..! ¡Oh! esto es tremendo, y más aún si la pérdida de la pelea es efecto de un descuido en el careo y las pruebas, ó de otras causas no legítimas, reprobadas por el concurso é interpeladas bruscamente, ya por el dueño del gallo, ya por los muchos que han perdido el dinero confiados en las excelencias y antecedentes de la *gallina*, y en las recomendaciones que se hicieron de ella.

Entónces, pobre gallero, mas te valiera perecer cual otro Mazzepa. Pero él no desmaya; impertérrito y firme en sus ruinas, con alma grande y corazon valiente, acepta el sistema de peregrinacion y se lanza á beber el agua de extranjeras vallas. Errante y vagabundo como los hijos de Israel, pasa de acá para acullá y de Zeca en Meca, de la Sabanilla al Aguacate, del Artemisa á Guanajay; ya tal vez nuestro proscrito aventurero se prepara á pisar impávido el aserrin del Circo de la Prueba en Guanabacoa; ó más bien la nueva y famosa valla que acaba de establecerse en la vecina y feráz colonia de la *Reina Amalia, Isla de Pinos y Mármoles*, que brinda no sólo estos artículos, sino un porvenir más grato, una vida más tranquila y acomodada á nuestra sabia legislatura; y lo que es más, la seguridad, la comodidad en el transito desde

esta Capital al surjidero de Batabanó, que se verifica en medio de una lucida escolta de caballería, que proporciona al viandante favor y proteccion.

Hasta aquí el gallero. Léjos de nosotros la presuncion de creer que hemos llenado cumplidamente nuestro deber en este bosquejo, en que por donde quiera se observan claros y vacíos.

No llenaríamos, empero, nuestra morigerada mision si nó hiciésemos la siguiente breve reflexion que desde luego se desprende de la pintura verídica del gallero. El oficio que abraza este, es uno de tantos, que con sobrada razon calificó el chistoso y castizo autor del tipo: *El gurrupié* (con quien no deja de tener puntos muy notables de semejanza nuestro tipo) de los *modos de vivir que no dan que vivir*. ¿No están por ventura los campos de Cuba ávidos de cultivo y ansiando el brazo del hombre para brotar los tesoros mil que encierra en su seno feraz y generoso? ¿No existen acaso otras carreras, otras industrias en que el hombre laborioso pueda ser útil á sí propio y á la sociedad? Ni se diga, como errónea y preocupadamente se dice, que la educacion primitiva influir puede en que prosiga un individuo encharcado en el asqueroso camino de los vicios. En todos tiempos, le es dado al hombre desviarse de la senda funesta que le conduce al abismo y entrar en la que lleva á un bien estar duradero y que no está sujeto á azarosas vicisitudes, hijas tan solo, no de la inconstante fortuna, sino de los vicios.

El estado lisonjero de cultura y de ilustracion que ofrece nuestra opulenta Cuba, repugna, rechaza ya ciertas distracciones que además de ser ofensivas á la vista, propenden á generalizar la ociosidad y aún el vicio.

No se crea que opinamos por la supresion de una diversion tan generalizada. Queremos que haya *gallos*, pero desearíamos sinceramente que este pasatiempo pudiera realizarse sin que fuera de necesidad la intervencion del *gallero*, porque este podria ser más útil á su país, á su familia y á la sociedad en el ejercicio de otra especulacion.

El Licenciado Vidrieras.

OGAÑO Y ANTAÑO.

El que tiene órden en el amor ama lo que debe ser amado y no ama lo que no debe.—SAN AGUSTIN.
[DE LA DOCTRINA CRISTIANA.]

La eterna lucha de lo que fué y de lo que es se modifica, se altera, se disfraza; pero es siempre la expresion de nuestra poca memoria y cedemos a los optimistas de antaño en los momentos de malestar de ogaño. Hemos presenciado un diálogo entre una jóven que, si hubiera todavia romanticismo, la llamáramos romántica; pero hoy no sabemos como clasificarla. Leíanse en una reunion algunos de nuestros actuales periódicos y sus sermones, aunque cortos, sobre las *indecencias* que ofrecen nuestras calles, y lo poco edificantes de varias costumbres. Era un anciano el otro interlocutor.

—¿Habrá V. encontrado, dijo aquella, á la Habana perdida hasta la inmoralidad? Ha reparado V. lo que pasa en las calles: ¡qué corrupcion!

—Me parece, señora, que no es un cuadro en que haya mucho que recomendar; pero quisiera que V. se fijase en su pregunta, ¿de qué cosa que pasa en las calles me habla V?

—Hágase V. el inocente! Dicen los periódicos que hay calles en donde es imposible que transiten señoras, por la desenvoltura de especiales mujeres.

—Es verdad ¿y qué?

—Y no solo en las palabras y acciones que ejecutan, sino hasta por la poca modestia y honestidad de los trages.

—Es verdad ¿y qué?

—Pues me gusta su cachaza! yo que creí que V. tronaría......

—No, señora, es síntoma el trueno de la existencia del rayo y yo nada tengo de eléctrico: soy un pedazo de tolerancia histórica aquí donde me vé, y creo que el mundo marcha á pesar de las tentativas que se hacen por los reaccionarios para detenerlo y aún retrogradar.

—Es decir que V. es como mi marido; *positivista evolucionista* y hasta acepta la *reversion* en *moral*.

—No es exacto ¿y qué?

—Pero hombre, por Dios, contésteme V. claramente y no me repita ese *¿y qué?* como *ora pro nobis* de letanía.

—Pues le digo á V. que hemos adelantado á pesar de todos los pesares: que V. discurre como no lo hubiera hecho su abuela, que en lugar de discutir se habria ido á rezar para que la Providencia mejorase el mundo; que ahora hay

periódicos que denuncian los abusos y predican la moralidad; y ántes, nuestros abuelos esperaban á que el párroco ó el capuchino misionero predicase contra las modas, para saberlas y adoptarlas, segun Gallardo, que no es un santo Padre pero sí un gran crítico.—Antes, cada cual en su casa y tras menudas celosías se enteraba de los abusos oyendo las prohibiciones de los *bandos* ó las pastorales de los prelados. En esta tierra hay mucho calor y la desnudez es una de sus malas consecuencias. Hubo aquí un Capitan General que se llamó Navarro, hombre severo y sumamente aficionado á poner en órden todo lo que le parecía desarreglado, y publicó varios bandos; una de las cosas que le llamaron la atencion fué la ligereza de los trages, su escasez y *parcial* supresion en las mujeres, no diré nuestras abuelas por *eufonía*. He aquí lo que publicó, que vale muchos *sueltos* de periódicos: "La relajacion que se observa *con horror* cristiano en las *mujeres* de pocas obligaciones nace de la falta de temor á Dios y *á la justicia*... y la libertad con que se dejan ver en el público ..." El gobernador mandó encerrar en las *Recogidas* á cuantas anduvieran *con trages deshonestos* por calles y plazas. Pero entónces (1777) la indecencia en el vestir fué más general, *tocaba en deshonestidad*. Solian andar sin *camisas* las mugeres del pueblo blancas, *indias*, y de color libres y esclavas: que consistía segun S. S. en que á ese abuso "cooperan el poco *pudor de los amos* y la *ninguna vergüenza de ellas: mando que desde este dia* ninguna mujer blanca, india, parda ó morena, *salga á la calle* sin guarda pié, enaguas, saya y camisa, vestida onestamente" (así está escrito sin *h*, bien que la ortografía de todo el impreso andaba tambien sin camisa y sin enaguas.) Vea V. como *salian* á las calles por los 8 barrios que entónces tenía la ciudad á pesar de los bandos del intruso Conde de Albemarle y de su sucesor legítimo el Conde de Ricla, desde 23 de Setiembre de 1763.

—Eso no puede ser, y ahora le agrego yo ¿y qué? como V. respondía á manera de letanía.

—¿Y qué digo? que sus esfuerzos no fueron completos, y sus sucesores, hasta el insigne Don Luis de las Casas, tuvieron que dictar órdenes y órdenes para morigerar las costumbres siempre mejorando en el pais.—Las costumbres religiosas, que así se llamaban las corruptelas del catolicismo en las profanas fiestas de las novenas y *férias*, y las procesiones de *disciplinantes*, repetian aquí en *terreno fértil* por su calor y *humedad*, los excesos condenados en Europa. No habia periódicos que azotaran sus vicios, porque la imprenta no se habia aclimatado, entre otras cosas, y era lo ménos récio, porque no habia *consumidores* ó lectores paganos: pero teníamos edictos episcopales que terciaban con los bandos contra jugadores y malhechores y vagos y perdidos que apremió nuestro benemérito Don Luis de las Casas.

—Siempre citan á las Casas, pero es tradicional que participaba de las ideas franco-revolucionarias hasta ser republicano.

—Pues el Sr. Tres Palacios no era participante de las ideas de nadie: fué siempre original hasta en su oposicion á cuanto proponía el ilustre Jefe ántes nombrado. El pueblo decia que "entre Casas y Palacios iba la Habana á quedarse en la calle;" pero esto no quita la verdad de que habia deshonestidad y vicios

en las ceremonias en que figuraban *disciplinantes*, en que con achaque de penitencias se consentian abusos, y todo demuestra que seguia en otra forma, lo que ya en sí era un progreso, el poco *pudor* y la *ninguna vergüenza* que denunció el poco sufrido Sr. Navarro García de Valladares.

—¿Y cree V. que la policía no sería mejor?

—Sobre esto tiene que ser mayor el progreso por más que no sea la mejor, ni siquiera igual á la de otros paises *mas gobernables:* figúrese V. que se sabía de la division de barrios por los nombres que les tenia puesto el vulgo, y el vulgo se componia de las dos terceras partes de las castas. Luego se nombró un vecino de diputado por año, que gratuita y anual fué su institucion. Hízose esta reforma coetánea con la division de barrios de Madrid, despues de un motin popular. Las patrullas y las rondas las manejaban los alcaldes y regidores, *á quienes faltaba el tiempo* para oponerse á las riñas y pendencias colectivas de los unos con los otros. El barrio de *Campeche* (Belen) peleaba con el de la *Legía* (Santo Cristo): el del *Cangrejo* (el Angel) se las habia con los *Doce Pares de Francia* (el Monserrate) nada ménos: la *Pluma* (San Agustin), *las Llagas* (San Francisco) y *la Estrella* (Santo Domingo) eran ménos belicosos en cuadrilla, pero más *pecadores* en cuanto á profesiones, pues por allí se ejercitaba el comercio en que se empezó á usar el *palo de Campeche* con agua para aumentar el vino. En la vida social puede decirse que las formas expresan el progreso: si V. lee el primer cronista de Cuba, que fué un criado del Gobernador y llamado Parra, verá que las sillas de las salas eran *bancos* de madera *sin respaldar* en los más de los casos; que la gente acomodada mandaba *madera* á España para que la devolviesen convertida en muebles, y es singular que casi siempre eran camas. Hay ahora inmoralidades entónces imposibles y tendrá que haber otras si se aumentan las esferas de la accion humana: ¿cómo era posible que hubiera fráudes y pecados administrativos y políticos si nó habia empleados en el número y *forma* que hoy; ni se conocía la política donde dijo un virey que de los súbditos no era admisible más que la obediencia y el silencio: esto porque algun mexicano murmuró por fanatismo religioso contra Cárlos III, cuando la expulsion de los Jesuitas?

—No siga V. ese rumbo: para detenerle no tengo más que citarle los *Ñáñigos* hoy. . . . ¿le parece á V. progreso?

—No precisamente progreso; pero lo es y grande que la prensa *toda* unánimemente los condene. Yo toleraría los cabildos de africanos, si africanos hubiera en edad de bailar, como existian en los últimos tiempos de la trata. Tenian sus tangos en las orillas de la ciudad un dia á la semana. El gobierno les reconocia sus *capataces* y se formaban reglas que guardaba el escribano de cabildo; no se les permitia llevar *fetizos*, ni el baile de la *culebra;* ni nada que recordase la idolatría y por lo regular elegian un *patrono* de nuestro calendario cristiano. El dia de *Reyes*, los esclavos del Rey, que eran muchos en toda la América, iban á pedir á la representacion de su amo el aguinaldo y luego entraban en el patio los demás cabildos. Como esto no era permitido, pues no debia serlo, á los negros *criollos*, cubríanse éstos el rostro y casi siempre con los

congos asistian á la fiesta, hasta que se descubrió el ardid y *siempre* fueron prohibidos los *ñáñigos*.

—Me alegro saber eso: ¿conque confiesa V. que es una *reversion*, segun sus amigos *reversion* moral?

—Yo cuento la historia pasada y si algun dia me ocupase de la contemporánea llamaría á *esa concesion*, si ha existido, una indulgencia peligrosa; y si hay una sociedad mixta, como se crée, de malas tendencias bajo ese disfraz, no se repetirá, créalo V.

—Lo que yo creo es que el mundo se corrompe más cada dia, porque la religion se vá extinguiendo, y las masas de los pueblos se sobreponen á los pocos inteligentes y virtuosos que debian dirigir la sociedad.

—Yo acepto lo de la inteligencia en todo lo que V. dice; y perdone V. que en esta materia contradiga á una dama en lo demás. Yo estoy muy léjos de ser positivista, y si V. quiere con esto llamarme ateo, estoy aún más léjos de serlo; pero creo que la opinion y la inteligencia deben gobernar al mundo: dé V. instruccion á las inteligencias y las *mejorará*: los hombres serán siempre séres morales, y por lo tanto libres; pero habrá ménos infracciones de la ley moral conocida y respetada por la *opinion*: opinion que principia en el hogar en donde se acostumbre el niño á ver que su padre para ser bueno no necesita de un verdugo; ni para trabajar de un cómitre; ni para vivir civilmente de un vigilante de la policía.

—Todo eso está bien en teoría, pero el mundo se disuelve en la inmoralidad, no le quede á V. duda: lo he leido en muchos libros, de ellos algunos muy nuevos.

—Esos libros á que V. se refiere, hijos de intereses reaccionarios, tienen su respuesta todos, todos, todos; pero no podría yo hacer que su autoridad desapareciera á sus ojos: si la historia es en lo que *tiene de filosofía, el espejo de la humanidad*, yo me conformo con la historia y hasta encuentro graduaciones en las infracciones morales: ¿no le parece á V. que hay diferencia entre la legislacion que permitía abrir *el vientre de un siervo* ó *esclavo* para calentar los piés de un *baron* que se helaba, y lo que sucedia especialmente sobre esclavitud entre nosotros desde el honrado general Valdés hácia los últimos tiempos? Escabrosa es para tratarla con una señora esta materia, pero ahí están los libros: las discusiones de las asambleas; véa V. en nuestras córtes de 1811 la supresion de derechos feudales, los que habian heredado los monges de Poblet, conmutados en dinero, que hacen por su recuerdo erizar los cabellos. Véa V. como se olvidaban los mas sublimes preceptos evangélicos, que solo hará prácticos y generales la instruccion de los pueblos. Yo me retiro, pues no hemos de ponernos de acuerdo: ni pensé nunca que fuese V. enemiga del progreso: ¡ay! de los que se pasen!

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.



Landaluze Dibujó — *Fototipia Taveir*

LA MULATA DE RUMBO

LA MULATA DE RUMBO.

Ella en su clase, en su esfera, entre los suyos, valer puede tanto como cualquiera otra.

Pero el elemento heterogéneo que la seduce, que la conquista, que la malea y la pervierte, responsable es de sus faltas, de sus vicios, de su despreocupacion.

Leocadia, por ejemplo, mulata de rumbo y *de rumbas* particularmente, debe la fama de que goza, sólo á esa circunstancia.

Muy jóven era todavía cuando la conoció Gerardo. El era rico y la deslumbró con sus dádivas. Sucumbió como sucumben tantas.... en casos análogos, y principió para Leocadia la vida indolente, la vida del desórden, del abuso y de la inmoralidad.

Gerardo tenía una posicion social, se habia formado una familia y érale por tanto forzoso guardar las apariencias.

Leocadia vivía, pues, sola en su casa, atestada ésta de muebles lujosos, de cuadros chillones, de objetos mil, supérfluos los más, pero que ella exigía á Gerardo, sólo por satisfacer su capricho, y porque en esto fundaba la mulata su vanidad, juzgando ser la mejor prueba del imperio y predominio que ejercía sobre Gerardo.

Los séres incultos, inferiores, parecen no dar valor sino á los sacrificios pecuniarios. Una onza de oro arrojada á la calle, un billete de Banco reducido á cenizas, les da una alta idea de la persona que ejecuta accion tan desusada.

Leocadia habia más de una vez sometido á Gerardo á pruebas semejantes. Y como él se prestaba gustoso á cuanto á ella se le antojaba, teníale en el concepto de un hombre capáz de las mayores heroicidades, tratándose del dinero.

—Usted es felíz, *Cayita;* le decía una vecina de la casa inmediata.

—¿Feliz yo, hija? Ni que lo crea.

—¡Cómo nó! Con tanta abundancia de cosas ricas, con tanto rumbo ¿tiene usted valor de quejarse?

—Todo fatiga en este mundo, Juanilla, todo aburre y empalaga.

—¡Ay, *Cayita,* no diga eso: mire que si el Señor la oye, la puede castigar....!

—Dios no se mete en esas cosas, Juanilla; además, que yo digo lo que

siento. Mire usted: más gozo yo y me divierto en una *rumbita* con las de mi color y de mi clase, en union de jóvenes de buena sociedad, donde reinan la franqueza y la alegría y *la bullanga*, que no cuando viene *ese* y me trae dos ó tres vestidos de seda, un abanico de nácar, unos aretes de brillantes y unas pulseras de oro.... Créame usted, se lo juro por esta santa cruz: estoy de oro y de seda y de brillantes, hasta las orejas.

—Si usted tuviera que arrear como yo diariamente para ganarse *la butuba*, no se expresaría de esa manera, *Cayita.*

—Eso quiere decir que por allá anda mal *el bofeteo*, ¿no es eso?

—Mal es cualquier cosa; *malísimamente*, hijita de mis entrañas. Con decirle que tengo seis bocas que mantener y yo siete, ayúdeme usted á sentir.

—Pues, hija, aca *se bota* la comida, con que nada más le digo. Cada vez que quiera, venga y se llevará todo lo que encuentre.

—Muchísimas gracias, *Cayita;* no en balde tiene usted tanta suerte: ya se vé, con tan buen corazon ¿cómo no la ha de favorecer la Providencia?

—¡Válgame Dios! Pues si á mí no me cuesta nada.... Quien paga, paga.

—Sin embargo, así y todo, hay otras muy egoistas....

—Vamos, no sea *alabanciosa* y dígame adios, que me voy á *tumbar un ratico* en la cama, pues tengo un cansancio que me estoy muriendo....

—Adios, *Cayita*, y que los ángeles y serafines se le aparezcan en sueños y *le canten las letanías*....

—Gracias, Juanilla, hasta *lueguito.*

Leocadia iba á acostarse, como habia dicho, nada ménos que á las doce del dia, cuando llegó á la casa uno de sus amigos *de rumbas*, acompañado de otro jóven que iba á presentarle.

Pronto se familiarizó éste con la mulata, principiando desde luego á galantearla.

Como era natural, la conversacion rodó al punto sobre *las rumbitas* al Vedado, y Leocadia propuso que el domingo próximo se efectuase una á dicho lugar.

—¡Magnífica idea, *prieta santa!* exclamó Floro, su amigo; éste va con nosotros; añadió señalando á Camilo, que así se llamaba el presentado.

—Bailarémos un danzon; dijo Camilo, acercándose á la mulata.

—¡Quite, quite! Nosotros nunca hemos entrado en abusos, *negrito lindo:* vamos á parar; contestó ella, rechazándolo con afectada coquetería, y valiéndose de ese singular vocabulario con el que tan familiarizados se hallan algunos jóvenes.

—Para los danzones no hay otra, chico, observó Floro; cuando baila *el Similiquitron*, tiene *una bulla* en la cintura que echa fuego y *una caidita de aronga*....

—A mí el que más me gusta es *Oligamba:* ¿te acuerdas, Floro, en la última *rumba?*

—¿Y dónde me dejas *el Yambú*....? Este pobre ha estado cuatro años *fuera*, viajando, como los fogones, *entre parientes*, y no sabe nada de eso.

Camilo al oir á Floro, le dió una amistosa trompada, que éste le devolvió con no ménos agasajo, y prosiguió la conversacion.

—¡Ah, pues entónces se vá á volver loco, porque yo creo que es muy pillo! saltó Leocadia, guiñando los ojos.

—¿Quién no se arrebata contigo, *mi madrecita?* replicó Camilo, haciendo un gesto expresivo á Leocadia.

Aquí entró el referir al jóven lo que se gozaba en esas *rumbas* y explicarle en lo que consistian.

—Se baila con arpa, violin y flauta, hasta más no poder; dijo entusiasmada Leocadia.

—¡Y vá cada hembra, *así!* repuso Floro, sacudiendo el puño.

—Se come sobre la yerba, arroz con pollo, pescado á la manchega y se bebe sangre de doncella hasta *jalarse;* prosiguió estasiada la mulata.

—Pero ántes hay aquello de bañarse en el rio; añadió Floro, no ménos deleitado con el recuerdo.

—En fin, la mar con todas sus islas y cayos *ayasentes;* concluyó Leocadia, saltando en el asiento de puro gozo.

Camilo estaba frenético y cada vez más enamorado de su nueva amiga.

Cuando llegó el momento de despedirse, Floro provocó un ofrecimiento en forma, y Leocadia, accediendo, dijo con mucho énfasis:

—Yo me llamo Leocadia Bergamota y Zampallon; soy muy buena, miéntras *no me pinchan,* y no pienso más que en divertirme, que és lo único que se saca de este pícaro mundo.... Con que ya tú sabes la casa, *hijito.*

—Yo soy Camilo Botero, dijo por su parte el jóven, haciendo exprofeso una reverencia zurda, y te juro que te idolatro, divina Leocadia, *conserva de azúcar y canela.*

—¿Cómo Botero? preguntó rápidamente la mulata; ¿tú eres pariente por casualidad, de un tal *Geraldo,* que tiene ese mismo *apelativo?*

—Ya lo creo, ese es mi tio, hermano de *mi viejo,* con quien vivo yo. ¿Por qué me lo preguntas, *trigueña* zandunguera?

Leocadia lanzó una sonora carcajada que dejó un tanto suspenso á Camilo.

—¿Y tú lo sabias, Floro? preguntó la mulata á éste, el que á su vez se echó á reir con estrépito.

La explicacion, que sin escrúpulo alguno, siguió al anterior diálogo, es de presumir que sorprendería de un modo particular al jóven; pero como comprendía que habia simpatizado con la mulata, por las demostraciones que ella le habia hecho, y él era muy pillo, segun decía Leocadia, no se desanimó con semejante descubrimiento; ántes al contrario, le pareció chusca la idea de hacer la conquista de quien se presentaba á sus ojos bajo tales auspicios y en circunstancias tan singulares. Así es que se consideró desde aquel momento el triunfante rival de su tio.

Algunos dias despues, cuando ya la anunciada rumba al Vedado habia tenido efecto, y por consiguiente entre Camilo y Leocadia, se habia establecido la más completa intimidad, la mulata, cediendo á un irresistible deseo de expansion, hallábase en conferencia con su vecina Juanilla, que por cierto trataba de disuadirla de lo que ella calificaba de *una mala hora* y de una tentacion

de Barrabás, por las razones que aducía con no poco calor y manifiesto *desinterés.*

—Usted está dejada de la mano de Dios, *Cayita*, cuando así determina de su suerte. Resulta *de que* las muchachas *no refleisionan* y se *encalabernan* y pierden su bienestar por un capricho, mas que luego les pese y se tiren de *las greñas*, cuando ya la cosa no tiene *compostura.*

—¿Y le parece á usted, Juanilla, que yo no dé entrada en mi pecho á las ilusiones del amor; que no corresponda al cariño de otro mortal y permanezca *viuda* toda mi vida, sólo por consideracion á los cuatro *riales* que tiene *Geraldo*, que es ya un *vejancon* para mí, todo *canisiento* y casi casi arrugado? ¡Digo, con cuarenta y dos años sobre sus costillas, y yo todavía una muchachona fresca y sanita como una manzana....!

—Ríase usted del amor, *Cayita*, de las ilusiones y de todas esas boberías que á nada conducen.... Lo positivo son los buenos bocados, la buena ropa y el lujo y *la bambolla.*

—Y muérase una de tristeza miéntras tanto y no sienta y no goce de las dulzuras de la pasion correspondida como Pablo y Virginia.... Aquí dónde usted me vé, yo he amado mucho en este mundo; pero he sido muy desgraciada....

—Todo eso se lo lleva el viento, *Cayita*, y en cambio, las onzas de oro cuando son bastantes, sirven de contrapeso y le evitan á usted dar un batacazo.

—En resumidas cuentas, yo he dado ya mi palabra á Camilo, un jóven tan *fragante* y tan simpático, estoy comprometida y no me vuelvo atrás, por todo el oro del mundo.

—Pues, *Cayita*, con su pan se lo coma, si es que le queda á usted *pan*, así que se descubra el pastel.

—Hablando ya de otra cosa, Juanilla, dijo tras una breve pausa, Leocadia, el sábado celebro yo mi cumpleaños y tengo aquí en casa un convite y un baile todo el dia, con arpa, violin y flauta, *de echa cocó pá la saranda.* Con que si usted quiere tocar parte y pasar un rato en tan amable compañía, ya sabe que tendré mucho gusto.

—¡Ay, *Cayita!* ¿cómo pudiera yo desairar á una amiga tan generosa como usted, cuando me convida nada ménos que á *reponer las fuerzas* y á distraer las amarguras de una vida tan perra? Allá iré desde *tempranito* para disfrutar de todo.

Un coche que se detuvo ante la casa, cortó la conversacion de Leocadia con su vecina. Era Gerardo el que llegaba y que arrojándose del carruage, entró precipitadamente y cerró tras sí la puerta con furia.

Juanilla pudo oir entónces desde su ventana, ruido de voces y golpes como de muebles que chocaban con violencia.

El altercado duró más de una hora. Cuando salió Gerardo, á Juanilla no le quedó duda de que el diablo habia tirado de la manta.

Diré en breves palabras lo acontecido. Cierto individuo que estaba muy enamorado de Leocadia, y á quien ésta habia rechazado siempre, hecho cargo

de los amores de la mulata con Camilo, quiso vengarse de sus desdenes y desprecios y puso al corriente de todo á Gerardo, de quien se decía amigo.

Este se quedó al pronto pasmado; pero encendiéndose luego en ira, corrió al cuarto de su sobrino, con objeto de ver si hallaba allí alguna prueba convincente. La llave estaba puesta en el armario y abriéndolo, registró las gabetas con febril ansiedad. Poco duró su incertidumbre, pues lo primero que vió fué un retrato de Leocadia con su dedicatoria correspondiente.

Apoderóse de él y esperó con rabiosa impaciencia la vuelta del desprevenido jóven.

Renuncio á referir la terrible escena que se verificó una hora más tarde á solas, entre el tio y el sobrino, pues la esposa y las dos hijas de Gerardo habian ido á las tiendas. La pluma se resiste verdaderamente á bosquejar un cuadro semejante de inmoralidad y de cinismo por una parte y otra.

Camilo estaba pervertido. Huérfano desde bien jóven, su tio Gerardo, á cuyo abrigo habia quedado, jamás habia podido imbuirle ideas de pundonor y delicadeza, puesto que él mismo carecía de ellas. Lo único que habia hecho cuatro años atrás, y eso por quitárselo de encima y evitar que le descubriese *el güiro*, como él decia, habia sido facilitarle los medios de que viajase por Europa.

De más está añadir, que el mayor castigo que Gerardo impuso á su sobrino, fué privarle de todo medio de tener dinero en lo sucesivo. Ante este resultado, Camilo pensó á su vez ejercer su venganza, poniendo á su tia al corriente del escandaloso hecho; pero Leocadia con más tacto que él, le hizo desistir de tan descabellado propósito.

Despues de la ruptura de ésta con Gerardo, como se hallase, cual le sucedía casi siempre, sin fondos, á pesar de las prodigalidades de aquel, su primer pensamiento fué empeñar todas las prendas que poseía, para poder celebrar su cumpleaños.

Camilo se encargó de esta comision; pero tuvo la desgracia de que al retornar de ella, le asaltaran dos hombres, puñal en mano, y lo despojasen de cuanto llevaba consigo.

Leocadia puso el grito en el cielo y hasta llegó á dudar de la veracidad del jóven. Este, penetrando quizá la sospecha que habia concebido la mulata, sin darse por ofendido, le aseguró que él pondria remedio á todo, proporcionándole mayor suma que la robada.

Aquella misma noche falsificó la firma de su tio y á la mañana siguiente, un amigo de éste le entregó sin dificultad mil pesos, que Gerardo le pedia prestados con cualquier plausible pretexto.

Llegó, pues, el dia de *la jaranita*, reuniéndose en casa de Leocadia, hasta media docena de mulatas, Floro, Camilo, un negrito tabaquero, primo de la heroina de la fiesta, á quien llamaba *Tatica*, la consabida Juanilla y cuatro ó cinco individuos más invitados al *guateque*, sin contar los tres músicos pardos, que tocaban los referidos instrumentos.

Leocadia, bailando desenfrenadamente con Camilo, reía, gritaba, se retorcía

como una serpiente, y era objeto de la admiracion y de los aplausos de la concurrencia.

Los danzones se sucedían unos tras otros, sin tregua y sin descanso, tales como *La mulata Rosa*, *¿Dónde vá Canelo?*, *Las Campanillitas*, *La Guabina*, *Las cuerdas de mi guitarra*, *La niña bonita*, *Apobanga* y los demás que están en boga

En medio de la confusion y del tumulto, oíanse ciertas frases características de semejantes ocasiones y circunstancias, que no puedo ménos de trascribir.

—*¡Oh, bella!* exclamaba uno de los concurrentes, haciendo chasquear la lengua, é introduciendo la cabeza entre Leocadia y Camilo, que giraban vertiginosamente, y que lo hacían retroceder con su impulso.

—*¡Goza, siboney!* gritaba otro, aproximándose por detrás al compañero de la mulata; eso está *muy aseado, mi hermano!* ¡Así me gusta, *Cubitas!*

Los ojos de Camilo brillaban, miéntras que Leocadia sonreía enagenada.

Habia pareceres que discordaban acerca de las parejas que *más lucían.*

—*¡Ahí está la bulla!* aseguraba uno de los espectadores, mostrando á cierta mulatica muy esbelta, que se contoneaba á lo sumo y á quién llamaban *Sapito en el agua.*

—¡Bien, Adelaida! ¡Ave María, Simon! Aguanta, muchacho! ¡Aquí se siente el goce *hasta la madre de los tomates....!*

En uno de los ángulos de la sala, se abanicaba *Guayaba-blanca*, oyendo los requiebros de *Lencho.*

—¡Quiéreme, que me estás matando, vida y dulzura, pedacito de almendra, gloria celeste....!

—*Paluchа* sola; contestó *Guayaba-blanca*, dando un *safacuerpo.*

—*¡Negra, tú no vá queré...! ¡Si tú quisieras!* insistió *Lencho* cada vez más almibarado.

—¿Será posible tanto amor, *Chato*? preguntó ella, remilgándose; y dígame, ¿ya *no se recuerda* de Vitalia, la de la calle de *Factoría*, la que se retrató *con el hábito*?

—*¡Me tiró con el perro!* exclamó *Lencho*, dando un taconazo.

—Miéntras usted no se *rectifique* de ese compromiso, no me *desbarate más los sentidos;* dijo con acento firme *Guayaba-blanca.*

Un nuevo incidente del danzon que se bailaba, cortó el amoroso coloquio.

—*¡Extiéndete verdolaga!* se oyó decir de pronto á una de las bailadoras; *¡Abrete, serpenton! ¡Sopla, cornetin!.....*

—*Arrepara*, dijo uno de los *mirones* al que tenia al lado; ese *sandunguеito á lo Luis Quince*, es *de lo de no hay más allá.*

—Eso está *como mono*, contestó el otro.

—*¡Qué bien le diste á la pelota!* digéronle á un mulatico, cuya compañera se había sentado por habérsele *torcido* un pié.

—Yo siempre estoy *con el bate*; respondió el susodicho.

—Te portas, *inglés.*

—Como quien soy, *Sancadilla.*

A vueltas de tales *dicharachos*, promovíase de vez en cuando una disputa

entre dos bailadores, que si bien no tenia consecuencias, solía interrumpir el baile; pero Leocadia, interviniendo, cortaba al punto el altercado y proseguia luego el danzon, con mayor embriaguez y entusiasmo.

Juanilla, que ya no bailaba, iba constantemente á la cocina, en la que residía para ella el foco del placer, y so pretexto de cerciorarse de si estaban bien sazonados los guisos, pues se la daba de gran cocinera, engullía allí á sus anchas cuanto quería, retornando en seguida al comedor, en donde apuraba copas y más copas de licor, para confortarse el delicado estómago, segun decía.

Dejemos que siga *la jaranita* y veámos lo que ocurria miéntras tanto en otra parte, relacionado con nuestro asunto.

Aquel individuo que habia revelado al tio *la travesura* de su digno sobrino, no hallándose aún satisfecho en su venganza, así que se hubo enterado de que Gerardo habia roto con Leocadia, pues como no cesaba de rondar la casa de la mulata, hallábase al cabo de cuanto en ella sucedía, trató de avistarse de nuevo con el amigo, para ver el cariz que presentaba el negocio.

No fué poca la satisfaccion que experimentó, cuando Gerardo que tenia con él gran confianza, le refirió entre colérico y desesperado la nueva hazaña de su pariente.

—¿Cómo ha sido eso? preguntó disimulando á duras penas su alegría, nuestro hombre.

—Figúrate, que necesitándo ver esta mañana al amigo de que te hablo, ya al irme, aludió á los mil pesos que me había enviado. Puedes calcular mi extrañeza.

—¡Pobre Gerardo, qué sobrinito tienes!

—Es un bandido. Dadas todas las explicaciones por dicho sujeto, el cual no conoce á Camilo, comprendí en el acto que éste era el ladron, y callé de vergüenza y de miedo, aunque me comprometí á devolver la cantidad. Quisiera, pues, saber donde se halla en este momento el miserable, para acogotarlo. ¿Estará en casa de esa perversa?

—No lo creo, porque al atravesar yo el Parque, hace pocos instantes, he visto á Leocadia en un coche, en direccion á la calle del Obispo; contestó el muy solapado, mintiendo descaradamente.

Con cualquier motivo, abrevió la visita, y corriendo á su casa, escribió un anónimo al amigo de Gerardo, diciéndole dónde podia ser atrapado á aquella hora, el autor del robo de los mil pesos.

Salió de nuevo á la calle y ya junto á la casa en que aquel vivía, á un muchacho que pasaba, púsole en la mano un billete de á peso y la carta, para que entrase y la entregara al portero.

El que recibió el anónimo, creyendo prestar un verdadero servicio á Gerardo, dió el parte sobre la marcha á la Policía, uno de cuyos funcionarios, seguido de la pareja de Orden Público consiguiente, llegó una hora más tarde á casa de Leocadia, cuando *la jaranita* estaba en todo su apogeo.

Puede figurarse el lector lo que allí ocurriría. Camilo en el acto fué preso

y la reunion por de contado disuelta, en medio del sobresalto y la alarma que es de suponerse se apoderaría de toda aquella alborotada gente.

Cuando Leocadia se quedó sola con Juanilla, pareció que se volvía loca. Lloró, pateó, se revolcó é hizo tales demostraciones, que su estado llegó á inspirar sérios temores á su compañera.

A los ocho dias, sin embargo, estaba de tal manera consolada, que nadie hubiera podido sospechar lo que por ella habia pasado.

Baste decir, que un nuevo protector, hombre de posibles, se habia encargado de reponerle todas sus prendas y alhajas, dejadas en la casa de empeño; y que cuando salía á la calle, llevaba ese aire tan satisfecho y ese semblante tan provocativo, con que la representa el hábil y siempre inspirado Landaluze.

Francisco de Paula Gelabert.

ARTÍCULO DE OTROS TIEMPOS.

MATILDE Ó LOS BANDIDOS DE LA ISLA DE CUBA.

I.

«Las almas de los justos están en la mano del Señor y no les tocará tormento de muerte.»
LA SABIDURÍA.

En los tiempos en que gobernaba el Sr. Marqués de la Torre, dos jóvenes recien casados salieron de la Iglesia Mayor con la risa en los lábios y el gozo en los corazones: el éco de las palabras solemnes del sacerdote resonaba en sus oidos, cuando sentados en una magnífica *calesa* ricamente paramentada con grandes medallones, tachuelas y botones de laton dorado, damasco carmesí y flecos de seda, tomaron la direccion de extramuros, pues iban al valle encantador de Güines, en donde tenía su padre una hacienda.—Era el calesero que montaba una de las vigorosas mulas de la pareja, hermano de *leche* del jóven, por haber sido su madre, y esclava de la finca, la nodriza ó *criandera* del *niño*, que *niño* seguiría llamándose aún cuando fuese abuelo. El calesero chasqueaba su *cuarta* con puño de plata, y sus enormes espuelas, á las que daba más vigor el peso de las más *enormes botas de calesero*, caian sin piedad sobre la callada béstia á menudo, para aligerar el paso: terciaba el confianzudo negro en los diálogos de los esposos tranquilizándose recíprocamente sobre el ningun peligro del camino. A buena cuenta su machete de cinta defendería á los niños.

La severa actitud del ilustre Jefe tenía á raya á los bandidos, llamados salteadores que ántes interceptaban los caminos, y lo hicieron despues que se fué: fueron impúnes sus delitos, pues como decian los viejos, ya empezaba á corromperse nuestra sociedad naciente: si la impunidad daba brios al criminal, con el Sr. Marqués la cosa fué muy distinta.

No habia resonado en aquellos dias el funesto *silbo de los bandoleros* en los espesos bosques, bravios matorrales y *maniguas* en que se encerraban los caminos

de Cuba. Las cruces que aparecían de trecho en trecho, por la piedad de los fieles fijas en las esbeltas palmas, recogian de los vivos los sufragios por las ánimas en aquellos lugares que visitó la muerte, y hacía tiempo que no se oia el mal agorero ruido del ráudo *trabuco*, ni turbaba á las aves en sus nidos y amorosos cánticos.

En ese bonancible tiempo iba la venturosa pareja de recien casados entretenida en deliciosos coloquios de futuros planes; y los rayos calurosos del sol de Julio quebraban su vigor, cayendo verticales en las verdes hojas y espesa trama de los *bejucos*.

—Fernando, ya somos nuestros! decía Matilde, y sus lánguidos y rasgados ojos, lánguidos de felicidad, se fijaban en su esposo con aquella ternura que crea mundos de ilusion, que calienta nuestro pecho cuando amamos; aquella felicidad que embarga la voz y arrebata los sentidos: oh! si siempre se amase así!; si el hombre no hubiera nacido para llorar!

Oscurecióse la atmósfera un si es no es al principio, y luego creció de punto la lobreguez hasta la oscuridad casi completa. Cosa era muy comun en esos meses. Matilde se estremecía al ruido de los truenos. Fernando temblaba por Matilde, que nunca habia estado en el campo, y decía:

—¡Qué horror, qué horror.... estos árboles, estas tinieblas!

Suspiraba la asustada beldad y callaba. En las cercanías del rio de la *Chorrera* existe un pequeño valle cercado de montañas pedregosas, entónces cubierto de añosos árboles, de breñas y arrecifes incómodos al viajero: por medio de este valle cruza el rústico camino por donde habian de pasar nuestros viajeros. Cuando se entraba en él se creia uno separado de los demás vivientes.

Este lugar ha sido célebre hasta nuestros dias, y en él tuvieron fin las hazañas del famoso bandido *Moreno*, en los últimos años: los habaneros conocerán que hablamos de los *Montes de Cristo*.

—El cielo nos amenaza, dulce esposo, exclamó como inspirada Matilde.

—No; no, amada mia, el cielo amenaza á los malvados, y el camino está libre de ladrones.

II.

Dejóse sentir tropel de viajeros con estrepitoso ruido por el lado de la llanura á la izquierda; Matilde se unió á su esposo como se arrima á la madre el corderillo perseguido de los perros. Pronto se vieron cercados de bandidos.

—Cuanto tengo es vuestro: no toqueis á esta mujer, dijo Fernando saltando del carruaje.

—De todo se tratará, dijo con sardónica sonrisa el trigueño guajiro capitan de la partida.

Penetróse Fernando en mala parte del sentido de estas palabras: ¿iba á presenciar su infamia sin poder defenderse? Fué maniatado y puesto fuera de combate. Uno de sus criados se habia quedado atrás y saltó del caballo, creyendo

estar así más expedito para huir, sin lograrlo. ¡Considérese la situacion de la atribulada esposa!

Compuesta la partida de gente de varias castas y provincias que recogía el *presidio de la Habana*, contrastaban las huellas de pintarrajado traje andaluz y su abundancia de botoncillos, con las sucias maneras y frazada del sucio guachinango; contrastaba la atiplada voz de éste con la estentórea del capitan. Matilde se habia desmayado en el carruaje.

Los codiciosos dedos de los salteadores registraron á pasajeros y carruaje: el fiel criado de Fernando yacía á sus piés, maltratado por su caida del caballo; y el calesero fué pacíficamente desarmado y atado á la rueda del carruaje y sostenía las riendas de las mulas en las manos con harto cuidado para no ser arrastrado.

Concluido el registro se acercó el andaluz al carruaje y tomó en brazos á la desmayada Matilde. Fernando hizo un esfuerzo por soltar sus ligaduras con impotente rábia.—El acartonado y oscuro capitan reclamó la prisionera. El andaluz lo miró con desden, diciendo maliciosamente: "pesa la niña como si fuera de plata, voto á. . . . "

—San Dimas nos favorezca, el patrono de nuestro oficio como buen ladron; lícito es robar, dijo el guachinango, pero ¡votar! no; señor amo, dirigiéndose al jefe, contened al compañero; preciso que lo castigueis; ¡que insubordinacion con circunstancia agravante, disputar vuestro derecho con blasfemia!

—Vale mucha plata! El demonio me lleve si me la quita: y sus ojos brillaron, negros y encendidos con la luz del infierno.

—¿Que el demonio se lo lleve? ¡Vírgen de Guadalupe! exclamó el guachinango.

—Váyase á rezar con todo el Infierno, asqueroso bicho; le dijo sentándole un atinado puntapié un *guajiro* rechoncho y patilludo que detrás de él estaba.

—¡Dios le perdone la ofensa contra el prójimo, pues yo le perdono, incapaz de matar una pulga!

III.

Cuando todo lo narrado estaba pasando en el *montecito* ó camino de los *Montes de Cristo*, un caballo enjaezado entró corriendo *escotero* en el vecino pueblo del *Calvario*. Ya hacia tiempo que esto no sucedía, si bien ántes era frecuente. Las órdenes del Marqués Gobernador eran perentorias; el caballo conocido en el pueblo, porque era el que montaba D. Fernando. Los vecinos dieron en el momento en el lugar de las sospechas.

Al llegar al punto á que se dirigieron se realizaba allí una sangrienta escena. Durante que nos hemos apartado del lugar de la tragedia subió de punto la enemiga de los bandidos. El cadáver ensangrentado del Jefe yacía tendido á los piés del feo guachinango, que vibraba un puñal que manchó con su sangre, y lucian radiando de siniestro brillo sus pequeños y hondos ojos, como

de un gato montés. Y ciertamente parecía una asquerosa hiena contemplando el sucio alimento de que se nutre: aquel místico continente del que no podia matar una pulga enseñaba unos larguísimos y descompuestos dientes, como los garfios de un cirujano.... el que quería castigasen al andaluz se entretenía en hincar con su puñal el cuerpo mortecino de su antiguo amo, y su mano goteaba la sangre del salteador.

Alfonso, el favorecido por el asesinato del Capitan, no prolongó mucho tiempo sus ilusorias esperanzas, como se ha visto. Entre las maldiciones del moribundo y la natural sorpresa de los demás fué que se apareció el guachinango vibrando el puñal, que había tenido en la vaina miéntras atendía el resultado escondido entre la *manigua*, de donde salió al caer herido su capataz.

Fernando y Matilde, atados á los árboles en el suelo, esperaban tristes, ó halagados con esperanzas, el desenlace de la riña: ya las perdían en el momento en que se dirigía *Alfonso* á desatar una de las víctimas, cuando se presentaron los vecinos del Calvario.

—¡Gracias á Dios! exclamaron ante los libertadores los viajeros.—El cielo no abandona á los buenos, agregó Fernando.

—¡Loado sea el Señor, que me saca de cautiverio! dijo el guachinango, arrojando léjos el puñal y limpiándose las manos. ¡Loado sea el Señor, que me saca del cautiverio!

Poca resistencia ofrecieron los sorprendidos salteadores, que fueron llevados á la *Fuerza*, como estaba prevenido. Incorporáronse los viajeros á sus salvadores y se volvieron á la ciudad, y al entrar en su morada repetia Fernando: "las almas de los justos están en la mano del Señor y no les tocará tormento de muerte."

IV.

Así concluyó esta vez uno de los lances de los caminos de Cuba que no siempre fueron felices para los viajeros. Los curiosos deben adivinar el fin, pues gobernaba un jefe integérrimo: el rigor de las leyes cayó sobre los bandidos, y el dia de su ejecucion se enlutaron los sensibles corazones, áun de los mismos agraviados: las cabezas se colocaron en *jaulas* en los parajes públicos, que así lo exigía la necesidad del escarmiento; pero es fama que nadie sintió pena á la muerte del *Cuasímodo* de la partida, que se llevó al sepulcro el desprecio de todos y las maldiciones de sus cómplices; que si se disimulan los vicios en condiciones dadas, jamás se compadecen los hipócritas.

(1836) A. BACHILLER Y MORALES.



Landaluze Dibujó.

Fototipia Taveira.

EL BOMBERO DEL COMERCIO.

EL BOMBERO DEL COMERCIO.

El bombero, como el médico y el sacerdote, no tiene una hora suya; todos sus instantes pertenecen á la humanidad.

Cuando la voz de alarma, corriendo por entre la red de hilos telegráficos, va de una en otra estacion anunciando que el fuego, terrible y destructor elemento, prendió en la poblacion y que se ceba furioso, amenazando la vida é intereses de los habitantes; cuando las campanas de las iglesias con lúgubre tañer, los silbatos de la policía y el agudo y estridente toque del clarin anuncian el siniestro, todo lo abandona el bombero; padres, hijos, esposa, amigos, amada, intereses, todo cuanto hay de grande y querido en la tierra, por acudir, en cumplimiento de un deber sagrado, á salvar la vida y hacienda de sus semejantes.

La historia de la humanidad presenta en sus páginas rasgos soberbios de abnegacion y de valor; caracteres y tipos que sirven de modelos imperecederos á las generaciones, y cuadros de sublime belleza, donde los hombres estudian las excelencias del amor al prójimo; sin que esos cuadros, esos caracteres, esos rasgos, amengüen por un instante, el tipo hermoso, la grandeza majestuosa del bombero.

Y lo que en general decimos de éste, al presentarlo como salvador de haciendas y vidas de sus hermanos, en lucha constante con el fuego, tenemos que particularizarlo hoy, haciendo destacarse todas las bellezas del cuadro al ocuparnos del Bombero del Comercio, para presentarlo como tipo que por su mayor grandiosidad y hermosura, ha de contrastar con muchos que en esta galería afean las costumbres de un pueblo culto é ilustrado.

En el mundo todo es contraste: al lado de lo bello y de lo bueno, al lado de la alegría y de la vida, ha de colocarse lo feo y lo malo, el dolor y la muerte, para que aquellos puedan apreciarse en todo su valer.

¿Qué mucho, pues, que en donde se presentan para anatematizarlas, figuras tan bajas y repugnantes como el *ñáñigo*, el *gurrupié*, el *mascavidrio*, se grabe para ensalzarla, una que, como el Bombero del Comercio, honra á todo un

pueblo, y servir puede como modelo acabado de valor, abnegacion, honradez y civismo?

¿Qué mucho, que al lado de los que denigran á su país se eleve el que lo honra?

El Bombero del Comercio, nacido en la Habana al calor de una idea generosa, si no obtuvo al principio toda la elevacion á que era digno por su grandeza, ha subido á altura bastante ya en la opinion pública, y pronto esperamos verlo en el punto culminante de toda su significacion moral y material, aunque para la última tan débil ayuda haya encontrado aún entre aquellos por quienes siempre está dispuesto á sacrificar hasta la vida.

Hijos del trabajo, acomodados casi todos por su posicion, abandonan sin vacilar ésta y aquel, cuando sus hermanos necesitan de su potente apoyo; y es de verlos valientes y decididos, orgullosos con el cumplimiento de un sagrado deber, vestir con arrogancia el pantalon y la chaqueta de franela, calzarse las anchas botas, ceñirse el cinturon, y cubriendo la altiva cabeza con el tosco y duro casco de suela, correr presurosos á luchar de frente y sin cejar nunca, contra el elemento terrible, que amenaza llenar de luto y desolacion á una familia, á un pueblo acaso.

Figúrome entónces en noche de horrores al bombero, arrancarse de los brazos de una esposa ó de una madre, besando enternecido las rubias cabecitas de sus hijos, y abandonarlos á su desesperacion, sin atender á las lágrimas de aquellas, á los gritos de éstos, para correr al lado de sus compañeros, que dispuestos se hallan á dar la terrible batalla.

Figúrome ya en ella, verlo en puesto de mayor peligro, impávido y sereno, con el piton en la mano, oponer á un elemento otro elemento, ó escalar con pulso seguro y piernas firmes el edificio que las llamas muerden rabiosas, ó deslizarse como una sombra por en medio de éstas para correr en ayuda de un compañero, para salvar á un hermano; y entónces mi pluma, impotente á describir escenas tan sublimes, rasgos de tal magnitud, salta de mi mano, y arrepiéntome mil veces del compromiso que me impuse, cuando me faltan fuerzas y talento para cumplirlo.

Empero, la buena voluntad que me anima, y el deseo de que resalte con todos sus detalles esa figura del Bombero del Comercio, si no indígena nuestra, acogida con avidez por nosotros, y acomodada con ventaja á nuestro carácter entusiasta y dúctil á todo lo bello, á todo lo grande, á lo sobrenatural y riesgoso, me dará el aliento de que carezco, y aún cuando el retrato no sea digno por completo del original, hay rasgos en él, que con sólo apuntarlos se demuestra la belleza incontrastable del conjunto.

Algunos años hace, acaso diez y ocho, que por primera vez oí hablar de Bomberos del Comercio en Cuba, y aún tuve el gusto de verlos en Cárdenas, que fué, si no me equivoco, en donde primero se establecieron, casi á la vez que en Matánzas, y en donde á las órdenes del Sr. Carrerá y teniendo por segundo jefe á un amigo querido, José García Angarica, hoy en mundo mejor, grandes y muy buenos servicios prestaron á la causa de la humanidad.

Mucho despues, y sin que pueda precisar la fecha, brotó en la Habana la idea de su formacion, y desde entónces no ha habido un siniestro en que el benemérito Cuerpo no haya alcanzado el aplauso unánime de un pueblo, que ha visto en él una de las instituciones que más le honran y enaltecen.

Un bombero conozco yo, dependiente de rica casa de comercio, casado y con hijos, ocho por más señas, á quien pocos ganarán en decision y amor al Cuerpo.

Jefe de una de las brigadas de pitones y salvamento, ninguno es más diestro que él en el manejo de la manguera, y ninguno, al apoderarse del piton, sabe mantener con más fijeza el chorro y atacar con más ciencia á las llamas, siempre por los ángulos, y dominando, naturalmente, dos frentes.

Ninguno como él comprende la necesidad de tener plena confianza en sus facultades físicas para apreciar y arrostrar el peligro con serenidad; y alegra el ánimo verlo en su casa, despues de concluido su trabajo, rodeado de sus hijos y su esposa, que rien como locos, mover los brazos en todos sentidos para aumentar la fuerza y la elasticidad de sus articulaciones; levantar pesos y arrojarlos léjos de sí; doblarse sobre las corvas y levantarse con precipitacion; saltar; subir y bajar por una cuerda, lisa ó con nudos; por una escalera vertical ó inclinada, ya de cuerdas ó de madera; pasar por encima de una viga tendida con un cubo lleno de agua, y salvar obstáculos de todas clases, valiéndose de una percha á estilo de los pasiegos, cuando al hombro el contrabando, huyen entre barrancas y precipicios de los incansables carabineros.

Y estos ejercicios, que á guisa de aprendiz de volatin hace uno y otro dia en el traspatio de su casa, dando pasto á la alegria de su prole, que al imitarlo gana en robustez y crecimiento físicos, sirviéronle en apurada situacion no sólo para salvar su vida, sino para arrancar de los brazos de la muerte á una madre y su hijo.

En noche tormentosa cebábanse las llamas en un alto edificio, silbando como serpientes desatadas, y corriendo con furia terrible al impulso de un viento poderoso que las azotaba con incansable tenacidad.

Mordiendo á su paso cuanto se les oponia, con siniestro chisporrotear demostraban la rabia de que estaban poseidas; y entrando unas veces, saliendo otras, por puertas y ventanas que crujian atormentadas, elevábanse al fin con fuerza poderosa, en medio de negra nube preñada de horrores.

A los primeros toques de alarma corrieron los bomberos al distrito señalado, y allí, reunidos en brigadas como lo ordena el Reglamento, atacaron con la fuerza y decision que ellos acostumbran al elemento destructor.

En vano fueron los esfuerzos de valor y arte de que se hizo uso para estorbar el incremento de tan terrible incendio; en vano las bombas con potente empuje arrojaron contra el edificio incendiado contínuos chorros de agua; en vano los obreros, manejando incansables el hacha y el pico, derribaban tabiques y puertas y paredes para detener al fuego en su marcha prepotente; en vano las brigadas de salvamento arrojaban por los balcones todo lo que pudiera servir de pasto á las rabiosas llamas; las maderas crujian; los techos caian con aterrador

estrépito, y el incendio, tomando cada vez mayor fuerza, incremento mayor, se hacía dueño del edificio, amenazando destruirlo por completo.

Los Brigadas, atentos á la voz del Jefe, que como un general en el campo de batalla daba impávido sus órdenes, comunicaban éstas á sus segundos, que á la vez las trasmitian á los bomberos, quiénes, dóciles en la obediencia y serenos ante el peligro, maniobraban en silencio y con el entusiasmo y ardor que comunica el cumplimiento de un deber sagrado.

De pronto una voz aguda y desgarradora, sobreponiéndose á todas las voces, á todos los ruidos, se alzó en el espacio, y vióse en uno de los balcones de la casa incendiada, circuida de llamas y envuelta en humo tan negro como espeso y sofocante, á una mujer, suelto el cabello, las ropas desgarradas, y que con un niño pequeñuelo y bellísimo en los brazos, pedia con el acento de la desesperacion, desesperacion de una madre, un socorro inmediato, siquiera para su hijo.

Nuestro Brigada, que en aquel instante corria á gatas por las habitaciones llenas de humo, buscando la capa de aire respirable que hay siempre á flor del suelo, é ideando la manera de abandonar aquel inmenso horno, á donde habia entrado con ánsias de salvar, y en donde era imposible ya permanecer por más tiempo sin riesgo inminente de perder la vida, vida que pertenecia á una esposa adorada, á ocho pedazos de su alma, llegó al balcon en los momentos en que aquella mujer, aquella madre de dolor, pedia á sus semejantes un auxilio casi imposible, y elevaba á Dios sus ojos desencajados.

Un grito de esperanza resonó entre los espectadores, que en angustioso silencio contemplaban la desesperacion de aquella pobre mujer, cuando saliendo casi de entre las llamas, apareció en el balcon, á su lado, nuestro intrépido Brigada.

La madre cayó de rodillas á sus piés; pero éste, alzándola presuroso:

—¡Pensemos en salvarnos! exclamó.

—¡Salvarnos!.... ¿Y cómo?

—Yo os bajaré, señora, y subiré en seguida á buscar al niño.

—¡Nunca! gritó aquella pobre madre. ¡Nunca! ¡Salvadlo á él!

No habia tiempo que perder.

Las llamas asomaban ya por el hueco de la puerta, lamiendo insidiosas las maderas de ésta, y era imposible resistir por más tiempo el calor que despedian.

El bombero desató en silencio la escala de cuerdas que llevaba al hombro enredada en bandolera, ató con fuerza uno de sus extremos á los hierros del balcon y tiró la escala, que quedó flotando en el espacio hasta media vara del piso de la calle.

Mil personas corrieron á sujetar el extremo pendiente.

Entónces, aquel hombre extraordinario arrancó al niño de los brazos de su madre, quien cayó sin sentido en el suelo, y bajando rápidamente por la escala con su preciosa carga en brazos, la depositó bien pronto en los de todo un pueblo que le esperaba abajo.

Ligero, y sin detenerse un instante á pensar en lo que hacia, subió de

nuevo á donde estaba la mujer desvanecida; atóle con las puntas del pañuelo cada una de sus muñecas, tomóla en sus brazos, y pasando la cabeza por el lazo que formaba aquel y el pecho de ella, empezó á bajar paso á paso y colgando de su robusto cuello por las manos atadas, el cuerpo inanimado de la pobre madre.

Un silencio de muerte reinaba en torno; pero cuando el pueblo asustado recibió en brazos á la mujer y á su salvador, un grito de júbilo, grande, atronador, inmenso, resonó en el espacio.

El Bombero no pudo apénas oirlo, porque al librarlo de su carga cayó desvanecido y como privado de la vida.

Cuando volvió en sí, una mujer, una madre, de rodillas á su lado, alzaba á Dios sus preces fervorosas, y un pequeñuelo, bello como un ángel, le tendia sus manecitas.

Pensó entónces en sus hijos, pensó en su esposa, madre como aquella tambien, y se sintió orgulloso de haber cumplido con su deber.

El relato que os he hecho, lectores queridos, el tipo que os he bosquejado en un Brigada imaginario, pueden ajustarse á los Bomberos todos.

La heróica accion que habeis presenciado, lo mismo la ejecutan desde el Jefe al último de esos valientes que forman tan benemérito Cuerpo; y el tipo es comun á cualquiera de ellos.

Este último, sin embargo, presenta á veces algunas diferencias que es preciso notar.

No siempre es el Bombero un hombre á quien sólo ocupan el trabajo y las dulzuras del hogar doméstico.

Fácil es ver en ese Cuerpo á jóvenes, que sin más ideales en su temprana edad que los placeres brindados por el mundo á la juventud, saben olvidar éstos, cuando el deber los llama; y dejando á un lado el baile y sus goces, el teatro, el café y hasta la novia, si la tienen, tiran el charolado zapato, el correcto y atildado *flus*, por vestir el uniforme, y deshacen sin consideracion las coquetuelas *conchitas* para ponerse el casco, que en ellos simboliza un hombre de corazon.

Otros son incansables obreros que pidiendo al trabajo corporal durante el dia el pan que han de llevar á sus familias, olvidan el cansancio que los abruma por correr á cualquier hora, en ayuda de sus hermanos.

Todos son, en fin, miembros valiosos de una sociedad que debe enorgullecerse de contarlos en su seno, y gozar sin término al presentarlos como un modelo de abnegacion y valor, digno de todo respeto.

El placer, la fortuna, los honores, pasan por la tierra con la prisa que nos visita la felicidad. El bien que hacemos á un semejante, además del goce que proporciona á quien lo hace, nunca se pierde entre los hombres; y si por una aberracion inconcebible no halla eco en el corazon humano, siempre resuena en el cielo, alegrando los alcázares del Señor.

En este sentido, el Bombero nada tiene que envidiar á los que más se sacrifican por sus hermanos: sin aspiraciones de recompensas en que no se fijan

principalmente, y que en último caso se reduciria á cambiar el negro cinturon por uno blanco, como signo distintivo, su principal objeto se cifra en luchar frente á frente con un elemento que, al desencadenar su furia, tantos males ocasiona.

Celebremos, pues, esa abnegacion sin límites, y al presentar al Bombero del Comercio como uno de los tipos que más honran á la sociedad en que vivimos, hagamos votos porque al imitarlo, desaparezcan de entre nosotros los que, contraste manifiesto del que acabamos de bosquejar débilmente, degradan nuestras costumbres, y nos rebajan á los ojos de la civilizacion.

Fernando Urzais.

(Habana 7 de Febrero 1881.)

UNA QUE ME CONOCIÓ CHIQUITO.

Distraido y preocupado iba yo hace pocas mañanas, no sé por qué calle, revolviendo en la imaginacion diversos asuntos de artículos de costumbres, porque *se me venia encima* el domingo y áun no tenia tema escogido, cuando sentí que me llamaban.

—¡Eh, eh! ¡Alto ahí, *cimarron, despegado,* que no conoces *á la gente* y te pasas por aquí sin dar siquiera los buenos dias!.... Sí, sí, contigo es la cosa, *espejuelitos;* no te azores tanto, que yo no me como á nadie.... ¡Ay! *¿tuavía* te estás ahí clavado, sin venir á darme un abraso y *un be....?* No, tú no querrás ya besar á una vieja, *revieja,* como yo. ¿Verdad?.... ¡Já, já! hombre, ¿qué es eso? ¿no caes? Yo soy *Tera*.... ¿ya te acuerdas, bribonazo?.... A la fuerza.... *Una que te conoció chiquito,* que te ha *cargado* un millon de veces, que te hacia cosquilllas y te guardaba rosquitas de *cativia* y galleticas *de dulce*.... ¡Qué tragon eras! por eso siempre estabas con dolor de barriga....

—¿Quién *me mandaría á mí* pasar por aquí? pensaba yo, principiando á sudar del susto; ¿cómo evitar el compromiso si esta vieja escandalosa es capáz de echar á correr en mi seguimiento, si ve que escurro el bulto?

—Ven acá, *gran tunante,* díjome *Tera* en cuanto me tuvo á su alcance; y casi de un sopapo me quitó el sombrero, y rodeándome con su brazo, me llevó á rastras hasta *los sillones.* Creí que iba á sentarme en sus piernas.

—¡Qué *variado* estás, muchacho, continuó diciéndome; con esa barba, *esos perros bigotes* y esos espejuelos de oro *y to cuento!* ¡Digo, yo que te conocí *tamañito,* encontrarte *de repente* así! ¡Lo que son los años, hijo!....

—Sí, *lo aplastan á uno,* dije, por no quedarme callado.

—¿Qué si lo aplastan? ¿Tú no me ves á mí? Estoy vieja, arrugada.... Yo que tenia unas carnes tan duras, verme ahora con estas masas flojas, colgándome de los brazos *como bolsas de peluquero.* ¡Parece mentira lo que una

cambia con el tiempo....! Pero tú estás bien.... ¿Y qué es de tu vida, hombre? A ver, cuéntame.

—¿Qué quiere usted que le diga?....

—Deja, espérate; si no me canso de mirarte: hasta la voz *la has mudado*...! Y el pelo se te está cayendo; ¡qué *claruchu* tienes ya la *güira*, compadre!

Y al decir esto, me pasaba y repasaba la mano por la cabeza, restregándome el cogote y hasta arañándome con las uñas, por lo que de allí á poco empezó á arderme el pescuezo de tanto *frotármelo.*

—¡Ea, estáte quieto, déjame *acariciarte!* díjome la vieja al ver que yo me hacía atrás; mira que yo puedo ser tu madre y tienes que aguantar mis majaderías, las que despues de todo, no son más que pruebas de cariño, *torombolo,* como te decia yo *endenantes.*

—¿Pero cómo se acuerda usted de mí, despues de tantos años, doña *Tera?* Por mi parte, no tengo el gusto de recordar absolutamente nada de lo que usted me dice.

¡Anjá! ¿Ahora salimos con eso? ¿Con qué tú no te acuerdas de cuando pasabas todos los dias por mi casa al ir á la escuela? ¡Si me parece estarte viendo con tus pantaloncitos *de traba* y tú cachuchita, *agarrado* de la mano de aquel *sordao!*.... ¿cómo se llamaba? *Bruteron*.... *Tiburon*.... no sé, una cosa acabada *en on.*

—Buiteron.... era el asistente.

—Eso es.... tu padre era *militronche.* Y tú, ¿no has seguido la carrera?

—No, soy empleado.

—¡Ah! ¿empleado en la policía?

—No, de Hacienda.

—¡Ay, qué bueno! ¿tú estás en el campo? ¿eres *montuno?* ¡Yo bien decia! Me alegro, hombre, que estés en *una hacienda;* con eso me mandarás *un puerquito* y algunas viandas, y si quieres, tambien un poco de tasajo *ahumado.*

—Pero si no es eso, doña *Tera;* trabajo en una oficina y....

—¡Ah! ¡en *u... na... ofi... ci...na!* exclamó la vieja, acentuando cada sílaba, y echándose á reir estúpidamente.

—¿Por qué se rie usted? pregunté medio amoscado.

—Por nada, hijito, ¡já, já, já! y yo que creia que estabas colocado en una hacienda de ganado, salimos ahora con que.... Vamos, *no te abichornes*, ya te he dicho que yo puedo ser tu madre y quiero *chirigotearme* contigo....

En esto se oyó una voz de mujer que cantaba en el patio:

"Ví bajar una veguera,
De *Cubá*, por la sabana,
De *Cubá*, por la sabana...."

—Es una inquilina *mia*, díjome doña *Tera;* tengo algunos cuartos alquilados, porque hay que buscarse la vida de cualquier modo. Eso sí, toda es gente muy tranquila. Ahora verás á la que canta.—¡Edelmira! ¡Edelmira! gritó doña *Tera.*

—¡Vá! contestó la *cantante*, interrumpiéndose.

—No te figures que es *cualquier cosa*, observó la vieja; tiene unos ojos y una boca y una *cinturita* y un.... Aquí vienen algunos que se quedan bizcos ante la muchacha. Hasta hay un viejo, que se le cáe la baba en cuanto la vé y el cual se está las horas enteras contemplándola como un bendito; pero ella dice que él es un *culecon*, y se burla en las mismas narices del *rejestorio*, de tan constante empeño.

—¿Con qué es bonita, eh? dije yo; pues llámela otra vez, doña *Tera;* añadí, deseoso de ver siquiera una cara regular, allí donde hacia media hora que no fijaba la vista sino en la de la vieja que me tenia en sus garras.

—¡Edelmira, muchacha, ven acá, *pollanclona*, que aquí te quieren conocer!

—Voy, que me estoy *carsando* los zapatos, contestó Edelmira desde dentro.

De allí á poco se presentó la inquilina de doña *Tera*, sonriéndose y contoneándose.

—*A los piés de usted*, díjome; y se sentó frente á mí en un mecedor, el que empezó á balancear fuertemente.

—No me habia engañado usted, doña *Tera*, principié yo; esta señorita es encantadora.

—Favor que usted me hace, saltó Edelmira, cruzando la pierna y dando nuevo impulso *al sillon.*

—Mira, no te fies de éste, advirtió doña *Tera;* ahí donde lo ves, ya se ha enamorado de tí.

—*Dos trabajos* tiene, contestó Edelmira con la mayor franqueza; yo no me dejo enamorar *tan así, así;* además, que ya la plaza está ocupada.

—¿Y quién es el dichoso mortal? pregunté yo.

—¡Adios, qué curioso es el hombre! Vamos, déjese de bromas pesadas, y déme un cigarro. ¿Usted *no chupa?*

—Fumo *papel de trigo*, ¿quiere usted?

—Ese es papel de estraza de la bodega.

—No, *mi alma*, de trigo.

—Cara de trigo tiene usted; yo *chupo Chorritos* de Jaruco; pero se me han acabado, y estoy desde anoche como si me faltara algo.

—Pero hombre, dijo doña *Tera*, *demuéstrate* galante con esta muchacha tan bonita, y mándale á comprar un peso de *Chorritos;* con eso yo *cojeré* la mitad de las cajetillas, porque yo tambien estoy *obligada á Chorritos.*

Edelmira se sonrió y me miró de una manera tan significativa, que comprendí que aceptaba la proposicion de la descarada vieja.

—No, hija, no tengas pena, observó ésta, volviéndose á Edelmira; yo dispongo así de *su bolsillo*, porque él y yo somos camaradas *antigüísimos:* figúrate que yo *lo he conocido chiquito*, cuando estaba como quien dice, todavia mamando.

—No tengo inconveniente en hacer lo que usted me indica, repuse, sacando un billete de á peso, el que entregué á doña *Tera.*

—¿Qué es eso, te guardas todo *el demás* dinero? me preguntó doña *Tera*, con bien fingido asombro.

—¿Por qué no me lo he de guardar, si es mio? repliqué.

—¿Es decir que á la muchacha por su *bonitura*, le regalas un peso para que compre *Chorritos*, y á mí, porque soy vieja y fea, me dejas *chafada?*

—¿Usted me ha pedido algo, doña *Tera?*

—¡Hombre! ¿no te da vergüenza el que yo me vea obligada á pedirte, yo que puedo ser tu madre, que *te he conocido chiquito*, y me gastaba mis medios y mis reales en rosquitas *de catiria* y en galleticas de dulce para que tú *te atracaras?*

—Para adivino, Dios; repuse entre risueño y cargado.

—¡Mírenlo.... ¡adivino!.... *Cicatero* eres tú....

—No dirá eso Edelmira, repliqué, *guiñándole* los ojos á la muchacha.

—Sí, ya lo creo, por ver *si sacas lasca;* por si se ablanda y te dá esperanzas....

—¿Quién, yo? ¡ni que lo crea! ¡la cruz á todos los hombres! *Apuradamente* que mi novio es más celoso, ¡más *celooso!* y si supiera que yo estaba aquí *paliquiando* con *otro mozo*, iba á haber *la de Dios es Cristo!*

—No, no hay cuidado: yo á éste *lo he conocido chiquito*, y por lo tanto.... Pero *mira yo* ¡qué boba! ya se me olvidaba. A ver, *chiquete*, si me obsequias á mí *lo propio* que á Edelmira.

—¿Usted tambien quiere....?

—*¡Naturaleza de esplendor se viste!* saltó doña *Tera*, interrumpiéndome.

—Decia, continué, que si usted queria tambien fumar....

—¿No has oido, *bobo*, que del peso *de Chorritos*, la mitad de las cajetillas son para esta que viste y calza? Lo que yo necesito es que me convides á frutas.... Mira, por ahí *van mangos;* llama al vendedor, ántes que se vaya, Edelmira.... ¡Y qué! ¿vas á darme una miserable *pesetica fuerte* nada más? ¡Qué mezquino está el dia! Vaya, suelta ese medio peso.... No, dame uno *sano;* á ese le falta *un cacho* y está *muy pegajoso. ¡Angela pera!* éste nuevecito es el que yo quiero, como que lo voy á guardar *para ir juntando.* Dale ahora á Edelmira para que pague los mangos.

—Esta bruja, con el pretexto de *que me ha conocido chiquito*, me va á dejar sin un céntimo, pensaba yo.

Edelmira, miéntras tanto, habia promovido un altercado con *el manguero*, porque no le queria dar los mangos á cuatro por medio, sino á tres, y de éstos uno *apolismao*, decia ella.

—Pues mire, *señora*, échelos en el *seron*, que yo no voy á andar todo el dia *voceando*, para dar los mangos á cuatro, y no tener ganancia *denguna;* replicaba con aspereza el vendedor de frutas.

—Pero ¿qué está usted hablando, *casero?* unos manguitos como éstos, que todos se vuelven semilla y cáscara, debiera usted darlos á cinco.

—*No arrugue, chinita*.... ¿á cinco?.... ¡Yegua! hizo el vendedor, notando que el animal se movia como inquieto.

Era que del lado opuesto, se hallaba un muchacho, hincando á la yegua con un grueso alfiler, colocado en el extremo de un palo.

—¿Los da ó no los da? preguntó Edelmira con acento imperioso.

—¿Usted no tiene *orejas, casera embromona?* Ya le he dicho que *tire* los mangos *en el seron*.... ¡Yegua! volvió á gritar el vendedor; pero esta vez, la mortificada bestia se encabritó, dió tres ó cuatro saltos, chocó contra la reja de la casa de doña *Tera*, y *el seron* con los mangos, los mameyes, las naranjas y los tamarindos, salió despedido del lomo de la yegua, rodando toda *la frutería* por el suelo.

El muchacho huyó gozoso del triunfo de su travesura, y el vendedor se desató en denuestos y en imprecaciones contra el pillo que corria á lo léjos, contra aquella *casera* tan *pechicata* que tenia la culpa, y hasta contra mí, que me habia asomado al ruido de la catástrofe, pretendiendo, el muy *cernícalo*, que yo le pagara daños y perjuicios, cuando tanto me habian *dañado* y *perjudicado* á mí mismo allí dentro.

Aproveché, pues, el barullo que á la sazon reinaba, y apoderándome de mi sombrero, me lancé con desesperacion hácia un coche que ví venir, diciéndole al cochero que picara el caballo, que me iba la vida en ello.

Doña *Tera*, que no se esperaba tan rápida escapatoria, salió *desbocada* á la puerta, y oí que con enronquecida voz me gritaba:

—*¡Júo... Júo!*... Sin despedirte de mí ¿te largas? ¡De una comó yo, que puede ser tu madre!.... ¡que *te ha conocido chiquito!*.... Anda, *cabezon*, *torombolo*, mal agradecido!....

No percibí lo demás, porque la distancia me lo impidió; lo cual, dicho sea entre paréntesis, me importó un bledo.

A todas éstas, pensarán ustedes tal vez: "¿pero á quién se le ocurre meterse en casa de una mujer como doña *Tera*, hacer caso de sus excitaciones y dar crédito á lo de que ella *lo habia conocido chiquito?*"

A eso respondo yo: ¿han olvidado ustedes lo que principié diciendo? Yo necesitaba con toda urgencia *hacer* un artículo de costumbres aquel mismo dia, y al ver á doña *Tera* y al oir lo que me aseguraba, presentí que allí iba á encontrar dicho artículo *hecho*. ¿Me habia equivocado? Ustedes pueden decirlo.

FRANCISCO DE PAULA GELABERT.

(20 de Junio de 1875.)



Landaluze Dibujó. Fototipia Taveira.

LOS GUAJIROS

LOS GUAJIROS.

Con ese nombre, de procedencia aborígene sin duda, han sido y aun son conocidos los campesinos de Cuba, que constituían un tipo especial muy acentuado é interesante. Ese tipo, que nació con la conquista y la esclavitud, está desapareciendo junto con el coloniaje y la servidumbre, y preciso es que nos apresuremos á pintarlo, ántes de que no quede un original que nos sirva de modelo, y entre toda una clase social en las esferas de la tradicion.

Nuestra sociedad, democrática por excelencia; pero en un sentido muy aristocrático, tiende con empuje vigoroso á hacer que desaparezcan las diferencias y clases sociales, igualándolas á todas por medio de la elevacion del nivel, que llevan á cabo las capas inferiores, imitando los trajes, modales, costumbres, gustos y vicios de las capas superiores, y próximo está el momento en que el extrangero pregunte: ¿donde está el pueblo? sin poder encontrarlo, por la apariencia al ménos, en ninguna parte.

Esa evolucion, que se ha ido marcando de veinte años acá en las ciudades, ha penetrado tambien desde hace algunos en los campos. Ya los guajiros, cuando van al *pueblo*, nombre que dan á todas las poblaciones, visten de saco y aun de chaqué y sombrero de castor, y las guajiras usan sobre-faldas y polonesas ceñidas, con bullones y adornos, y bailan no al son del tiple, el arpa y el güiro como antaño, sino al desacorde ruido que forman los acatarrados violines y clarinetes de las orquestas de la legua.

A la sencillez pintoresca y simpática que brillaba hasta hace poco tiempo en los trajes y costumbres de nuestros guajiros, suceden la amanerada imitacion que les despoja de su color local y que está muy léjos de embellecerlos.

¿Pero cómo ha de ser de otro modo, cuando vemos cada dia á las negras

de las dotaciones de los ingenios, salir á cortar caña con vistosos vestidos de olan ó de cretona, llenos de adornos á la moda, sin más precaucion que recogerse las faldas y atarlas á la cintura, para que no se estropeen demasiado ni entorpezcan sus movimientos? ¿Qué otra cosa ha de suceder, cuando es muy frecuente que los jóvenes criollos de esas dotaciones empleen sus ahorros en comprarse ropas muy parecidas á las de sus señores, y usen reloj, comprendiendo perfectamente la marcha de éste y aún su mecanismo?

Desde que las negradas comenzaron á no usar las esquifaciones exclusivamente, sino para los trabajos rudos ó desaseados, proveyéndose de ropas finas y de moda para engalanarse en los dias festivos, y bailar el tango, el tipo guajiro comenzó á palidecer, á borrarse, y se pudo exclamar, usando la célebre frase del Sr. Aparisi y Guijarro: esto se vá, señores! Esto se vá!

El guajiro tuvo personalidad, carácter propio, significacion social, miéntras la esclavitud fué la base y el secreto de nuestra riqueza, porque él representaba la fuerza, de los quilates necesarios, para sostener aquella.

Los guajiros, descendientes todos de los primeros pobladores, se dedicaban á cuántas faenas agrícolas demandan inteligencia y energía: sitieros, estancieros ó hateros, vivian con mucho desahogo y gran independencia en los distritos rurales, que estaban poco ménos que aislados, porque los caminos, ó mejor dicho senderos, eran dificilísimos en el buen tiempo y absolutamente intransitables en los de lluvia, en que no sólo las carretas, sino los quitrines y volantes, se atascaban, y tenían que permanecer á ocasiones meses enteros enterrados en el lodo, hasta que llegada la seca fuese posible sacarlos de allí. Es verdad que poco ménos sucede hoy en casi todas nuestras llamadas carreteras. No hace dos años que hemos visto en el camino real de Jovellanos, carretas atascadas y abandonadas, cubiertas con yaguas y encerados, para proteger las cajas de azúcar que cargaban.

En esa situacion particular, en que el caballo era el único medio de comunicacion durante buena parte del año, vivia el guajiro sin sentir más presion que la del Capitan Pedáneo del partido ó el Teniente del cuarton. Sólo en el caso de un disgusto personal con la autoridad, de pretensiones exageradas de ésta, ó de mezclarse rivalidades y pasiones por faldas, se hacía sentir el peso del poder público. Entónces el guajiro ensillaba su caballo y se trasladaba á otra jurisdiccion, sin necesidad de pases, licencias de tránsito ni de cédulas, y si allí tambien le seguía la accion de la justicia, exigiéndole la responsabilidad de una fechoría, sentaba plaza de bandolero, y se echaba á vivir del merodeo y el robo, cargándose de crímenes por evitar el castigo de una falta ó delito.

Las partidas de bandoleros pululaban por aquellas épocas, y algunos de sus jefes llegaron á hacerse tan célebres como los Niños de Ecija; más casi todos, aunque la persecucion que se les hacía era lenta é ineficaz, por falta de elementos y vías de comunicacion, eran entregados por su propio arrojo, que les hacía meterse en las ciudades en busca de placeres, y pagaron sus cuentas, primero en la horca y despues en el garrote vil. Sus cabezas y sus manos, encerradas en jaulas de hierro, que se colgaban á buena altura en el puente

de Chavez y en otros lugares de tránsito necesario para ir *al monte* ó venir de allá, predicaban el escarmiento á los viajeros, que se persignaban al pasar por bajo aquellos sangrientos trofeos y rezaban por el alma de los que fueron, dispuestos á imitarles en igualdad de circunstancias.

De esa fuerte poblacion campestre insensible al calor, al frio, al sol y á la lluvia, sacaban los propietarios los mayorales, los contra-mayorales, boyeros, carreteros, aradores y mandaderos de todas las fincas, y los maestros de azúcar de todos los ingenios.

Muy pocos de esos empleados sabian leer, y muchos ménos aún habian aprendido á escribir, cosa muy natural cuando se carecía en absoluto de escuelas rurales, y en las ciudades mismas yacía la educacion en vergonzoso atraso; mas como eran hombres prácticos en las faenas agrícolas, fuertes, arrojados y laboriosos, así como despiadados con los esclavos, suplian la falta de ciencia con la fertilidad de los terrenos nuevos y con el exceso de trabajo que exigian á los braceros, y daban un resultado halagador para los dueños de las fincas que no iban á éstas sino por pascuas, á gozar una temporada de placeres bucólicos, en compañía de numerosos amigos.

Durante ocho ó diez meses del año, los mayorales y sus subalternos eran los señores absolutos de las fincas, y á su voz temblaban de terror centenares ó miles de trabajadores.

Aun nos parece recordar algunos que conocimos allá en nuestra adolescencia: todos ellos llevaban en el anchísimo bolsillo del pantalon de pretina, una enorme vejiga de buey, perfectamente adobada y llena de tabacos y avíos de hacer fuego, y no obstante dejaban apagar á cada momento el puro que fumaban, conversando en la casa de calderas, para gritar con voz estentórea: ¡Criollo, candela! Y surgía enseguida, como por arte de magia, un negrito portador de un tizon bien encendido.

Si el desgraciado hubiera tardado un minuto en aparecer, duro habria sido el castigo.

El tipo del guajiro era varonil y simpático: esbelto y fornido, (exceptuemos á los mayorales, hombres por lo general maduros, gruesos y de vientre desarrollado, por el hábito de estar siempre á caballo) de barba poblada en cuanto entraba en la juventud, con la tez tostada por el sol, facciones regulares y ojos centelleantes, revelaba á primera vista la raza andaluza. Ginetes admirables, tenian los guajiros por su caballo el mismo afecto que los árabes, y llegaban á inspirárselo igual, haciéndose obedecer á la voz.

Su vestido era apropiado al clima. Iban siempre en mangas de camisa, y sobre ésta llevaban otra mas corta y sin mangas que se llamó *chamarreta*, y que ostentaba en la pechera entreabierta, bordados de colores brillantes y botones de oro ó plata, dejando ver en el robusto cuello la cinta ó la cadena de que pendia, á guisa de amuleto, un escapulario de la Vírgen del Cármen, de las Mercedes ó del Cobre.

Un sombrero de yarey, (la jipijapa de Cuba) grueso y de anchas alas para los dias de trabajo, y de finísimo tejido y copa alta para los festivos, cubria su

negra y cuidada cabellera, (1) y un pañuelo de seda de color vivo, atado con descuido al cuello, acariciaba con sus puntas flotantes las mejillas, al menor soplo del aire. El pié, limpio y desnudo, se encerraba en un estrecho zapato de baqueta cuando habia que afrontar los trabajos del campo, y el domingo calzaba escarpin de becerro lustrado, con hebilla de oro ó plata. Completaba este pintoresco arreo un cinturon de cuero negro con broche de metal más ó ménos precioso, del que colgaba el machete de concha ó puño de plata, arma favorita del guajiro, que aprendia á manejarla desde niño, y de la que no se separaba sino para dormir, y eso teniéndola al alcance de la mano, porque á ella confiaba la defensa de su vida, siempre amenazada, y la venganza de sus agravios.

Era el machete un espadon de siete cuartas, de ancho lomo, esquisito filo y aguzada punta, con empuñadura recta sin guarda: recios puños se necesitaban para manejarle, y si tremendas eran las heridas de tajo y revés, peores eran las estocadas.

La necesidad que tenia el guajiro de estar siempre armado para afrontar el odio de los esclavos, los ataques del bandidaje y las provocaciones de las rivalidades, no sólo en materias de amor, sino en cuestiones de localidad, pues los hijos de un *partido* ó jurisdiccion se consideraban más ó ménos enemigos naturales de los de otras, y sobre todo, la sangre de sus antepasados que corria aun cercana y ardiente por sus venas, hacian de él un hombre esencialmente belicoso, que por un quítame allá esa paja, echaba mano al quimbo, (nombre provincial del machete) y jugaba la vida con la impavidez de los que nacen y se crian en el peligro.

Su diversion favorita era el juego de gallos, en el que arriesgaba todos sus ahorros, y aun sus ganancias por venir, en la época de las peleas ó desafios de los alados combatientes de un partido con los de otro, pues entónces no habia en los campos las *vallas*, que vinieron despues á estimular el vicio una y dos veces por semana, pagando una renta al Estado.

Esas fiestas de desafio las presidian los mas encopetados y ricos hacendados, entre ellos los Marqueses de Casa Calvo, de San Felipe y Santiago, de Almendares y otros, que en compañía de sus amigos, jugaban miles de onzas á las espuelas de los gallos, con aristocrática indiferencia.

Despues de las peleas de gallos, gustaban los guajiros en extremo de las carreras de patos, en que podian lucir su gallardía y habilidad como ginetes y á la vez el alcance de su fuerza física.

Un pato robusto, con el cuello bien ensebado para ponerlo muy resbaladizo, se colgaba por las patas de un madero ó de una cuerda que atravesaba de un lado á otro la calle principal de la poblacion, ó que se sujetaba á dos árboles ó

(1) Entónces, como no solamente los campesinos, sino la gente ciudadana, sobre todo en el verano, usaba el fresco y ligero sombrero de yarey, la industria fabril de esos sombreros alimentaba millares de familias. En la calzada del Monte, á uno y otro lado de la esquina de *Marte y Belona*, habia ocho ó diez sombrererías de yarey en cada cuadra, y las alegres, limpias y graciosas tejedoras hacian su tarea en los portales de las casas, cantando y sin cuidados, porque su trabajo, muy productivo, bastaba á cubrir todas sus necesidades. El jipijapa y la paja de Italia fueron matando despues con la concurrencia esa industria local, y las mujeres pobres, laboriosas, perdieron su mejor recurso. Las tejedoras no son ya más que un recuerdo.

postes opuestos, si era en pleno campo la carrera. Era el objeto de esta un tanto cruel diversion, arrancar la cabeza al pato, merced á un tiron formidable.

Los guajiros, caballeros en sus briosos corceles, bien sentados en esas monturas cuadradas, llenas de bordados y filetes de plata, que se llaman albardas, partían, á escape, uno despues de otro, y al pasar por debajo de la víctima extendian la mano, asian del cuello y tiraban de él para arrancarlo, sin detener su carrera. Las vértebras y tendones del palmípedo resistian generalmente á los primeros ataques, y era preciso soltar á tiempo, cuando el tiempo desaparecía en la velocidad, para no caer ó quedar, por lo menos, colgado de la presa.

Este juego, que ponia de relieve la fuerza y la destreza de los que en él tomaban parte, atraia gran concurrencia; y no quedaba una guajira hábil en los alrededores que dejase de presenciarlo, siendo el adorno y el estímulo principal de la fiesta.

La guajira, con su vestido sencillo de percal ó muselina, sin vuelos ni adornos, con un pañuelo de seda que le cubria los hombros y se prendia sobre el seno, ocultando pudorosamente las formas; con su espléndida cabellera oscura peinada á la griega y tachonada de rosas ó claveles, con sus facciones correctas, su tez morena y sonrosada, sus ojos grandes y chispeantes, representaba un tipo de belleza al natural delicioso, que, con su pié breve su y talle gentil, pudiera figurar con honor en las vegas de Granada ó en los cármenes de Sevilla.

Por atraer sus miradas ó conquistar su aplauso, hacian prodigios los guajiros justadores, y cada corrida era el tema obligado de todas las conversaciones, en diez leguas á la redonda, hasta que tenia lugar otra.

Los bailes de los guajiros tenian tambien carácter especialísimo; la danza, el vals, el rigodon, eran cosa desconocida para los hijos de nuestros campos. Su deleite era el *zapateo*, cuya música tiene un aire vivo que va en crescendo, y es una melodía sencilla, graciosa, y algo melancólica. El zapateo es como una refundicion, con grandes modificaciones, de la Jota, las Mollares y el Bolero, y se baila con intérvalos de un canto llamado *punto*, á cuyos acordes se entonan décimas ó redondillas en que el guajiro elogia la belleza y cualidades de su dama, ó alaba los quilates de su propio valor ó el desprecio de sus enemigos.

En toda la América española existe el mismo baile popular campesino, alternando con el canto, y el mismo tipo guajiro con mas ó menos variantes. El *jarocho* mejicano llama *jarabe* á su zapateo y *son* al *punto* de nuestros montunos.

El zapateo se bailaba, y aun se baila todavía, por una pareja, que cede su puesto á otra cuando siente cansancio. Pocas veces bailan á la vez dos ó tres parejas: en él demuestran su gracia y agilidad el hombre y la mujer, siendo verdaderamente admirables el compas y el desembarazo con que ejecutan pasos sumamente difíciles, en que la vista no puede seguir los giros que describen los piés. Y es costumbre que cuando una bailarina entusiasma á los espectadores por su habilidad y garbo, reciba de éstos, ademas de bulliciosas muestras de aprobacion, todos los pañuelos que quieran colgarle en los hombros, todos los sombreros que puedan ponerle en la cabeza, sucediendo á veces que al concluir se siente abrumada por la carga; pero esto tiene su recompensa, pues cada uno

de los que le ponen una prenda tiene que hacer su presente, generalmente de dinero, para recobrarla, y la obsequiada saca gloria y provecho de su donosura y destreza.

Esos bailes, que se llamaban *guateques*, concluian mal frecuentemente: un galan celoso ó despreciado, un guajiro de otro partido que se creia ofendido por los conceptos de una de las décimas cantadas, tiraba repentinamente del machete, hacía pedazos con él los faroles en que ardian las tristes velas de sebo, alumbrado del sarao, y con las tinieblas comenzaba una zambra de dos mil demonios, de la que resultaban contusos, heridos y aun muertos, por lo comun involuntariamente, pues nadie sabia á quien atacaba ni de quien se defendía.

Otras veces, guajiros enemistados con los que daban el baile, iban expresamente á *desbaratarlo*, comenzando siempre por apagar las luces y destripar el arpa.

En uno y otro caso, las mujeres no se amedrentaban demasiado con tanta barbaridad; se cubrian con los bancos y las sillas, y esperaban que el capitan ó el teniente vinieran á alumbrar de nuevo el campo de batalla, en el que no encontraban más que las víctimas, pues todos los combatientes hábiles habian desaparecido, sin poderse averiguar quienes eran los culpables.

Esto no impedia que el domingo siguiente hubiese otro guateque mas concurrido que el anterior.

Entre los muchos hechos que prueban el carácter aventurero de los guajiros, sus reminiscencias intuitivas de la época de capa y espada, hay uno muy notable. El campesino amante y correspondido, bien admitido por la familia de la novia, se creia obligado al rapto de ésta, para casarse en seguida.

Burlar la vigilancia paternal ó fraternal, robarse á la novia colocándola en la grupa del caballo, correr las eventualidades de una persecucion encarnizada, batirse si era preciso, tenia para él un incentivo extraordinario. Y las jóvenes se prestaban dócilmente á esa costumbre y arriesgaban su vida, sintiéndose orgullosas de ser conquistadas por un valiente.

En medio del caos moral en que vivia el guajiro, en medio de los muchos defectos que eran consecuencia precisa de un estado, bajo muchos conceptos primitivo, brillaban las cualidades de que estaba dotado. Su inteligencia, aunque sin cultivo alguno, era perspicaz y le hacia adivinar en las soledades del campo, sin mas roce social que el de los esclavos, las dificultades de la vida del mundo, las celadas de la mala fé, y haciéndose desconfiado y astuto, temiendo siempre el engaño, procedía con una cautela y una prevision que hicieron popular la frase *malicioso como un guajiro;* pero sencillo en sus hábitos, en sus gustos y en sus aspiraciones, leal y desprendido por naturaleza, siempre que no se trataba de contratos, se presentaba tal como era, servicial y hospitalario.

Ya fuese en el pobre bohío, ya en la casa de embarrado y palma, ya ocupase vivienda más confortable, toda familia tenia constantemente á fuego dulce una olla llena de café que era á la vez alimento y refresco. Y en las cocinas habia siempre por lo ménos un puerco ahumado, colgando junto á las tortas del pan de yuca llamado casabe, y de los plátanos y boniatos. Esas provisiones, y las

aves del corral, y cuanto además hubiera, estaban á disposicion de todos los transeuntes, que eran acogidos con cariño, con patriarcal confianza y benevolencia, y obligados á aceptar una hospitalidad que dejaba y aun deja atrás la de los árabes, porque no se aceptaba nada en recompensa de ella.

Apéese y tomará café era la frase sacramental del guajiro, cuando algun viajero se acercaba á su morada, á pedir informes sobre el camino que debia seguir, ó sobre la persona en cuya busca iba, y á poco la guajira, madre ó hija, ofrecia la taza del humeante néctar, que nadie rehusaba.

Y si era necesario por alguna bifurcacion de la ruta, ó por la inseguridad de ésta, que el guajiro acompañase al viajero hasta dejarlo bien encaminado, ensillaba su caballo sin demora, y con el mayor agrado, y siempre sin admitir pago alguno, hacia el oficio de guia, á la vez que el de guardian celoso, capaz de hacerse matar.

Muchos guajiros, ya como mayorales de ingenios ó potreros, ya cultivando sus propias tierras, llegaban á fuerza de inteligencia, laboriosidad y economía á reunir grandes riquezas, y á figurar entre los hombres de pró, dando á sus hijos educacion esmerada. Todos conocemos docenas de familias distinguidas cuyos abuelos eran de esos mayorales, á que ántes nos hemos referido, que con un pañuelo atado en la cabeza y otro en la cintura, al desmontarse de la mula ó yegua en que venian de recorrer el campo y de dar cuerazos á diestro y siniestro, echaban mano á la gran vejiga curada y gritaban con ronca y potente voz sacando un veguero: ¡Criollo, candela!

Hoy el tipo legítimo del guajiro no se encuentra sino en algunos puntos del interior de la Isla, donde no imperan aún el ferro-carril, el telégrafo, el teléfono y las demas gollerías de la civilizacion. En el departamento Occidental ya no existe el guajiro que cantaron Domingo Delmonte, Ramon de Palma, Ramon Velez Herrera y otros poetas notables. Hay que ir á algunos lugares del Centro y el Oriente para dar con él.

Pero en realidad no hay que hacer tan largo y penoso viaje con el fin de satisfacer tal deseo. La lámina adjunta, una de las mejores obras de Landaluce como composicion y expresion, como verdad en los detalles y armonía en el conjunto, os dará una idea bastante exacta del tipo. En ese cuadro de *género* que Meissonier no se desdeñaría de firmar, está retratada *d'après nature*, una familia guajira reunida en el colgadizo de la casa del potrero en un dia de trabajo. El padre, que acaba de desmontarse, está en medio de los suyos taciturno y ensimismado. Parece que su pensamiento, siguiendo las espirales de su veguero, computa el número de añojos, toretes y yuntas que puede vender en el año, y las hanegas de maíz, las aves y los huevos que ha de mandar á la ciudad, y calcula si todo eso le alcanzará para completar el precio de unas caballerías montuosas que lindan con sus terrenos, y que ansía comprar, aunque se cuida de no demostrarlo.

La esposa está tejiendo un sombrero de yarey que debe sustituir al ya bastante usado que lleva su dueño y señor, y vuelve la cabeza hácia su hija, que está apoyada en el espaldar de un taburete de cuero, y que rie con tal verdad

que cree uno oir el gorgeo de sus carcajadas. Parece que le alegran las pláticas de su galan, que, de paso, y caballero en un potro negro que se destaca admirablemente, le muestra el gallo afamado que acaba de adquirir para jugarlo en la inmediata temporada de peleas.

¡Quizá del éxito de éstas dependa la realizacion del convenido enlace!

Allá, en el segundo plano, están dos esclavos, que vienen del sitio de viandas con la batea de ñames y boniatos.

¡Cuánta verdad, cuánto colorido local hay en ese cuadro, cópia de otro que pintó al óleo su autor para una galería de Madrid!

Con ese cuadro, y las preciosas décimas del *Cucalambé*, (Nápoles Fajardo,) que insertamos á continuacion y que refieren una historia de amor y celos de un veguero de Holguin, no hay temor de que se olvide el tipo del guajiro. Esas décimas narrativas, las *complaintes* de los antiguos trovadores, estaban muy de moda entre los guajiros y constituian sus crónicas.

J. Q. Suzarte.

(Habana, Marzo 20 de 1881.)

DÉCIMAS.

Por la deliciosa orilla
Que el Cauto baña en su giro
Iba montado un guajiro
Sobre su yegua rosilla:
Una enjalma era su silla
Trabajada en Jibacoa,
De flexible guacacoa
Llevaba en la mano un fuete,
Y puesto al cinto un machete
De allá de Guanabacoa.

Fuera de sus pantalones
Mecía la fresca brisa
La falda de su camisa
Guarnecida de botones:
Llevaba unos zapatones,
De pellejo de majá,
Flores de Guatapaná
En la cinta del sombrero;
Y era aquel hombre un veguero
De las vegas de Aguará.

Contemplando aquel gran rio
Y su corriente de plata,
De una guajirita ingrata
Recordó el infiel desvio.
Su ademan era sombrio
Y triste aquella ocasion,
Y herido su corazon
De mal vengados agravios
Dejó escapar de sus lábios
El nombre de Concepcion.

Era Concha una beldad
Hermosísima aunque pobre,
Como la que está en el Cobre,
Vírgen de la Caridad;
En lo mejor de su edad,
Silvestre flor peregrina,
Su boca dulce y divina,
Húmedos sus lábios rojos,
Y seductores sus ojos,
Como los de mi Rufina.

Su pobre amante rendido
Que se llamaba Polonio,
Se entregó como un bolonio
A aquel amor fementido.
Otro jóven del partido
Tambien por Concha suspira,
Y ella, ardiente como pira,
Entregóse á sus halagos,
Cual se rinde á los estragos
Del huracan la jejira.

Por eso el que la adoraba
Y aspiraba á ser su esposo
Buscó á su rival dichoso
Que Camilo se llamaba:
A la sombra de una *yaba*
Se vieron los mozalbetes,
Y entre dimes y diretes,
Despues que bien se injuriaron,
Furiosos desenvainaron
Sus relucientes machetes.

Camilo quedó rendido
Con una herida en el pecho,
Y Polonio satisfecho
De emigrar tomó el partido.
Descarriado y perseguido
Por la justicia severa,
Del Cauto por la ribera
Se alejaba lentamente,
Y con voz triste y doliente
Cantaba de esta manera:

"Conchita fué la que un dia
Debajo de unos ciruelos
Puso fin á mis desvelos
Diciendo que me queria.
Tuyo será, me decía,
Mi dulce y primer besito;
Y la que amor infinito
Juró en pláticas suscintas,
Tuvo dos caras distintas,
Como la hoja del caimito.

"Adios, ingrata beldad,
Coqueta sin sentimiento
Y voluble, como el viento
Que vaga en la inmensidad.
Tu perfidia y tu crueldad
En furor mi sangre enciende.
Ay! dichoso aquel que entiende
Del amor la santa ley,
Como quiere el curujey
Al árbol donde se prende.

"Adios, que ya roto el hilo,
De mi amor, en mil pedazos,
Puedes vivir en los brazos
De tu amante don Camilo.
Yo voy á buscar asilo
Al pueblo del Camagüey,
Y ojalá, mujer sin ley,
Que en medio á tu dulce arrobo,
Te suceda lo que al jobo
Cuando lo enreda el jagüey."

DOÑA SERAFINA.

Vivia en un cuarto interior, frente á mi casa, con *las rentas* que le producia su capital de quinientos pesos, colocados con toda *seguridad* al seis por ciento —ó como ántes se decia, á peso por onza,—con los cuales pagaba los diez pesos que le cobraba mensualmente el ama de casa. El resto lo habia distribuido de tal modo con la *casera*, que le llevaba el almuerzo y la comida, y con la lavandera y el vendedor de estampas y novenas, que al fin del mes se hubiera hallado muy alcanzada, por otros gastillos menores, si la pension que le pagaban las madres de dos negritos que educaba y algunas costuritas *de fuera*, con que se entretenia, no hubieran completado su modesto presupuesto.

Dª Serafina no se habia casado nunca y llevaba encima, con la resignacion más cristiana, los cincuenta años que contaba de soltera.—Jamás asistió á bailes ni á teatros, ni se trataba con nadie y, sin embargo, conocia á todo el mundo. Daba gusto verla en su reducida vivienda, sentada en un *taburetico* de cuero, cosiendo delante de una silla, en la cual colocaba la *canastilla* de la costura y los palitos de tabaco que acostumbraba mascar, enseñando á hablar á *su* cotorra y, al propio tiempo, la cartilla de La Torre á los dos pequeños negritos.

Vamos, Teodorito—le decia á uno de sus discípulos.—Lee con cuidado: repite conmigo:—"*Mamá y papá. Yo muchachito. Niño bonito. Dame café y leche.*"—Así, así me gusta: la gente debe saber leer y escribir, y no ser ignorante. —¡Cotica!—añadía, dirijiéndose á la cotorra.—Daca el piojo, ¡qué rico! ¡qué rico piojo!

Y luego, llamando al otro negrito.—Ven acá Cirilito, vámos á ver si estás más adelantado que ayer; lee despacito.—"*Dame mi cachuchita, mi chaquetica, mi zapatico.*"—Bueno, así está bien.—¿Cotica? ¡Daca la pata! perra borracha.

¿Quién pasa?—Siéntate Teodorito, y tú tambien, Cirilito.—¡El Santísimo Sacramento que vá...... á su casa! ¡qué vá á su casa.... á su casa!...... ¿Cotica? ¿Tú eres casada? ¿Tú eres casada, Cotica?

La última *clase* que daba Doña Serafina, era la de Moral, con ejemplos *históricos.*—¡Oigan bien!—les decia á los negritos:—cuando ustedes sean grandes, cásense *por delante de la iglesia*—y luego bajando la voz—para que no digan por ahí lo que dicen de los amos de esta casa.... porque lo mejor que uno tiene es su reputacion.—No hagan ustedes lo que el vecino de aquí en frente, que come más que siete y no paga á los *caseros:* y si despues que ustedes se casen procrean, tengan mucho cuidado con las hembras, porque luego les sucede lo que á la niña de esta casa, que tuvo una debilidad y ahora le pesa.—Yo no lo sé de cierto, pero me lo he figurado.—No compren ropa, sino cuando tengan dinero, porque es muy feo lo que está haciendo el amo de esta casa: á todos sus hijos, *me* parece, que los viste al fiado. ¡No vayan á decirlo á nadie! A tí principalmente, Teodorito, te recomiendo mucho que cuides de tu mujer, para que no te suceda lo que al paisano de la otra puerta, que no sabe quién compra la carne que se come en su casa.—¿Cotica? ¡Buen viaje! ¡Arrodíllate, pecador, que pasa nuestro Señor! ¿Quién és?—El fraile que quiere entrar......

Al amanecer estaba Doña Serafina en la puerta de la calle, comprando leche: allí estudiaba prácticamente las costumbres de sus vecinos, veia el que entraba en todas las casas, y el que salia de ellas y preguntaba á los criados lo que iban á comprar y con qué condiciones: lamentaba la enfermedad de aquel, se consolaba con la salud del otro, inquiria la causa al niño que hacia *pucheros,* y á los criados si estaban disgustados con sus amos: allí permanecia firme hasta que sabia por qué no se bautizaba el asiático Aben y si le faltaba mucho para cumplir su contrata. Allí estaba firme Doña Serafina, aunque el sol la derritiera, hasta que llegara la negra vendedora que le llevaba su almuerzo y á la cual iba dando convoy hasta la puerta del cuarto: y como le pagaba al contado, no se descuidaba nunca en pedir la contra para su gato franciscano. Así estudiaba Doña Serafina, la moral que enseñaba á sus discípulos.—Perdóname, lector, la falta de no haberle dicho al principio que Doña Serafina tenia tambien un gato franciscano, y si á la hora del almuerzo ves en la puerta de una casa una señora cincuentona recibiendo dos negritos de seis á siete años, con mameluquitos de listado, sombreritos de *yarey* y cartilla de La Torre, saluda á Doña Serafina y dale memorias de mi parte.



L. andaze Dib.

EL MASCAV DRIO

EL MASCAVIDRIO.

Curioso sería conocer al inventor de este término sobremanera gráfico. Hay quien dice que cierto furibundo borracho, despues de zamparse una regular dósis del licor que quema, no hallándose aún satisfecho, continuó mordiendo el vaso, á la sazon que uno que lo observaba, le gritó desde la puerta de la bodega: *¡Mascavidrio!*

Tambien sería digno de investigarse la causa de que el número de los aficionados á empinar el codo vaya en aumento, cuando no hace muchos años era raro ver á ninguna persona decente tomar ginebra, por ejemplo, en los cafés, cual lo hacen hoy muchos, con la misma *sans façon* que saboreaban ántes un sorbete ó una limonada.

No pretendo decir por eso, que todo el que tome alguna vez que otra ginebra ó ron, sea *mascavidrio*, ni mucho ménos; pero sí me atreveré á asegurar que así se empieza y que poco á poco se vá léjos.

Precávanse, pues, los que sin escrúpulo ni desconfianza tomen hoy *una ginebrita*, mañana *un coñaquito* y luégo *un ajenjo*, porque á la larga pudiera acontecerles beber como *la gente del bronce*, ginebra á medio dia, ginebra por la noche y cognac á la mañana, por variar; exponiéndose acaso á que su mujer ó su suegra les diga en su cara, al verles dar un traspiés, *mascavidrio*.

A propósito de esta probabilidad, voy á contarles un hecho reciente que viene á corroborar las malas consecuencias que puede traer á las familias el que su representante trueque sus hábitos de órden y de regularidad por los del *mascavidrio*.

Erase una muchacha de algunos veinte años, que teniendo como todas horror á la soltería y al aislamiento, había conseguido á duras penas, con ayuda de su eficáz y diligente mamá, el que su novio entrase en la casa y la hiciese formal promesa de unirse á ella en matrimonio.

Dícese que por lo general cuando un hombre entra en la casa, *se casa*. Hay, sin embargo, frecuentes escepciones, y de ello es un ejemplo notorio el hecho á que aludo.

Tres meses hacía ya que Arturo llevaba relaciones amorosas con su futura

Felicitas, sin que hubiese ocurrido otra novedad que irse él enfriando á medida que pasaba el tiempo y que intimaba su trato, no sólo con la muchacha, sino con el resto de la familia.

Empezaba á comprender que se había metido en un atolladero y hacía esfuerzos inauditos para idear algun pretexto que lo librase de *la coyunda.*

En honor de la verdad, la familia de Felicitas no era para atraer á nadie. Componíase desde luego de un par de apuntes, ó sea de *Sabroso*, que por este apodo conocía todo el mundo al padre, quien realmente se llamaba Eleuterio; de *Cucha*, la madre, cuyo nombre no era otro sino María; del abuelo, *El Pelao*, un viejo impertinente y gruñon, que en todo quería intervenir, siendo la calamidad mayor en aquella casa. Tambien era parte integrante de la susodicha familia, una tia anciana de Felicitas, que asimismo tenia su correspondiente sobrenombre de *Muñonga* y el hábito de charlar hasta por los codos.

Arturo no se hallaba allí en su centro. Tenía que soportar las majaderias de *El Pelao*, quien le refería interminables historias campesinas, pues en sus mocedades habia sido mayoral de un ingenio y tenía suma complacencia en relatar las hazañas y las heroicidades que había llevado á cabo, con látigo ó con machete en mano, auxiliado de sus perros.

Felicitas se volaba escuchándole, y decía por lo bajo á Arturo, que no hiciera caso de semejantes cuentos, pues *El Pelao* estaba medio trastornado, y *eso* era un rasgo de locura, en atencion á que su abuelo no había sido otra cosa en toda su vida que *Capitan de Milicias.*

—*Soldado malojero* si acaso; decía para sus adentros Arturo.

Por lo que respecta á la tia *Muñonga*, solía tambien tomar por su cuenta al jóven, para referirle un viaje que había hecho al Caimito, el año 1,854, en que le salieron unos ladrones, los que por poco le arrancan hasta las orejas, para robarle los aretes de brillantes; y eso que decian *los muy arrastrados*, añadía ella, que eran *de fondo de raso.*

—*Tambien lo dudo*; murmuraba su oyente, contrayéndose á que jamás hubiera podido tener *brillantes*, la vieja que habia ido al Caimito.

Como casi frente á la casa hallábase instalada una bodega, en que se reunían individuos de varias clases que tomaban, cual es costumbre en estos establecimientos, turcas tremendas y reian y gritaban y hasta decian *versos* y desvergüenzas, Arturo se veía á veces puesto en un potro con semejantes escándalos, teniendo que armarse de valor para no echarlo todo á rodar y huir definitivamente de aquellos contornos.

Cierta noche uno de los borrachos, vestido con un saco de alpaca muy raido y un sombrero de paja casi negro por el uso, improvisó la siguiente décima:

"*Blindo* con mucha ambrosía
Porque la *giniebra* corra,
Y que lleven á Mazorra
Al que no *se ajume* hoy dia.
No hay nada cual *la bebía*
En la carrera mundana;
Y aunque yo coma mañana
Plántano y tasajo *brujo*,
Daré *un viva* á quien *nos trujo*
Giniebra de *La Campana.*"

—¡Bravo, bravísimo! ¡qué inspirado estás, *Verde Botella*! exclamó un individuo que se había detenido ante la puerta de la bodega á escuchar la improvisacion.

—¡*Sabroso!* ¿Tú por aquí? contestó *Verde Botella*, acercándose á su amigo; *dentra*, compadre, que ahí te da *el sereno* y puedes coger un *renfriado*.

—Ni que lo pienses, porque si traspaso estos umbrales y me junto contigo, puedo dar un resbalon *de órdago*, y yo he hecho el juramento de no beber más que *agua dulce* en el resto de mi vida.....

—El agua cria *gusarapos* en la barriga, *Sabroso*; miéntras que la caña anima los espíritus vitales y entona y da calor salutífero al cuerpo humano.

—Dispénsame, chico; pero no me convences: estoy escarmentado.

—*Sabroso* ¿será posible? ¿así desairas á un amigo? ¿qué dirán estos caballeros que me acompañan? replicó *Verde Botella*, con la habitual insistencia de los borrachos.

—No puedo, hombre, me están viendo desde mi casa.

—No le hace, *Sabroso*; estás entre gente honrada y nada pierdes con eso.

—Si *Cucha* me vé entrar, me excomulga.

—¿Quién es *Cucha*?

—Mi esposa, hombre, aquella que está conversando con ese mozo del bigote rubio.

Verde Botella al oir esto, dióse una palmada en la frente, y despues de recapacitar un rato, se expresó así:

"Pues *Cucha* no nos *escucha*
Y está allí, dando *palique*,
Hermano, no me replique
Y déjese de *palucha*."

—¡Qué buen poeta eres, *Verde Botella*! ¡qué facilidad! ¡qué prontitud para hallar consonantes dificíles y peliagudos! Por eso nada más me paré aquí á oirte. A mi me arrebata *la versificacion indiana y siboneya*......

—Pues pasa adelante, *Sabroso*, y verás como contigo me inspiro *otra vuelta*.

—Por tu madre, *Verde Botella*, no me comprometas; mira que yo soy muy débil de cabeza.

—Pero, mentecato, si no vamos á tomar más que un vasito, á fin de poder *relsal* de nuevo.

—Vaya, para que no digas; pero uno nada más ¿sabes? y en seguida *me zumbo*.

Sabroso entró, pues, en la bodega, de brazo con *Verde Botella*, que estaba ya haciendo *eses*, y *Cucha*, que desde su asiento había estado observando semejante escena, corrió á la ventana y empezó á llamar á su marido.

—¡*Sabroso*, *Sabroso*, no bebas ó nos veremos las caras....!

Verde Botella púsose á dar golpes en el mostrador y á decir en voz alta

versos, cual los que doy de muestra á continuacion, siendo desde luego su objeto entusiasmar con ellos á *Sabroso*, é impedir que éste oyera á su mujer.

"*Sabroso* con simetría
Empuña el vaso con maña;
Y tú, *Pancho*, échale caña
Hasta que amanezca el dia."

Sabroso dió un estrecho abrazo á *Verde Botella*, despues de apurar el primer trago, y ya desde entónces olvidó su juramento y *su debilidad de cabeza*.

Cucha iba y venía por la sala en la mayor agitacion y desasosiego.

—Arturo, por favor, vaya y sáqueme á ese hombre de la condenada bodega, díjole de buenas á primeras al jóven, que al oirla se puso furioso.

—¿Quién, yo, señora? ¿Está usted loca?

—Me había jurado delante de un crucifijo, que no iba á beber más, y ya lo tiene usted otra vez emborrachándose; continuó *Cucha* como si hablase consigo misma; ese maldito *Verde Botella* ó *Verde Sapo*, que es lo que parece, tiene la culpa, pues él lo engatusa con sus pícaros versos. ¡Por qué habrá *poesía* en el mundo, Virgen Santa......! ¡Por qué habrá aguardiente......!

Y *Cucha* seguía dando vueltas por la sala, retorciéndose las manos y con el rostro desencajado, miéntras que Arturo, esforzándose por bajar la voz, reñía con la pobre muchacha, inocente de todo y que lloraba en silencio.

Tres cuartos de hora trascurrieron de este modo, al cabo de los cuales, oyéronse en la calle los gritos de *¡mascaridrio! ¡mascaridrio!* que daban unos chiquillos, y en el acto apareció *Sabroso* bamboleándose.

Cucha sin poder contenerse, se le fué encima y al querer sujetarlo por un brazo, como *Sabroso* instintivamente tratase de evitar la acometida de su mujer, hubo de faltarle de una vez el equilibrio y cayó cuán largo era en el suelo.

Arturo tomó su resolucion instantáneamente y dirigiéndose á *Cucha* le dijo:

—Si á usted le parece, ahora sí iré á avisar ahí en frente al *poeta de la ginebra y del tasajo*, para que venga á levantar á este hombre, puesto que yo no pienso ya contemporizar con ustedes, ni ser yerno sobre todo, de ningun *mascaridrio*.

Y esto diciendo, Arturo sin cuidarse del terrible efecto que producian tales palabras en su desventurada novia, y hallando al fin la coyuntura que anhelaba, marchóse rápidamente y dobló con prontitud la inmediata esquina.

Pero lo bueno fué, que en ese mismo momento se acercó á la ventana *Verde Botella*, y asiéndose de la reja, dijo con voz gangosa y lengua entorpecida:

—Señora doña *Cachucha*.... con *pelmiso*, vengo á decirle, que á *Sabroso* se le ha *dío* un poco la cabeza, de tanto oirme *relsal*.... pero eso se le pasa en *cuantico* le den una copita de algo caliente como.... aguardiente, ó de *giniebra* pura que.... sana y cura.... á la criatura....

La contestacion de *Cucha* fué desatarse en improperios contra *Verde Botella*, quien despues de decir mil disparates, se alejó al fin, dando tumbos.

Pues ¿dónde me dejan ustedes á otro *mascavidrio*, que para serlo ante su mujer, sin que ella lo sospechara, se valió de una original estratagema?

Este sugeto, á quien llamarémos Fulgencio, está casado con una tal Esperanza, que tiene horror á los bebedores, á los que se *encañoflan*, como ella dice. La ginebra sobre todo, es la que más detesta, la que más antipatía le causa.

Fulgencio en cambio es el reverso de la medalla, respecto á este particular. Profesa á la ginebra, de cierto tiempo á esta parte, una aficion tan extremada, que para él no hay licor en el mundo que se le iguale. Pero teme á su mujer, y procura que ella ignore su absoluta preferencia por este *espíritu ardiente*.

Véase lo que ideó el muy taimado. Uno de sus amigos, que es curandero y visita la casa, le recetó en presencia de Esperanza, nada ménos que *yoduro de potasio*, pues aseguraba bajo su fé de *facultativo*, que Fulgencio tenia la sangre mala y era preciso que se curara.

—¡Remedio prodigioso! saltó Fulgencio; yo no habia caido en ello. Tienes razon, Culantrillo; eso es lo que yo necesito: *yoduro*, mucho *yoduro de potasio*.

Y acto contínuo fuese á casa de otro amigo que conservaba una botella vacía rotulada de dicho *yoduro*, la llenó de ginebra, y á poco estaba ya de regreso en su domicilio.

—Culantrillo me ha indicado, díjole á su mujer, que empiece tomando tres cucharadas por *la mañanita;* tres ántes de almorzar; tres á medio dia; tres por la tarde y tres por la noche; que más adelante aumente la dósis, y que le avise luego el resultado.

—¿Y no te hará daño tomar tantas cucharadas seguidas de ese remedio?

—Como son pequeñas cantidades.... ¡Ah! te advierto, añadió Fulgencio interrumpiéndose, que cuides mucho que nadie destape la botella, porque pierde la virtud el *yoduro* y luego ya no hace efecto.

Al llegar aquí, oyó Esperanza pregonar á un baratillero en la calle ¡cinta de *ribetearsea* de colores! y se fué á la ventana á llamarlo. Fulgencio aprovechó esta circunstancia para *arriarse* media copa de *yodu*.... digo, de ginebra, que debió saberle *á gloria*, á juzgar por lo que se relamió.

—Pero qué ¿no mides con la cuchara la cantidad de *yu*.... de *yoduro?* preguntó Esperanza á su marido, cuando lo vió mas tarde que echaba el líquido en una copa pequeña.

—Ya he medido ántes las tres cucharadas; ¿no vés? Aquí á donde llega *el labradito* de la copa son las tres *justicas*... Pero no te acerques, Esperanza, que puede darte jaqueca, si percibes el fuerte *olor metálico* de este medicamento.

—Me alegro que no haya que andar siempre *á pleito* con la cuchara, porque se mancharía con ese endiablado remedio, dijo Esperanza.

—Claro: contestó Fulgencio, en extremo satisfecho del buen éxito de su travesura.

No he dicho aún que el tal Fulgencio era dependiente de una casa de comercio y que su principal, hombre recto y sensato, lo habia distinguido siempre mucho por su actividad é inteligencia en el desempeño de su destino. Visitábalo

de vez en cuando, puesto que hacía de él gran aprecio, y Esperanza se regocijaba no poco de que su marido estuviese en tan buen predicamento con quien tanto podia favorecerlo.

A los dos dias, pues, de hallarse Fulgencio sometido á *su régimen curativo* y á eso de las ocho de la mañana de un domingo, llegó á la casa don Justino, haciendo al entrar grandes demostraciones de desagrado.

—¿Qué tiene usted, don Justino? díjole Esperanza que había salido á recibirle.

—¿Qué he de tener, señora? Una escena callejera de lo más repugnante que acabo de presenciar cerca de aquí; contestó don Justino sentándose.

—¡Ah! exclamó en seguida Fulgencio, volviéndose á su mujer; ¿qué apostamos á que don Justino ha visto á *Bellita*, la de aquí á la vuelta, corriendo por la calle detrás del mándria de su marido y dándole *escobazos*, por algun nuevo arrebato de celos?

—Eso es de todos los dias, dijo Esperanza riéndose.

—No, señora, se equivocan ustedes; no ha sido nada de celos ni de....

—Entónces de seguro que se trata de la vieja doña Celestina, *fajada* con los muchachos del barrio, que se asoman por la ventana y le gritan *Basurita*. Se arman con este motivo unos escándalos tremendos á cada paso ahí en la otra *cuadra*....

—Pues no aciertan ustedes, replicó don Justino, encendiendo un cigarro; lo que yo he visto ha sido un jóven de no mal aspecto, completamente borracho, sujeto entre dos indivíduos que luchaban con él para meterlo en un coche.

—¡Jesus, que horror! hizo Esperanza, cubriéndose la cara con las manos; siempre la maldita bebida.

—Por supuesto, exclamó don Justino; una turba de gente ociosa é inculta, presenciaba aquel espectáculo, sobremanera divertida y regocijada de ver las contorsiones del jóven ébrio y de escuchar los disparates que decía á sus conductores. Algunos muchachos, agrupados á cierta distancia, saltaban de placer, gritando en coro: *¡mascavidrio!*

—Quizá no sería borrachera, don Justino, observó Fulgencio un tanto intranquilo; acaso le habria dado algun ataque al pobre, y el populacho siempre maligno, supuso que era *mascavidrio.*

—¡Pues si señor que lo era! saltó don Justino con semblante enojado; ¿se puede confundir eso con ninguna otra cosa? Borracho como una uva estaba ese desdichado, no le quede á usted duda....

—Sí, Fulgencio, afirmó Esperanza; ¿porqué te extraña eso? ¿No andan borrachos á todas horas por las calles de la Habana?

—¡La embriaguez es un vicio horrible! dijo con tono sentencioso don Justino; yo perdonaría ántes á un ladron, que á uno que se emborrache....

—Júntese conmigo entónces, don Justino, saltó Esperanza; yo digo otro tanto; si me hubiese casado con un hombre *que tomara*, me divorciaba de él, sin escrúpulo de conciencia. Todo se le puede pasar á una persona, ménos que beba. Eso es espantoso.

—Es degradante; conduce á todo género de acciones vergonzosas; repuso don Justino.

—Ya lo creo; aprobó Fulgencio cada vez más alarmado.

—Para que comprenda usted, hasta dónde llega mi horror á la bebida, añadió Esperanza, riendo de antemano por lo que iba á decir, cuando veo á Fulgencio con la copita en la mano, donde bebe *su yoduro*, cierro los ojos, porque me figuro en ese momento, que está tomando un trago como cualquiera *mascaridrio.*

Fulgencio se extremeció.

—¡Ah, caramba! exclamó don Justino al oir á Esperanza; ahora que dice usted eso, recuerdo que al salir muy de prisa esta mañana, se me olvidó tomar el *yoduro*, que á mí tambien me han recetado.

—Nada hay perdido, se apresuró á decir Esperanza; Fulgencio tiene todavía media botella y tomará usted en una copa la cantidad que necesite.

Fulgencio se puso en extremo pálido y balbuceó:

—No digas disparates, hija; ¿cómo voy yo á ofrecer á don Justino, de un medicamento que *ya está usado?* replicó Fulgencio sin saber lo que decía.

—Pero, hijo, si eso no se toca.... si se echa.... contestó Esperanza, sin concluir la frase, mirando un tanto cortada á don Justino, como si hubiese dicho una inconveniencia.

—¡Vamos, hombre! prorrumpió éste, lanzando una franca carcajada; ¿qué escrúpulo puedo yo tener....? Pero ya caigo, señora, añadió chanceándose; su esposo de usted no quiere dar á su principal, una cucharada de *yoduro*, para que *no se le acabe*....

—Por Dios, don Justino, dijo Esperanza con su más afable sonrisa; ahora verá usted.

Y así diciendo, corrió hácia el cuarto á buscar la botella y pasó en seguida al comedor de donde tomó una copa y una cuchara.

Miéntras tanto, don Justino, notando la suma palidez de que estaba cubierto el rostro de su dependiente, no pudo ménos de preguntarle la causa.

—No sé, me he puesto malo de repente.... tartamudeó Fulgencio.

En aquel instante se oyó una fuerte exclamacion y Esperanza se presentó en la sala con la botella destapada.

—¡Fulgencio! dijo ella, mostrando grande asombro; ¡aquí han echado ginebra....!

—Se habrá descompuesto *el yo.... el yo...* murmuró con acento trémulo Fulgencio.

—*¡Ginebra!* gritó don Justino; *¡ginebra!* repitió, mirando con semblante iracundo á su dependiente; ¿es *ese el yoduro* que usted toma?

Esperanza, sobrecogida del mayor espanto, púsose á temblar, por lo que se le escapó de la mano la botella, la que se hizo pedazos, esparciéndose todo el líquido.

—Es usted un legítimo *mascaridrio*, prosiguió don Justino, encarándose con Fulgencio, puesto que para beber hasta en su propia casa y á vista de su

señora, sin que ella lo sospeche, se vale de tales tretas y artimañas.... Ahora me explico la palidez que le asaltó y la inquietud que mostraba ante el hecho imprevisto de tener que tomar yo *su yoduro*.... Esto quiere decir, señor mio, que hemos concluido, y que desde mañana no volverá usted al escritorio, pues no puede usted continuar en una casa como la mia, habiendo adquirido tan repugnante vicio.

Esperanza se sintió morir y prorrumpió en llanto.

Fulgencio estaba anonadado.

El comerciante tomó su sombrero y dirigiéndose á Esperanza, le dijo:

—Lo siento por usted, señora; pero soy muy recto en mis principios y muy justo en mis determinaciones, para que pueda transigir con ningun género de consideracion que no apruebe mi conciencia.

Y dichas estas palabras, saludó á Esperanza y se marchó sin siquiera mirar á Fulgencio.

La escena que siguió á este desenlace es indescriptible. La pobre Esperanza, hecha un mar de lágrimas, dirigió á su marido amargas reconvenciones y justas y dolorosas quejas, concluyendo por asegurarle que iba á volverse á casa de su madre, para no verle nunca más la cara, puesto que se había él deshonrado de un modo tan indigno, cubriéndola á ella de ignominia.

Fulgencio con el corazon desgarrado juró solemnemente á su mujer, no beber en el resto de su vida más que agua, poniendo á Dios por testigo de que su arrepentimiento era sincero y su resolucion inquebrantable.

Al dia siguiente Esperanza, en compañía de su madre, fué á ver á don Justino, y tantas súplicas le dirigió, tantas protestas le hizo y tantas lágrimas corrieron por su noble semblante, que el principal de Fulgencio, no pudiendo resistir á un espectáculo semejante, consintió al fin en que éste volviese al escritorio.

¡Que tanto puede una mujer que llora!

como ha dicho en su célebre soneto Lope de Vega.

Ahora bien: ¿podrá servir de leccion el anterior ejemplo, á los *mascaridrios empedernidos*, á los *ginebristas* consumados? Si todos llevasen sustos parecidos al de Fulgencio, acaso habría alguno que se enmendara; pero hay una pequeña dificultad para ello, y es, que *el mascaridrio de profesion*, el que deja tomar incremento á ese vicio, no se asusta por nada ni por nadie.

Francisco de Paula Gelabert.

EL ADMINISTRADOR DE UN INGENIO.

"E io anche sono pittore."

INTRODUCCION.

No se quien fué el primer escritor de una fisiolojía que no versase sobre los fenómenos de la vida, ó las funciones del cuerpo humano en su estado de salud; pero sé que por habernos regalado Mr. de Balzac con su nunca bien ponderada *Fisiolojía del Matrimonio*, llovieron fisiolojías con abundancia tal, que fué una calamidad. Diéronnos separadas fisiolojías de los caractéres y estados mas opuestos entre sí:—las fisiolojías del soltero, del casado y del viudo: las fisiolojías del paisano y del militar: las fisiolojías del médico y del sepulturero: las fisiolojías del acreedor y del deudor: las fisiolojías del escribano y del hombre de bien. Fué verdaderamente una epidemia fisiolójica la que aflijió la república literaria; pero pasó como la langosta, y todas esas, y todas las demas fisiolojías, comenzando por la del amigo Balzac, cayeron en el profundo abismo donde caen las obras malas, y las obras tontas aunque estén bien escritas.

Y á pesar de tan triste ejemplo, viendo yo sobre mi bufete tan elevado monton de fisiolojías, recordé que examinando el Corregio un cuadro de Rafael, esclamó entusiasmado: *E io anche sono pittore*, y agarró la paleta y el pincel, y fué pintor; por lo cual yo exclamé: *E io anche sono fisiologista*, y tomé la pluma y me dí á pensar de quien había de ser mi fisiolojía. En esto ví que bajaba las escaleras uno que había sido administrador de un ingenio, y dije para mi capote: *¡hé ahí mi hombre!*

Ademas, tarde ó temprano habia yo de dedicar alguna cosa á este personaje, y alégrome que sea una fisiología, porque á la verdad, es sujeto de humos, y es cosa segura que habia de molestarse viéndose bosquejado en un vulgar artículo de costumbres, como cualquiera tipo de menos valor. El señor administrador de un ingenio, quiere que se le distinga en todo, y no ha de ser seguramente un pobre periodista quien pretenda equipararlo con los demas hijos de Adan. Que lo hagan otros.

CAPITULO I.

El orijen de los administradores de ingenios, no es de los que se pierden en la oscuridad de los tiempos. Descubierta la América, y pasados algunos años, sembraron caña en sus islas para elaborar azúcar, y á estos terrenos así cubiertos de cañas, con las casas, máquinas, hornos y demas necesario para dicha elaboracion, se llamaron y se llaman ingenios.

Aquí es bueno advertir a los que pisen nuestras playas, y pase por digresion, que cuando oigan decir: *Fulano tiene ingenio*, no siempre han de creer se trate del ingenio intelectual, pues es mas seguro que sea ingenio terrino lo de Fulano. Regla general: abundan más los que tienen el segundo que el primero, con todo de no ser muy estraordinario el número de aquellos.

Volvamos al oríjen de los administradores, que no es sino el siguiente:—no queriendo el amo del ingenio retirarse á vivir al campo á cuidar de su finca, pone á otro en su lugar para administrarla y adelantarla. Suele administrarla á las mil maravillas; pero tocante á adelantarla, es otro cantar.

Es inútil decir que el amo asigna al administrador un sueldo, y que el administrador se asigna otro igual, con cuya feliz combinacion, son dos los sueldos del señor administrador. El segundo es el mas seguro.

CAPITULO II.

El señor administrador de un ingenio no está obligado á ser alto ó bajo, gordo ó flaco, blanco ó trigueño. Todas las estaturas, todas las complexiones, todos los colores, tienen franca la puerta para abrazar esta carrera, que lo es como cualquiera otra. Pero ha de saber leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética; aunque ya los he visto yo que ninguna de estas cosas sabian, y no por eso han dejado de salir hombres hechos y derechos de la finca que administraban.

Tampoco las varias profesiones que ejerce el hombre, se oponen á que sea administrador de un ingenio. Así es que vemos médicos, abogados, comerciantes, &c., á la cabeza de estas fincas. en calidad de administradores; pero no lo hacen sin renunciar ántes á su primera ocupacion: y cuando dejan la una por la otra, ya ellos se saben el porqué. Al militar tampoco está vedado examinar este campo, con tal que sea militar retirado, y el motivo es claro.

Ni el de noble nacimiento desdeña ser administrador de un ingenio, ni la plebeya alcurnia es un obstáculo para conseguirlo. Sin embargo, un profundo observador de nuestras costumbres, que piensa dar á la presa cosas muy buenas, ha notado que los miembros de familia donde hay un título de Castilla, no suelen administrar sino el ingenio de algun cercano pariente; pero está claro que no por eso dejan de ser administradores.

CAPITULO III.

Las facultades de un señor administrador son omnímodas. Dá y quita empleos, admite dimisiones, llena vacantes, releva de un destino y agracia con otro, toma residencias, confiere honores, juzga, sentencia, y administra justicia; sube y baja salarios que paga otro, envía embajadas secretas, se entiende directamente con el *refaccionista*, lo que es muy bueno para los dos; dispone siembras y arranques, rompe la molienda, y la interrumpe ó concluye cuando le parece: y en fin, hace todo aquello que hiciera en su lugar el amo, y mucho mas.

Tambien puede ocupar en servicio propio á los operarios artesanos de la finca: por ejemplo, el carpintero que á toda priesa tiene que echar una yanta á

la carreta, ó una puerta al almacen, lo abandona todo porque el señor administrador necesita una mesa para jugar al tresillo, ó un cajon para enviar un regalo de cien panecillos de azúcar á una señora del pueblo. Si es casado el señor administrador, y su mujer cultiva la flores, recibe órden el *tejero* cuando mas empeñado está por concluir unos cuantos millares de ladrillos, de dejarlo todo de la mano, y proceder á la fabricacion de una docena de macetas. Y así con todos los demas.

Puede tambien comprar aquellos animales que en su concepto hagan falta en el predio y aunque no la hagan; pues como puede comprarlos, dando libranza contra el amo para su pago, está en sus facultades volverlos á vender; presentando luego la cuenta al amo, si este llega á saber la venta.

CAPITULO IV.

Cuando va el amo á su finca, es en ella el segundo, cuando no el tercer papel del drama. Verdad es que si sale de la *casa vivienda* y se topa con el *mayoral* ú otro operario, éste se quita el sombrero y le da los buenos dias ó las buenas tardes, segun la hora del encuentro. Pero si da órden de hacer alguna cosa, será lo mismo que si la diera desde su aposento el Preste Juan de la Abisinia. Mientras el señor administrador no mande, escusado es que lo haga el amo. Al fin, este recurre al señor administrador; pero ha de ser á solas, porque nada se le puede advertir en presencia de otro, y él ofrece al amo que hará lo que desea. Pero no se hace, y esto por una razon muy sencilla: al señor administrador no le agrada que vea el mayoral que se le ha advertido algo, pues todo ha de salir de su caletre. Y, ¡pobre del mayoral! si el señor administrador considera conveniente cumplir las órdenes del amo: porque se le despide bonitamente, se toma otro, y entonces se pone en planta el proyecto, que atribuye el nuevo mayoral á los conocimientos del señor administrador.

CAPÍTULO V.

Sin contar con las ventajas reales, positivas y materiales que nacen, por decirlo así, del empleo, tiene otras el señor administrador, no despraciables.

Buena cosa es tener ingenio; pero cuesta afanes y dinero: bien que ya hoy apenas cuesta lo segundo, pues tanto se va aguzando el otro ingenio que casi se ha encontrado el secreto de sembrar muchísima caña y elaborar azúcar sin gastar media docena de pesos. Pero al cabo, el poseer ingenio da cierta importancia al individuo, aunque esto va tambien teniendo sus modificaciones. ¿Y no es cosa muy bella gozar de esta importancia sin el trabajo de conquistarla á fuerza de gastos y disgustos? Ya se vé que sí.... ¿Y quién sino el administrador la goza?

Cualquiera, pues, que le oye hablar, juraria, á no ser hijo ó sobrino del amo del fundo, que éste es suyo. No recuerda la historia un solo ejemplo de que haya dicho un administrador:—"*el ingenio tal, que dirijo, hará este año tantas cajas de azúcar.*"—Nada: el administrador, usando de una figura de retórica comun tambien entre los marinos, que dicen: "andamos diez millas por hora," para significar que el barco las anda, se explica así.—"*Yo hago este año*

tres mil cajas de azúcar,"—queriendo dar á entender que el predio las ha de producir; pero quien le oye asegurar que él obtendrá esa *zafra,* da por sentado que el ingenio le pertenece, aun cuando rebaje de las tres mil cajas, las mil y quinientas, ó las dos mil. Otras veces dice:—"*mi azúcar se venderá este año á un medio más que la de Fulano,*" ó bien "*yo vendo este año á tanto.*"—El verdadero dueño del azúcar vende, es cierto, á real ménos; pero quien oyó con que impavidez y seriedad dijo el administrador "*mi azúcar,*" sin duda alguna se traga que el azúcar es suya y que él la vende.

Si el amo *mete fuerza,* como decimos acá, al ingenio, el administrador hablando luego sobre el particular dice: "*he metido tantos brazos en la finca,*" y el cristiano ó el pagano que tal oye, lo cree de buena fé, y forma de él un elevado concepto.

Otra de las inapreciables ventajas del señor administrador de un ingenio, es que encuentra quien le preste dinero, con muchísima más facilidad que el amo mismo del fundo. Por eso es que muy frecuentemente lo busca el amo con la firma del señor administrador.

CAPÍTULO VI.

A la vuelta de algunos años, el señor administrador de un ingenio se retira á la ciudad y da dinero á premio; y de nadie exije mas seguridades que del dueño del fundo que administró.

O bien en unas *caballerías* de tierra que al segundo año de su administracion compró á corta distancia del ingenio, y que poco á poco fué desmontando con la *dotacion* de éste, empieza las siembras de caña, las fábricas y demas, para el fomento de otro ingenio, que podrá llamar suyo con mas verdad que el primero.

O bien titula, y pasea por esas calles de Dios convertido en conde ó marqués, siendo entonces una persona inofensiva, bien que á veces algo vana.

O bien se casa, si era soltero; y si la suerte le da hijos, los educa, para que á su debido tiempo derrochen aquel caudal que con el sudor de su frente logró juntar.

O bien, si se conserva solteron, se le aparecen como bajados del cielo los sobrinos que antes no lo buscaron, y hacen lo que debran los hijos.

O bien hace lo que le da la gana sin que tenga yo que meterme en ello, toda la vez que ya no es administrador, y que esta fisiolojía es de administrador.

CONCLUSION.

En esta, como en todas las demas carreras, el hombre corre segun tiene las piernas. Administradores conozco, bajo cuyo gobierno pusiera yo, á tenerlos, tres ingenios, y bien sabe Dios si desearía poderlo hacer como lo digo. Lo malo es que no tengo ni tres ni uno; pero con decirlo, claro está que solemnemente confieso haber administradores á quienes debe pintarse con otra paleta que la que he usado. Hecha esta protesta, entrego mi artículo al cajista, prévia censura.

José M.ª de Cárdenas y Rodriguez.



Landaluze Dibujó.

EL MÉDICO DE CAMPO

EL MÉDICO DE CAMPO.

Ab uno disce omnes.
Todos son iguales.
(TRAD. LIBRE.)

Sería preciso poseer la festiva pluma, la gracia y el satírico látigo del maligno escritor del tipo "El médico de campo" para bosquejar al *médico* en general y formar un cuadro tal que fuese digno de colocarse al lado de aquel bien trazado boceto, tan lleno de verdad y de animacion, tan picante como chistoso. Pero ya que me faltan esas dotes esenciales en un escritor de costumbres, sirva de escusa á mi osadía el cariño que profeso á los discípulos de Hipócrates, á quienes algo debo, pues todavía estoy vivo y así mengua fuera y sobrada ingratitud el no dedicarles un artículo. Tomo, pues, la pluma, y despues de encomendarme á la indulgencia de mis buenos amigos los médicos, y á la paciencia del benévolo lector, *principium sermoni dabo*...... Ustedes han de perdonar si les hablo en latin, pero este latin lo entiende todo el mundo, inclusos los médicos y los boticarios, qué, con medias palabras en latin se entienden á las mil maravillas.

En nuestro país, esencialmente agrícola, en vez de cultivar las ciencias y las artes que tienden á perfeccionar la agricultura y llevarla al estado floreciente á que por la feracidad privilegiada de nuestros campos está llamada, encontramos más cómodo, más útil y sobre todo más noble dedicarnos al estudio del *derecho*, al de la *medicina*, al de la *farmácia*, y particularmente al de la *poesía*, guiados sin duda por aquel conocido principio de que es preciso que *todos vivamos*, propios y estraños.

Gracias á Dios, no nos faltan poétas, pues tenemos para surtir á toda la América y aún nos sobrarán para nuestras delicias.

Abogados!! No hay más que abrir la *Guía de forasteros* para pasar en revista la tremebunda cohorte que está encargada de cuidar de nuestros intereses,

aunque sin dejar por eso de cuidar de los suyos, pues los abogados no se han estado quemando las pestañas estudiando el *Digesto* para luego hacer escritos *de guagua*, cosa por demás *indigesta*.

Farmacéuticos!! Hay en cada calle dos ó tres establecimientos piadosos á cargo de estos profesores que prestan al público tanta utilidad como á sí propios. ¡Cuánto adornan la ciudad esas odoríferas oficinas, con cielo raso dorado, armatoste de caoba, pomos de loza fina, mostradores elegantes sobre los cuales campean enormes redomas de cristal de varios colores, á manera de instrumentos de mágia, de física recreativa de algun jugador de cubiletes! Aquí se ven cajas misteriosas con sus correspondientes rótulos; allí urnas de cristal que contienen el imponderable aceite de alacran ó de lombrices ó de otras sabandijas, toditas muy medicinales y sobre todo muy.... caras. Más allá un pomo de vidrio que encierra nada ménos que una *hutía* comiendo un *hicaco*; aquí una redoma que contiene un enorme *majá* en aguardiente; en fin acá y acullá cuatro ó cinco cajitas abiertas y á la disposicion de los aficionados á las pastas pectorales, cuya virtud es tan notoria y cuyos resultados son tan poco nocivos, (lo que no se puede decir de todos los remedios.)

Médicos!! Cada dia se aumenta el número de los alumnos de Hipócrates, al paso que desaparecen los enfermos, tanto que si la cosa sigue así, á falta de gentes á quienes administrar drogas y jarabes, tendrán que curarse á sí propios los médicos ó recíprocamente, lo cual, creo que no harán jamás por motivos que ellos no ignoran.

Sucede, pues, comunmente, que á un hombre que tiene la fortuna de ser casado y que además es padre de dos hijos, lo cual es otra fortuna, viene la partera presurosa y con estusiasmo á anunciar que su esposa (del hombre) acaba de dar á luz un infante tamaño (aquí se esmera aquella profesora en señalar con ambos brazos). El recien papá, que, como dijimos, lo es ya de otros dos tambien robustos infantes, dá gracias á Dios, á sí propio y á su mujer por el aumento de prole, y allá para su capote dice poco más ó ménos lo que sigue: "Ya tenemos en casa á un futuro abogado y á un aspirante á farmacéutico.... pues señor, este angelito que acaba de regalarme mi muy cara esposa será, será.... médico: no hay remedio, ó por mejor decir, tendrémos quien nos dé remedios y con eso nos ahorraremos el pago de honorarios por *escritos largos*, *los veinte reales fuertes* por un simple *jarabe simple* y el consabido *pesito* de la visita.

En efecto, crece el niño, vá á la escuela, es el mismo demonio, poco estudioso, travieso, en estremo aficionado á los dulces, á las pastillas y al orosuz. El papá deduce de todas estas cualidades que su hijo tiene grandes disposiciones para la medicina; y como no lo puede sufrir en casa, se lo manda entero y verdadero al maestro de escuela que ya lo tenía á medias es decir á medio pupilo.

Pasan años. El niño ya no es niño, sino un muchachon, con pelo á la romántica, bigote y pera de chivo que mete miedo. Entónces pasa á estudiar y todas á la vez, un sin número de ciencias, de las cuales una sola bastaría para

ocupar la vida entera de un hombre aplicado, pero que el alumno tiene que saber, porque todas, todas le han de servir, si no para curar á los enfermos, al ménos para llegar á ser *médico.* Es de ver como por encanto, aprende, la botánica, la física, la química, la fisiología, la anatomía, la terapéutica, la..... Señor.... una infinidad de cosas más fáciles de mencionar que de aprender.

Si por desgracia, el alumno no tiene aficion á la medicina y en vez de escuchar atentamente al catedrático, no asiste con puntualidad á las clases, prefiriendo ir á la inmediata confitería á refrescar, engulléndose para hacer boca media docena de pastelitos ó *chux á la crême* y á fin de hacer pasar todo eso, una copa de granizado de naranja ó un vaso de agraz, ó tambien si el enemigo le tienta se pone á jugar unas cuantas mesitas al billar...... ay! ay! de los enfermos que cayeren algun dia en las terribles manos de nuestro Galeno!! Por eso, cuando queremos dar un voto de confianza á algun médico á quien no conocemos y nos decidimos á encomendarle nuestro cuerpo y nuestra existencia, preguntamos con sobrados motivos: ¿Que tal? ¿Era buen estudiante?

El que no toma estos informes demuestra ménos interés por sí propio que por las agencias funerarias, y convengamos en que los aficionados á la filantropía no pueden exigir tamaño sacrificio; y regla general: no hay cosa peor para los enfermos que tropezar con médicos que en vez de haber hecho estudios profundos en la divina ciencia, se hayan entretenido en hacer versos, en enamorar muchachas, poniendo á los papás en un continuo estado de...... alarma, ó en pasar su tiempo en los cafés, ó en el tiro de pistola, ó en el campo cazando pájaros.... Todo esto es de fatal agüero para los pobres enfermos.

Tan pronto como el bachiller en medicina recibe su diploma, busca la proteccion de algun médico de reputacion, para que le acabe de enseñar lo que no sabe (por supuesto que hablo de lo que no sabe el bachiller) y le pefeccione en la humanitaria ciencia de curar. El médico protector franquea al modesto bachiller su biblioteca compuesta de cuántos libros sobre medicina se han escrito desde Hipócrates hasta nuestros dias, es decir, de medio millon de gruesos volúmenes llenos de admirables teorías, lo cual prueba de un modo evidente lo mucho que han.... sudado las prensas tipográficas.

Si el médico director es partidario del sistema antiflogístico, no permitirá que lea su discípulo sino las obras en que se prueba de una manera que no deja la menor duda que desde que el mundo es mundo hasta la fecha, esto es, desde que no había médicos y cada *quisquis* se curaba como Dios le daba á entender, y morian las gentes ni más ni ménos como ahora (aunque no en regla es muy cierto) el médico que no manda sacar sangre y no emplea (para los enfermos) las sanguijuelas y ventosas, no es digno de entrar en el gremio de la facultad, *non ets dignus intrare in docto corpore*.... siempre *latines*.... de cocina, quiero decir, de medicina.

Empapado el alumno en tan sábias doctrinas, jura, cual otro Anibal, puesta la mano sobre un tomo de *Broussais*, odio implacable á todos los sistemas curativos pasados, presentes y futuros, y desde luego profesa á las sanguijuelas un cariño digno de mejores bichos. Hace además firme propósito de no recetar

sino aquellos remedios que señala la terapéutica como debilitantes, estenuantes y que tienden precisa y directamente á desahogar al doliente de cuanta sangre tenga en el cuerpo para luego tener el gusto de irsela renovando (si es que escapa el enfermo) á merced de limonadas, suero, leche, huevos pasados por agua y cuando mucho *sopas de gato*. *La irritacion*.... hé aquí el enemigo; hé aquí el duende ó sea *coco* que hay que combatir. Aquel jóven alumno, por lo demás de buena índole y aún amable, no sueña sino con las sangrías, las sanguijuelas, las ventosas y no habla en todas partes más que de las irritaciones, de las sopas de gato, de los baños calientes, de aneurismas, de agua helada, de belladona, de *gastro enteritis*, *cefalgias*, *colitis*, *peritonitis*, *atrofias*, etc.

Hasta en su misma casa, viene á ser el terror de su familia, queriendo curar á los buenos y sanos, para probar la eficacia de su sistema; pero como quiera que todo el mundo le zafa el cuerpo, ya es un inocente perro, ya un apacible gato, ora una incauta cotorra, ora un robusto cochino los que esperimentan, con notoria desgracia, los admirables resultados de su método.

Si el médico director protector es humorista, es preciso entónces declarar guerra á muerte á las sangrías, á las sanguijuelas, á los calmantes, al agua fria, al agua caliente, á las limonadas, á los baños, á los jarabes, á las pastas, á las tisanas y en general á toditas las drogas de la botica. No hay más que penetrarse de que nuestro cuerpo, objeto de la vanidad humana, es pura...... ó mejor dicho, impura corrupcion y basura; y así es fuerza limpiarlo constantemente ni más ni ménos que nuestra casa que aseamos todos los dias con la escoba. Y ¿cómo? Con purgantes y vomitivos, com ambas cosas á la vez, ó al ménos alternando sucesivamente hasta que quede el cuerpo limpio como una patena.

Es de advertirse (entre paréntesis) que este sistema tiene pocos partidarios entre los discípulos de Hipócrates, sin duda desde que los enfermos se han convencido que para zamparse dos ó tres cucharadas de *Le Roy* no se necesita llamar á ningun médico.

Si el caballero médico director es partidario del sistema de *Raspail*, hablará en estos terminos al jóven alumno: "Todos los achaques desagradables que afligen á la humanidad provienen de una multitud de bichos ó gusanos enemigos del órden y de la tranquilidad del hombre, que han dado en la gracia de andarse paseando por nuestro cuerpo con la misma libertad que si estuviesen en su casa. Conviene, pues, desalojarlos.... pero ¿cómo, dirás tú, ó joven alumno, ¿cómo? por medio del alcanfor? No acierto á comprender como hasta la fecha, no habiamos dado con ese remedio universal que es el único que cura todas las enfermedades. Muchos individuos ignorantes (sin ser médicos) conocían, hace siglos, la notoria eficacia del alcanfor, para destruir la polilla y otros insectos que se alojan en las gavetas de una cómoda ó en los escaparates; pero estaba reservado á *Raspail* el honor de hacernos conocer que el alcanfor y sus compuestos mata á los insectos do quiera que se les pueda pillar. Viva, pues, tan admirable remedio, que, además tiene un olor muy agradable para el que le guste.

Et sic de cæteris.... es decir, que de los sistemas curativos adoptados por

los médicos directores, resulta lo mismo. Cada cual pondera el suyo y asegura que el de su cofrade no sirve para maldita la cosa. Yo creo que todos tienen razon.

El bachiller, dócil á los consejos de su director, acompaña á este en todas sus visitas y aún en sus ausencias y enfermedades le sustituye, no apartándose ni un ápice de las doctrinas que le inculcára su sabio maestro. Esto lo alienta y aun se permite *in ocultis* curar por sí y ante sí á algun enfermo, pero esto es muy raro y si lo hace es.... sin ejemplar.

Guiado por las máximas y el ejemplo de su maestro, muda de costumbres, de carácter y aun de fisonomía. Se vuelve sério, gasta poca conversacion, tiene trazas de estar siempre meditando acerca de las innumerables enfermedades que afligen á la humanidad y de buscar remedios para curarlas. De un abogado vivo y hablador, dirán las gentes, cuando mucho, que es travieso y de ardiente imaginacion y por supuesto muy propio para hacerse cargo de un pleito por desesperado que sea: de un médico locuaz, de genio alegre y que camine de prisa, dirá el vulgo: "es un loco; no le llamaré por cierto, si tengo la desgracia de caer enfermo." Esto lo saben los médicos y por tanto se dominan, hablan poco, caminan con paso grave y su semblante revela, al parecer, como diría un escribano, los afanes y desvelos; y aun muchos gastan espejuelos á pesar de tener una vista de lince. Muy rara vez se permite el médico ciertas diversiones inocentes como los teatros y las sociedades filarmónicas, pues se lo impide el constante é ingrato estudio de la ciencia que profesa. Además ¿qué opinion formaría el público de un hombre cuya vida pertenece á los enfermos, si le viesen todas las noches en el teatro? Haciéndole sobrado favor, dirían las gentes que no tiene aquel médico enfermos á quienes visitar ó que no tiene amor á la carrera. El médico no debe tampoco ir á los bailes. El médico no baila: esto es indigno de su carácter, de su indispensable gravedad.

En fin, ya nuestro bachiller es médico: ya vuela con sus propias alas, por su cuenta y.... entónces, merced á algun complaciente *localista* que anda á caza de noticias con que llenar la seccion que está á su cargo, puede leer cualquiera el párrafo siguiente: "*Grado.*—Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que antes de ayer, prévio un riguroso y lucidísimo exámen, recibió el grado de licenciado en medicina el aplicado jóven D. Luis Serato y Miel Rosada, á quien felicitamos cordialmente deseándole el mejor éxito en su noble y ardua carrera. Vive......... (aquí las señas).

El primer cuidado de nuestro *tipo* es proporcionarse, á costa de los primeros enfermos que caen bajo sus manos, una volante ó quitrin flamante, con buenos arreos, robusto caballo y rechoncho calesero. Este aparato que nada tiene que ver con la ciencia médica, es indispensable. El médico que *visitase* á pié, se daría todas las trazas de un corredor vendiendo granos de café ó muestras de azúcar. La volante indica el gran número de enfermos; los arreos de plata anuncian la comodidad y lujo con que vive el médico que todo lo debe á sus admirables aciertos; en cuanto al rechoncho calesero y al robusto caballo son las pruebas vivas y palpables de que en casa del facultativo todos están gordos.

buenos y sanos que dá gusto, desde el amo hasta el caballo, y cuenta que este último no cesa de trabajar todo el santo dia, otra señal inequívoca de que el médico no *puede* con sus enfermos, es decir, no puede dar abasto con los dolientes aunque no tenga todavia ninguno. Con efecto, en todas las carreras hay que pasar lo que vulgarmente se llama el *año de noviciado*, máxime en la de medicina en que pululan los médicos.

¿Veis aquel hombre que vá en un quitrin, con un libro ó folleto en la mano, absorto, al parecer, en la lectura de algun nuevo remedio para curar la *hidrofobia*, vulgo rabia? ¿A donde se dirige? Ni él mismo lo sabe. Lo esencial es que el público naturalmente curioso, llegue á saber que allí va el doctor *tal.* Lo esencial, pues, es darse á conocer, porque nadie quiere curarse con médicos desconocidos. Esto lo saben los médicos y por eso inventan mil ingeniosos arbitrios para adquirir reputacion y crédito.

Ya es un comunicado suscrito por un amigo que estuvo agonizando, pataleando que metía miedo, con los preparativos hechos y el lio debajo del brazo para irse al otro mundo, avisada la agencia funeraria y ajustado el entierro de segunda clase, cuando.... ¡oh asombro! vino á habérselas con la inexorable *Parca* el jóven licenciado D. Mamerto Mosca y en ménos de quince dias arrebató su presa á la odiosa *Muerte*, restituyendo á la vida al comunicante, que, en cuanto saltó de la cama, se apresuró á rendir el debido homenage de gratitud á su jóven salvador que vive en la calle de.... tal.... número....

Ya es un soneto remitido y suscrito por una señora á quien el jóven Dr. D. *Ventura Bisturí* practicó la dificil operacion de estraer siete golondrinos que no la dejaban dormir hacía la friolera de nueve meses. Dice así el soneto que es á fé tan bueno como los muchos que se publican todos los dias en los periódicos:

Presa de horrendo mal, la sepultura
Ante mis pasos débiles se abría;
De Galeno á la ciencia resistía
Mi perenne opresora calentura.

Hice del testamento la escritura
Y de mis hijos ya me despedia,
Cuando acercóse en venturoso dia
A examinarme el sábio don Ventura.

Aunque la fama le nombraba esperto,
Su remedio acepté sin esperanza;
Porque ese don de levantar á un muerto
Sólo al Dios de los orbes se le alcanza.
¡Me levantó en seis horas el bendito!
Y estas gracias le ofrezco por escrito.

Como quiera que, segun ya hemos dicho, pululan los vates en esta feraz tierra de Cuba, le es sumamente fácil á un médico que quiere darse á conocer, grangearse la amistad de algun poeta complaciente que le obsequie el dia de su

santo con un par de sonetitos por el estilo del anterior y en los que asegura que el tal doctor es por lo bajo un Dupuytren, un Corvisart, un Magendie, un Valpeau, etc., etc.

Ya es un anuncio pomposo redactado por el mismo facultativo en que participa á sus amigos y al público (cuya amistad anhela tambien) que por un método sumamente sencillo, fruto de una larga práctica y constante observacion, cura todas las enfermedades conocidas y por conocer, endereza jorobas de nacimiento, vuelve la vista á los ciegos, compone brazos y piernas que es un primor, bate las cataratas en un abrir y cerrar de ojos, facilita la salida de los fetos sin dolor ni lesion; posée el secreto para que las mujeres morosas tengan al fin el dulce consuelo de dar á luz media docena de muchachos robustos, etc., etc. A los insolventes se les cura de oficio ó séase de guagua.

Al dia siguiente se llena la casa de nuestro Galeno de una legion de ciegos, de paralíticos, de jorobados, de cojos, de tuertos, de mancos, de negras viejas, de chinos que dan compasion.

Otro de los ingeniosos medios para adquirir crédito es la invencion de algun jarabe especial para poner el higado como nuevo; ó de alguna pasta maravillosa para los catarros que se pronuncian en los pulmones; ó de algunas píldoras que limpian la masa de la sangre mejor que con una escoba; ó de algun ungüento prodigioso que es lo que hay para las almorranas y la sangre de espaldas. El caso es ver su nombre en letras de molde.

Cuando el médico va á visitar á un enfermo por primera vez, tiene sumo esmero en su *toilette*, engalanándose con la mejor casaca y luciendo en la bien planchada pechera de su camisa un hermoso alfiler de brillantes. Entra en la casa, por supuesto armado del consabido baston con borlas, con suma gravedad y circunspeccion, si bien deja asomar en sus lábios dulce sonrisa como prueba de su amabilidad y tambien para tranquilizar en cierto modo el pánico terror que infunde siempre en una casa la presencia de un médico. Se acerca al doliente y al mismo tiempo que le toma el pulso, echa una mirada distraida á la muger del paciente y si este es rico, lo cual se conoce por el aparato y lujo con que está adornada la casa, suele entónces sacar el reloj, frunce las cejas, se muerde los lábios, vuelve á tomar el pulso con la diferencia de que la mano que toma ahora es la derecha y ántes era la izquierda.

La esposa.—¿Que opina Vd. señor doctor?

El doctor (guiñando el ojo á la esposa)—Esto no será nada . . . . nada . . . . cuando Vd. me mando á avisar, estaba yo en una junta . . . . aún es tiempo de combatir la enfermedad . . . .

La esposa.—Mi marido es muy aprehensivo. Yo creo que lo que él tiene es un fuerte catarro . . . .

El doctor (sonriendose)—No es mal catarro, señora mia, . . algo más . . pero . .

El doliente (asustado)—¿Estoy de peligro, doctor? (á la esposa) No te lo dije, Chona mia, no te lo dije . . . .

El doctor.—Animo, ánimo . . . . voy á recetar un jarabe . . . . procure Vd. sudar, á bien que agregaré una bebidita que . . . . hasta la noche . . . .

(El doctor saluda al enfermo y pasa á la sala seguido de la señora).

La esposa.—Puede Vd., doctor, hablar con franqueza.... ¿Es cierto que....?

El doctor.—Mucho temo una reaccion, señora mia, porque en estos catarros pulmonares, no parece sino que la enfermedad quiere jugar con nosotros al escondite. El cerebro está amagado.... ¿Me hace Vd. el favor de darme papel y.... ah! ya sabe Vd. que debe mandar á la botica del licenciado Pildorin. Es hombre de conciencia, aunque lleva por sus drogas más caro que sus cofrades.... pero él no vende gato por liebre. (receta) Ay! señora, los enfermos no nos dejan vivir y sin embargo no faltan gentes que digan que somos nosotros los médicos los que no dejamos.... Bah! Mire Vd.... tengo que ir ahora á ver á la marquesa de.... y luego al conde de.... y ántes de ir á comer estoy citado para una junta en casa de doña Sinforosa Clito, que está con un histérico de muerte. Ah! señora.... ¡que ingrata carrera es la nuestra! A los piés de Vd.

Como el doliente no tiene sino una mera fluesion, se pone bueno, pero como es rico, se pone bueno lo más tarde que puede.... el doctor que ha tomado tanto cariño al enfermo que quisiera verle toda su vida dos ó tres veces al dia.

Si apesar de sus esfuerzos para alcanzar reputacion y crédito no logra nuestro tipo que el público lea los comunicados, los sonetos ni los anuncios, entónces muda de.... sistema y deserta las antiguas y venerandas banderas de la alopatía, pasando á ser un furibundo y entusiasta partidario de la homeopatía, cuyas maravillas proclama, confesando que hasta la fecha todos los médicos (incluso él) han sido unos bolos administrando brevages, tisanas más ó menos repugnantes, enormes píldoras, panaceas &c., y haciéndose los suecos á la voz de Hannemann, al sapientísimo inventor de los globulitos y de las dósis casi invisibles.

Si esto no basta, se declara defensor del admirable sistema del agua fria ó séase *hidropatía* que cura todas las enfermedades como por encanto. Este método, en efecto, es uno de los más prodigiosos de este siglo. Cuéntase que en uno de los establecimientos hidropáticos de Berlin fué acometido un hombre de un cólico desenfrenado. El médico le mandó que se echara al agua. Hízolo así el doliente y.... ¡oh asombro! antes estaba con el cuerpo doblado bajo el peso del más violento dolor,.... pues bien, le sacaron del baño tieso.... como una tranca.

Sin embargo, la esperiencia ha demostrado que el más eficaz arbitrio que puede adoptar un médico que anhela fama y sobre todo dinero, es el de viajar á luengas tierras y al cabo de dos ó tres años volver á su pátria. Si trae de allende instrumentos, libros primorosamente encuadernados, botiquines completos etc., si nos puede probar á fuerza de repetirlo, que ha sido comensal del celebérrimo Dr. *tal* y amigo del sapientísimo Dr. *cual*; si á esto se agrega que champurrea el aleman, el inglés y el francés; si finalmente celebra con entusiasmo todo lo que vió ó no vió del otro lado del golfo, entónces es seguro su triunfo. Bueno es tambien que traiga de allá algun específico universal de prodigiosos

resultados, algun elixir, ó Rob, ó panacea, ó cuando ménos algun ungüento para los callos.

Nuestro héroe deberá *hacerse de rogar* para ir á visitar á los enfermos; llegará el último á las juntas, hablando en ellas de todo ménos de medicina y adhiriéndose siempre á la opinion del médico de cabecera, única persona que se permite ocuparse allí de la salud del pobre enfermo.

Debe cuidar tambien nuestro tipo de cultivar la amistad de uno ó dos farmacéuticos á quienes protegerá y cuya pulcritud, con ciencia, habilidad y esmero ponderará en todas partes. A su vez agradecidos aquellos boticarios hablarán acerca de nuestro médico con tanto entusiasmo y tantos elogios, que á fé, á fé que le entrarán deseos á cualquiera de caer enfermo para tener el gusto de ser curado por tan famoso doctor.

Cuenta el chistoso autor de la *fisiología del médico*, que la invencion del sistema hidropático se debe á los enojos de un vengativo doctor en medicina á quien negó la mano de su hija un boticario que había tenido la habilidad de transformar en buenas y sonantes onzas de oro cuatrocientas tinajas de agua de chicorea ó de borrajas. *¡¡ Tantæne animis doctoribus iræ!!*

Tanto á los caballeros médicos como á los señores farmacéuticos les conviene, pues, vivir en santa paz y armonía, ni más ni ménos que á los jueces con los escribanos y á los escribanos con los oficiales de causas; todo en obsequio de sus intereses como en los del público.... que es el que al fin y al postre paga *las costas.*

No pocas veces acontece (y esto, sea dicho de paso, tiene lugar en todos los paises civilizados, esto es, donde hay muchos médicos) que la *Discordia* con su infernal aliento infunde en los discípulos de Hipócrates el espíritu de cabala, de rivalidad y de odio recíproco y sacude sobre ellos su horrible cabellera erizada de venenosas serpientes. Aquí fué Troya. El alópata, el hidrópata, el raspailista, el brownista, el rasorista, el broussista, el homeópata, el humorista, etc., como perros y gatos, viven en continua lucha, obsequiándose mutuamente con mandobles á diestro y siniestro, cada cual en defensa de su sistema, tratándose de una ciencia tan oscura, que el más lince camina á tientas, dando palos de ciego á todo bicho viviente, eso si, con las mejores intenciones. *Ibant obscuri sola sub nocte per umbras.*

Ahora bien. ¿A quienes constituyen por jueces en tan intrincada contienda? Al público. ¡Ojalá pudiera éste dirimir con acierto la discordia y saber en tan peliagudo juego con que cartas gana y con que cartas pierde.

Una vez adquirida la reputacion que tanto ha anhelado, nuestro héroe puede prometerse un porvenir halagüeño y una vida llena de placeres, si bien no pocas veces se ven turbados estos, por las visitas que tienen que hacer á sus numerosos enfermos; pero aun esto acrecienta su nombradía y por supuesto su peculio. Tiene nuestro doctor entre sus clientes á dos que están ya, como si dijeramos, cada cual con el pié derecho en la sepultura y el izquierdo asido por nuestro Galeno. Este se halla en el teatro oyendo *verbi gratia* la deliciosa cavatina de Elvira en el Hernani. Llega subitamente y jadeando un caballero,

recorre con la vista la inmensa platea del coliseo, vé á nuestro doctor, se acerca á él y le dice al oido: doctor, el enfermo esta delirando.... por Díos.... venga V. un momento.... un minuto.... ahí está el carruage.

—Bravo, bravo.... grita el filarmónico doctor aplaudiendo....

—Por Dios, doctor....

—Bravísimo!.... (al caballero). Voy.... voy.... despues del duo.... Mientras tanto, puede V. mandar en mi nombre, que le apliquen al enfermo sinapismos volantes y ladrillos.... y.... (á un filarmónico). Que bien ha cantado esta noche la *prima donna*.... sobre todo el trino.... (al caballero) Vaya V.... ah!.... que vayan á la botica y que pidan un cáustico del tamaño de mi mano.... y dos docenas de sanguijuelas...."

En esto llega otro caballero con la misma pretension.

—Doctor, se nos vá, se nos vá.... desde la última sangria está peor....

—Que le dén otra.... eso no es nada.... yo pasaré á verla dentro de una hora.

—Doctor de mi alma.... venga V., se lo pido por aquel angelito barrigon hijo de V.

Aunque poco sensible en general, por el caro nombre invocado, accede nuestro galeno á seguir, no sin visible disgusto, al importuno caballero.

—Ahí vá el doctor *Yodo*, dicen algunos concurrentes. Cáspita! y ¡que de enfermos tiene! No le dejan gozar de la ópera.

—Oh! esclama otro, pronto volverá.... con una receta mas.... ya está el enfermo del otro lado. ¡Parece increible!

Los médicos y los abogados tienen ciertos puntos de semejanza tanto mas notables, cuanto que por otra parte se diferencian en el génio y costumbres. Ya hemos dicho que los abogados generalmente son vivos y locuaces al revés de los médicos que son graves y taciturnos, sin embargo de que hay alguno que otro que no deja meter baza en su casa ni á la cotorra.... ¿qué digo?.... ni á su cara costilla, que creo es cuanto hay que decir. Ahora bien, veamos cuales son las circunstancias que constituyen esa semejanza de que hablamos.

Supongamos que vá á consultar á un abogado un proletario, vulgo, insolvente para que le defienda un pleito que trata de entablar contra un individuo que le diera una bofetada.

—Cómo! han dado á V. una bofetada! Esa es cosa séria, amigo mio; un pleito criminal!.... Cuénteme V. el sucéso. ¿Quién fué el agresor audaz que.. tome V. asiento. A propósito, supongo que está V. resuelto á llevar las cosas hasta el último estremo. Bien hecho. ¡¡Una bofetada!! ¿Sabe V. lo que es una bofetada?.... á bien que debe V. saberlo.... se me olvidaba que.... pues señor.... tendrá V. la bondad de espensarme.... para el papel sellado, firmas, poder, &c., &c., &c. Presumo que V. no es insolvente.....

—Ah! doctorcito de mi corazon.... ¡ojalá no lo fuera, pero tengo.

—Veamos, veamos lo que V. tiene....

—Tengo *una porcion* de testigos que asegurarán que no poseo ni un chico....

—Ay! ay! (á parte). Malo! (alto). Ya esto muda de aspecto, amigo mio. Para meterse á litigante.... sobre todo en materia criminal, es preciso tener siquiera para los gastos indispensables.... todo, por su puesto, á reserva de reintegrarse luego.... pues, si señor.... bien mirado el negocio.... una bofetada no pasa de ser así.... una.... bofetada que.... al fin.... eso no es nada.... quizás en un momento de exaltacion.... las circunstancias atenuantes.... la.... el.... los.... las.... Si V. supiera cuantas bofetadas se han dado y aun se dan por ahí por gentes groseras y villanas. Lo mejor es abandonar eso á un desdeñoso olvido.... créame V.... Con que.... que V. lo pase bien.... estoy muy atareado.

Trasladémonos ahora, benévolo lector, á la morada de uno de esos doctores de fama y de crédito que tanto abundan.

—Señor doctor, estoy, hace mas de un año padeciendo unos dolores reumáticos que me dan muy malos ratos....

—Caballero, me alegro....

—¡Cómo!

—Por supuesto. Me alegro mucho de que se proporcione nueva ocasion de esperimentar los prodigiosos efectos de un remedio que he inventado para los reumatismos y aun para la gota. Es un *regenerador universal* de la sangre, compuesto de vegetales y con el cual he tenido el gusto de curar á mas de trescientos gotosos. Cada botella cuesta doce pesos.... pero crea V. que el precio es sumamente módico, atendida la sin igual calidad de los ingredientes de que se compone mi *regenerador*. Con veinte y cuatro botellas tiene V. bastante para limpiar la masa de la sangre de las impurezas que en su curso lleva. El reumatismo!.... cuidado con eso.... si V. quiere, enseñaré á V.... una botella....

—El caso es, señor doctor, que yo soy un pobre.... y no digo veinte y cuatro botellas, pero ni aun una cucharada de ese regenerador puedo costear....

—Ah! pues entonces, caballero, tome V. baños de mar.... y.... eso no es nada.... el reumatismo molesta, pero no es peligroso.... V. disimulará, voy á ver á doce ó trece enfermos de gravedad.... así es que....

—Pero doctor....

—Que V. se mejore....

Inútil es decir que si los dolientes y los litigantes son ricos, los diálogos son más largos y sobre todo más *interesantes* para.... los médicos y para los abogados.

Hasta ahora hemos descrito un tipo cuya vida, carácter y hábitos guardan *casi*, *casi*, una identidad notable con todos los de su clase en el orbe entero; pero recordará el benévolo lector que hemos salvado en el prospecto de la presente obra, ese inconveniente, prometiendo amoldar ciertos tipos generales de la sociedad á las costumbres de la nuestra en particular. Con efecto, el médico en todas partes es médico y á fé que es carrera la de los dichosos hijos de Hipócrates que se halla más al abrigo de las vicisitudes de la suerte y de los azarosos vaivenes de las revoluciones. En todos los paises hay enfermos.... y

de consiguiente se necesitan médicos, aunque sean originarios del celeste imperio; prueba de ello es el ínclito y nunca olvidado *Zanzí*, que, sin saber más que decir *dos pesus* se llevó á su tierra 30,000 pesos, fruto de su talento. ¡Talento! Si señor.... que talento es y muy real y efectivo el ganar en menos de un año esa no tan despreciable suma, máxime en un pais donde abundan médicos sapientísimos que saben el latin, el griego, todas las lenguas modernas.... pero que desgraciadamente ignoran el *chino*.

Fuerza es confesar, empero, que nuestros médicos en general son estudiosos, desinteresados y humanos. Los hay y no pocos de ciencia y conciencia, si bien otros, adoptando, con mas entusiasmo que reflexion los últimos sistemas médicos, cual el elegante que se crée obligado á vestirse *á la derniere mode*, llegan á inspirar no solo poca confianza á los enfermos, sino que ellos mismos, caminando de contínuo en las tinieblas de la duda, concluyen por no creer en nada. Mas diré y esto en obsequio de los medicos cubanos, estos no saben ser charlatanes.... digo y teniendo á tantos cofrades que en esto de embaucar al prójimo, pueden servirles de modelos, pues, si bien es cierto que han visitado nuestras hospitalarias playas algunos doctores en mediciua y cirugía dotados de verdadero é innegable mérito, en cambio no pocos enfermos incautos han sido víctimas de su espíritu de *novelería* por haber encomendado su salud á Dulcamaras tan ignorantes como imprudentes.

Concluiremos este mal trazado tipo repitiendo lo que pregona la Fama con respecto á nuestros benditos hijos de Hipócrates. Dicen que son muy enamorados.... no solo los jóvenes, sino los viejos.... (éstos en mi concepto son más peligrosos) pero.... prescindiendo de que el amor es la pasion más noble del hombre.... y por supuesto tambien de la muger.... el clima.... la ocasion.... el ahinco laudable de estudiar á fondo las infinitas maravillas de la naturaleza. Además, la carrera es ingrata y el camino por donde transita el médico, no ha de verse siempre cubierto con funerales cipreces y justo es que alguna que otra flor le consuele en su triste y penosa peregrinacion en este mundo, donde hay tantos farsantes,.... como los médicos no ignoran.

José Agustin Millan.



Landaluze Dibujó. Fototipia Taveira.

EL BILLETERO

EL BILLETERO.

Vender billetes de la lotería es una industria como cualquiera otra; sin embargo, yo creo, que debe necesitarse índole especial para el caso.

El billetero nace; se dedica á este oficio, porque le seria imposible consagrarse á otra ocupacion. Por eso el billetero es *un tipo.*

El garrote en una mano y la cartera de los billetes con las tigeras en la otra, son partes integrantes de su individuo. Algunos hasta deben dormir con dichos objetos.

Lo más característico del tipo que bosquejo es su multiplicidad. Podrá usted no encontrar cuando los necesite, un médico, una comadrona, un sereno, una pareja de Orden Público, un carruage de alquiler y hasta un amigo á quien pedirle un favor; pero un billetero, jamás. Salir á la calle y no tropezar en una sola *cuadra*, con seis ó siete, es imposible.

¿A qué hora del dia, y ya hoy hasta de la prima noche, no se oyen en nuestras calles gritos semejantes á los siguientes?

—¡Diez y siete mil *nuerecientos* cuarenta y siete! ¡La suerte para quien la quiera! ¡El último que me queda! ¡El último! ¡El *premiadito*!

—¡Qué número tan bonito! exclama desde la sala de su casa Petronila, una *muchacha* soltera de treinta y nueve á cuarenta años, dirigiéndose á una íntima amiga y contemporánea suya, que se halla allí de visita.

—Y que tiene *cábula*, observa la otra *cuarentona.*

—Es verdad, sí, confirma Petronila; empieza con diez y siete y acaba con siete.... Mira, y suma veinte y ocho, añade con súbito regocijo; la fecha del dia que se juega, ó sea el juéves que viene, memorable para mí por cierto, como que hace un año que *pelié* con Ramon, y si me sacara *un pico*, podria quizás atraerlo de nuevo....

—¿No te lo dige? Ese billete tiene *que salir*, con tantas casualidades; cómpralo, *Tronila.*

—*Ahoritica.* Asómate y llama al billetero, ántes que se le antoje á alguna otra.

La amiga obedece, y á poco se acerca á la ventana el susodicho.

—A ver ese diez y siete mil; le dice Petronila.

—¿Lo va á tomar *enterito*? pregunta el billetero.

—¡Qué dice, hombre! ¡Ojalá pudiera!

—Vamos, *caserita* anímese, mire que este número se va á llevar los doscientos mil *toletes, sin farta* y *luego le va á pesar;* dice el billetero, riéndose y dejando ver dos hileras de dientes descomunales y un colmillo mayúsculo *sobresaliente*, lo que causa grande asombro á las dos amigas.

—Si su boca de usted digera verdad, insinúa Petronila con una sonrisa significativa, era yo capáz entónces de empeñar hasta los aretes y las sortijas para quedarme con todo el billete.

—No hay *noredá* por eso; *mérquemelo* de cualquiera manera y repártanselo entre las dos, como buenas hermanitas.

—Si no somos hermanas, *casero.*

—Pues yo creia que lo eran, porque tienen la *mesma pinta.*

—Se ha equivocado usted.

—Eso no le hace: era una *comparanza.*

—Y dígame, *casero,* saltó Martina, que así se llamaba la amiga de Petronila; ¿por qué no se saca ese colmillo tan grandísimo, que le debe molestar hasta para comer?

—Porque yo tengo ya *las mandárrias* muy duras, y no quiero que me anden en ellas con *las tenazas* los *dientistas.*

—No, hombre, si no se pasa más que un dolorcito de un momento.

—¿Y la sangre que se *jecha* y el *bujero* que queda? *Amejor* estoy así.

—¡Qué miedoso! Usted no puede traer la suerte, *¡qué vá!* observó Martina.

—¿La suerte? *¡No digo!* Si yo le cuento á usted una cosa, se queda *presinando* una hora.

—¿Qué cosa? veámos; contestó Petronila, despertada ya en ella la curiosidad; pero éntre, *casero*, que está lloviznando; añadió al ver que empezaban á caer algunas gotas.

—¡Alabado sea Dios! dijo el billetero, quitándose su ancho sombrero de paja y pasando adelante; con licencia de la *casera*, voy á beber *una poca* de agua fresca, que tengo una *sequía rabiosa.*

—¿Quiere un poco de aguardiente para que no le haga daño el agua? preguntó Petronila.

—Vaya, *casera*, si usted me lo dá *caritatiramente*, lo tomaré á su salud y á la de *la compaña.*

—Se entiende, *casero,* y gracias por su buena intencion.

Y Petronila, dirigiéndose al primer cuarto, tomó la botella del aguardiente, destinado á los usos domésticos, y sin ningun escrúpulo, echó medio vaso al billetero.

—¡Jah! hizo éste, despues de haber bebido, enjugándose la boca con la manga de la chaqueta.

—Con que vamos á ver *el cuento* que nos ha prometido, dijo Petronila, señalándole una silla.

—No es cuento, *casera,* que es la verdad *purita.* El sorteo antepasado, yo *traiba* un número que lo venia cantando por la calle Cerrada del Paseo, y que

era el quince mil *pelao*, cuando al llegar á la Calzada de la Reina, me para un caballero muy *currutaco*, con mucha *cadena* de oro, mucho alfiler de brillante, con una ropa de primera y una bomba *peluda* muy lustrosa. Parecia un conde ó un *embajaor*.

—¿Y le compró el número y se sacó el premio grande, no es eso? Los ricos siempre son afortunados; interrumpió Martina.

—Ahora verá, *casera; déme ese quince mil que está usted pregonando;* me dijo. Yo se lo entregué, y él, *busca que te busca* el dinero, pero no lo encontraba.

—Seria algun petardista, algun caballero de industria, de esos que suelen andar vestidos como unos marqueses, para engañar al que se haga bobo; observó Petronila.

—Qué, *nadita* de eso: si he sabido *dimpués* que es un *presonage* que tiene mas *cheques* que el Banco Español.

—Entónces se le habria olvidado la cartera, ó se la habria robado algun *carterista*.

—Yo tuve intenciones de dejarle el billete para que me lo pagase luego, dándome las señas de su casa.

—¿Y por qué no lo hizo? Usted debe de ser muy desconfiado; dijo Martina.

—Porque una señora que estaba parada en la puerta de una casa de enfrente, sacudia los brazos y la cabeza, retorciendo los ojos y *encaramando* las cejas, como diciéndome que no me fiara del *enderiduo* que le tenia *volvía* la espalda.

—¿Una señora? ¡Qué extraño está eso!

—Yo, que me habia *percatado* en el acto del manejo de la *doña Fulana*, me entró *un picor* en todo el cuerpo, cogí miedo del hombre de la bomba *relumbrante*, y me disculpé con él, diciéndole que me iba ya para mi cuarto, porque tenía muchísimo dolor en los callos.

—¡Qué mentiroso! exclamó Petronila riéndose.

—Qué quería, *casera*, si la señora no dejaba de decirme *que nó* con los dedos, de revolver la mano *así*, dándome á entender que trataban de robarme el billete y de hacer muchas muecas que me daban mucho que pensar.

—¿Era alguna loca?

—¡Qué loca! Lo que ella quería era otra cosa....

—Pues, señor, la historia es interesante; observó Martina, volviéndose á su amiga.

—Para mi gusto, la señora aquella *era bruja*, prosiguió el billetero.

—¡Ah, una *lechuza* vieja!

—¡Vieja! Mas *rejuvenecía* que usted, *casera; regordetona* y fresca como una *ensalada* de lechuga.

—Bueno, adelante; dijo Petronila, arrugando el entrecejo, ya enfadada por la comparacion que habia establecido el billetero entre ella y la que decía que *era bruja*.

—Es querer decir, *casera*, que la señora de que hablaba *endenante*, debia ser adivina, porque apénas se fué el hombre de la *cadena* de oro y de los otros

enredos, me llamó con mucha *pricipitacion*, y en cuanto me acerqué á ella, casi me arrebató el billete de la mano, entregándome su importe. En seguida montó en un coche, que estaba allí cerca, y *se evaporó*. Yo me quedé azorado y sin saber lo que me pasaba.

—No hay duda, *estaba tocada*, dijo Martina, haciendo un gesto expresivo.

—¡*Tocada* lo está ahora, porque le tocaron los doscientos mil *grullos*, y á mí me regaló ciento! gritó el billetero, golpeando el suelo con el garrote.

—¿De veras?

—Como lo está usted oyendo; el caso fué, segun me contó ella, cuando la fuí á ver á la siguiente mañana, que habia soñado se iba á sacar la lotería con el quince mil *pelao;* y que al salir aquel dia de la casa de la Calzada de la Reina, á donde habia ido á un asunto de familia, al oirme cantar el número, por poco le da *una pataleta* del susto y de la alegría. Por eso me hacia *las señales;* por eso inventó que el *currutaco* trataba de robarme y todo lo demás que he dicho á las *caseras*.

—¿Y qué ha hecho el de *la bomba peluda*, como usted dice?

—Lo que hizo fué pegarse un tiro en cuanto vió la lista. . . .

—¡Jesus, se mató!

—No, la bala le pasó *restregando* el pelo y se clavó en el techo.

—¡Que historia más rara, *casero!*

—A nosotros los billeteros nos pasan unas cosas, y unos chascos que. . . . vamos, hay para arrancarse *el pescuezo* más de una vez.

—Sí, es verdad, tener el premio gordo en la mano y dárselo á *Juan de los Palotes*, para que de la noche á la mañana se encuentre riquísimo.

—Miéntras que nosotros los *probes* billeteros, tenemos que seguir *jarreando* y sudando la gota gorda para ganar cuatro *riales en papel*.

—Y ahora que me acuerdo, saltó Petronila, disimulando mal la risa ¿cómo supo usted dónde vivia *la bruja?*

—Porque el cochero que la llevó, era conocido mio, y no tuve más que *dejarme caer* por el tren, para averiguar su paradero.

—¡Cuántas casualidades! repuso Martina.

—¡Y dígalo usted, *casera*.

—Usted es á propósito para vender billetes. . *¿don qué?* preguntó Petronila.

—Don Isidro; yo me llamo como *el patrono de las verduras*.

—Pues bien, don Isidro, usted es el verdadero tipo del billetero.

—¿Cómo es eso, que yo soy *pito?* ¿Pues acaso le parezco flaco con este *desenrollo?*

—No, hombre, *el tipo*, he dicho.

—¿Y eso se come con cuchara *de palo* ó de plata fina? preguntó don Isidro, mostrando en toda su longitud y anchura ámbas hileras de dientes y su tremendo pronunciado colmillo.

—Quiero decir, don Isidro, que es usted el *prototipo* del vendedor de billetes: que ha nacido para ello: que tiene gracia especial para buscarse parroquianas; continuó Petronila ahogada en risa.

—Lo de *potro* no sé á qué viene, cuando nunca he sabido montar á caballo, replicó el billetero; en cuanto á lo de la *parroquia*, en eso sí ha acertado usted, porque cuando yo era chicuelo, no salia de la de mi pueblo....

—¿Ayudando á misa? preguntó Martina, á la par que guiñaba un ojo á su amiga.

—No, yo no hacia otra cosa que trepar á la torre y allí, *desguindao* de las campanas, me estaba *repiqueteando* sin cansarme....

—Lo mismo que *Quasimodo*, dijo Petronila que habia leido á Víctor Hugo.

—No, *casera*, no era por *guasa* ni *por moda*: que me dé *la calentura tifodea*, si no es verdad que yo iba á ser campanero; pero como la mala suerte me persiguió desde *trempano*, me veo hoy vendiendo billetes....

Martina y Petronila se reían ya á carcajadas. Don Isidro entre risueño y amoscado, se rascaba las pantorrillas.

Al fin las dos amigas, para que el hombre se fuese contento, le compraron varios vigésimos, todos *con ceros* y con sumas más ó ménos *intencionales*; que en esto estriba para la mayoría de los aficionados, el que los billetes *peguen*, como ellos dicen.

Marchóse, pues, don Isidro, calle abajo, gritando desaforadamente y enarbolando el palo, como si amagase con él á los transeuntes que no lo llamaban.

Uno lo detuvo de pronto y empezó á examinar los billetes.

—¡Qué números tan feos lleva usted, *compadre*. Ninguno me gusta.

—Cuando los vea en la lista, me dirá usted si son feos. Mire, aquí tiene uno de los dichosos, el once mil *sietecientos* setenta y seis, cuatro de ellos *gimagüitas*, y el otro un nueve *virao parriba*; suma veinte y dos; *los dos paticos*. Quédese con él, y ya me dará las gracias.

—¡*Anjá!* ¿comprando billetes? se oyó decir de improviso á un individuo que se acercó al grupo.

El interpelado ocultó rápidamente *el once mil* en el bolsillo del chaleco.

—¡Eh, camarada, no disimule! ¡Ahora sí que no se me escapa! Y la albarda ¿cuándo me la paga usted, don *Cara-dura?* prosiguió el que surgiera allí de repente.

—No grite, hombre, que no hay necesidad de que nadie se entere.... Oígame.

—No oigo nada: venga mi dinero, porque si nó.... va usted á saber para lo que ha nacido; replicó el exaltado acreedor, asiendo por un brazo al que habia llamado *Cara-dura*.

—Pero escúcheme, hombre, y suélteme, que no me voy á huir; dijo éste con tono suplicante.

—Me ha jugado usted la cabeza quinientas veces y no desperdicio la ocasion de sentarle la mano si no suelta la mosca *rolándo*.

El billetero, á todas éstas, presenciaba aquella escena con no poco azoramiento, fija siempre la vista en el bolsillo del chaleco, dónde habia guardado el otro *el once mil dichoso*, sin haberle aún satisfecho su importe.

—Me ha sucedido un percance con la albarda, continuó el deudor; mi suegro me la pidió prestada el dia once de este mes para ir al Cotorro, á un negocio de entidad y mientras almorzaba en la bodega, parece que hubo de *jalarse*, por lo que se estuvo allí mucho tiempo, y cuando salió á buscar su caballo, se lo encontró *en pelo*, comiendo yerba, puesto que la albarda otro habia cargado con ella.

—Esas son trápalas, embustes, pretextos ridículos; págueme usted.....

—A eso voy, señor, no se apure: como la desgracia me sucedió *el dia once*, le he comprado á este billetero, un once mil *precioso*, y con el cual voy á tener de sobra para pagarle á usted. La *cábula* es infalible: no hay por dónde pasar. Vea usted: 11,776. Once y once son veinte y dos; sumando los cinco números, resulta tambien veinte y dos, y como fué *el dia once* la ocurrencia, cuyo guarismo es la mitad de veinte y....

Una terrible bofetada, que ya exasperado, le dió con toda su fuerza el dueño de la albarda, cortó violentamente el discurso de nuestro solemne embustero, quien echó a correr espantado.

El agresor fué en su persecucion, y el billetero, atento sólo al billete que se llevaba el ofendido, empezó á gritar:

—*¡Ataja!*.... ¡Auxilio!... ¡Me han robado el once mil *sietecientos...!*

Y emprendió tambien la carrera trás los otros dos.

Como era de suponerse, la Policía tomó cartas en el asunto: detuvo á los tres individuos, y procedió á cuanto es de su competencia, en casos semejantes.

La mayor dificultad fué desde luego, que el fugitivo habia perdido el billete durante su carrera *homérica*, y don Isidro ponia el grito en el cielo, porque, segun aseguraba, ese *once mil* era uno *de los premiaditos.*

En resúmen, esta es la hora que aún dura la cuestion entre nuestros tres personages, porque ha resultado ser *insolvente* el aficionado á albardas y á los *once miles*, y como el billetero insiste en que ha sido robado y el dueño de la montura dice otro tanto, el hechor de ámbos hurtos, ha ido á parar á la Cárcel.

Pero lo que tiene que ver es la víspera de un sorteo. Ese dia, cada billetero es un *enérgumeno*, que asédia al transeunte, que se acerca á las casas y molesta más que nunca á todo el que tiene la desgracia de ponerse á su alcance.

Por de contado, ocurren entónces escenas más ó ménos curiosas y extrafalarias.

Una negra rechoncha que sale de la bodega, dirijese á un billetero, que situado en la esquina opuesta, vocifera y acciona, sacudiendo los billetes.

—¡Cuatro pesos quedan del diez y nueve mil trescientos!.... ¡No lo dejen escapar, que está premiado!.... ¡Oido!.... ¡Mañana se juega! *¡Pasáo* se cobra! ¡Acérquense sin *cuidiao* que no tiene *trichina!*

—¡Ah, billetero *jablaor!* dice la negra, deteniéndose ante él; *Uté* grita mucho, no dice *verdá.*

—Cómo que no, *Señora*, contesta él, disponiéndose á hacer su presa; este número es de los *sacadores;* cójame los cuatro pesos y mañana por la noche se acuesta usted con más dinero que granos tienen esas mazorcas de *mái* que lleva ahí.

—*¡Ja! ¿uté es Dió? uté está dentro de la globo pa sabé la billete que va á sacá premio?*

—*Señora*, le digo á usted, que este numerito no engaña: quien lo compra, sale de penas y entra en la abundancia y en la gloria.

—¡Ah, si yo me saco la lotería, *yo pone* un puesto de bollos, de butifarras y de chicharrones *pa jasé negocio!*

—Pues ya puede usted ir preparando *el* sarten, porque *la harina* está aquí....

Resuélvese al fin la negra, y compra un cuadragésimo. El billetero vuelve á sus gritos y á sus exageraciones.

Llégase á él un chino.

—*Da á mí uno cualésimo; buca númelo bueno, po vé si yo tengo mañana mucho linelo pá i pá mi tiela; la Bana no sibe; tó tá muy calo: mucho lalon que loba á chino; mucho sivegüenza....*

—Váya, *Chau, Chau*, aquí tienes el único *cuatrigésimo* que puede llevarte al Celeste Imperio hecho un Emperador. Mañana me darás la propina, y miéntras tú te atraques de ópio, yo tomaré una *ginebrada* en celebracion de la buena suerte de un chino tan *bragao* como tú....

Al retirarse el asiático, vé nuestro billetero venir á un individuo, contando unos billetes de á peso, con suma atencion y cuidado para cerciorarse de que no le falta ninguno.

Este tal no es otro, que un hombre muy pobre, cargado de hijos, que acaba de cobrar esa cantidad, producto de un trabajillo que casualmente se le proporcionára dos dias ántes, pues se halla sin colocacion hace tiempo.

Su mujer lo aguarda con ánsia para disponer la comida, porque en la bodega, segun dice ella, no le fian ya *ni medio*, el panadero, por lo consiguiente, no suelta los microscópicos panecillos sino con el dinero en la mano, y los cinco muchachos están llorando, porque siendo las cuatro de la tarde, tienen hambre, mucha hambre, y no hay en la casa absolutamente nada que darles.

En situacion tan brillante, el sujeto á que me refiero, que como todos los arrancados es supersticioso y tiene *corazonadas* y crée en patrañas y en que él, como cualquiera hijo de vecino, puede tener *un golpecito de suerte* el dia ménos pensado, entusiásmase con los *augurios* del billetero, imagina tener *una inspiracion* y de los diez pesos, que no eran más los que traía, gasta cuatro con cuarenta centavos en los dos vigésimos, que el otro tenia ocultos en el sombrero.

—Mañana salgo de pobre, se dice muy resuelto; es imposible que no *cuage* uno de estos dos números *quebrados*.... Ese billetero tiene una cara muy simpática y debe tener buena mano....

Cuando la mujer, que contaba con diez pesos para comer y pagar en la bodega, se enteró de que su marido habia tenido *una corazonada* que importaba cuatro pesos y medio, incluyendo el real de *la ginebrita* que habia él tomado en celebracion de la lotería *que se iba á sacar*, cuando supo, el caso, digo, gritó, lloró, se *arrancó el pelo* y armó un escándalo mayúsculo.

Cálmate, muchacha, porque lo que puedes lograr con tus arrebatos y tus

improperios, es que *se salen* los billetes, replicaba el zángano del marido, dándose paseos por la sala.

—¿Qué más *sal* grandísimo demonio, que haber tú *desbaratado* los diez pesos, comprando, mire usted, billetes, que es lo mismo que tirar el dinero á la basura?....

—¿Y si me saco diez mil *pesitos*?.... ¡Entónces sí que te reirías, *guanaja!*.... Lo primero que haciamos, era dar un convite para hartarnos, y luego....

—Diez mil alfilerazos te daría yo, zopenco, por estarte alimentando con semejantes ilusiones.....

No necesito añadir, que verificado el sorteo y examinada la lista, quedaron defraudadas, como siempre, las esperanzas del que tan gordas se las habia prometido con los dos números *quebrados*.

Sería interminable el relato de los diversos lances y acontecimientos en que figura el billetero; y como ya este artículo tiene regulares dimensiones, llegado á este punto, permitirán ustedes que lo firme

FRANCISCO DE PAULA GELABERT.

TESTIGOS DE ESTUCHE. [*]

Todos esos hombres que veis allí en los portales del Gobierno, que entran y salen en las escribanías, que hablan, tosen, fuman y disputan; que á las doce del dia se empujan y amontonan; se pisan y atropellan, que tan pronto están en la Lonja, como en el billar, tan pronto en la Almoneda como en la Dominica, y que ni un momento abandonan á ciertas horas aquel *hervidero* como álguien lo ha llamado, todos esos hombres, van allí á *sus negocios.* Pero si preguntais cuales son los asuntos que á ese lugar los llaman, muy difícil sería contestar esta pregunta. Pleitos y reclamaciones judiciales, diría cualquiera al columbrar aquel heterogéneo conjunto, y satisfecho creería haber señalado el objeto que atrae bajo los portales á tan bulliciosa reunion.

Pleitos y reclamaciones judiciales, diríamos tambien nosotros, si viendo solo la superficie de las cosas no quisiéramos penetrarlas. Pero ¿cuántos sin haber soñado en litijios, sin tenerlos, ni esperarlos, fijan allí su permanencia diaria por muchas horas consecutivas? ¿Cuántos que sin pensar en tribunales ni procesos, tienen allí sus negocios, y despues de matar el tiempo, y mil otras cosas que callarse deben, se retiran á sus casas, cansados, fatigados de sus *que-haceres,* abrumados de *sus trabajos?* ¡Cuántos, cuántos, lector amigo, van á reposar para entregarse al siguiente dia á la misma ocupacion, al mismo trabajo, á los mismos negocios! ¡Cuántos finalmente hacen de este ir y venir, de este estar y volver las faenas diarias de su penosa existencia!

Muy incauto seriais si en estos renglones encontrar creyereis la descripcion de los portales del Gobierno á las doce de un dia de trabajo. No es tal nuestro propósito, ni encérrar podríamos en un artículo la multitud de objetos que allí se presentan á los ojos del observador. Imposible sería tambien, dejar esplotada en tan rápidas líneas la abundante mina que allí se presenta, ni agotar una sola veta de las muchas que en todas direcciones cruzan, profundizan y enriquecen.

En medio del sordo rumor que levantan tantas y tan encontradas voces, de

[*] Este artículo se escribió cuando aún no se habia establecido la Real Audiencia Pretorial.

tantos y tantos hombres cuya clase, condicion, edad, traje, aspecto y ocupacion se confunden en ese laberinto en tan poco espacio contenido, un objeto llama preferentemente nuestra atencion. De esa turba de pica-pleitos, agentes, vendedores, litigantes, usureros, petardistas, leguleyos, estudiantes, oficiales de causas, escribientes, corredores intrusos, buhoneros y regatones; de ese inmenso y estravagante conjunto que la sociedad arroja y amontona, como arrastran las olas del mar en la vecina playa mil raros y confundidos objetos, de ese acopio enorme cuya variedad no es posible en toda su estension referir, sobresale con erguida cabeza, limpio rostro y ojos indagadores, el *testigo de estuche.* ¡Oh! y quien pudiera pintarle sino con la exactitud con que el Daguerreotipo fija la imágen en la plancha, por lo ménos con los rasgos distintivos de su carácter! ¿Y quién es bastante entendido y suspicaz, para comprender el carácter de ese hombre, de ese hombre que todo lo sabe, que todo lo dice, ó que todo lo ignora, terjiversa y calla, segun sea el caso en que ostenta los recursos de su rara, fecunda y productiva habilidad? ¿quién podrá ser capaz de penetrar aquel su pensamiento ocupado siempre de tantos negocios, que apénas puede en su sabiduría deslindar?

El *Testigo de estuche* es sin duda alguna un sér privilegiado; su sabiduría no tiene límites, no conoce obstáculos. Si acaso se le presenta algun inconveniente, si algun escollo le amenaza, la religion del juramento que prestó, no le sirve de óbice alguno; impávido todo lo arrostra; marcha firme, imperturbable, sereno: recurre en sus apuros á su prodigiosa y estraordinaria memoria, y tan satisfecho queda acertando, como contradiciendo lo mismo que poco ántes habia asegurado.

Por eso hemos dicho, que se presenta con *limpio rostro* y ojos *indagadores;* que si aquel jamás lo turba el pudor, estos le sirven para escudriñar los negocios que demandan su constante y eficaz intervencion. Si se trata de un pleito de familia, posee todos sus secretos; conoce al padre, á la madre, á los hijos, á los parientes, á los amigos que frecuentan la casa; sabe cuanto en ella pasa, y es tal su exactitud á veces, que hasta el mas leve suceso que altere la tranquilidad doméstica, el mas ligero ruido que se oiga, lo vé, le consta, y lo dice aunque no siempre se le pregunte.

¿Quiere Pedro acreditar su *insolvencia* para pleitear á la sombra de este beneficio, libre de erogaciones judiciales? Pues bien, allí vá su agente; apénas dá un paso por los portales, apénas tiende la vista, se presentan tres ó cuatro *testigos de estuche.* Una señal basta para atraerlos; entra con ellos en la escribanía; habla con el oficial, vuelve los ojos, y en tan corto espacio de tiempo ya *saben,* les *consta* y *aseguran,* que Pedro no posee bienes de fortuna, que es pobre, que apénas le alcanza lo poco que trabaja para su subsistencia, y todo esto lo atestan porque *hace muchos años tratan al que los produce y jamás le han conocido propiedades de ninguna clase.*

Muertes, heridas, robos, divorcios, préstamos, adulterios, golpes, sevicia, jactancia, fraudes, lenocinio, todo, todo lo sabe; de todo habla; todo lo atesta y asegura. Su nombre, edad, vecindario, ocupacion, (cuenta que no dice la que ejerce) estado y naturalidad figuran en innumerables procesos. Su apellido

llama la atencion del juez que examina el expediente, del abogado contrario que impugna su declaracion; del defensor de la parte en cuyo obsequio depuso. En todo interviene, en todo está, en todo toma parte; así contribuye con su dicho al triunfo de un litijio, como ocasiona su pérdida por la implicancia y contrariedad de sus manifestaciones.

Si le viérais absolver un pliego de repreguntas, os asombrarian la facilidad y ligereza con que dá sus respuestas á los mil particulares que se le interrogan. Entónces no recurre al gran registro que su memoria le presenta; no piensa, no medita. Impávido, sereno, todo lo contesta, y para nada cuida de buscar consonancia con lo primero que ántes declaró. O se aprende el apunte que le facilitaron, y sin discrecion porque no es posible acertar con cuanto la sagacidad contraria exige, lo contesta todo trastornando lo mismo que no pudo combinar; ó con la mayor confianza y seguridad espone lo primero que en aquel instante se le ocurre, cual si fuera lo que verdaderamente debiera contestar.

Recibe uno, dos, ó más pesos por su declaracion, segun sea el caso, y la importancia de su dicho; jamás pregunta quien es la persoma en cuyo favor va á prestar sus servicios, y es tal la prerogativa que á veces suele gozar, que sin necesidad de molestarse, ni interrumpir las ocupaciones que tan afanoso le traen, entra en el oficio, pide una pluma y firma sin exámen alguno lo que le ponen delante; que esta prontitud, facilidad y falta de escrúpulo, forman parte y muy importante del favor que en aquel momento se sirve dispensar.

Tienen tambien amigos y á éstos nada lleva, con ellos nada interesa, porque en cambio le proporcionan ganar algunos medios que llevar á su casa para sostener sus precisas y gravosas obligaciones. Firme en los portales, busca allí la vida vagando en los lugares que antes hemos mencionado, y si presto, ligero y veloz acude donde le llaman, presto tambien olvida lo que ha dicho, para ocuparse en lo que le resta por decir. Infatigable, no pierde otros recursos iguales á este, para sacar el *diario* que su subsistencia demanda. Contrae deudas mezquinas, pero numerosas, y jamás sale de ellas, porque su prostitucion es tal, que siempre lo tiene abismado en la miseria.

Tal es aunque ligera y débilmente bosquejada el *Testigo de estuche;* ese sér corrompido y degradado que prostituye la pureza del corazon, que turba la paz de las familias; que hace de su viciosa vida un tráfico vergonzoso y criminal. Enemigo del trabajo, se entrega en brazos de la vagancia, haciendo de esta su execrable ocupacion; víctima de la inmoralidad atribuye *á su suerte*, lo que solo es efecto del abandono de su *educacion*, de la indolencia con que viera correr los dias preciosos de su juventud. Pasa ésta rápida y fugaz, y sorprendido en medio de su funesto letargo, cuando una esposa, unos hijos, una familia toda reclaman su cariño y vigilancia, en vano puede comprender y alcanzar la importancia de sus deberes, porque incauto y desprevenido, jamás se le ocurrió que la sociedad exijía para su sosiego y bienestar, el cultivo de su corazon, la dignidad de su alma, la pureza, y rectitud de sus costumbres.

M. Costales.



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL CALESERO.

EL CALESERO.

I.

La vida de los pueblos es como la vida de los individuos que constituyen sus moradores. Tienen su períodos de gestacion, de desarrollo, de virilidad, pero no llegan con la edad madura, al aniquilamiento y la muerte, como los múltiples séres de la creacion, á ménos que sus vicios y desaciertos los empujen á la decadencia, que es su muerte material y su muerte moral. La Habana de hoy no es la Habana de ayer. Ha crecido, y se ha transformado. El progreso lo ha invadido todo; todo lo ha trastornado, subvertido, modificado, siguiendo esa ley ineludible que lleva los rios al mar y no los vuelve nunca á su cáuce.

Cuando las murallas hacían de la Habana dos poblaciones, dividiendo con bastiones de canto y granito la ciudad vieja, que era la ciudad del comercio, de la vida, del movimiento, de la riqueza, y la ciudad nueva, residencia por lo comun de las clases ménos acomodadas, y en cuyos suburbios, que se llamaban el Manglar, Jesus María y el Horcon, vivían las que en la moderna jerga política se denominan hoy *últimas capas sociales;* cuando la Alameda del Prado se extendía sin interrupcion desde la Punta hasta el Arsenal, dando sombra de dia con su arbolado á los que hacían ese forzoso tránsito en las horas en que el sol alumbra y quema, y sombra de noche para que se deslizasen las aves de mal agüero: entónces, la famosa *Pila de la India* era, como la estátua de Fernando VII en la Plaza de Armas, uno de los más bellos adornos de esta culta capital. La matrona de piedra que simboliza la fertilidad de Cuba, pedestal digno de

la mejor fuente de la Habana, era de tal modo notable, y tanto llamaba la atencion entre los monumentos de Cuba, que no hay periódico ilustrado de hace cuarenta años, que no registre en sus columnas semejante vista, adicionada con un trozo de las verjas del Campo de Marte.

Como si no fuese bastante la popularidad del periódico y el libro, la Pila de la India apareció tambien sirviendo de adorno á la vajilla. Un industrial inglés llevó el dibujo á su pátria, é hizo competencia con él poco tiempo despues al de las corridas de toros, á la sazon en boga. Platos, tazas, jarrones, jofainas, y otra multitud de objetos de loza, de nombres fáciles y difíciles de citar, presentaron en tinta azul y en tinta roja, en su fondo ó en sus costados, esa famosa vista.

Pero ni un sólo grabado de los numerosos que he visto, ni un sólo objeto de loza de los que contenían la *Pila de la India* como principal adorno, carecía de un detalle esencialísimo, que más que accesorio, parecía parte principal del cuadro: un *quitrin* ó *rolante*, en el que se recostaban, con la gracia que es innata á las cubanas y la indolencia que produce este clima ardoroso, tres mujeres, que yo llamaría ángeles, si me fuera fácil probar que los ángeles dejan sus etéreas regiones para poblar el suelo.

Meditando sobre esa vista, que realmente era bonita, me ha ocurrido siempre la misma duda: ¿quisieron los artistas presentar realmente en ella la Pila de la India, ó fué su intento dar una idea del elegante carruaje que tenía el envidiable privilegio de servir de asiento cómodo para paseos y visitas á las encantadoras cubanas? En ese caso, la histórica fuente, las palmas ya destruidas y el Campo de Marte, hoy campo de Mercurio, eran los accesorios; y lo principal, lo notable, lo sobresaliente era el *quitrin*.

II.

El *quitrin*, ó la *rolante*, es el carruaje primitivo de esta tierra. He leido y releido multitud de historias y crónicas, buscando su orígen, y ninguna me lo ha dado. ¿Querrá esto decir que pertenece, como el hongo, á la familia de las plantas que se dan espontáneamente? ¡Ridícula presuncion, que rechazo! La *rolante*, ó el *quitrin*, ¿es puramente cubana? Si se considera el servicio que ha prestado en el país; su comodidad para los paseos y viajes; su forma especial, tan distinta de los demás medios de locomocion usados en otras tierras, creeríase que era hijo natural de Cuba, donde se busca el dulce descanso como compensacion de la fatiga y de las molestias que causa el sol ardoroso de nuestro clima.

Sabido es, y así lo dice la Historia con voz campanuda, que los primitivos habitantes de la Habana vinieron de Cádiz, y pocos ignoran que la *calesa* gaditana es de parecida forma al *quitrin* cubano, aunque, desde luégo no hay punto de comparacion, en lo que toca á las comodidades que proporcionan, entre el vehículo andaluz y el carruaje de Cuba. Uno y otro tienen una propiedad indiscutible; la de servir como ninguno para que la mujer en él reclinada ostente sus gracias y encantos en toda su plenitud.

El más popular de los bardos españoles, el poeta Zorrilla, ha hecho una discreta presentacion del *quitrin* en estos versos:

> El *quitrin* lleva siempre en su testero
> tres señoras, en traje tan lijero
> cual las flores que adornan su tocado,
> pues no cabe en quitrin francés sombrero.
> Vá expuesta de las tres la más graciosa,
> la que llaman *la rosa*,
> que es punto de aquel triángulo hechicero.

Otro poeta, no ménos popular, si bien no tan afortunado,–Plácido,–pone en boca de una coqueta esta exclamacion, que revela hasta qué punto era el *quitrin* ánsia y recreo para la mujer elegante:
—Regálame un *quitrin*; dáme dinero!

Mi amigo Ildefonso de Estrada y Zenea ha consagrado al *quitrin* un libro, elegante y oportúno como todos los que salen de su fácil y discreta pluma. Tan poco afortunado como yo, Zenea no ha podido descubrir la historia y orígen de ese carruaje. Limítase á llamarle *indígena*, único y *especial del pais*, porque se adapta como ninguno al clima y á su objeto. En eso estamos de acuerdo. Ningun vehículo ofrece mayores comodidades á los que conduce, porque ninguno imprime al marchar un movimiento tan suave como la *volante*; ninguno como ella permite recorrer de igual manera el bueno que el mal camino; atravesar los campos, subir las lomas y pasar por entre *baches* sin quedar estancado en ellos, y sin que la incomodidad del viaje se haga visible.

Con las líneas férreas, el *quitrin* ha perdido una parte no pequeña de su importancia en los campos. Los que viajan en ferro-carril no necesitan ya servirse de la *volante*. Sólo se usa en los campos para el viaje, desde el paradero á la finca, de los que no renuncian á los placeres de la comodidad, y prefieren ir á cubierto del sol, gratamente recostados en el *quitrin*.

Todavía, sin embargo, no ha desaparecido por completo de nuestras ciudades la histórica *volante*. Amantes fieles de la tradicion, á par que de la comodidad, no se han dejado arrastrar por las corrientes de la moda, y poséen, para su propio uso, ese carruaje, digno de pasar á la posteridad. Es verdad que la mujer, su más bello ornamento, no le ocupa ya; pero esa defeccion sólo revela la volubilidad del sexo encantador por excelencia. ¿Y cómo no habia de abandonar los encantos del *quitrin*, la que ha puesto cuernecillos en su cabeza, ha hecho funda de su traje, morrion de su peinado, y no pocas veces, almacen de pintura de su rostro, nunca tan encantador como cuando ostenta los colores que Dios le dió y San Pedro le bendijo?

Para que la memoria del *quitrin* no se pierda, ha trabajado el lápiz de Landaluze, reproduciendo su vista, y copiando la estampa fiel de su conductor, el *calesero*. El *calesero* no es un personaje de nuestros dias. El progreso moderno, que trajo el ferro-carril y ha cambiado los medios de locomocion, se

lo lleva, quizás para siempre. Antes que desaparezca por completo, permitid que lo retrate á la pluma, aunque no pueda ampliar el retrato al lápiz que ha hecho de mano maestra D. Víctor Patricio.

III.

El *calesero* es, casi siempre, negro, y se llama José. Generalmente, nació en la casa de sus amos, y su orígen es tan oscuro como el color de su rostro. Su aficion al oficio le viene de antiguo; pero no suele ser hereditaria. Esto no quiere decir que dejen de darse casos, pues toda regla tiene sus excepciones. Antes de subir á la categoría de *calesero*,—nombre que, segun el ilustre cubano D. Estéban Tranquilino Pichardo, tiene su orígen en el de *calesa* con que antiguamente se denominaba el *quitrin*,—desempeñó las altas funciones de paje de la niña, llevando á la iglesia la alfombra y la silla que habían de ofrecer comodidades al ama para los rezos, y alguna que otra vez ocupó la trasera de la *volante* para ejecutar las órdenes que se le pudieran dar y que casi nunca se le daban.

José aprendió el oficio con un calesero viejo, ya retirado, que mediante una retribucion convenida, se dedicaba á esa enseñanza, desde luégo más útil que la del toreo, ordenada por la augusta majestad de Fernando VII en tiempos que, por fortuna, pasaron. No adquirió la ciencia de guiar el carruaje sin trabajo ni pena, que ni aquí ni en Valladolid, se pescan truchas á bragas enjutas, y el *cuero*, aplicado con severa energía sobre sus espaldas, fué su mejor maestro. Marchaba José, cuando adquiría esa enseñanza, sobre un penco criollo, jubilado para otros servicios, el cual arrastraba una armadura de carruaje que no tenía de *volante* otra cosa que las barras y las ruedas. Sobre unas tablas clavadas de manera que facilitasen el asiento, sentábase el maestro con otros aprendices, y á par que corría el improvisado vehículo, pronunciaba un curso de equitacion práctica.

—¡Negro!—decía,—voltea los piés; no pegues los codos; la cabeza suelta; échate en medio de la calle para virar; pégate á un lado cuando viene un carruaje de la otra banda; no te pegues al sardinel para que no monten las ruedas......

Y por vía de recuerdo, para que la leccion no se olvidase, venía el indispensable *cuerazo*. De este modo se hizo José calesero y ginete, porque su obligacion era montar en silla y en pelo, y salir, sin tropiezo ni dificultades, del laberinto de carruajes y carretas que solía formarse, cuando no se había colocado en las calles de la culta el letrero con una ☞ que dice: SUBIDA;—BAJADA, y las carretas entraban por la ciudad á paso de buey, trayendo las cajas de azúcar elaboradas en los ingenios comarcanos, y que han constituido, constituyen y constituirán, el nérvio de la riqueza de este país.

Su ocupacion no podía limitarse á guiar el carruaje. El entretenimiento y aseo del mismo era consecuencia natural de su trabajo. Todos los dias, al amanecer, salía el quitrin del zaguan á la calle para que en ella le lavasen la

cara y quedase brillante como una onza de oro. Terminada esa operacion, venía el complemento de limpiar los arreos de plata del caballo y los adornos del mismo metal que lucía el carruaje. El calesero forraba el eje cuando lo había menester, daba cebo á las ruedas, tusaba los caballos, les trenzaba la cola, los llevaba al baño, y realizaba las múltiples operaciones que exigía el entretenimiento de la *volante*.

Pasemos revista á las prendas que constituian su equipo de salida. Zapatos de becerro, con chapas ó hebillas de oro; botas de campana, con adornos de plata, sujetas á la pantorrilla con hebillas y pasadores del mismo metal, así como las espuelas, con grandes estrellas; la librea de la casa en forma de chaqueta redonda, con franja ó galoneada; camisa de crea de hilo, con tres botones de oro, sujetos por uno de cadenilla, y en el ojal del cuello, además, una cintita negra á manera de corbata: si se entreabría el cuello, veíase un paño de pecho, de una cuarta escasa, bordado con randas; en la oreja izquierda, una argollita de oro en forma de media luna; pantalon de dril blanco, por dentro de la bota monumental, ceñido á la cintura por hebilla grande de plata figurando un águila de dos cabezas; sombrero de copa, con el indispensable galon; en cada uno de los bolsillos de la chaqueta-librea un pañuelo de seda, cuyas puntas colgaban como adorno; la característica cuarta en la mano, con puño y abrazadera de plata.

Para los viajes al campo, sustituia el calesero la librea galonada con chaqueta de dril crudo, con vivos de paño; la bomba, con un sombrero de jipijapa, de alas anchas: llevaba chaqueton doble para los casos de lluvia, y ceñía al cinto el machete de concha de plata con que, más de una vez, su fidelidad defendió al amo de las agresiones del camino.

Hemos conocido al hombre por el oficio, por el nacimiento, por la ocupacion, por el traje: conozcamos al hombre por el hombre.

IV.

El calesero de casa propia tenia muchos privilegios, siendo uno de los principales el de la juventud. Cuando llegaban los años, se le jubilaba sin cesantía, y poseía por todo haber, el de los recuerdos gratos de sus dias de glorias. Yo no sé si Marte fué seductor por su cara, ó porque adunaba en sí la juventud y la fuerza; pero desde luégo puedo asegurar, que por jóven, por fuerte y por guapo, José fué el Tenorio de la casa, la envidia de los mozos la cuadra y el héroe entre los hombres del barrio. Ya se entenderá que Tenorios, mozos y hombres de su clase, color y circunstancias. En la casa se impuso sin hablar. Un golpecito en el hombro de la costurera, una mirada cruzada con la suya, fija y segura, y un "¡Yo!. . . ." lo hicieron el dueño de su voluntad. Ya en la calle, necesitó del prestigio y el peso de la palabra para renovar sus triunfos amorosos; la paloma en la jaula es más humilde y sumisa que la que tiende el vuelo libre por los espacios. A veces necesitó vencer

resistencias formidables, luchar con enemigos fuertes, pero el fruto más dulce al paladar no es el que cae del árbol, sino el que exige la pena de encaramarse para arrancarlo de la rama. Los guerreros no serian héroes si los ejércitos enemigos se les sometiesen sin lucha. La gloria está en combatir, y cuánto más reñida sea la batalla, mayor será la victoria que se alcance.

La historia de sus conquistas amorosas exigiría un libro para relatarlas. Sus diálogos no tendrían fin nunca. Después de todo, el amor es un niño travieso, que no conoce clases para flechar. De arriba abajo, de derecha á izquierda, todos caen bajo su imperio.

José, amante y amado, necesitaba adquirir otro papel en la comedia de la vida; y se hizo el confidente de *la niña.* Le llevaba las cartas del novio, y la llevaba en la *volante*, sin que lo advirtiera *la vieja*, por donde *él* disputaba el puesto á un guarda-canton, para *verla* y suspirar.

De todas estas complacencias sacaba José algunos escuditos en el bolsillo, y más de una mirada de carnero degollado, que quería decir:

—¡Gracias!

Si el juego se descubría, podía sacar un paseo al ingenio, con exoneracion de todo cargo, á ménos que la voluntad de *la niña* pudiese tanto, que trajera la amnistía ántes que la terrible sentencia hubiese causado ejecutoria.

José no aprendió á leer, porque le estorbaba lo negro; pero sabía tocar *el punto* en la guitarra, y acompañaba con ella el zapateo, cuando no lo bailaba, en el campo. Tambien cantaba unas décimas muy sabrosas, que le enseñaron en el ingenio; y en la cocina y en el zaguan, contaba sus cuentos, que tenían el privilegio, con gracia ó sin ella, de hacer reir.

En el campo aprendió á echar algunas *manigüitas*, pero no en todas las ocasiones empleaba su tiempo y su dinero en *tirar de la oreja á Jorge*, sobre todo, si podía tirar de la de Chucha ú otra que tal.

No siempre se retiraba José al llegar á la edad provecta. Si en sus verdes años pensó en el mañana con algun detenimiento, y abrió al ahorro las puertas de su bolsillo, se *coartó*, pidió papel, y se puso á trabajar por su cuenta. Descendió y subió á un tiempo mismo. Perdió la categoría, y ganó la personalidad. De calesero de casa propia, se hizo calesero de alquiler. Su traje sufrió una séria transformacion: nada de galones, nada de bomba, nada de librea; poca plata, mal perjeño; pero en cambio de esto, libertad, absoluta libertad para manejarse por sí mismo. Sus tercerías eran de otro género. Conocía á toda la gente de antecedentes dudosos, conocía los últimos barrios, tenía otras amistades y otros trabajos. Su amor propio podía resentirse. De Marte pasaba á Mercurio. Pero enganchaba cuando quería, y era señor soberano de su albedrío. ¡Dueño de sí propio!...... ¡Qué felicidad!

Esta libertad no la puede valorar el que no la ha perdido. ¿Qué sabe de la cárcel el que no franqueó sus dinteles? ¿Qué conoce del hambre el que sació siempre su apetito? ¿Qué aprecio puede tener al dinero el que nunca careció de él?

Pobre y andrajoso; sufriendo los rigores del sol y la lluvia; viviendo á la

intemperie. José era más feliz en su estado de libertad, que con el regalo y el lujo de la casa.

¿Por qué?......

Pregúntenselo ustedes.

V.

El calesero ha pasado. La aristocrácia de la sangre y del dinero, sustituyó con el cupé, el landó, la berlina, el cabriolé, su cómodo quitrin; los que especulan en carruajes de alquiler, sacaron de las ruinas de la volante el coche pesetero; éste nunca tendrá los atractivos que aquél: el cochero es de otra familia, de otra clase, de otro color que el calesero. Tambien pasaron los tiempos de la andante caballería; pero por eso ¿habrá borrado la historia de sus páginas las proezas del caballero, como Bayardo, sin mancha ni tacha?

El calesero ha muerto. ¡Viva el calesero!

José E. Triay.

UN POZO PARA DOS CASAS.

Despues de vivir tres años una casa que *no tenía agua*, y de pasar por ésto, como ella decía, *la pena negra*, logró Placidita mudarse á otra, cuyo pozo bastante profundo y con suficiente caudal de dicho líquido, hallábase en comunicacion con la del lado.

Como ella lo que á todo trance quería, era tener agua en abundancia, no juzgó en manera alguna ocasionada semejante comunicacion, á desazones ni á la más leve dificultad, ántes al contrario, creyó sería éste precisamente un motivo más para que se estableciesen relaciones directas entre ella y sus vecinos confinantes, hablándoles por el pozo cuando la circunstancia lo requiriera.

Al cabo de una semana, tenían ya amistad Placidita y doña Bernardina, como lo prueba el diálogo siguiente, que ámbas sostenían desde sus respectivos patios:

—Hágame el favor, vecina, decía aquella á ésta, de tener siempre *tapado* el pozo, porque de ese modo se conserva el agua limpia y saludable, y sirve para cuanto una la necesite.

—Acá se tiene mucho cuidado *con eso*, contestaba la aludida, como que nosotros bebemos el agua *de ahí*.

—Lo digo, porque como allá hay niños, pudiera alguno sin saber lo que hace......

—Mis hijos *no tocan* nunca el pozo, porque yo no los dejo arrimar ni á una vara de distancia, de miedo que se me caiga alguno de cabeza y tenga yo que tirarme detrás de él á sacarlo......

—Hace usted muy bien, doña Bernardina; quien evita la ocasion evita el peligro.

—Pues hasta *lueguito*, que voy á plancharle una camisa á Pedro José, quien me está sacando los ojos por ella.

De allí á pocos dias, oyó Placidita á uno de los muchachos de la otra puerta, que decía:

—¡Ay, una *guabina* en el pozo, una *guabina*! Yo la veo nadando....

Poseida de la mayor curiosidad, calóse Placidita sus grandes espejuelos de plata, y se asomó al brocal del pozo, para ver la *guabina.*

Pero por más que miró y volvió á mirar, no vió pez alguno ni cosa que se le pareciera.

—¿Dónde está *la guabina,* muchacho? preguntó nuestra curiosa, haciendo un movimiento de impaciencia, por lo que deslizándose de sus orejas los espejuelos, cayeron al agua.

—¡Se me han caido al pozo *las gafas de plata!* gritó Placidita; ¡las únicas que tenía y que eran un recuerdo de mi pobrecito marido (Dios lo *háiga* perdonado) que me las mandó á hacer con unas hebillas *de sus tirantes......!* Ahora ¿quién me las saca, quién me......?

—¡Esa es *la guabina,* las *gafas* de doña *Plazoleta!* se oyó decir al mismo muchacho, que habia sido causa del percance.

—¡Ah, bandolero! ¿te estás burlando de mí?..... Llama á tu madre para ponerla como un trapo, porque no te sabe dar educacion; replicó Placidita, sin dejar de mirar al fondo del pozo, donde estaban sus espejuelos.

—Mi *máe* no está aquí, contestó el muchacho con tono cada vez más zumbon, y yo tengo *bien trancada* la puerta de la calle, para que una que tiene como usted la cara de *plazoleta,* no me pueda hacer nada.

—Te voy á dar *una pela* en cuanto te coja, grandísimo tunante.

—¿Y cómo vá usted á verme *sin gafas? Arríese,* si quiere, al pozo, para que usted misma las saque......

Placidita hizo que la criada fuese á la bodega y le buscase á alguno, que por un peso de gratificacion, y valiéndose de una escalera, bajase al pozo, á fin de recuperar ella sus espejuelos de plata.

Al cabo de media hora, se presentó un negro jóven, dispuesto á verificar el descenso.

Pero doña Bernardina, que acababa de llegar á su casa, no bien se enteró de lo que se trataba *á la otra puerta,* alzó la voz y dijo:

—¿Cómo vá á ser eso, vecina? ¿Se ha olvidado usted de que *acá* bebemos el agua del pozo?

—Bien, ¿y qué? contestó Placidita sin miramiento alguno.

—Que de ninguna manera consiento yo en que *se bañe ahí dentro ese moreno,* que usted ha llamado sólo para que le saque unas *antiparras antidiluvianas,* que no valen dos pesetas.

—¡Es usted una atrevida!.... Más valiera que le diese educacion á sus hijos, pues á no ser por ese *sangandongo,* no se me habrian caido los espejuelos ....

Iniciada ya la cuestion de esta manera, es de presumirse lo que resultaria.

Una y otra vecina pusiéronse *como nueras,* hasta que habiendo llegado don Silverio, el marido de doña Bernardina, hombre de gran calma y no escasos recursos, hizo cesar la polémica, y con ayuda de un aparato que improvisó, consistente en dos ó tres ganchos, colocados de cierta manera, logró al cabo de largo rato, extraer del pozo los espejuelos de Placidita.

Gracias á este incidente, ámbas vecinas quedaron reñidas y á lo sumo

enconadas, lanzándose á cada paso pullas y recriminaciones sin cuento, particularmente por parte de Placidita, quien se sulfuraba en extremo, cuando en casa de doña Bernardina dejaban descubierto el pozo.

Esta preocupacion constante de la buena señora, obedecía á una causa muy atendible y muy puesta en razon segun ella.

Poseía una hermosísima gata, á la que llamaba *Panzacola*, por ser regalo de una amiga suya, natural de la Florida; y como el animalito, de un ligero salto trepaba con frecuencia á la pared medianera que dividía ámbas casas, estaba siempre temiendo que *Panzacola* se cayese al pozo, por *la pícara costumbre*, decía ella, de dejarlo *destapado* á la otra puerta.

Esta circunstancia era contínuo pretexto de disgusto entre ámbas vecinas, sobre todo cuando Pedro José, el que habia visto la *guabina* en el pozo, le soltaba una pedrada á la gata ó le daba un estacazo, apénas la divisaba trepada en el muro.

Así las cosas, una mañana á eso de las siete, dormía tranquilamente en su lecho lleno de lazos y de encajes, nuestra Placidita, cuando entró con suma precipitacion en la alcoba la criada Canuta, y principió á llamar á su señora, la que como dicen, tenia el sueño *muy pesado*.

—*¡Niña Prasidita.... niña Prasidita!....* ¡ay, *Diá* mio, qué vá á *disí* la *niña....!*

Y así diciendo, sacudía la cama y hacía el mayor ruido posible para despertar á Placidita, que roncaba cada vez con mayor fuerza.

Trascurrieron cinco minutos en vanas tentativas por parte de Canuta, hasta que últimamente, tantas fueron las exclamaciones de la negra y tanto el ruido que produjo en el dormitorio, que Placidita al fin abrió los ojos, pero sin despertar por completo.

—¡*Niña Prasidita....*! ¡Pan pan.... saco saco....! principió Canuta, anudándosele la voz en la garganta.

Placidita la miró con ojos soñolientos y rostro abotargado.

La negra permaneció algunos instantes como helada de espanto; pero sobreponiéndose á su terrible sobresalto, tornó *á la cancion*, diciendo:

—*Niña Prasidita....*! ¡Pan pan.... saco saco....!

Interrumpióse de nuevo, y de repente se echó á llorar.

Placidita se frotó los ojos, pasóse la mano por la frente, y ya despierta de un todo, preguntó á la negra:

—¿Qué dices, muchacha, que han traido *un saco de pan*? ¿y por eso lloras?

—No niña, no es pan: es *na* gata *Pansacora......*

—¿Qué tiene la gata......?

En este momento se oyeron unos maullidos prolongados en el interior de la casa.

—¿Quién maulla así, Canuta? ¿Es *Panzacola*?

—Si, *niña*, *na* gata se cayó en *la* pozo que estaba destapado en casa de esa gente *cabeza dura*.

Placidita lanzó un grito tremendo y arrojándose del lecho, corrió hácia el patio tál como estaba.

Al asomarse á la boca del pozo, vió con horror y desesperacion á *Panzacola* agarrada con las uñas á unas piedras salientes de la escavacion que casi rozaban la superficie del agua.

Los gritos de Placidita entónces fueron terribles y espantosos.

—¡Favor....! ¡Socorro....! ¡que se ahoga *Panzacola*....! ¡Una onza al que me la saque del pozo....! ¡Una cuerda....! ¡un cubo....! ¡una escalera....! ¡Corre, Canuta, busca al Orden Público....! ¡que toque el pito, pidiendo auxilio......!

Y trás esto, Placidita cayó desmayada junto al brocal del pozo.

Miéntras tanto, á la otra puerta hablaban todos á la vez; los muchachos saltaban; doña Bernardina hacía aspavientos y se lamentaba de que ya no podría beber el agua del pozo si se ahogaba la gata, y sólo el bueno de don Silverio, el hombre de la calma y de los recursos inagotables, preparaba una canasta para echarla en el pozo, á fin de sacar á *Panzacola*.

La operacion duró más de un cuarto de hora, pues la gata, en extremo espantada, parecía negarse á que la salvaran.

Despues de muchos afanes y de muchos esfuerzos empleados con suma paciencia por don Silverio, salió al fin del pozo *Panzacola* metida en la canasta; pero no bien se vió fuera, cuando de un salto trepó al muro para pasar á su casa; más como en ésta tambien estaba descubierto el pozo, á cuya boca se hallaban asomadas Placidita, que ya había vuelto en sí, y la negra Canuta, ámbas presenciando con suma angustia y afan el salvamento de *Panzacola*, la gata tuvo tal tino y destreza en aquella circunstancia, para ella tan azarosa, que en vez de dejarse caer en los brazos de su ama, cayó nuevamente de cabeza en el pozo.

Un grito unánime resonó en las dos casas, y Placidita, ante tamaña desgracia, se vió acometida de unas violentas convulsiones, que pusieron despavorida á Canuta.

Fué necesario, pues, que don Silverio, doña Bernardina y hasta Pedro José y sus hermanos, pasasen á casa de Placidita á prestarle auxilios, abandonando por de pronto á su malhadada suerte á la mísera *Panzacola*, que dos minutos despues ya se habia ahogado.

Cuando se restableció la calma y Placidita tuvo conocimiento del fin desastroso de su gata, se desató en denuestos contra doña Bernardina, contra don Silverio y contra Pedro José, que consideraba causantes de su desventura.

—Yo he salido perdiendo, contestó doña Bernardina con semblante enojado; yo, que no puedo ya beber el agua del pozo á causa de ese maldito animal, por lo que tengo ahora que llamar al aguador y pagarle....

Tres dias tardó Placidita en conseguir nueva vivienda; pues aunque tuvo noticia de varias que reunían las condiciones requeridas, no quiso ni verlas, en atencion á que todas tenían el inconveniente de servir *el pozo para dos casas*.

Francisco de Paula Gelabert.



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL PUESTO DE FRUTAS

EL PUESTO DE FRUTAS.

Ese grupo característico que presenta Landaluze en la lámina adjunta, solía ofrecerse muy á menudo á la contemplacion del transeunte, no hace aún veinte años.

Generalmente era en la plazuela de alguna iglesia donde se instalaba *el puesto de frutas*, regenteado por *ña Tula*, una negra *gangá*, de edad ya madura, como sus zapotes, sus anones y sus mameyes, con cuyos productos tropicales reunia á la larga *sus mediecitos* para poder descansar cuando fuera ya *vieja machucha*.

La que se vé á la izquierda es la mulata Rosalia, que con la jaba en la mano, en vez de retirarse *hecho ya el mandado*, está charlando con *ña Tula*, y el calesero Torcuato, refiriéndoles cuanto pasa en casa de sus amas, y contando á este propósito, mil anécdotas y mil aventuras, sirviéndole de pretexto hasta las mismas frutas que va á comprar.

—La niña *Mérse* es caprichosa como ella sola, dice Rosalia, principiando una de sus historias íntimas; tiene la cabeza más dura que esa jícara grande de *usté*, *ña Tula*.

—*¡Ah, siñó! ¿y poqué?* pregunta la negra frutera.

—Parece que quiere morir ahogada; continúa Rosalia.

—*¿Ajogá?* Esa gente *son la mima* diablo, salta Torcuato, tomando parte en la conversacion.

—¿Usté vé, *ña Tula*, que yo vengo á comprar aquí siempre mamoncillos? Pues en *naditica* estuvo el año pasado que á la niña *Mérse* se le quedara atravesada en la garganta una semilla de mamoncillo y se fuera al otro mundo por *la contigensia maléfica*.

—Eso tá güeno *pá niño chiquito;* observó Torcuato.

—Se pone chupa que chupa y habla que habla con sus hijas, y por *la sicoferensia de la materia*, se le resbaló la semilla y entónces fueron los gritos que se venia la casa abajo.

—¿Y *nelle* grita así con semilla *atorá?* preguntó Torcuato, manifestando gran asombro; eso se llama tener *gañote de jierro.*

—¿Cómo va á ser eso, *Trocuato?* Las que gritaban eran sus hijas, la niña Lola y la niña *Sension*. . . .

—¡Ah! eso sí *pué sé.*

—Y vea *usté, ña Tula*, cuando está de Dios que sucedan las cosas; continuó Rosalia, enfrascándose en sus confidencias; al oir los gritos tan fuertes que daban las dos niñas, el niño Adolfo, que no hacía más que dos dias que se habia mudado en frente, corrió á casa en mangas de camisa, así y todo como estaba, con una tranca en la mano, porque creyó que las estaban matando.

—¡Válgame Dios! exclamó *ña Tula.*

—Y como el niño Adolfo es estudiante de medicina, en cuanto vió lo que era, soltó la tranca y con la mayor facilidad le sacó de la garganta á la niña *Mérse*, la condenada semilla de mamoncillo. . .

—Ya usté lo vé, *camará, la etudiante sabe má que la jutía;* dijo Torcuato, dirigiéndose á *ña Tula.*

—Eso es verdá, *carabela;* contestó asintiendo la negra frutera.

—La niña Lola salió ganando de aquel tropel, porque como se asustó *muchisísimo* y le dió una especie de desmayo, el niño Adolfo la tuvo que pulsar y darle á oler un pomito de una cosa muy fuerte que trajo de su casa y que creo que se llama *jéntren.*

—*Gente branco son muy batalloso; por la mamoncillo sólo, ese mélico tuvo que curá dó mujere;* observó *ña Tula.*

—Salvó de una muerte *segurita* á la niña *Mérse*, pero en cambio dejó enferma del corazon á la niña Lola: replicó Rosalia.

—¡Ah, yo no entiende *ese* cosa. . . . ! exclamó *ña Tula.*

—Porque la niña Lola se enamoró del niño Adolfo y como éste es blandito de corazon y le gustan mucho las rubias, segun dice, al cabo de una semana eran ya novios y creo que *hasta* se van á casar, todo por haberse *tragado* una semilla de mamoncillo su mamá. Por eso dicen que Dios sabe lo que se hace y que todas las cosas suceden por *premision* del cielo.

—*Uté* cuando *jabla* parece como cuando yo toca *mi marímbola*, que sale *uno* música *má sabroso* que la caña de la tierra que vende aquí *ña Tula; uté* muchacha muy graciosa y á mí *guta* mucho mirá su cara *bonito, bonito;* dijo de pronto Torcuato que hacia ya rato contemplaba con cierta complacencia á la parlanchina mulata.

—¿De *verdá, Trocuato?* *¡Y era la bella María!* contestó la aludida, principiando á coquetear.

—Tú, Rosalia, tú siempre *vuere* loco los hombre; observó *ña Tula* entre severa y risueña.

—¡Adios! ¿y yo tengo la culpa, *ña Tula?* Por más que yo haga, no puedo evitar que me llamen la flor de la canela, mulata santa, *turron* de azúcar, divina prieta, y qué se yo qué otras cosas más que me dicen por donde quiera que paso. . . .

—Tú muy *provocaora*, muchacha; luego tú *vá á vé*. . . .

—Vamos ¿y qué le he hecho yo al mismo niño Adolfo, que despues de

estar pelando la pava tres ó cuatro horas por las noches con su rubia, la niña Lola, que tanto dice él que le gusta, cuando se va, al pasar por mi lado en la puerta de la calle, siempre me tira algun pellizco en el brazo y me dice alguna cosa. Digo, á mí, que en vez de tener la cara rosada como su novia, soy *trigueñita lavada*, y que en lugar de ser mi pelo como el de ella, lo tengo *muy rizo*....

—*¿Tú lo vé*, muchacha, *tú lo vé....?* Anda, *jarrea pa* tu casa, que luego te van *á meté guano* si te tardas *en la pueto de fruta.*

—Bueno, *ña Tula*, pues écheme aquí en la jaba un real de zapotes que me encargó la niña Lola, para guardárselos á su novio, que es muy *gandío.*

—*Tó la niña son iguá; tó dan trabajo á nosotro po la cotejo;* saltó Torcuato, dando comienzo á sus confidencias.

—*¡Ah, ah, pa eso tienen la pellejo branco!* observó *ña Tula.*

—Dende que manese Dió, ya empieza yo á meneá la pata en casa de mi suamo; friega volanta, limpia jarreo, baña caballo, barre caballeriza, echa agua en la tanque, jase tó, tó, sin cogé resuello..... Apena acaba la amueso, á llevá el niño *Nano* á la Tribuná de Cuenta. Vueve pa casa, y entóce la niña *Chatica* con la dó niñita Canasion y Ataglasia monta volanta y va á correteá tó dentro la Bana y tó ya fuera.

—Trocuato, me disí la niña Chatica, á la *Palo Godo.*

Yo calla la boca: da de cuataso á *Pajarito*, y va pa la calle de la Muralla.

A la *dosoras* de tá la tienda, revoviendo y jablando la tré como cotorra, la niña Chatica, que tiene ya la boca seca como *tropajo*, jabre mucho los ojos pá bucame á mí que etá sentá la banqueta.

—Trocuato, disí nelle, á la Dominica.

Yo jala corriendo pá lo último de la calle de *Lobipo* y allí etá pará otra hora, mientra la niña Chatica come *matecá* de leche y la niña Canasion bebe refreco y la niña Ataglasia traga, traga, tó lo duse de la confitería... Pasa uno conosío, se para, mete la cuepo casi dentro de la quitrin, se quita la bomba, poque tiene mucho caló la cabeza y empiezan la risotá.

Como por allí no hay ninguno *borega*, yo no pué dá un salto para ir á tomá un poco *guariente caña* y tengo que seguí montá, mueto de sé, hasta que las niñas se cansan y me dicen que pique.

Entonce vamo á la *baño de má;* dipué á jasé uno visita; luego á casa. Pó la tade, pone otra vé la volanta, á *lameda de Sabé Sigunda*, á paseo de *Cálo Tiselo.* Pó la noche á la ritleta ó á la treatro....

—Pero ese gente así tan paseaora se vá á mori un dia en la calle; observó *ña Tula.*

—Yo só quien va á jasé *quiquiribú mandinga*, de etá siempre montá, con bota y librea pueta, sin decansá una momento; replicó Torcuato.

Al decir ésto, vió nuestro calesero que venía por la acera Maria Justa, negra curra del Manglar, á quien él conocía, y se distrajo mirándola.

Rosalía al verla, púsose á cantar por lo bajo con cierta picaresca sonrisa:

"Maria Justa se casó.
Se fué á vivir allá fuera.
Los Civiles la prendieron
Y se armó la rumbantela."

—Ese negra é templá como *curujey:* dijo Torcuato á manera de réplica, volviéndose á la mulata.

—Es muy safiota, muy relampusa, muy sangre pesá; ¿usté no la vé con la manta de burato colgando y el cabo de tabaco en la mano, cogiéndose ella sola todo el sardinel? A mí se me pára en la boca del *estógamo*....

—¿Qué hace usté por este *resinto,* mi señora? dijo Torcuato sin hacer caso de las palabras que pronunciára Rosalía, dirigiéndose á Maria Justa que pasaba á la sazon ante *el puesto de frutas.*

—Voy á una diligencia muy *comprometía,* contestó Maria Justa, *retorciéndole* los ojos á la pardita, como si tratara de provocarla.

—Uté siempre en *trifuca ¿no vedá?*

—Una perra mulata *blanconasa, quitaora* de mario, que me trae regüelto á *Gumesindo.* Ahora la voy á buscar y como lo encuentre á él cortejándola, le voy a dar á ella *un bocabajo* con este chucho *colorao* que llevo aquí *escondío.*

—Eso no tá güeno en una mujé como uté, Maria Juta. Por eso mucha vese los hombre tienen que sé mucho, mucho malo, y luego le aprietan la pecueso. Uté son la pedision de lo varone.

—¿Usté saca la cara por *Gumesindo?*

—*Gumesindo* es fomá, yo ripondo por él.

—Ustedes los caleseros, poique gatan librea verde y colorá, se ponen bomba en la cabeza y llevan una cuaita con puño de plata en la mano, se *afiguran* que valen más que toitica la gente de color. Pues se *aquivoca, Trocuato,* porque las que hemos nacío en el Manglá, tenemos la sangre *jreviendo* en el cuerpo y no nos dejamos engatusar por *nengunito,* aunque sea el rey de los caleseros.

—Tá güeno, Maria Juta, tá güeno.... yo da consejo, uté me dipresia.... tá güeno. A vé, *ña Tula,* pela piña, baja racimo de prántano de Guinea, paite mamey colorao, pone to lo fruta aquí *alantre,* que yo vá á convidá á Maria Juta.

Al oir esto Rosalía, dió media vuelta y casi sin saludar á nadie, fuese refunfuñando, con su jaba llena de mamoncillos y de zapotes.

A la par que tenía lugar esta escena junto al *puesto de frutas,* á alguna distancia de él hallábase en coloquio el negro carretillero Bernabé con otro compañero de glorias y fatigas, el que tenía ya las pasas enteramente blancas por la suma edad, y que sentado en el suelo, en la postura que se vé en la lámina, descansaba sin duda de alguna larga faena hasta que se le presentara nueva tarea, entretenido miéntras tanto con la conversacion de Bernabé.

Pueden suponer los lectores sobre lo que versaría ésta: los viajes que habia dado con la carretilla; las pesetas que habia ganado aquel dia; una escena doméstica de que fuera él testigo, en que figuraba una mujer que despues de reñir con *su marío postizo,* como Bernabé decía, trasladaba violentamente sus

penates á otro local; y otros mil particulares análogos que el viejo escuchaba con la mayor impasibilidad, concluyendo ámbos por dirigirse á la bodega más próxima á tomar un trago de aguardiente para recuperar las abatidas fuerzas.

A todas éstas, Torcuato y María Justa habíanse despedido de *ña Tula*, que continuaba expendiendo sus frutas á los negrillos del barrio, á los muchachos callejeros que atisbaban el momento en que la negra tuviese el menor descuido para robarle un marañon, dos ó tres plátanos ó algun racimo de mamoncillos, y á cuantos acudian al puesto á proveerse de lo que necesitaban.

Llegado á este punto, no puedo resistir al deseo de dejar aquí consignado, como un hecho digno de la curiosidad de los investigadores, la modificacion que van sufriendo nuestras costumbres hasta en aquello que ménos parece que debiera experimentarse.

A propósito, por ejemplo, de *los puestos de frutas*, los habia en la Habana por donde quiera, fijos y ambulantes, consistiendo estos últimos en los tableros que conducian las negras sobre sus cabezas, cargados de piñas, de chirimoyas, de frutas bombas, de aguacates, de mameyes colorados y de Santo Domingo, de anones, de zapotes, de plátanos de Guinea y de la India, &c. &c. &c.

Uno de los puestos de frutas más notables de que ahora me acuerdo, es el que diariamente establecía la negra Mariana en los portales de la antigua Intendencia, y al cual acudian á refrescar y á matar el tiempo, allá por los años de 1850 á 1860, todos los empleados de Hacienda y de Gobernacion, haciendo en él gran consumo de naranjas, de agua de coco, de caimitos y de otra diversidad de frutas. En mi concepto, Mariana debió enriquecerse, vendiendo frutas á los empleados de aquella década, algunos de los cuales aún deben recordarla con *fruicion*....

Otros tiempos, otras costumbres. Los empleados de la época presente han sustituido las frutas con el *lager bier*, con el *ajenjo*, con el *vermouth cocktail* y con los *confortables traguitos de cesantía*, que les propina cuando ménos se lo esperan, el Ministerio de Ultramar....

Esto quiere decir que las frutas *se han ido* como se vá todo en este mundo deleznable y que ogaño acaso no somos tan felices como antaño.

Comer frutas era antiguamente en la Habana una ocupacion importante y de gran incentivo, como que servía de pretexto para multitud de propósitos.

Las muchachas acudian en determinados dias á la Quinta del Obispo, á comer mangos, yendo en pos de ellas los jóvenes, que si bien solian dar más de un resbalon con las cáscaras de esta fruta indígena, eran más á menudo víctimas de las acechanzas de la coquetería femenina, puesto que su escursion á la Quinta del Obispo, venía á resumirse al fin y á la postre en otra que hacian un año despues á la Parróquia, dónde un respetable cura los unía en matrimonio á la misma muchacha con quien habian comido mangos en la referida Quinta.....

Aparte de todo lo que llevo dicho, yo me doy el parabien de que ya no existan aquellos *puestos de frutas*, pues la idea de que se conserve su recuerdo es lo que me ha dado tema para escribir este nuevo artículo.

Francisco de Paula Gelabert.

LAS TEMPORADAS:

NI TIPO, NI COSTUMBRE, PERO TODO JUNTO EN RECUERDOS.

Fueron las temporadas en Cuba necesidad de todos los tiempos. Las familias antiguas, como las modernas, han tenido que huir de la Habana en la estacion de los insoportables calores. Así se disminuye la intensidad del combate de la vida con sus elementos destructores. Hay en Cuba pocas, muy pocas naturalezas refractarias á los principios disolventes que dominan, aquellos que alejan todas las enfermedades, desde la peste negra hasta los tifus; desde las viruelas á otras erupciones más ó ménos repugnantes. ¡Dios mio! si no engañasen las apariencias, ¿quién sería osado á penetrar en esta tierra? Ved la mayor parte de sus costas: ofrece en lo físico desvergonzadas apariencias de hostilidad contra los hombres: sus áridas y acantiladas orillas, con abras y puertos, cuyos senderos tapizan arrecifes y *diente de perro;* sus zarzas y rizados *tocinos;* sus enredados y ensedosos mangles, en los que habitan enormes caimanes en la embocadura de los rios. Pues esa aparente hostilidad es todo vida y dulzura para acoger mansa y cariñosamente toda dolencia ó mal que nos traen de fuera: las enfermedades *todas* se hacen endémicas, como sucedía con el mal de Siam ó fiebre amarilla desde 1762; como con el cólera morbo asiático desde 1833; y no es eso lo peor, sino que los pocos que se aclimatan suelen convertirse en zánganos (vulgo billeteros, buhoneros) ó sanguijuelas (los malos empleados, peores abogados, &c.) Es providencial que por lo regular esos inconvenientes del clima, ó radiquen en las ciudades y las costas, ó sean ménos terribles en los campos. Por lo que ahora vemos, es justificado uso constante desde antiguo el de las temporadas: es remedio aprobado para prolongar la vida. Si á los medios contribuye una buena organizacion, tanto mejor para el sér afortunado que la tenga.

Entre éstos conocí una señora de noventa años: incesante predicadora práctica de las ventajas de las temporadas; contando, eso sí, con la voluntad de Dios, *sin cuya órden ni aún se mueren las hojas de los árboles;* que á esa edad conservaba una felicísima memoria y una rica y virtuosa alma. Era una alma castellana vieja, como la de sus padres, que con los fueros de Castilla se trasladaron á esta parte del Nuevo Mundo, cuando la dinastía de Borbon empezaba á militarizar á España; á pesar de contar reyes tales y tan buenos como Fernando

VI y Cárlos III. La señora era viuda de un antiguo empleado de Factoría. Aunque entónces predominaban en el ramo jefes vizcainos, era habanero y pariente cercano del asesor último, que tambien nació en la Habana.

Miéntras vivió su marido, ya cesante, iban á veranear y áun algo más, pues invernaban en el ingenio. Cuando *demolió* éste, variaba en los lugares veraniegos, buscando dos, tres y áun más grados de diferente temperatura, templando los ardores poco higiénicos de la Capital. La simpática anciana se llamaba Dª Teófila Olimpia.

Viuda, no le gustaba alejarse mucho de la ciudad, porque ella cuidaba de sus negocios, que habian venido á ménos con los años; prefería el Cerro, hasta que lo *echaron* á perder los carritos del Urbano; pero el ferro-carril de Marianao fué el colmo de su satisfaccion, pues se le proporcionaba un medio de respirar "más campo verde"—en habitaciones urbanas, y más embellecido, cuando *daban ya sombra* los laureles de la India (1) de la bellísima calle del Panorama, vergüenza de las otras vías, que podían parecérsele y semejan desiertos arenales. Sin embargo de sus ideas progresistas, Dª Teófila era la más escrupulosa crónica de los tiempos que pasaron. Recordaba en el *portal* de su casa aquellas temporadas á que había concurrido y las principales fiestas en que se había hallado.

Como es de suponerse, casi siempre hablaba de los Molinos del Rey y de las Puentes Grandes, su bello rio, y todo como punto de reunion de las familias, principalmente de los empleados en la renta del monopolio del tabaco. ¡Qué dias aquellos! Los paseos por el rio, los baños, los sucesos prósperos y adversos, sérios ó de jovial recordacion. El entusiasmo de los recuerdos dá cierto tinte religioso á la melancolía que los reviste. Como todas nuestras madres, se hacía lenguas relatando lo que recordaba de sus juveniles y áun infantiles años, singularmente de los *saraos* y las iluminaciones que se efectuaron con motivo del *feliz* ascenso al Almirantazgo del Smo. Sr. Príncipe de la Paz: sin olvidar á su gran cronista D. Tomás Romay, (2) como una de las glorias pátrias. Pero entre todas, acaso por considerarla *de la familia*, ponía sobre las niñas de sus ojos y en los cuernos de la luna la espléndida celebracion de la Factoría, en donde todo fué regio: baile, comida é iluminacion.—Hoy ocupa la grandeza de esos gastos tan mal empleados, una cosa más recomendable que el monopolio y la adulacion: un hospital.

A cuantos oian los interesantes recuerdos de nuestra amiga, causaba intensa admiracion su gran memoria. Comparaba los prendidos de las damas, sus trajes de todas las épocas con los que alcanzaba, con tal correccion y exactitud, que parecia que leia un periódico de modas de la época; pero en la citada no los habia en todo el Reino, no ya en la atrasada Cuba. Mas pronto volvia al tema de las temporadas; por entónces y luégo que se abandonó por la moda las que bordaban las orillas del Almendares, en los puntos nombrados, fué el *Cacagual*, caserío esparcido á las márgenes de su rio y en los alrededores del manantial de

(1) *F. Religioso.*

(2) El ilustre introductor de la vacuna, ó su propagador é insigne patricio, fué encargado por el Capitan General de escribir la relacion de las fiestas.

agua nitrosa: poblacion de bañistas, jugadores y gente alegre que llenaba el lugar que ahora es un sitio rústico del marqués de la Real Proclamacion: una estancia cubierta de *maloja*, por lo comun.

La parte más curiosa era la descripcion de los medios de comunicacion. Las calesas, las romerías á caballo, en que solia figurar una varonil hija de los marqueses de San Felipe, que montaba un *frizon de trote* y cazaba en horas oportunas en los próximos bosques; la orquesta solía ser espléndida cuando facilitaba su *banda de esclavos*, perfectamente organizada, el citado Sr. Marqués. La misma que tocó la marcha Real al duque de Orleans, cuando emigrado, fué huésped del Bejucal en el hermoso, hoy destruido, palacio de dicho señor, que lo fué en realidad de dicha ciudad. Las carretas enramadas fueron de los principales vehículos de esas correrías, que pelean en lo calmosas con este nombre: no *corrian*, se arrastraban, y Dª Teóflla tenia el buen gusto de confesar la preferencia del ferro-carril sobre sus antepasados. No faltó alguna vez un opositor: estaba delante un viejo, calesero que conservaba Dª Olimpia, que solia, como todo criado viejo echar su cuarto á espadas, y exclamó:

—¡Válgame Dios! yo creo, mi ama, que á la niña (la niña tenía, ya se sabe, noventa años) le gustaría *más mejor* la victoria, que se pára cuando su merced quiere: yo no puedo olvidar que la primera vez que vine con su merced se me cayó el sombrero, y el maquinista no quiso pararse por más que yo gritaba.

Todos saludaron al buen negro con una carcajada.

La preopinante continuó prefiriendo en pormenor el alarde ó revista de las temporadas, de lo cual resultaba que ella conocía, en cuanto á las de baños, por experiencia propia, la de *Madruga*, porque era íntima de la familia de los sucesores del Factor irlandés O-Farril, que había dado á conocer sus aguas, (1) que llevaron al químico Ramirez á que las analizara, y por aquellos tiempos era fama no discutida, que hasta resucitaban á los muertos: allí pasó una temporada en buena salud y bien andanza espiritual. Nunca se atrevió á ir á los baños de San Diego, por su distancia y los peligros del viaje.

A pesar de la tendencia femenina á hablar de enfermedades y sus remedios, nuestra anciana fué siempre más dada á contemplar el lado alegre de las temporadas: era su remedio el veranear. Abría pronto nuevo capítulo ó doblaba la hoja sobre otros particulares, entretegiendo anécdotas y sucesos.

El itinerario histórico de doña Teófila fué, en los últimos tiempos, del Cerro á las Puentes reformadas, en que figuraron el Conde de Cañongo y sus parientes; el poeta marino Eulate; con sus regatas por el rio y sus almirantes de las falúas, etc., etc. De las Puentes á la Seiba; de la Seiba á los Quemados; de los Quemados á Marianao. No hizo rumbo al opuesto lado, porque en Guanabacoa y Santa María del Rosario se reunía más gente pobre y menesterosa, y ella no iba nunca á affigirse con cuitas ajenas que no podía remediar. Este juicio, cuya exactitud no discutimos, se lo dejamos entero á nuestra amiga. En cada uno de esos puntos había un motivo de recomendacion: en Marianao y los Quemados,

(1) Uno de ellos cedió generosamente al pueblo la Casa de Baños.

la extension de las casas y su bellísimo *Panorama*; en todos, el campo; en las Puentes, lo pintoresco y quebrado casi suizo de la poblacion, y su rio; las vistas de los baños del mar y llanura que los precede; vistas más bellas al trasponer el sol que aún al salir; y no olvidaba ningun accidente. Lo cierto era que en todos esos parajes se disfruta de una temperatura que equivale á dos, tres y áun más grados de diferencia favorable de la que cuece á la humanidad *á fuego lento* en la Habana.

Doña Teófila siguió las faces humanas al descender de su fortuna, aunque nunca tuvo que ir á Guanabacoa: iba teniendo ménos medios, segun frisaba en más años, especialmente desde la cesantía de su esposo, y aún más, cuando quedó viuda, sin hijos y entrada en años; pera siempre conservó lo suficiente para vivir con holgura, y salir del Caldero de Pero Botero ó la ciudad, buscando el aire libre y embalsamado del campo. La última vez que la ví fué en los Quemados: fuerte de cuerpo y alma: era la misma actividad, exagerada por los años si cabe. Su casa, la reunion más escogida: respetada por su carácter y circunstancias.

Esa vez recordó la sociedad del Cerro, que aún no había caido del trono de la moda, pero que se bamboleaba. La había fundado como presidente el Excmo. Sr. D. Ignacio Crespo; contribuian á su brillo los Diagos, Cárdenas y otros habituales temporadistas. Nuestra amiga censuraba amargamente los tonos aristocráticos que entónces se adoptaron. ¡Casaca en los bailes de temporada! exclamaba. A ella le parecían más elegantes los *trajes de dril blanco* en el verano. Me hacía cargos personales porque fuí el sucesor en la presidencia de Crespo y no lo *enmendé*.

Eran los fósforos de cerillo otro de los progresos que ella condenaba, *para los fumadores*. En esto le gustaba, como ménos peligroso, y aún más accidentado á aires de buen gusto artístico, la costumbre antigua de los *braserillos* de plata, que traian á las tertulias de *confianza*, que sólo en las de confianza se fumaba, criados, el negrito con ó sin librea. ¡Cuántos fuegos se evitarían!

Como su fortuna había disminuido, ya no había podido dar el ejemplo de esa costumbre: no tenía más que un criado calesero, que era su cobrador y mandadero. Durante las temporadas, lo dejaba al cuidado de la casa en la Habana, y solía venir á diligencias y la esperaba en el paradero de *Concha* con el carruaje. El resto de su servidumbre era todo femenino: cocinera, lavandera, criada de mano: total, tres criadas de color.

Como para doña Teófila no había penas en las estrecheces de la vida cristiana y estóicamente paciente, parecíale su situacion superior á lo que gozó en la Factoría y en el ingenio, ya *demolido* y repartido en *sitios de labranza*. Elogiaba la conveniencia de no tener más que mujeres á su órden inmediata.

—Estoy perfectamente, decía; me obedecen como hijos.

Uno de los concurrentes le hizo la observacion de que siempre convenía tener de puertas adentro en la casa quien impusiera temor y respeto á ladrones y malhechores. Esos recelos de peligros no la fatigaron jamás. En esa ocasion en que fué interpelada, se expresó en términos anecdóticos que no dejan de pintarla.

—Yo nada temo de los de fuera: lo peor en las familias son los amoríos

de los esclavos,—entónces los habia.—Lo mejor, si es posible, es que no haya de puertas adentro quien enamore á las criadas: se encelan, se embisten, se disgustan por lo ménos, y adios el servicio doméstico: yo nunca los sufria, y cuando los tenia, habia á cada rato *arrastre y ropa límpia.* Ahora se eternizan: mi calesero tiene pocos años ménos que yo, y es lo más pacífico y tranquilo; fuélo siempre; y ni él duerme aquí en casa. En cuanto á los peligros de ladrones en temporadas, alguna ratería, lo demás son sustos.

Un curial de mala fama, tal vez inmerecida, objetó que él sabía de lances que contradecían esa confianza, pues había ladrones en todas partes.

—Sin duda hasta en los que profesan la justicia, dijo entre irónica y sencilla la matrona; pero es ménos frecuente la violencia de lo que se presume, acerca de lo cual cada uno puede recordar lo que le ha pasado en su vida.—Yo estoy persuadida de que lo más que le sucede á uno en los pacíficos campos que rodean los pueblos de temporada y en éstos, son sustos, á que el miedo dá existencia. Oigan ustedes, hace pocos dias que en una de sus noches vino á avisarme una criada que habia gente en el pátio; se lo persuadia el ruido que oyó, y yo tambien y las otras; oimos descolgarse por la soga del pozo, único punto accesible de la casa, algo como hombre ó fantasma, pues sonó el carrillo sensiblemente.—Pues, hijas mias, atrancad las puertas; yo abrí las ventanas de la calle y esperamos el dia. ¡Pobres pollos y pobre ropa *tendida!* Eran los objetos transportables que tenia. *Amanecerá Dios y medraremos.*—Llegó la ansiada mañana, y con todas las precauciones empezamos por abrir los *postigos* de las ventanas, y cobrando aliento con la paz que reinaba, y cuando los vecinos recorrian las calles, abrimos la puerta del patio. Nada vimos! Se habia rodado efectivamente la *soga del cubo*, y éste no parecía. Vímoslo en el fondo del pozo: he ahí el *golpe.* ¿Pero quién lo arrojó? A poco descubrimos un gato ahogado cerca de él: súpose entónces que las criadas, así lo dijeron, habian puesto el cubo lleno de agua en el brocal, que por mala costumbre dejan en muchas casas sin tapas ó cubierta: el gato quiso beber; se apoyó en el cubo, y lo empujó y cayeron juntos, con espantable estrépito (1).—Véan ustedes, susto y nada mas. Si hubiera habido hombres, se abre la puerta por la noche, con algun revólver que suele herir a los defensores, que no á los ofensores, y como es costumbre decirse, el Diablo las carga.

Para Dª Teófila nada hay enteramente malo, sino que todo tiene su lado bueno áun la desgracia: pero es la defensora en tésis absoluta de la necesidad y conveniencia de las temporadas en el rico, en el hombre acomodado y aún en el pobre, que *para todos sale el sol;* la diferencia son los medios.—Una temporada es *un puntal de la vida.* Con llegar al Cerro solamente, se consigue una temperatura de dos grados de ventaja, y conforme se aleja, mucho más, respecto de la ciudad. ¡Bien por las temporadas!

Antonio Bachiller y Morales.

(1) Histórico.



Cromolitografía Mercantil *Reina 12.—Habana.*

LOS NEGROS CURROS

LOS NEGROS CURROS.

La obra de la civilizacion es gigante, y su benéfico influjo alcanza á todos, sin distincion de razas, ni colores; así como tambien á todos alcanza en ciertas reformas, siempre útiles y siempre necesarias, pero no siempre ajustadas al mejor gusto estético.

En la vieja Europa echó por tierra el arrogante casco de metálicos resplandores, el elegantísimo chambergo de negro airon, y la cortesana gorrilla de áureo broche y luengas plumas, para colocar en su lugar sobre la cabeza de la nueva generacion el ridículo y estrafalario sombrero de copa.

El jubon acuchillado y el ferreruelo, despues de sucesivas transformaciones, han sido reemplazados por el chaleco de piqué, la levita cerrada de inconmensurables faldones y el extravagante sobretodo; la cortante espada de labrado pomo, por el inofensivo baston de cómico puño; las medias largas y el corto calzon, por las medias cortas y los pantalones largos; y, por último, los primorosos borceguíes, por los zapatos de becerro charolado.

Comprendo perfectamente que si los trajes han perdido algo con *el nuevo arreglo*, en cambio las costumbres han mejorado muchísimo.

Hoy, como entónces, no andamos en medio de la calle á tajos y mandobles, y cuando en nuestra honra se nos hiere, en vez de cruzar dos aceros, cruzamos dos tarjetas, nombramos padrinos, testigos, y hasta médico, escogemos terreno, medimos las distancias, y provistos de sables, floretes ó pistolas—que es lo más comun—nos matamos á sangre fría, pero eso sí, con todas las reglas del duelo; y ante la ley todos somos iguales, y no existen ya feudos ni señores de horca y cuchilla.

No se me oculta tampoco que nuestra manera peculiar de vestir traiga sus ventajas. Al presente, el artesano, en ocasiones, se confunde por su traje con el

marqués, y en Francia especialmente, el mozo de hotel se diferencia bien poco del aristócrata á quien sirve; pero aquello era ópticamente mucho más hermoso.

Hoy, cuando un escritor saca entre los puntos de su pluma á algun orgulloso hidalgo, ó cuando un solapado empresario, sacudiendo el polvo de alguna de aquellas comedias de capa y espada, la anuncia en los carteles, más que por rendir tributo á nuestros clásicos, por embolsarse los derechos de representacion, se revuelven las sastrerías de los Teatros, y de noche, en el escenario, á la engañosa luz de las candilejas, podemos admirar, por ejemplo, aquella brillante corte de Felipe IV, con todas sus bellezas.... y sin ninguno de sus inconvenientes.

Es verdad que lo que parece oro es laton amarillo, y el terciopelo riquísimo, pana burda, y los encajes, no *encajan* como tales; más todo ello es cosa de poca monta, si recordamos aquella sentenciosa cuarteta de Campoamor, nunca bastante encomiada, que dice:

"En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es segun el color
del cristal con que se mira."

Los negros curros, considerados, no como tipos provinciales tan sólo, ni siquiera de raza dentro de esta division, sino como tipos de ciertos barrios de la Habana que envuelven, naturalmente, aquellas dos condiciones, han sufrido en ménos tiempo, tal vez más radicales reformas en trajes y costumbres.

La chaquetilla de terciopelo negro, el sombrero felpudo, el pantalon blanco franjado de flores bordadas al pasado con sedas de distintos matices, la blanca camisa *de vuelos* con pechera de caprichosos dibujos y amplísimas mangas fruncidas en mil pliegues, el *paño de pecho*, bordado tambien con sedas de colores, y el corto junquillo, han desaparecido entre los negros curros.

Aquel aluvion de pañuelos: pañuelo de seda á la cabeza, pañuelo de seda en el sombrero, pañuelo de seda al cuello, pañuelo á la cintura, pañuelo en el bolsillo, pañuelo en la mano y pañuelo en todas partes, ha desaparecido tambien, tal vez por que no repitiéramos con razon aquello de que "Dios le dá pañuelo *al que no tiene narices.*

¡Y no se diga nada de aquel despilfarro de oro! Argolla de oro en la oreja, *agujeta* de oro detrás de la oreja, sortijas de oro en ámbas manos, cadena de oro y reloj de oro, botones de oro en la pechera de la camisa, botones de oro en los puños, puño de oro en el junquillo y hebilla de oro en las correas del pantalon. Sin embargo, ¡cosa digna de notarse! casi nunca llevaban oro en los bolsillos, que hubiera sido lo más natural.

Tambien el oro ha venido á ménos, y hoy, por regla general, no lo usan los curros en ninguna parte, séase porque han comprendido lo chocarrero de aquella profusion, ó porque el *vil metal* se ha elevado á tan prodigiosa altura en estos tiempos, que desdeña, por lo ménos, ocuparse en adornar calzados, probando de este modo que *no es tan vil como lo pintan.*

Pero aquel oro y aquellos soberbios trajes casi siempre eran producto del crímen, y los robos se menudeaban para satisfacer esta *necesidad.*

Por otra parte, el ardor bélico era proverbial entre aquellas gentes, y por inquinas de barrio algunas veces, muchas por amoríos, frecuentemente por el juego, y casi siempre por un quítame allá esas pajas, menudeaban las reyertas, y llovían los navajazos, en distintos puntos de la Capital.

Había días *señalados*, en que *señalados* matones se encontraban para probar el temple de sus armas, y en el mismo, la policía recogía un cadáver, y al siguiente se estacionaban infinidad de grupos á la puerta de los establecimientos de víveres, comentando el hecho, y ponderando las proezas del matador que, segun expresion gráfica, "*andaba oculto por los demonios.*"

Hoy el negro curro, aunque siempre exagera algo las modas, viste con bien poca diferencia, como nosotros.

Alguno que otro usa por distintivo, ya unas medias de vivísimos colores, ya un pañuelo á la cintura, ó ya unos zapatos de corte bajo, mucho más pequeños que el pié que intentan calzar; pero estos no constituyen la regla general, sino, por el contrario, la excepcion.

La negra curra de hoy no discrepa mucho de la negra curra de entónces; pero sospechamos que hoy no llevan todas aquellas mantas de burato de prolija labor y de trenzados caireles, por las cuales pagaban nueve y diez onzas *oro.*

Al presente, cuando Guerrero escribe una de esas guarachas *que saben á yuca,*—segun expresion de un amigo mío, profundo conocedor del género,—podemos contemplar en el escenario de Albisu algunos de aquellos vistosos trajes, recordando siempre para ello la ya citada cuarteta del vate-filósofo, y teniendo en cuenta la poca liberalidad de nuestras Empresas teatrales.

Y ahora que hablamos por segunda vez de Teatros, ten la bondad de atender breves instantes, lector querido, pues aquí se levanta el telon, y nos encontramos en pleno barrio de Jesus María.

*
* *

La escena tiene lugar en la esquina de una boca calle, frente á un establecimiento de víveres.

Los personajes son tres negros *cheches*, mote que se le aplica tambien al tipo de que me vengo ocupando .

Los tres hablan á un tiempo, armando una algarabía de todos los demonios.

—¡Tira, mi hermano!

Esto lo dice, ó mejor, lo grita, el más bajo y regordete de aquel *oscuro* triunvirato.

—¡Nó, tira tú! responde el más alto de todos que lleva una camisa azul con grandes *obleas* blancas, semejante á un cielo cuajado de lunas.

—¿Y por qué? replica el primero un tanto incómodo.

—Bueno, no te *sulfures, sabroso.* Que decida José Rosario.

Este último hace un gesto de impaciencia.

José Rosario, es un simpático negrito, de cabeza pequeña, delgado, fuerte, y admirablemente formado.

Es curro *tradicional* por sus maneras y su traje.

Lleva sombrero de jipijapa, camisa á la última moda, pañuelo á la cintura y pantalon de color pajizo, exageradamente ceñido por la parte superior, y exageradamente holgado por la parte inferior, que cae en forma de campana, cubriendo casi por completo su pié, algo grande, pero admirablemente calzado.

—¡*Nadita* de *desidir*!, añade el regordete, inspirándose en la actitud de de José Rosario, á tí te *toca plantar*, y *no paso por morimiento mal hecho.*

Aquí sube de punto la gritería; el uno se niega; el otro, por variar, hace lo mismo; José Rosario interviene, y termina el incidente sin otras consecuencias, gracias á una pareja de Orden Público que, milagrosamente, aparece en un extremo de la calle.

El órden se restablece en presencia del *Orden*, y el de la camisa azul, con aire *contrariado* arroja un boton de hueso *contra* la pared de la *Bodega*.

El boton cae rebotando en los adoquines.

—¡Allá vá el mío! exclama el contrincante, lanzando otro boton de la misma manera.

El segundo boton cae muy cerca del primero. José Rosario, puesta una rodilla en tierra, coloca el extremo de una *cáscara* de caña, que trae en las manos, junto al primer boton, y, tendiéndola horizontalmente, vé que el extremo opuesto no llega al otro boton, y dice:

—¡*Ni agua, Flamenco!* ¡Faltan cuatro *kilógramos*!.... Tira tú, *Botijo.*

El nombrado *Botijo* recoge el primer boton y lo arroja de nuevo contra la pared, procurando ahora que caiga cerca del otro; pero aunque se aproxima más que el contrario en el *primer tiro*, no resulta ganancioso, porque en este juego no se pagan las aproximaciones.

Para obtener la victoria, es necesario que la distancia que medie entre uno y otro objeto, sea ménos, ó la misma que convengan los jugadores.

En este caso, y en casi todos, la medida es una *cáscara* de caña.

Las jugadas se repiten con celeridad, y resulta, por último, vencedor el Sr. de *Botijo.*

Pero ésto dá lugar á una nueva disputa.

—¡Que *monta!*

—¡Que no *monta!*

—¡Y con una pulgada!

—Que nó!

—Que sí!

Y á la postre, nadie tiene razon, y el que no la tiene se marcha sin pagar, sin duda para dar claras muestras de que es un *perdido.*

—¡Déjalo, es un *lipidioso*!

—¡Que le sirva *pa* el entierro!

Y con estas consideraciones *filosóficas*, se calman los ánimos, y José Rosario coge por el brazo á *Botijo*, y ambos penetran en la *Bodega*, donde, al pié del

mostrador, *se rocean* el cuerpo interiormente, con sendos vasos de aguardiente de caña, para *pasar* la incomodidad.

Pasa efectivamente el mal humor, *pasa* el aguardiente, y *pasa* media hora.

José Rosario, sentado *dentro* de un barril de *judías*, se entretiene en tirarle granitos al dependiente de la casa que, colocando el brazo frente al rostro, se defiende á fuer de buen cristiano, de aquella falange *judáica* que le viene encima.

De pronto se oye hácia la calle ese ruido peculiar que produce un vestido almidonado al rozar con el pavimento.

José Rosario aguza el oido, sonríe satisfecho, y lanzanda al aire un silbido particular, se coloca de un salto en los umbrales de la *bodega*.

El ruido cesa un instante, y despues vuelve, acrecentándose gradualmente.

Lo cual quiere decir que, efectivamente, una mujer era la causa, y que esta mujer se acercaba, desandando lo andado.

—Te me *pasabas desapersibida*, *Guabina*, dijo en tono de reconvencion José Rosario.

Guabina es la negrita de la lámina.

Renuncio á pintarla despues de haberlo hecho tan magistralmente Landaluze.

—¡No *faitaba* mas,—replicó *Guabina*,—que yo *entrara ahí dentro*, *pa* que luego *dijiesen* que yo te estaba *sousacando!*

—¡Nunca, mi negra! Eso no pueden *desirlo* de tí, sabiendo positivamente que tienes tantísimos *apirantes*.

—El diablo son las cosas!... *¡Pá los pavos!*... El que evita la ocasion..

—Bueno, *sielito* santo, dejemos eso á un *lao*, y cuéntame qué hay de *paiticulá* por esos mundos!....

—*Naitica*, hijo; la *comía* y el trabajo.

—¿Y tú no vás á la fábrica?

—¡Hoy no pienso en eso!

—*¿Poiqué?*

—*Poique* te estaba esperando á tí, y me voy contigo.

—*Tú no vá á queré!*....

—Cómo nó? ¡Si siempre *etoy* queriendo!

—Vámos, José Rosario ¡ay? Tú sabes que yo tengo *marío*.

—Y ese soy yó.

—*¡Siá!*

—¡Qué *ingratona* eres, *Guabina!*.... *Convensía* como estás de que ese *josiquito* es de este negro!

—¡Nunca!

—¡Ay! ¿de *verdá*, *verdá?* ¿Cuándo tú mas dichosa?....

—*¡Echa, Cocó!*

—No, ¿eh?

¡Já, já, já, já!

—*Resulta sea*, que he *tirao* una plancha?....

—*¡Presisamente!* exclamó *Guabina*, recogiendo un extremo de la manta con la mano derecha, y echándoselo por encima del hombro izquierdo.

—*¿Es queré desí que no hay novesientos?*, añadió José Rosario rascándose la cabeza.

—*Con el tiempo y un ganchito....*

—Está bien.... *¡acuéidate!*

—Nadie puede *desí* de *eta* agua no beberé!... añadió *Guabina*, que como el lector vé, era aficionada á los refranes.

—Me *confoimo* con esa *esperansa*!.... Y dime, *prieta santa*, ¿vás á la Bella Union el domingo?

¡Como mono!

—Ya sabes que eres mi madrina!....

—Y que te he hecho una moña *¡de flor!*

—¡Ay, *negra!!!* Ya sabes; el primer *danzon* es *mío!*

—Si no vá José Guadalupe....

—Yo tengo que *matá* á ese negro.

—*¡Tú no matas ná!....* En fin, adios, José Rosario; memorias á Botijo.

—Adonde vá, si se *pué sabé....*

—Aquí al Tren de *lavao* de la *rueita*.

—¿Quiéres que te acompañe?

—Nó; más vale ir sola, que....

—*¡Me descompusiste!*

—¡Já, já, já, já!

Y *Guabina*, girando sobre los talones con una ligereza asombrosa, le hace una mueca á José Rosario, y se aleja riendo á carcajadas, y balanceando el cuerpo voluptuosamente al compás de ese chancleteo *sui géneris* que distingue á la negra curra.

—¡Es *mucha* negra!—Exclamó José Rosario, cuando la hubo perdido de vista.

Despues, acercándose á la puerta de la Bodega, gritó:

—*Se debe!*

Y arrastrando tambien sus zapatos de corte bajo, se retiró por la direccion opuesta.

Y como esto de quedarme solo en medio de la calle, no me hace mucha gracia, me parece conveniente retirarme yo tambien á casa, *cerrando* este artículo con candado de....punto.

CÁRLOS NOREÑA.

UN CHINO, UNA MULATA Y UNAS RANAS.

En una de las calles trasversales del Cerro, no hace mucho que cierto individuo llamado Eládio, habitaba con su familia una casa de tablas, de esquina y con su portal correspondiente.

A la otra puerta, vivía una mulata *casada* con un chino, y de cuyo matrimonio era fruto una chiquilla de unos once meses.

Como los portales eran corridos, á excepcion de una ligera barandilla que los separaba, Eládio y su mujer disfrutaban á prima noche de la tertulia del chino, la mulata y las visitas que los favorecían, y es de presumirse los coloquios que allí se promovían y las especies que se comentaban.

—El Cerro es muy triste, decía *Madalena*, que de este modo llamaban á la mulata; nunca hay diversiones, ni *bullitas;* así es que yo, cada vez que puedo, *cojo el carrito y me fleto* para la Habana, donde sólo con ir al Parque, ya goza una y distrae *las pesadumbres del afligido corazon sensible*....

—*Celo tá bueno*, replicaba el chino; mucho *caballelo* con *dinelo;* mucho casa *glande; tlabajo* bueno *pá* chino.

—Este *Pepillo* es muy material, hija, decía *Madalena* á una de sus visitantes; como buen *arsiático*, no piensa más que en el interés; yo, por el contrario, necesito gozar con el alma; que me conmuevan el corazon y que me *endursen* los oidos, los acentos mágicos de una música *celestiar* y divina: mi fuerte es la poesía.....

—*Malena siemple jabla de la policía* y de *mucho* cosa que yo no *entiende:* yo no *quiele sabé ná con Celaó ni con Olen Púlica.*

—Siempre sucede lo mismo, *Tilita*, proseguía *Madalena;* una mujer tan nerviosa como yo, tan *espírituar*, enlaza su suerte á un ser mezquino y metalizado, como *el que usted no ignora*, que tiene consagrada toda su existencia á *comer arroz con dos palitos*....

—*Aló tá balato ahola: yo bá complá una aloba:* saltó José, levantándose para ir *á fumar ópio* y dejando á *Madalena* en su intrincada conversacion con *Tilita.*

—Es un borrico, hija, incapáz de sondear los sentimientos *melodiosos* de una hija de los *Trórpicos*, que aspira las brisas *embarsamadas* del *Orceáno Alántico:* observó *Madalena*, exhalando un suspiro.

Cuando terminaban las tertulias y se cerraba la casa, entónces las escenas y los altercados eran por otro estilo.

Generalmente *Madalena* y José entablaban una polémica por cualquiera cosa, que solía luego convertirse en riña violenta.

—En esta casa no se puede parar con las *purgas*, decía la mulata, sacudiéndose la ropa, ya te he dicho, *Pepillo*, que me traigas unos manojos de *escoba amarga*, para echarla en el suelo, á ver si se *esquician* estos *insertos volátiles*, que me van á dejar sin *una pisca* de sangre en las venas.

—*Mejó* es *fliegá tó* la casa; *coba maga* no *sibe paná.*

—Pues friégala tú, que para eso eres hombre; yo no me puedo humedecer las plantas de los piés.

—Tú, *Malena, jabla* mucho; no *tlabaja;* no *jase ná; tó lo dia sentá la sillon, mese, mese, con banico la mano, echando fleco.*

—¿Y quién te ha dicho que yo me he unido á tí, para trabajar como una negra, pícaro chino?

—Yo no *só pícalo* yo *só* chino *honlá.*

En esto principió la chiquilla á chillar espantosamente.

—Mira, *Pepillo* de los diablos, ya has despertado con tu gerigonza á Dulce Esperanza; *cárgala* y paséala.

—*Luce Pelanza tá* muy *macliá:* yo *rá meté* la mano; muchacho necesita *soba fuete pá* que coja *mielo.*

—¡Sobar á esa criaturita de mis entrañas, á ese ángel de la altura, que empieza ahora á sonreir en los primeros albores de la existencia mundanal y terrena....! ¡Cómo se conoce que tú estás acostumbrado á llevar muchos palos, salvaje, cuando quieres hacer lo mismo con Dulce Esperanza....!

La cuestion principió á agriarse, puesto que *Madalena* se habia ya acostado, y el chino se resistía á tomar en brazos y pasear por la habitacion á su hija, alegando como motivo poderoso, que él estaba todo el dia metido en la cocina de la casa en que se hallaba ajustado, y á esa hora se sentía ya con sueño y deseoso de descansar.

A tales razones contestó *Madalena*, prévio un prolongado bostezo:

—¿Y á tí quién te manda á ser cocinero? ¿Tengo yo la culpa de que no sepas más que andar con carbon y con cazuelas? ¿Por qué no sales á la calle con *tus dos* canastas al hombro, á vender viandas, *eso* que tanto produce....? ¡Entónces sí que estaría yo *como mono....!*

—*Malena,* tú *rá volvé* loco á mí; yo *tláe tó pá mujé* mia; pollo, *pecao, güebo, mateca, cane;* cuanto yo *pué cojé* la cocina, tú come y *jalla sabloso, ¿poqué lice ese cosa ahola?*

Para todo sacas tú la comida.... ¡tan ordinario! Ya te he dicho que aproveches la ocasion de inspirar tú tanta confianza en la casa y que me cojas otras *cositas*, aparte de los buenos bocados, que eso ni que decir tiene. ¿Acaso el cocinero no ha de sacar de la cocina con que alimentar á su familia?

—Yo no *só lalon*, yo no *coje má* que *comía* y de lo que me dan *pa la plaza*.....

—*Pepillo*, no seas *guanajo:* eso no es robar, sino repartirse como hermanos las cosas *surpéfluas*. Si la señora tiene muchos aretes, *tráncale* unas argollas, que me vendrán á mí *de perilla:* échale mano á un vestido, de tantos como tendrá en el *escaparate*; á algun pañuelo de seda, y hasta á algunas medias de olan; y de este modo me iré yo habilitando, puesto que estoy *en cuera*. ¿No dices tú, que de todo le echan allí la culpa *al negrito congo?* Pues estás *parado*, y él saldrá del paso, con tres ó cuatro *galletas* que le dén, y santas Páscuas.

—Aunque, como es de suponerse, *Madalena* bajaba la voz al tratar de estos particulares, la señora de Eládio, que padecia de desvelo, con la natural femenil curiosidad, aguzaba el oido y no perdia ni una coma, como decir suelen, del ejemplar discurso de la mulata.

A la mañana siguiente, referíale aquella á su marido, cuanto habia escuchado á media noche á la vecina; pero Eládio la oia distraido, marchándose luego á sus quehaceres, sin preocuparse lo más mínimo de lo que su mujer le dijera.

Algun tiempo despues, le tocaron á Eládio diez mil pesos á la lotería. ¡Gran alegron en la familia, grandes proyectos, entre ellos el de mudarse á otra casa más decente; pero por lo pronto ninguna aprension de que sus vecinos del lado se enteráran del fausto acontecimiento!

Esto es muy corriente en los pobres que *se sacan la lotería*. Piensan en todo, ménos en que pueden robarlos; y como la satisfaccion es de suyo expansiva, le cuentan á todo el mundo su golpe de fortuna, sin calcular que el que tiene dinero, está rodeado de asechanzas; expuesto á mil contingencias y mil peligros, de que por esa justa ley de las compensaciones, se vé exento el que carece de *numerario*, como les sucede de fijo á muchos de ustedes y al que escribe estas líneas.

Madalena, por ejemplo, tenia un hermano, llamado Jesus Macario, un bribon deshecho, que habia sufrido varias prisiones, únicamente por el propagado vicio de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

—¿Qué te parece, hermanita? decíale á *Madalena*, escuchando *los coloquios* de Eládio y su mujer; se han sacado *diez mil pesitos*, y yo no tengo ni diez centavos para *una convidada*.

—Caprichos de la suerte vária, *Chucho:* contestábale *Madalena*, usando su acostumbrado lenguaje.

—¡Si yo pudiera!....

—¿Qué?

—Te iba á regalar *unas manillas de oro*, que ¿sábes cómo ibas á estar, *mi hermana? ¡Cómo Dios pintó á Perico, en la loma de Joaquin!*....

—¡Ilusiones engañosas,—livianas como el placer!—contestó *Madalena*, recordando estos conocidos versos.

—¿Qué quiéres apostar á que yo te ofrezco *una prenda de fraternal regocijo*, como no es capaz de brindártela nunca ese *chino palanqueta*, con quien estás tan mal empleada?

—Acuérdate del *caseron de la Punta;* mira que de ahí *fletan* á un hombre por cordillera á Isla de Pinos, en un abrir y cerrar de ojos....

—La *caise*, despues de todo, se ha hecho para los hombres *de bravura;* como la mar para los peces; como el ambiente azulado para las aves canoras...

—¡Ay, *Chucho*, qué me gusta la poesía!

—Y á mí *los camarones:* replicó Jesus Macario, aludiendo á los billetes de tres pesos.

Despues de esto, *Madalena* y Jesus Macario, siguieron tratando muy en secreto del propio asunto.

—¿Creés tú que *Pepillo* se preste? dijo Jesus Macario trás una larga pausa.

—Es un animal; te puede echar á perder el negocio....

—Lo digo, porque en todo caso, que lo metan á él *en gayola* y yo salve el pellejo....

—Mañana es domingo, y toda la familia se va á pasear á la Habana; el miércoles se mudan á la Calzada, á la casa que están pintando.

—¿Dices tú que has oido hablar de una *cajita de hierro?*

—Sí, ahí sin duda es dónde *el calvo* tiene guardados *los cheques.*

—Pues mira, mañana nos ponemos las botas y *hasta los botines;* si recáen las sospechas en *Pepillo*, que se *ariente* y *tome soleta*, ó que pague *su chinería;* yo me lavo las manos como Poncio Pilatos....

El robo quedó, pues, concertado y Jesus Macario se marchó para volver por la mañana.

Habia llovido mucho toda la tarde, y por consiguiente, las roncas y desagradables ranas, estaban sobremanera alborotadas aquella noche, saltando en los portales y colándose por puertas y ventanas, con no pocos sustos y sobresaltos, tanto de la señora de Eládio, como de *Madalena*, á quien particularmente causaban sumo horror tales anfibios.

Sucedió, pues, que á eso de las once de la noche, cuando todos dormian en casa de Eládio, y el chino y la mulata estaban recogidos, durmiendo tambien ya aquel, y ésta, fumando aún cigarros, sucedió digo, que *Madalena* vió de pronto junto á la cabecera de su cama, dos voluminosas ranas que parecian estarse acariciando, y á cuyo solo aspecto, sintióse la mulata muy sobrecogida y aterrorizada.

Hizo sin embargo un supremo esfuerzo y dió reiteradas voces al chino para despertarlo.

—¡*Pepillo* de mi vida y de mi corazon! exclamaba *Madalena; chinitico* mio, por tu madrecita, levántate que me da *una cosa*....!

—*Madalena*, ya tú *tá emblomando;* contestó al fin José, volviéndose bruscamente al otro lado.

—Mira que hay *dos sapos* grandísimos aquí en mi cama, de esos *que atacan* á los ojos, y si me saltan encima, me quedo *muertecita como una paloma.*

En vez de contestar, José echó mano á un zapato, y lo lanzó contra las ranas, las que dando uno de sus violentos saltos, fueron á caer, no se supo en dónde.

—Búscalas y mátalas, porque no voy á poder dormir en toda la noche.

José con la vela en la mano, principió á registrar debajo de la cama de *Madalena*, prendiendo una de las esquinas del mosquitero, sin notarlo de pronto.

—¡Qué me achicharro! gritó de repente *Madalena*; ¡has pegado fuego al mosquitero, *Pe...pillo, sinvergüenza.... canalla....*! ¡Favor, socorro, auxilio, vecinos, que nos quemamos *toditicos....*!

—¡Fuego! exclamó la esposa de Eladio, despertando despavorida.

—*¡Lon Elálio, cole pá cá, á pagá comigo la candela de la moquitelo!* decía a grito pelado el chino, á la vez que daba golpes furibundos en las tablas medianeras de una y otra casa.

Eládio por su parte se arrojó del lecho, diciéndole á su mujer con voces entrecortadas:

—¡La *cajita de hierro....*! ¡la cajita de los billetes....! ¡salvémosla ántes que nada....!

Y apoderándose del susodicho cofre, Eládio, en el traje en que se hallaba, corrió hácia la puerta de la calle, seguido de su mujer y de sus dos hijas menores, que lloraban con el mayor espanto.

Felizmente, todos los demás vecinos habían acudido con presteza y apagado en un instante el mosquitero que ardía.

—Mañana mismo, en vez de irnos á pasear á la Habana, nos mudamos de esta maldita casa de tablas, sin esperar al miércoles, díjole á Eládio su mujer, así que se sintió más tranquila.

—Sí, en cuanto amanezca voy á la agencia á buscar los carros: contestó Eládio, que aún no había soltado *la cajita de hierro.*

Cuando al dia siguiente llegó Jesús Macario á casa de su hermana, lo primero que vió fué el mobiliario de nuestro Eládio en la calle.

¡Qué de pestes les echó *á las ranas*, no bien se hubo enterado del orígen de aquella anticipada mudanza....!

¡Ah, Eládio no supo nunca, que era deudor á dos de esos reptiles negros y verdosos, de haber conservado íntegra *su lotería.*

Por eso se ha dicho tan acertadamente, que nadie sabe para quien trabaja.

FRANCISCO DE PAULA GELABERT.



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL ÑAÑIGO.

EL ÑÁÑIGO.

CARTA CERRADA Y ABIERTA.

Sr. D. Víctor P. de Landaluze:

Me pone usted en grave aprieto, mi señor D. Víctor Patricio, y pretende de mí lo impretendible. Quiere usted que salga de mi habitual reserva; que le comunique noticias que la casualidad, y mi oficio de escribiente de un oficial de causas, han podido suministrarme; y si tal hago, los que hasta ayer me tuvieron por hombre sério y reservado, van á tomarme desde mañana por un parlanchin. Creerán que soy como aquél andaluz, saco de confidencias, de quien se dijo que su pecho era un pozo y su lengua un campanario. Los que en pequeña como en grande escala, desempeñamos alguna funcion de las que se rozan con la guarda de la fé pública, tenemos en primer término que guardar los secretos que se nos confian, las confidencias que se nos hacen, los misterios que descubrimos, y si así no lo hacemos, perdemos la confianza que obtuvimos por juro de heredad. ¡Ah! Si así no fuera, mi señor don Víctor Patricio, ¿crée usted que algún novelador de los que fatigan las prensas con los partos laboriosos de su imaginación, podría en el mundo de la ficción encontrar tantos dramas sangrientos, mayor suma de lances de todas clases, héroes de tan diversas estofas, como los que en el mundo de la realidad encuentra el último de nosotros á cada paso? Ni Gaboriau, Belot y Montepin, en Francia; ni Fernández y Gonzalez, Perez Escrich, San Martin y Ortega y Frias, en España; ni Hoffman, en Alemania; ni Ainsworth, en Inglaterra; ni Edgard Poe, en los Estados-Unidos, podrían producir los dramas sangrientos que, á poco de manejar la péñola con alguna soltura, puede en Cuba dar á las prensas el escribiente de cualquier oficial de causas; dramas inéditos, porque aquí las cosas que suceden no se dan á los vientos de la publicidad como en otras partes, donde el escritor anda á caza de sucesos, para engalanarlos con

mil mentiras bonitas, y hacer libros que satisfagan el hambre, la voracidad de las prensas, y por ende el interés de los lectores curiosos.

Yo quisiera que por algun tiempo ocupase usted, amigo mio, una plaza en cualquier escribanía, siquier fuese tan modestísima como la que hace treinta y dos años vengo yo desempeñando; y aunque su pluma de usted siguiera en la ociosidad á que la ha condenado hace quince ó veinte años, en propio perjuicio y ventaja de sus pinceles, que maneja con la misma gracia, bastaríale la difícil facilidad con que mueve éstos para que nos pintase un tomo por semana, de comedias, dramas, sainetes y trajedias de los que ocurren aquí, y van á dormir entre las hojas amarillentas de papel sellado que constituyen el proceso.

No tendría usted, por ende, necesidad de preguntarme acerca de los *ñáñigos* cosas que podría saberse de memoria, y que yo no debo, ni puedo, ni quiero decirle. Por otro estilo, y en ocasion distinta, puede decirse de ellos lo que de la espada de aquel gallardo par de Francia:

Nadie la mueva,
Que estar no quiera con Roldan á prueba.

Es cierto, mi señor don Víctor Patricio, que existe el *ñañiguismo*, y que posée una organización á prueba. No lo constituye un grupo de siete, como el de los Niños de Ecija, completo siempre por los nuevos adeptos que esperaban á la sombra la hora de ser sustitutos de los que, por buenas ó malas artes, caian para no levantarse más. No es como la hidra de la fábula, que presenta cabezas nuevas á medida que se le cortan las que posée. Robustece sus filas, reclutadas, principalmente, en la ignorancia, y no pregunta al que viene á nutrirlas cuáles son las virtudes que posée; ántes bien, acepta al que las tiene en mínimo grado.

Es un error suponer que el *ñañiguismo* es planta indígena. Vino de fuera, y data de muchos años atrás; bien es cierto que ha ido ensanchando su esfera, y que con el tiempo ha cambiado en mucho su carácter. En realidad de verdad, el *ñañiguismo* es una religion idolátrica, puesto que tiene por demostración un culto. Todo lo que se sabe de su orígen, es que proviene de Africa. En Cuba la introdujeron los primeros negros de nación *carabalí*, que fueron los primitivos trabajadores esclavos que llegaron á esta Isla y que componen las tribus más numerosas del Africa Central. Usted sabe, amigo mio, que el negro *carabalí* es de instintos más enérgicos que el *gangá*, el *congo*, el *lucumí*, el *arará* y tantos otros como constituyeron los trabajadores importados del Africa, para las fatigas del campo, en ánsia de librar de ellas á los habitantes primitivos de estas tierras feraces.

Es indudable que el hombre siente dentro de sí algo desconocido, que le anima: una creencia, una idolatría, una supersticion; y que donde quiera que se encuentra, le rinde culto. Idólatra es el negro, y su idolatría constituye su religión. Esos cabildos africanos que entre nosotros existen, y que constituyen la asociación de los séres que nacieron en una misma región del suelo africano, tienen, aunque no lo parezca, un carácter eminentemente idolátrico. Son la

consagración de sus aspiraciones á lo desconocido. El *ñañiguismo* fué, pues, en su orígen el cabildo *carabalí*. En el dia, tal como se practica, ha sufrido modificaciones que lo alejan de su orígen, ménos en lo fundamental del culto y en la jerga que usa, especie de *argot* irracional y libre, sin sujeción á ninguna regla gramatical. Como particularidad puede dejarse sentado lo siguiente: Entre las *ñáñigos* nada se escribe ni se ha escrito nunca: por eso su historia será siempre oscura é incompleta, y sin fijeza sus liturgias. Su dialecto, muy pobre de voces, no es otra cosa que el carabalí corrompido. Los jefes y ancianos son los únicos que pueden y suelen tener escrito el vocabulario que emplean. En él se encierra toda su gramática y su diccionario. ¿Por qué los que están más versados en esa jerga, y por consiguiente, los que ménos necesidad tienen de ella, son los que la mantienen escrita para su uso particular? Yo no lo sé decir, ni he pretendido nunca averiguarlo, porque despues de todo, en lo que ni me vá ni me viene, no he de mezclarme. Presento el hecho, y adelante.

Los *ñáñigos* se dividen en grupos, que llaman *tierras*. Muchas de estas *tierras* pueden subsistir á la vez. La *tierra* más antigua gobierna á las otras. Reconocen una autoridad superior, que se llama el *Macombo*, en la que reside el poder ejecutivo absoluto. Los dos cargos inmediatos, ejercidos por el *Illamba* y el *Isué*, son legislativos. No se comunica el *Macombo* con todos sus súbditos: su autoridad desciende desde las alturas en que se encuentra, por la rigurosa gradación de sus inmediatos adjuntos. Diríase que el *Macombo* es el arca sagrada en que deposita el *ñañiguismo* sus creencias, sus aspiraciones, sus esperanzas y su fé.

Hay entre ellos quince categorías ó grados, perfectamente definidos y que se observan con fidelidad. Los cargos son *ad vitam*, como decimos en lenguaje jurídico. No sé yo que hasta ahora haya habido destitución de ningun cargo, ni mucho ménos podría decir con verdad que la muerte ha sorprendido al infiel guardador de sus preceptos; bien es cierto que tampoco sé que en esa sociedad, que cuenta por cientos el número de sus adeptos, haya asomado la traición á la boca de ninguno de sus miembros. Sea el temor, sea la convicción, sea la fé ciega y no discutidora, el hecho es, que existe entre ellos una reserva, que no se desmiente con estas noticias que comunico á usted con toda discrecion, y que para conseguir he necesitado largos años de paciencia y observación, expurgando aquí y allí los diferentes procesos en que he intervenido.

El *ñañiguismo* nutre constantemente sus filas; porque sin ser político, tiene una aspiración constante, que procura llenar. Los profanos tienen que ser iniciados para entrar en la asociación. De pocos años á esta parte, se admiten en ella los blancos. Pero los blancos y los negros no se mezclan. Forman distintas *tierras*. El templo de sus ceremonias se llama *cuarto*. En el *cuarto* de los blancos pueden entrar los negros que fueron sus padrinos en la iniciación. ¿Cómo, por qué medio se acepta al blanco en el *ñañiguismo?* Pocos son los que llegan á saberlo, áun entre los mismos iniciados, y no poca sorpresa experimenté yo al oirlo de boca de una negra moribunda. El amor de la carne es el lazo que los liga; el apetito desordenado es el cebo que los arrastra. Quiere el *ñañiguismo*

la degradación de una raza ruperior, para conseguir el enaltecimiento de razas inferiores. Esa es, amigo mio, su suprema aspiración. Tiene el hombre apetitos desordenados, y si no se halla cultivada su inteligencia, si no posée la educacion, que regenera la humanidad, no hay trabas que le contengan. El ánsia de la mujer le llena, y la mujer negra le arrastra. Por ahí se empieza, y yo no tengo que decir á usted por dónde se acaba. El hecho es, que también el blanco se hace *ñáñigo.*

Los *ñáñigos* no entran en el *cuarto* con armas. La muerte del gallo, que figura en sus ceremonias, se verifica con un palo. El neófito debe beber sangre de gallo en el acto de la iniciación. Es notorio que creen y practican la *brujería.* Se socorren mútuamente. No pueden hostilizarse entre sí; pero no tienen leyes que castiguen los delitos cometidos por ellos contra los profanos. Es de liturgia repartirse aguardiente cuando están reunidos, aunque con prudente limitación. De esto se suele abusar deplorablemente.

El traje completo de un *ñáñigo* se llama *amirífimo.* ¿Para qué he de describirlo á usted, mi señor y amigo don Víctor Patricio, cuando tan perfectamente lo ha pintado usted en esa lámina, en que sólo necesita hablar ó moverse, para que tenga vida y mi señor don José Trujillo pretenda echarle el guante, para ver si declara lo que, si se sabe, se lo calla, y si lo ignora, no puede decir? Cuando decia á usted ántes, que si usted se hallara en mi lugar un poco de tiempo, podria pintar una novela cada semana, con accidentes dramáticos de todo género, es porque conozco yo bien el pincel de usted, y á la prueba me remito con esa lámina.

Y continúo mi charla. El *Macombo* lleva la bandera en fiestas y procesiones. Rara vez sucede que el principal símbolo de su culto lo saquen en procesión, y cuando esto acontece, se emplea un ritual expreso.

No son escrupulosos en escoger los miembros que constituyen la asociación. Sean cuales fueren los antecedentes del profano, no se le toman en cuenta. No cotizan, y por lo tanto, no tienen fondo comun. Pero cuando tienen que hacer una fiesta ó ceremonia, se reunen con anterioridad, y se verifica entre ellos una colecta.

El *ñáñigo* no es político. Aspira á la union de la raza caucásica con la raza africana, pero por la absorción de aquella por ésta. En una palabra, que usted me entiende y con la que creo me explico bastante: Quiere el imperio de la noche oscura, velando perpétuamente la luz brillante del sol.

Puedo asegurar á usted, mi señor don Víctor Patricio, que entra por mucho la exageración y la mentira en eso que se dice de las crueldades y actos de ferocidad que ejecutan, obligados por un juramento, profanando los símbolos del cristianismo é imponiéndose, al ser iniciados, el deber de atentar contra la vida del prójimo. No fuera yo hombre veraz y justo si no hiciera esta declaración; mucho más cuando ya he dicho á usted, que la asociación no se pára en escoger los miembros que la constituyen, y que por el contrario, van á parar á ella elementos nocivos, que tienen antecedentes poco tranquilizadores. Pero si el *ñáñigo* es ignorante, y la asociación dá entrada á cuantos lo solicitan, los actos de sus

asociados son puramente personales, y no impuestos por el rito; que harto tiene ya en sí con el fanatismo que reviste, con la idolatría á que dá culto, con la ceguedad que le distingue, para ser reprobado de todas las veras.

En definitiva, el *ñañiguismo* posée una organizacion despótica, que permite el gobierno personalísimo. Los actos de sus jefes son indiscutibles. Es la imágen más perfecta del absolutismo en toda su verdad.

Yo no soy estadista, amigo mio, ni me creo llamado á regenerar el mundo con las pobres ideas que bullen en mi mente, y en ella se quedan, porque no tienen para qué salir á la vergüenza, pobres y harapientas; pero si tuviese ánimo para decir alguna cosa, comenzaría por anatematizar una institución que trae á nuestro siglo y á nuestra patria, el reflejo de las bárbaras costumbres del suelo africano; que es planta exótica en las feraces campiñas de Cuba, y que entraña un peligro constante para la sociedad por sus aspiraciones y tendencias. Pero, hombre pacífico, no apelaría á medidas violentas para reprimir el *ñañiguismo.* Porque, claro es, que siendo fruto de la ignorancia y de la supersticion, no se enmiendan estas con la violencia, sino con esa panacea de la edad presente, que todo lo alcanza, modifica y cura, y que se llama la educación.

Sí, mi señor don Víctor Patricio; dé usted palos al ignorante, y el ignorante se volverá rebelde. Atráigalo usted al buen camino, por medio de la educacion; abra usted á los cuatro rumbos del saber su atribulada inteligencia; ahogue usted con el brazo de hierro de la enseñanza, la hidra del fanatismo, la ignorancia y la superstición, y todo se habrá salvado.

Dicen que un ilustre abogado aspira por este procedimiento á la supresión de los cabildos africanos, y que el asunto se estudia en las regiones donde debe residir y reside generalmente el acierto; y siendo así, bien puede decirse que por ahí, por ahí se vá á la extinción del *ñañiguismo.*

Ahora, amigo mio, réstame hacerle una súplica. Rompa esta carta, olvídese de las noticias que le doy, publique sin artículo su preciosa lámina sobre el *ñáñigo*, que ella sola dice más que cuanto pudiera escribir nadie, y vea en qué puede serle útil su consecuente amigo, seguro servidor que su mano besa

Enrique Fernández Carrillo.

DOÑA GORGOJITA.

FALSEDAD EN EL TRATO SOCIAL.

La veracidad es la virtud que mueve el ánimo á conformar las palabras con el corazon; y por eso al que dice lo contrario de lo que siente, le llamamos falso, y al hábito de explicarse de ese modo, falsedad.

Es tan comun y general este vicio en el mundo, que muchas personas, convencidas de tan triste verdad, tórnanse desconfiadas, y sufren un martirio cruel en no poder abandonarse á la agradable idea de creerse estimadas, resultando de aquí que los vínculos sociales se aflojan, y que aquellas relaciones necesarias entre personas de una misma familia, vecindad y pueblo, no tienen la eficacia social suficiente para producir el bien, reduciéndose el trato civil á una farsa, en que todo es ilusion y exterioridad.

Qué cosa más frecuente, que oir en una tertulia las murmuraciones que se levantan, cuando uno de los concurrentes se despide y vuelve la espalda, y qué cosa tambien más repugnante y amarga para el que esto observa, y dice para sí: lo mismo me acontecerá cuando me vaya!

Conozco una señorita, *doncella talluda*, y que vive sola, no tanto por cincuenta y tres pascuas floridas que esconde entre pecho y espalda, como porque no tiene *padre ni madre, pariente, ariente ni bienhechor que la guarde*, como ella dice: es verdad que nunca ha dado que decir, desde que vive sola; pues de su casa á la iglesia y de ésta á aquella, son sus únicas salidas: y las personas que la visitan son, por lo consiguiente, cristianos viejos y tan limpios, que bien podian ser alguaciles de la Santa Inquisicion: yo soy el único, que aunque cristiano, no soy viejo, y la visito; pero debo ese privilegio á mi buen vivir, y á los centenares de Jaculatorias y novenas en verso y prosa que le he hecho: llámase esta señora doña Gorgojita; tiene la *carita de muñeca catalana*, los ojitos son chiquiticos, negros y lucientes como los del alacran; no tiene ni una arruga en su rostro, y

aunque peine canas, éstas están siempre de luto, merced á los menjurjes que usa: es además tan chaparrita, que parece una gallinita *bola*, y bien sea á nativitate, bien por la costumbre antiquísima de pasarse todo el dia sentada en un *butaquito*, su espinazo describe una línea semicircular. Doña Gorgojita se levanta con el alba, vá á misa y vuelve á casa á las siete. A esta hora empieza su tarea diaria. Después que se *desnuda* del traje negro, se pone el de casa, que es siempre de una tela comun y de color; parece con él un *matojo* en el mes de Noviembre, porque las ramazones de hojas anchas del túnico, parecen una *bejuquera* de aguinaldo.

Se sienta después en el comedor, toma una taza de café, se pone los espejuelos, que son de metal y pesan media arroba, y principia la lectura del Año Cristiano hasta horas de almuerzo, concluido el cual dá principio á la novena, que para cada dia del año tiene una, y acabado esto, se pone á *virar* las camisas y calzones del negro Frijolin, como ella le llama, el cual desempeña en la casa las altas funciones de paje, zapatero, calesero, cocinero, albañil, cobrador, mayordomo, y de *resandero*: es decir, le ayuda á rezar las letanías y el triságio diariamente: á la campanada de las doce, come, y duerme la siesta en seguida, hasta las tres, en que se levanta, se peina, y arregla los *sortijones de alante*; coge su *pericon*, y se sienta en su *butaco* á esperar á sus contertulios, que con ella forman la coleccion más rara de avechuchos que darse pueda. Doña Chimaca, don Sarampion, que ya no puede mascar ni el agua, de viejo que es, y don Cástulo, á quien llaman el Reverendo, porque fué fraile de la Compañía de Jesus, componen hace veinte años la tertulia de doña Gorgojita. Allí se reunen todas las tardes, y cada uno viene cargado de sus noticias, que ha podido recoger y que deposita en aquella especie de colmena, donde estos *abejorros* labran el descrédito de sus conocidos. Algunas otras personas de la misma *laya* concurren, pero ellos son los de ordenanza.

Doña Gorgojita, como cabeza principal de la colmena, tiene que trabajar tambien, pero ella se ha reservado su vecindad, y para pescar noticias en la poblacion, tiene un gancho que *no falla:* este gancho es su negro Frijolin, y para que mis lectores puedan calcular la habilidad de éste y lo *fisgona* que es el ama, voy á ponerlos en escena; pero como tambien quiero pintar la falsedad de doña Gorgojita, voy á contar lo que pasó con doña Cándida, una amiga vieja suya.

Cierta mañana hallábame en su casa, cuando pasó doña Cándida.

—Adios, Goja (sincópe de Gorgoja) dijo aquella, dirigiéndose á la puerta.

—Adios, Canda: entra mujer, contestó mi amiga, dirigiéndose á la puerta.

—Nó, ya es tarde, y voy para casa huyendo del sol, que está como candela.

—Nó, entra, y fumarás un tabaquito. ¡Jesús! siempre tengo hambre de conversar contigo, y tengo que estarte *jalando!*

—Vamos, entraré y me sentaré un ratico.

—Sí, no sabes, mujer, lo que me entretengo cuando vienes acá, y nos ponemos á recordar nuestros tiempos.

—¿Te acuerdas, mujer?

Sentáronse las dos amigas.

—*Suncion*, gritó doña Gorgojita, *tráimele* un tabaquito á Canda.

Vino Asuncion, dió el tabaco á doña Cándida, quien lo encendió y se puso á fumarlo, escupiendo sin cesar á todos lados y haciendo charcos con la saliva amarillenta del tabaco.

Doña Gorgojita, que era muy pulcra y melindrosa *hasta no más*, cada vez que la veía escupir, se la llevaban los diablos, y todo era hacerme *risajes*, apretando la boca y señalándome con el mirar y un cierto movimiento de cabeza muy expresivo, los lagunatos que iba haciendo doña Cándida, pero sin dejar por eso de conversar, como si estuviera muy á gusto.

—Dime, *mujel*, ¿y cómo te vá? no sabes lo que me intereso en *sabel* de tí: tú sabes que no es de ayer de cuando nos conocemos, y que no gasto falsedades.

—¡Ay! *Goja*, á mí me vá, ni yo sé cómo; no tengo más que lo que me dá Bartolomé y lo que ganan las hijas de Mariquilla, que como sabrás, las tengo ahora á mi abrigo, y tejen de cuando en cuando algun sombrerito.

—Sí, supe la muerte de la pobre Mariquilla, y dime, *mujel*, ¿Bartolomé está ya formal, ya no bebe? ¡Jesús! qué lástima me dió un dia que lo ví, todo muy roto y enlodado, haciendo *eses* por las calles.... No me quisiera acordar, Canda: creo que hasta lloré. Lástima de muchacho, D. Eustaquio, dijo volviéndose á mí, porque es un *dije* muy querendon de su madre; pero ese maldito vicio!....

Doña Canda no contestó nada al caritativo comentario de su amiga, y ésta prosiguió:—Y á propósito, *mugel*, ¿qué has sabido de Celestina, la hija de doña Abandonada?

—Nada he sabido, contestó doña Canda.

—De veras? Pues, hija, dicen que la engañó don Mauricio: ¡qué lástima de niña! Un granito de oro es, tan habilidosa, tan costurera, tan modestica que era, y haber ido un pícaro á engañarla. Yo, hija, no sé cómo no me insulté cuando lo supe.

—Y Celestina se ha presentado?

—Nada, hija, se ha tragado el asunto, y lo que dicen es que don Mauricio tuvo que irse á su tierra á recoger una herencia; pero sé de buena tinta, que á ella se la llevaron al monte.... y ya tú sabes.

—Y quién te lo ha dicho á tí, mujer?

—Frijolin me trajo la noticia; ahora verás: Frijolin!.... Hija, este Frijolin parece que habla con el diablo: todo lo que pasa en el pueblo lo sabe.

—Aquí estoy, señora.

—¿Por quién supiste tú que á la niña Celestina la engañó el niño Mauricio?

—Yo? contestó Frijolin riéndose: yo lo supe por *Anatasia*, la criada de la niña *Celesta*; ella me contó *toitico* que la niña habia *llorao*; mucho, y que su *pae* le dijo: tú eres una perra, y yo te debía poner en las *Recogias*.

—Ya Vd. oye, doña Canda; no puede ponerse en duda.

—*Allá jalla*, contestó doña Canda; su alma con su palma. Yo no me meto en nada, porque no me vá ni me viene; sí lo siento, porque al fin, es una pobre mujer; pero por mi boca no se sabrá su desgracia.

—Ni por la mia tampoco, contestó doña Gorgojita: á tí no más te lo he

dicho, y eso porque sé que no eres *lengüina*; pero ¡Jesús! ¿qué había yo de....? La pobrecita tuvo ese desliz, es verdad, pero.... á tu prójimo como á tí mismo, dice Dios, y yo no quiero cargar mi conciencia.

Doña Canda, aburrida tal vez de escuchar los caritativos informes de su amiga, de los cuales le tocó un buen chispazo por lo de Bartolomé, se levantó, estirándose el túnico, que se le había arrugado algo.—Con que adios, Goja;hasta otro dia.

—Ave María, ni siquiera has acabado de fumar el tabaco: ¡vaya una prisa, ni que tuvieras....

—Ay, mujer, si es tarde yá, y miéntras no llego, toda la casa es una Babilonia.

—Bien, pero vuelve por acá pronto, y ven determinada á almorzar conmigo.

—Bien, verémos. Para servir á usted, caballero.

—A los piés de usted, mi señora, le contesté.

Apénas habia salido, volvió doña Gorgojita para el comedor, gritando:

—*Suncion*, *Suncion*, vén *ahoritica* con una esponja á limpiar estos *babineyes* que ha hecho doña Cándida. Vaya una mujer puerca. Si tiemblo solo de verla entrar. Gracias á Dios que se fué. Todavía no vienes, *Suncion?* ¡Ay! Dios mio, qué revuelto tengo el estómago! ¡qué doña Cándida de los diablos! Si creo que lo hace *al propósito* cuando viene acá. Vamos, *Suncion*; bien limpio, que quede como un espejo. *Frijolin*, tú coge ese *cabo* tan *apestosísimo* y bótalo á la calle, pero bien léjos: ¡ay, Dios mio, qué mujer para escupir!

Yo estaba haciéndome cruces de oir á doña *Gorgojita*, y me parecia que soñaba, porque no era creible tanta falsedad en una persona que no suelta á Dios de la boca, y que invierte las tres cuartas partes del dia en prácticas devotas.

Ya he acabado mi cuento con doña Cándida; ya está, á mi parecer, bien caracterizada doña *Gorgoja*, en cuanto á la falsedad, defecto que seca en el corazon el precioso bálsamo de la amistad, y hace germinar en él los abrojos de la duda y de la desconfianza.

Doña *Gorgoja* se sienta en el comedor, pero de modo que vé lo que pasa en la calle, y está siempre con el oido alerta, para informarse al punto del orígen de cualquier ruido que oye: la cortina de la ventana tiene un agujero, por el cual espía lo que pasa en la habitacion del frente; además de eso, tiene á *Frijolin* en la puerta de la calle.

Lo primero que hace, cuando se levanta para ir á misa, es capitular á *Frijolin*, que ya ha venido de la plaza.

—Dime, ¿qué novedad ha ocurrido?

—Yo oí decir, contesta el fidelísimo *corre-chepillo*, que la niña Fulanita se *largó* anoche con el niño Zutano.

—Y ¿quién te lo dijo?

—El calesero de allá de la casa.

—Y ¿no sabes á qué hora fué?

—No, señora.

—Pues anda ves ahora mismo allá y mira á ver si es verdad, y de camino pásate por en casa de mi comadre Climaca y díselo.

Esto acontece diariamente, y lo sé porque *Frijolin*, como individuo de la tercera órden de los *alcahuciles*, está pronto á contar cuanto pasa en su casa, así como en ella cuenta cuanto ocurre en las ajenas.

—*Frijolin.*

—Señora.

—Mira á ver dónde ha parado esa volante.

—En casa de don *Triburcio.*

—¿Y no vistes quién vino en ella?

—Sí, señora, un *cabayero* alto, que tiene las barbas á la *bencerraja.*

—¿No es don *Grabiel?*

—¡Ah! no, señora; el *niño Grabiel* no.

—Pues ves *ahorita* allá, dí que si se ha entrado allí una gallina, y mira á ver quién está en la sala y con quién conversa ese que ha llegado.

Frijolin salió, y ella quedóse aguaitando por el agujero de la cortina. Volvió *Frijolin* y dijo:

—La *niña Nicudemia* está *sentá* en un *vá y viene*, *celquita é* la ventana, y el *cabayero* que *dentró* ahora, está *ayí* á su *lao*, solitos los dos; y cuando yo *dentré* se quedaron muy *asoraos* y vino la señora *pa* la sala entónces.

—Pues quédate aquí en la puerta, que yo vengo *ahorita.*

Y salió doña *Gorgoja*, caminando como una *cucaracha pisada*, que en Dios y en mi ánimo era lo que parecia, y llegó á la casa del lado, que es donde únicamente tiene amistad; porque son de su mismo *juego*, y entró diciendo:

—*Un chisme, un chisme traigo.*

A esta palabra mágica se reunió el conciliábulo, y ella empezó á desacreditar á la jóven Nicodemus.

—¿No saben que ya le pillé el *güiro* á *Nicudemia?*

—¿Cómo así? dijeron á la vez la madre y las dos hijas.

—Sí, señoritas, yo oí un ruido de volante.

—Sí, dijo doña *Lebrancho*, yo tambien lo oí; pero esa creo que es la de don *Papa-Moscas.*

—No me destripes el cuento, mujer. Pues, como iba diciendo, sentí que paró una *volanta*, y al instante mandé á *Frijolin* que hiciera la *desecha* y se entrára en casa de doña Pánfila y viera quién estaba en la sala: fué en efecto *Frijolin*, y me pescó al recien llegado solito en la sala con *Nicudemia* á paños y manteles, y dándola un beso; por supuesto, se quedaron como estátuas, y entónces la *caguama* de la madre vino para la sala. Como oyó hablar á *Frijolin*, se hizo el cargo: éste vá ahora y le dice á su ama que *Nicudemia* sola estaba en la sala con un hombre y perdemos la opinion de honradas; pero á otro perro con ese hueso, que no á mí hipocresías.

—Qué me alegro! contestó doña *Lebrancho.* ¡Jesus! Dios me lo perdone, pero de aquí no me pasa, (al decir esto se llevó la mano á la garganta, que en verdad la tenia muy hermosa) tan jesuita como es: á mí, hija, me gusta la gente franca, que diga lo que siente. ¿No es verdad, D. Eustaquio? (Yo estaba allí desde ántes de llegar Doña *Gorgoja.*)

—Por supuesto, contesté yo.

—Pues adios, dijo Doña *Gorgoja:* me voy, que ya es hora de rezar el *trisajio*, y quiero aprovechar en que no se me vaya *Frijolin*, porque entónces no tengo quien me responda santo, santo, santo.

—Pues adios, contestaron doña *Lebrancho* y sus hijas.

Así que salió, volvióse aquella á mí y me dijo:—¿Ha visto Vd. una mujer más chismosa y desacreditadora que ésta? Todito el dia está fisgando para el vecindario: todo lo sabe; nosotras llevamos amistad con ella, porque supóngase Vd. que anduvimos juntas en el colegio, y desde entónces nos visitamos, pero me repugna mucho su manejo.

—Bien se conoce, respondí yo; pero Vd. lo que debia de hacer cuando viene con un *chisme* ó noticia como la que acaba de comunicar, era decirle: *Gorgita* ó doña *Gorgoja*, (como Vd. la llame.)

—De las dos maneras le digo yo.

—Pues bien, *Gorgojita*, á mí no me gusta ocuparme en desacreditar al prójimo, porque eso no es caridad cristiana, y no quiero gravar mi conciencia con pecado tan feo; además, que yo tengo niñas y debo darles buen ejemplo, como responsable que soy ante Dios y la sociedad de su educacion......

—Usted dice muy bien; pero ¿sabe Vd. por qué no lo hago? Porque tiene una lengua que se la *pisa*. Yo al oir ésta disculpa, no quise seguir predicando y me largué, horrorizado de la lengua viperina de Doña *Gorgoja* y de Doña *Lebrancho*.

Mucho más podria decir sobre Doña *Gorgojita*, pero á lo que se me alcanza, he dicho algo para hacer resaltar la falsedad de los afectos que hacen de ella (de aquella mujer) un mónstruo cien veces más temible que el *cólera-morbo*.

J. V. Betancourt.



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL TABAQUERO.

EL TABAQUERO.

Sobre el tabaco pesa la misma ley que sobre las mujeres. Del uno y de las otras se han dicho picardías sin cuento, atrocidades innumerables, horrores infinitos.

No obstante, lo mismo el tabaco que las mujeres, continúan imperando en todas las esferas, subyugando al hombre, acrecentando su prestigio y su preponderancia.

Esto me afirma en la idea que he abrigado siempre de que el tabaco, léjos de ser nocivo, es saludable, benéfico, regenerador, y de que las mujeres son.... la única cosa que vale la pena de permanecer sobre el globo, como ha dicho no sé quién, creo que tratando de la misma materia.

Verdad es que los hombres científicos, previniéndonos contra el abuso del tabaco, nos dicen que éste contiene nicotina en cierta proporcion, "la cual, asegura Cláudio Bernard, es uno de los venenos más violentos entre los que se conocen, pues bastan algunas gotas esparcidas en la córnea de un animal, para que éste muera instantáneamente." Añade el mismo autor, que "la nicotina, por la apariencia sintomática de sus efectos y por su actividad, se asemeja mucho al ácido prúsico." (¡Sopla!)

Otro autorizado escritor dice que "el mal está en que casi todos los fumadores abusan, porque se fuma inconscientemente; sin que la accion lenta del tabaco se manifieste en la economía; porque el fumador es como el tomador de ópio, que aumenta á cada paso la dósis sin notarlo, de donde se origina á la fuerza el abuso.

"En cambio, prosigue nuestro investigador científico, contando con que no se abuse: ¿dónde están los hechos é inducciones adquiridos por la ciencia, que prueben que el uso moderado del tabaco no ofrezca tambien ciertas ventajas? ¿Quién se atreverá á negar que no puede el tabaco obrar sobre la economía de tal manera, que modificando el estado patológico del hombre, modifique tambien su predisposicion á contraer ciertas enfermedades, constituyéndose de este modo en preservativo eficáz contra influencias perniciosas?

"¡Cosas del mundo! concluye el escritor francés que me facilita estos datos; la tierra gira, y con ella tambien giran las ideas. Pudiera suceder, por ejemplo, que las Sociedades protectoras de la humanidad llegasen, con su propaganda, á reducir considerablemente el número de fumadores, y entónces, ¡quién sabe si se diese el caso de que la Academia de Medicina tuviera que fallar en la cuestion inversa, ó sea la de la influencia saludable del tabaco!"

Ahora bien: ¿me perdonarán mis habituales lectores, éste que parece alarde de erudicion y no es, en primer lugar, sino el medio de que me he valido para llenar cinco cuartillas, y aparte de tal propósito, el justo homenaje que me parecia debia rendir á nuestro valioso producto indígena, dándole la primacía sobre el tabaquero, que lo que vale y lo que significa y lo que gana, se lo debe todo al tabaco?

En efecto: el tabaco y el tabaquero se aúnan, se identifican, se completan.

Bueno, superior, magnífico es el tabaco de Vuelta Abajo; pero nada haríamos con calidad tan extremada, si no hubiese tabaqueros hábiles, diestros y hasta inspirados, que elaborando la materia prima, no produjesen esos aromáticos puros, digno regalo de los personajes más encumbrados.

Pero obsérvese cómo entre nosotros hasta el oficio de tabaquero ha progresado. Y aquí cuadra tambien lo del escritor francés, que la tierra al girar hace que giren á su vez las ideas. El movimiento, la evolución, la comunicación, fecundizan sin duda las ideas, las engrandecen y las hacen brillar ante el sol de la civilización y del adelanto.

¿Acaso la actual elaboración del tabaco puede compararse á la de hace veinte años? Díganlo las primorosas muestras que han ido á la Exposición de Matanzas.

Del propio modo, el tabaquero de hoy no es el que conocimos veinte y cinco ó treinta años atrás, desgarbado, melenudo, sin átomo de cultura, ni instintos de órden ni de economía; no pensando sino en bailar, en correrla con los amigos y derrochar locamente el salario de la semana.

Aquél tabaquero ha desaparecido, como han desaparecido ciertas preocupaciones ridículas, ciertas trabas, cierto ensañamiento, por decirlo así, contra el obrero, contra el artesano, contra todo el que no habia nacido en determinada esfera ó vivía sobre el país, engañando ó estafando al prógimo....

Hoy el tabaquero no se limita al mezquino círculo en que estaba antiguamente encerrado: hoy estudia, hoy lée y se civiliza á la par que las demás clases sociales; hoy se agremia; tiene sociedades cooperativas y cuenta con un fondo de 30 ó 40 mil pesos para favorecerse en los conflictos que surgir puedan....

Pues si el tabaquero vive hoy la vida de los demás hombres; si trabaja y ahorra; si se interesa por las grandes y trascendentales cuestiones que agitan al mundo, y procura, por cuantos medios están á su alcance, tomar parte en el concierto universal y coadyuvar al progreso de las ideas, aunque sea con su grano de arena, al mejoramiento del hombre y al predominio de la razon, de la justicia y de la libertad ilustrada y equitativa; si el tabaquero, léjos de embrutecer

su entendimiento y su corazon con los vicios, con la degradacion y el desenfreno, abre su pecho á los sentimientos nobles y humanitarios y su inteligencia á la luz vivificadora de la instrucción, ¡honor y prez al tabaquero, que así se ha emancipado del envilecimiento, rompiendo los grillos de la ignorancia y de la ignominia que ántes lo convertian en un sér innoble y digno del mayor vilipendio!...

Al llegar aquí, siento que me tiran de la levita; me vuelvo muy sorprendido, y hállome cara á cara con mi amigo Villa, que colocado á mi espalda, ha ido leyendo todo lo que he escrito.

—No me parece desacertado cuanto expones ahí en elogio del tabaquero, díceme el entusiasta é inteligente editor de los *Tipos y Costumbres* y de otras varias obras, como ustedes saben; pero, chico, no te remontes tanto: que resulte sólo un artículo laudatorio, enhorabuena; justo en sus apreciaciones y todo lo demás que se debe á ese laborioso y meritorio operario. Mas tén en cuenta, aparte de tu buena intención, que estás comprometido, como siempre, con el público á ofrecerle, ya sabes, un artículo entretenido, jocoso; en fin, que haga reir á los suscritores....

—¡Pícaro compromiso el de tener que escribir siempre artículos de costumbres, esté ó no de humor! contestéle ya enfadado; si se quieren reir tus suscritores, que se rian de tantas cosas como hay hoy en la Habana, y las que no han menester que yo se las señale.

—Ya eso es viejo; quieren cosas nuevas; en suma, quieren tu artículo; con que allá te las avengas.

—Pues sin abandonar por eso al tabaquero, procuraré seguir tu consejo y complacer á tus suscritores, repuse ya resignado.

—Amén, contestó Villa, marchándose.

Ya que no tengo otro remedio, pondré en escena á Dimas, un tabaquero de punta, que gana hasta ocho pesos diarios; gran *cantador*, alegre y jovial como pocos, y sobre todo, gran *cuchilla*, como que enamora á cuantas le gustan, venciendo siempre en la demanda.

—¿Cómo diablos haces tú para tener tantas novias? le pregunta á Dimas, *un bicho veguero*, con quien trabaja en el mismo taller.

—¿Y tú *no sacas lasca* en ninguna parte? pregúntale á su vez Dimas al otro.

—Ni agua: soy *más salado*....

—Te diré: de eso tiene la culpa *la mogolla;* tú no puedes negar *que eres de breva.*

—*Arrempújate más decente*, que á mí *ninguno me ningunea*....

—Pues si es claro; todo tiene su relacion en este mundo faláz y de *bututa;* desengáñate, chico; el que es *mogollero* no puede hacer nada bueno, y al fin y al cabo le dan *la puñalá.*

—Tambien lo dudo y lo dificulto, *mamita;* ¿qué tiene que ver....? Vamos, hombre!...

—Mira, aprende retórica y poesía y *antonomasia* y luégo hablarémos.

—*Eso es viento*, varon; con un poco de anís del Mono *te se quita.*

—Yo soy quien te voy á *aventar* á tí la mollera, para que aprendas á *despalillar* los conocimientos humanos.

—*Tampoco así, liberal.*

—Pues para que veas que yo me *esplicoteo* y te puedo *amarrar el manojo*, has de saber que el que tuerce *con condición* y no es *bicho veguero* como tú, *tuerce* tambien la voluntad á las mujeres y se hace querer de ellas.

—¡Sujeta, hermano, *que vá largo*. . . .!

—No hay *cuidao* que tengo *el cepo* en la mano y yo soy de *Bretánica*. . .

Despues de un diálogo semejante, Dimas se separa del compañero y márchase silbando una guaracha á casa de su novia, una muchacha de algunos quince años, bonitilla, tambien muy *cantadora* como Dimas, y gran fumadora de cigarros de fresa y *de orozul*, como ella dice.

Vive esta adelantada jóven con su abuela, mujer de más de sesenta años, pero muy entera y *rivaracha*, capáz de tenérselas tiesas con un *órden público* de á caballo.

Con Dimas se lleva lo mejor posible, porque éste le regala cada noche cuatro ó cinco tabacos *de la fuma*, que la vieja saborea con deleite, miéntras nuestro tabaquero y su novia cantan que se las pelan:

"Yo tengo una mulata
Que es la flor,
Que se llama María. . María. . María
Y es mi ilusión."

—¡Qué bonita voz de *contrarto* tiene este Dimas! ¿verdad, *Chenta*? dice Maura, que así se llama la vieja, interrumpiendo el canto; yo tambien cantaría si no fuera porque tengo la campanilla medio descompuesta desde que fuí maestra de escuela y me veia precisada á gritar tanto, y tanto, regañando á los muchachos.

—¡Qué dice, doña *Madura!* salta Dimas, dando á la vieja el apodo que le aplica siempre, y en el cual ha trocado el nombre de Maura; ¿usted maestra de escuela? *¡me digiste!*

—Cabalito, y recibida por más señas; un dia de éstos te voy á dejar ver mi título.

—Pues á mí me *habian* dicho que usted no *habia* hecho otra cosa en toda su vida que despalillar; sólo que como ya está vieja, ni vé, ni tiene fuerzas, por que la verdad, doña *Madura*, usted ya *ha amarrado la media rueda y le sobra un pico.*

—Anda, mentirosísimo, si yo no tengo más que cuarenta y cuatro años, como que los cumplí el 30 de noviembre último.

—En cada *guataca*, si acaso; y á propósito de cumpleaños y de fandango, cualquier domingo voy á venir acá *á pegar el gigante.*

—¡Ay, hijito! ¿sabes cómo estamos aquí? que la mayor parte de los dias no tenemos modo *de meter los trozos*. . . . Ahora sí, el dia que te cases con *Chenta*, comerémos juntos un arroz con pollo, que te has de chupar los dedos.

A oir esta especie, Dimas se sonrie maliciosamente y varía de conversacion.

A la noche siguiente, no vá á la casa ni á la otra tampoco, y pasa una semana sin que se deje ver.

Chenta le escribe carta tras carta, con un estilo y una ortografía que hacen desternillar de risa á Dimas y á muchos de la galera en que trabaja éste.

Maura se enfurece, porque se acabaron los trabucos, los cazadores y las conchas que le llevaba Dimas; por lo cual la emprende con *Chenta*, como si ésta tuviera la culpa de su privación.

—Tú no lo has sabido atrapar, le dice á la muchacha con gesto avinagrado; si yo hubiera estado en tu caso, á mí no se me escapa.

—Y yo ¿qué iba á hacer? contesta *Chenta* furiosa; es el hombre más enamorado que he conocido; *paluchero* como él sólo, y sabe más que las culebras.

—No hay hombre que sepa tanto como una mujer.... digo, cuando no es como tú, que no acabas nunca de aprender, babieca.

—Pues yo bien que me le dejaba caer y le hablaba así como quien no quiere la cosa, del dia en que nos tomáramos los dichos, y de cuando el *monigote* leyera las amonestaciones, y de cuando el cura nos echara la bendicion, y de todo eso que se dicen los novios....

—¡Ah, bárbara! si no es así como se arregla el pastel.

—¿Pues cómo, abuela?

—En primer lugar, se hace cierta cosa con los ojos, y ciertas muecas con la boca, y se dán unos suspiros muy fuertes, y se hace una la interesante, y se coquetea, y se.... en fin, la mar de trápalas y de engañifas.

—Yo no sé hacer nada de eso; á mí me gusta hablar claro para que me entiendan pronto.

—Tú eres una *potala*.

—¡Mejor que mejor....!

—No me faltes, porque te *zampo un galletazo* que te hago ver las estrellas.

Así concluyen siempre los coloquios de Maura y su nieta, referentes á Dimas, quien por su parte se ha echado ya otra novia mucho más bonita que *Chenta* y con la cual se le vé ahora muy almibarado.

Para concluir, tócame manifestar que creo haber hecho sólo un débil bosquejo del tabaquero: Landaluze es quien lo ha pintado fielmente, y por lo tanto, fíjense de nuevo los lectores en la preciosa lámina que acompaña á esta entrega de los *Tipos y Costumbres*, y me darán la razon.

FRANCISCO DE PAULA GELABERT.

EL HOMBRE CAZUELERO.

Con este nombre he oido designar en la sociedad á aquellos indivíduos que, por un espíritu de intervención fastidiosa, quieren saber y mezclarse en todos los accidentes, áun en los más insignificantes de su casa: voy, pues, á retratar unos de estos entes, formando para ello mi héroe con las observaciones que he hecho, y sin intencion de pintar á Pedro ni á Juan: al que le venga el sayo, que se lo embone y calle, que al buen callar llaman Sancho.

El hombre cazuelero no se distingue físicamente de los demás, y es algún don Fulano á quien unos aman y otros tal vez aborrecen, como sucede por lo común en estos barrios terráqueos: pertenece á todas las clases y estados; pero abunda mucho entre los casados pobres: si es marido de alguna pródiga, su mujer es mártir: si de alguna económica, nada se ha perdido, porque se junta el hambre con la necesidad.

El hombre cazuelero es un mueble tan accesorio de su casa como las telarañas que diariamente quita detrás de las puertas; pasea poco, viaja mucho por el interior de su domicilio, y trabaja todo el dia con incansable afan, ya sacudiendo las sillas de la sala, ya recogiendo algun papel que el viento introdujo en ella, ó trapo que el descuidado *fámulo* soltó en el patio, y olvidó de recoger; ora inspeccionando si los útiles de la cocina se hallan aseados, ó bien indicando á la planchadora si ha de coger la plancha de éste ó del otro modo, ó si ha de estirar más ó ménos la pieza que vá á planchar: su ojo es perspicaz, nada se le escapa; es el de la Omnipotencia. El sabe el precio de cuantos artículos de consumo existen en la Capital; sus ojos son una medida más exacta que el patron de Búrgos ó el celemin de Toledo, consecuencia maravillosa de su constante práctica, porque todo lo cuenta, lo pesa y lo mide, hasta la existencia; es, en fin, un ente original, que aborta la economía y desarrolla la ociosidad, pues una ocupacion constante impide ó destruye el hábito de emplear el soberano don de la actividad intelectual en los mezquinos pormenores de la vida doméstica. Voy á presentar un tipo del hombre cazuelero á mis lectores.

D. Orígenes es un hombre alto, flaco, macilento, que vive en la calle de las

Casas hace 43 años: apénas amanece, ya está forrado en un enorme leviton de paño gris, con su birrete de media de seda negra, y su sombrero marsellés, que lo compró para casarse veinte años ántes, su caña gorda de Indias con su puño de cuerno de ciervo, y su tabaco de á ocho por medio *celoso* y *apagon* en la boca, pronto á emprender viaje hácia la plaza del Vapor, seguido de Gambao, su cocinero, para traer á casa las provisiones del dia: sale y llega al mercado.

—Ahí está D. Orígenes, empiezan á decir los vendedores; vamos á pedirle caro para sacarle el justo precio, y que no nos quite el tiempo con su regateo maldito.

Llega á un puesto de huevos.

—Paisano, ¿cuántos huevos dá V. por medio?

—Uno.

—¿Y por un real?

—Tres.

—¿Qué real, sevillano?

—No, señor; fuerte.

—Están muy caros.

—Pues búsquelos V. más baratos.

Sólo para este renglon revuelve todos los puestos de él y, al fin, viendo que no adelanta nada, prefiere comprárselos al último, exclamando:

—¡Vaya una conspiracion! un monopolio infame! Estos isleños *revendones* nos van á acabar la casta: ¡pícaros! si estuviéramos en los tiempos del conde de Santa Clara, ya, ya estarian donde merecen.

Desahogada así la bílis, toma cincuenta ó más huevos, que examina uno por uno, encerrándolos en el hueco de su mano derecha, dejando los extremos libres, el uno para su ojo izquierdo y el otro para la luz del naciente dia; y hecho el exámen, los vuelve á poner en el canasto con la fórmula de:

—Me parece que tienen pollo.

Al fin, compra un real y lo suelta columnario con el mismo gesto con que soltaria una muela en el gato de un barbero, exclamando:

—Comprar huevos de este modo es lo mismo que comprar problemas sin resolver.

Sígue la seccion de la carne, la cual hace pesar escrupulosamente, con el diario en la mano, que es la ley que lo favorece; pasa al puesto de la verdura.

—Vamos, hombre, eche V. unos tomaticos más, no sea tan *cicatero*, que este es su tiempo: una ramita de yerba-buena; esa no, que está seca; ¡vaya un robo! si estoy por meterme á *revendon* de verduras: ¿qué es eso? ¿cuatro plátanos no más me echa V. por un *cualtillo?*

—Señor, le contesta el pobre *montero*, los plátanos este año *pasao* han *sufrio* mucho con los vientos: no hay plátanos en *ningunita* parte.

—Bien, hombre, bueno es lo bueno, pero no lo demasiado, y además, que yo no le digo á V. que me eche todo el *seron*.

—Vaya, señor, tenga otro.

—Cámbiemelo por uno maduro, que á mi chiquita le gustan mucho fritos.

Al pasar por el lado de una negra de longanizas, se le antojó comprar de ellas.

—¿A cómo son, morena?

—A medio, *señó.*

—¿Y son hechas con carne de gente ó de perros?

—No, *señó*, respondió la negra, riéndose de la ocurrencia.

—No te rias, que lo más fácil es que sean de perros, ahora que matan tantos los presidiarios.

Y después de olerla cien veces, y de examinar todas las tripas de un buey hechas longanizas, compra una "para ver si se le abre el apetito á Mariquilla," como él dice. Llega su turno á los pollos, y aquí es donde mi hombre desplega todos sus conocimientos médicos y quirúrgicos: no hay pluma ni parte del cuerpo que no mire y remire; les abre el pico y los huele: sin duda para averiguar si están enfermos del estómago; los sacude para oirles gritar; les toma el peso, ya con una mano, ya con la otra, y después de esta prolija inquisición y de murmurar, tentándole la pechuga:—Está *flaquito;* empieza el regateo.

—Paisano, ¿cuánto vale este pollo?

—Tres reales fuertes.

—¡Hombre! ¿V. está loco? ¡tres reales fuertes por este pollito, que todavía mama!

—Señor, este pollo ni mama ni ha mamado.

—No sea V. tan material; lo que quiero darle á entender á V. es que todavía estaba bajo las alas de la gallina.

—¿Quién, ese pollo? con que me costó correr tres horas detrás de él.

—Ya no lo quiero: ese pollo está insultado, y bien quise yo conocerlo en el modo de gritar.

—Señor, si anoche fué cuando lo cogí, ¿cómo va á estar *insultao?* V. parece que no quiere comprar pollos.

—Sí quiero comprarlo, amigo; vamos, le doy á usted dos reales por él.

—No, señor.

—Pero si no vale más, *cristiano*; le ofrezco á V. su justo valor.

Y el vendedor, aburrido del infatigable D. Orígenes, le dice:

—Si quiere llevarlo, dé V. dos y medio fuertes.

—Al fin se salió con la suya V., replica metiendo los dedos en una bolsa cuyo color ningun físico determinar podría, y que en su largor y angostura podría correr parejas con la cañería de la Zanja real.—Lo llevo, porque V. no diga, pero está bien flaco y bien. . . . Vaya, tenga V. Y se marcha, tomando el rumbo á casa, ya bien entrada la mañana, dejando fastidiados á sus proveedores y mucho más á Gambao, que no puede ejercer el doméstico derecho de la sisa.

Ya está D. Orígenes en su habitacion, de la que no saldrá hasta dadas las oraciones, á jugar al tresiete con la vecina del lado y su cara mitad: ya es otro el lugar de la escena y otros, por consecuencia, la decoracion y el traje; ved ahora á D. Orígenes vestido de casa, con su volante de carranclan, que fué

amarillo, hecho en 1827 por el maestro Varona, que Dios se llevó y nunca más nos devuelva, sus calzones de irlanda de pié, y sus zapatos matusalénicos: y sentado en su butaque campechano, á la puerta del comedor, para verlo todo y presidir el drama doméstico del dia: ahí está como la araña, esa aduana casera, paseando sus ojos del suelo á las paredes, de éstas al techo, y de éste á la cocina y cuanto abarcan sus escrutadoras pupilas.

—Dice la niña que me dé *sumelcé un cualtillo pa* arroz.

—¿Qué, de ayer no quedó ninguno?

—No *señó.*

—Hombre, eres un tragon de Barrabás! ¿Con que tuviste alma para soplarte aquel cazuelon? Y diciendo esto, mete la mano en la faldriquera diestra del chaleco, y saca un porción de papelitos muy súcios, que va examinando.

—¿De dónde es éste?

—*Señó,* tiene una crucesita?

—Sí, tiene una crucesita.

—Pues esa es de la bodega de *ño Minqué.*

—Pues toma; vale *un cualtillo.* Oye Gambao.

—*Señó.*

—Pide la contra de ajos.

—Si ya me la dieron.

—Haz lo que te mando; si no te la dán, nada se pierde. Y vá Gambao y vuelve diciendo: que *ño Minqué* dice que ese papelito no es de allá.

—¿Cómo es eso, negro? pues no dices tú que es de esa bodega?

—Sí *señó,* las que tienen crucesita son de allí *mimito.*

—Pues vuelve allá y dile que te la reciba, y que si nó, mando buscar al comisario para que le imponga una multa, de estar fabricando papel moneda. Esta amenaza surte su efecto, y retorna el criado con un *cartuchito* en las manos.

—A ver acá, le dice el amo, ¡ah, perros ladrones! miren qué *cualtillo* de arroz ha mandado ese señó Miguel ó señó Diablo: y tú, pícaro, ¿por qué vás á comprar nada á esa bodega? Cuidado como me vuelves allí más, porque si lo llego á descubrir, te pongo como un mamon: dime, ¿y te dió la *contra*?

—No *señó.*

—Porque tú no la pedirías.

—Yo se la pedí.

—¿Y te respondió?

—Que de *cualtillos* de papelitos no se daban *contras.*

—¡Infames! toma el *cualtillo* de arroz, que no alcanza ni para el almuerzo de un pollo: pero no, dame acá, que voy á pesarlo por curiosidad. Y se levantó D. Orígenes y lo pesó, y se santiguó cien veces, exclamando: Jesus, Jesus, catorce adarmes y medio grano pesa con cartucho y todo; ¡adónde vamos á parar, Dios mio! si esto sigue así, es preciso suprimir el arroz del presupuesto del mes. Y dicho esto, volvió á su puesto el inexorable vista.

—Dice la niña que me dé *sumelcé* un *chico* pa sal, y otro pa manteca.

—Para manteca sí, pero para sal no, porque ayer se trajo una *contra.*

—Ya se acabó, señó.

—Caramba, hombre! no puedo ménos de creer sino que te la comes. Y á esto sacaba otra vez la falange de papelitos.

—Aquí no hay ninguna papeleta de á *chico.*

—Toma medio: tráete un *chico* de manteca; ¿qué otra cosa hace falta?

—Jamon pa la olla, *señó.*

—¿Nada más?

—Y azafran.

—Ni por pienso: el azafran está ahora muy caro; tráete un *chico* de *rija*, que es lo mismo, y además, es muy barata; y guárdala, no la vayas á tirar por ahí como haces tú con todo, y tráete otro *chico* de jamon y un *chico* vuelto, y la *contra* de sal; y ven pronto, que van á dar las ocho.

—Sí *señó*, responde Gambao, maldiciendo en sus adentros la mezquindad de su amo, que le arrebata el derecho de la contra, para beber un trago de aguardiente ó fumar un tabaco. Vuelve Gambao, y vuelve al exámen y al peso y á las declamaciones: á ratos se levanta D. Orígenes y va á la cocina.

—Mira, taita, levanta esa ramita de yerba-buena del suelo; todavía te he de arrancar las orejas para que hagas caso de lo que yo te digo: y esta sal, qué hace aquí en el papel? á dar lugar á que se agüe? ¿no? ponla en el jarro, que es su lugar. Y le señalaba un cuasi-jarro, que estaba en el fogon; y te advierto que no le eches, como sueles hacerlo, mucha sal á la comida, que se desperdicia sin saber para qué.

Volvamos á la sala con D. Orígenes, que ha llegado un isleño *baratillero.*

—Vamos á ver, le dice, lo que V. trae; ponga en el suelo el *canastro.* Mónica, ven, que aquí está el casero de hilo. Y viene Mónica.

—¿Trae agujas del número 7?

—Sí, señorita, y muy buenas. Y entre marido y mujer desdoblan cincuenta papeles de ellas.

—¿Y á cómo son, casero? preguntan ambos.

—A seis.

—¡¡Jesus!! replican á duo; y D. Orígenes prosigue: á nueve se las daba ahora poco D. Perfecto, ese vendedor que V. conocerá.

—No lo conozco; pero no serían como esas: mírelas V. qué finas, que ni se doblan ni se parten.

—¿Las da V. á prueba?

—¿Quién da ahujas á prueba, señor?

—¡Oh amigo! entónces ¿cómo quiere V. que sepamos si se parten ó nó?

—Vaya, dice doña Mónica, me las dará V. á ocho.

—Tómelas la señora á siete, y se las doy así porque *semos* caseros.

—Espérate, hija, le dice el consorte, no tomes esas, éstas son mejores.

—Esas no sirven, replica la esposa, que sólo en estos casos tiene jurisdicción privativa para juzgar y hacer la suya: parece que estás ciego, ¿no las ves tan cabezonas que parecen un trompo?

—Coge las que quieras, hija, pero á mí me parecen mejor éstas, porque son

más gorditas y duran más, y que tengo más experiencia de ellas. Te acuerdas de aquel forro de catre de rusia que cosimos entre los dos?

—Sí me acuerdo, pero las que quiero son para coser estopilla y no rusia.

—Ah! tienes razon, yo no sabia que eran para eso. Y durante este diálogo, elegía doña Mónica de cada papel una aguja, y D. Orígenes examinaba con la petulancia de un niño y la curiosidad de una mujer, cuantas bujerías se contenian en el canasto, desarreglándolo todo y convirtiéndolo en un nido de gallina; al fin le pagaron al paciente baratillero el medio sevillano tan amargamente ganado, y salió de allí algo mohino.

D. Orígenes no era sólo cazuelero, sino tambien avaro, como lo habrán conocido mis lectores por el bosquejo de sus cien mil ridiculeces; y no me tachen de inconsecuente porque pinte su avaricia cuando compra pollo para el consumo diario, pues esto sucedia porque era la comida favorita de su esposa, la cual era la dueña de aquél mediano pasar en que él vivia; en cambio, ó mejor dicho, en compensación de su gasto, no se comía dulce, porque á ella no le gustaba, y él se pasaba muy bien sin él, pero para satisfacer en algun modo y aliquando su apetito, llamaba una vendedora de miel de caña y le compraba medio de ella, y despues le decia: ¡Jesus! mujer qué miseria! Echábanle un poco más, y entónces replicaba: no, no quiero miel; tú dás muy poquito; y la echaba él mismo en el tarro de la vendedora, contentándose despues con la que le quedaba en el plato, que recogía con un pedazo de *cazabe* mojado.

D. Orígenes le tenia un horror invencible á las moscas, y ni los españoles fueron tan tenaces en lanzar los moros de España, como él lo era para arrojar esos bichos del espejo y demás puntos donde se posaban: armado del instrumento respectivo, se le veía á veces perseguir media hora á una mosca desdichada, que habia cometido el crímen de posarse un instante sobre la luna del antiquísimo espejo de la sala: las arañas no eran más afortunadas; á esas las rebuscaba con solícito cuidado, y no habia reendija segura en toda la casa donde una de esas domésticas tejedoras pudiera ponerse á cubierto de las pesquisas de su enemigo. Oh! si como á D. Orígenes le dió por buscar moscas y arañas, le hubiera dado por hacerse ministro de policía, no le arrendaria yo la ganancia á los pícaros, y viviríamos tan seguros de ellos como de los turcos.

Queridos lectores, ya conoceis á D. Orígenes, y ya sabreis á lo que alcanzo distinguir á un hombre cazuelero entre mil: No os inmagineis que es ideal este personaje: existe, y existe en nuestra sociedad: vémoslo diariamente, encontrámosle á cada paso, y más de una vez nos arrepentimos de conocerlo. Buena es la economía: bueno es que el hombre vigile decorosamente sobre el gobierno interior de su domicilio; pero tal avaricia, tal mezquindad, tal intervención de puertas adentro, es vituperable á los ojos de las personas sensatas, y enojoso á una madre á quien se despoja del manejo económico de su casa y familia.

J. V. BETANCOURT.

(1852.)



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL CALAMBUCO.

EL CALAMBUCO.

Melancólico por demás, ó cuando ménos *calambuco*, ha de ser el benévolo suscritor que no se sonria al leer tan sólo el título que encabeza este mal trazado tipo. ¡El calambuco! Confieso que algo pesada es la carga que me he echado á cuestas, y áun temiendo estoy que todo el gremio de ultra-devotos, á pesar de su aparente mansedumbre y calculada tolerancia, me aguarde furibundo en la esquina de una iglesia, y amén de algunos piropos poco gratos al oido, me dé una leccioncita práctica de garrote, vulgo paliza, lo cual, entre paréntesis, en el siglo ilustrado en que vivimos, constituye uno de los argumentos, si no más lógicos, á lo ménos más sólidos, para interpelar al prógimo que se atreve á escribir verdades como puño y á pintar un tipo social *tal cual es*, con sus pelos y señales, con sus flaquezas y miserias. Al paso que camina, ó mejor dicho, vuela el siglo XIX, merced á la universal tolerancia en todas materias, en vez de pronunciar útiles y razonados discursos en las respectivas cámaras legisladoras de las naciones, en vez de interpelar el poder ejecutivo con palabras, cada diputado, armado de un hermoso garrote semi-tranca, sostendrá su opinión, manifestará su profesión de fé y sus principios, &c., &c. El escritor de costumbres tendrá que renunciar á trazar tipos y caricaturas sociales, á no ser que estime en poco sus costillas ó que maneje alternativamente la péñola y el garrote. De poco ó nada le servirá manifestar la pureza de sus intenciones y el espíritu morigerador que le guia en obsequio de la sociedad cuyos vicios trata de corregir. "La sociedad, le contestarán, es ya demasiado vieja para enmendarse. Reciba Vd., hermanito, esta paliza *á reserva*, para enseñarle á vivir y á respetar las costumbres establecidas."

Ahora bien, querido y *pagano* lector, ¿creerás tú que el mísero escritor de costumbres se considere al abrigo de los tiros de las mujeres á quienes pinta en su *álbum*? No por cierto. No hay que temer palizas, seguramente, por parte del bello sexo. Si es fama que allá en Europa gastan algunas mujeres navaja ó puñal, en esta buena tierra de Cuba, amén de alguno que otro arañazo, pellizcos ó, cuando mucho, algun sendo coscorrón, las hijas de la Reina de las Antillas

desfogan su ira con la.... ay! con la lengua; y no sé qué decirte, lector de mi alma, si no es aún más terrible que el garrote esa arma que manejan las hijas de Eva con una maestría digna de mejores resultados. Oh! no soy yo quien lo dice; es nada ménos que un gran filósofo, viudo por más señas, y que tuvo suegra, que es otro item más. No debió, sin duda, quedar, después de la muerte de la difunta, muy aficionado al bello sexo cuando dijo: "*Malo periculosam serpentem quam quietam mulieris linguam*," lo cual, traducido al castellano, quiere decir, que más vale habérsela con una culebra venenosa que con una mujer callada. Y si esto se refiere, poco galantemente, (perdóneme el buen filósofo) á las mujeres cuando no dicen: "esta boca es mia" (cosa asaz rara) ¿cuán tremenda no será una hija de Eva charlando y mirándose agraviada, tal cual es, en el verídico y claro espejo que le presente el escritor de costumbres?—Ah! pícaro! ah! desvergonzado escritorzuelo metido á predicador! ¡Atreverse á insultar á una señora como yo, que cumple con los preceptos de nuestra santa religión! Herege! Bribón! ¡Yo, que oigo misa todos los dias! ¡Yo, que hasta con jaqueca, con la punzada de clavo, con el histérico, voy á confesarme cada dos dias con el padre Chanito, tanto que muchas veces no tengo ni aún el más leve pecado venial que revelar al confesor! Perro atrevido! ¿Quién me hace el favor de prestarme unas tijeras ó una tranca? Yo le enseñaré á no faltar de un modo tan indecoroso y áun insolente á una señora, á una esposa, como quien dice, del Señor; pues á haber tenido yo *dote*, estaría, hace tiempo, en un convento. Dios se lo pague á mi padre, que se casó en segundas nupcias, y al bueno del escribano que *corrió* con la testamentaría de mi madre.

Sin embargo, en medio de los sinsabores que experimenta el escritor de costumbres, una idea halagüeña, una dulce esperanza le consuela en sus enojosas tareas, particularmente si acaba de diseñar el tipo de una mujer, de la *suegra*, verbi gratia, ó de la *solterona*, ó de *la vieja verde*, ó por fin, de la *calambuca*, de cuyo tipo me ocuparé quizás más adelante. Veámos cuál es esa idea, cuál esa esperanza.

Al verse pintada una mujer con toda fidelidad en un cuadro, se morderá los lábios, echará pestes contra el demasiado fisonomista pintor, cuyo verídico é imparcial pincel ha puesto en su natural relieve arrugas que ella creyera imperceptibles. La reflexión, hija de una pequeña dosis de juicio, de la cual casi todas las mujeres están provistas, hara que, siempre que no la ciegue el amor propio, *una coquetona*, por ejemplo, ó sea una *vieja verde*, al fin y al postre, y después de mil muecas y remilgos, perdone *generosa* al pintor, en gracia del buen colorido y de la lijereza de las tintas del cuadro, con tal que.... el artista no la haya pintado fea.... ¡¡Fea!! Ave María Purísima! Todo lo perdonan las mujeres ménos que las pinten feas. Ese es el consuelo que anima al escritor de costumbres; esa es la esperanza que tiene en la indulgencia de las mujeres. Su misión morigeradora se reduce á atacar las deformidades morales, no los defectos que nacen con nosotros ó que son hijos de casuales eventos. Un escritor de costumbres no llamará nunca fea á una mujer. Dios le libre! y por otra parte, ¿con qué objeto? Harto feas son, moralmente hablando, una mujer, una suegra,

por jemplo, que todo el santo dia esté haciendo rabiar á su mísero yerno, hasta el extremo de volverlo *lazarino*, ó una niña coqueta, que con sus remilgos y falsas palabras cause la desgracia de un apreciable jóven que creyera, incáuto, en halagos y juramentos de amor. La naturaleza, en sus misteriosos arcanos, nos presenta las más terribles é indómitas fieras engalanadas con preciosas y matizadas pieles. Admirámos al magnífico tigre, al pintado leopardo, á la hermosa onza, pero huimos léjos de aquellos mónstruos, porque no corresponde á la belleza de sus exteriores formas la índole feroz que los constituye el terror de todos los séres de la creacion. El *pavo real*, con su radiante cola, en la que se reflejan á porfía los colores varios del arco iris, es el símbolo de la vanidad, y de consiguiente, de la ridícula presuncion, de la tontería en *pasta*, y no digo con *plumas*, porque podría muy bien ponerse *brava* contra mí toda la cohorte, no floja, en número se entiende, de *literatos, soit disant*, que, sin más méritos que su demasiada indulgencia para consigo mismos, porque hablan y escriben en estilo pomposo y usando altisonantes palabras, huecas de sentido y remontándose en verso ó en prosa á la altura de.... los disparates, se tienen ellos mismos por unos hombres eminentes en literatura.

En el diccionario general de la lengua castellana, entre varias definiciones, hallamos la siguiente con respecto á la palabra *Beato:* "santurron;" y si bien nosotros usámos en el mismo sentido esa voz, con mayor frecuencia empleámos la palabra "Calambuco," cuya definicion se encuentra en el utilísimo diccionario provincial de nuestro ilustrado paisano D. Estéban Pichardo, expresada así: "*La persona que se dedica ó ejercita mucho en cosas de iglesias ó místicas.*" No explica, empero, el cubano escritor el orígen de aquella palabra. Con todo, ¿quién no sabe lo que significa esa voz provincial? Hasta los muchachos que van á la escuela ó los negritos que juegan á los *mates* en la calle, cuando ven pasar á nuestro *tipo*, se miran, se sonrien y exclaman en *coro*: ahí vá D. Santiago el *calambuco!* Si acierta á oirlos D. Santiago, les echa una mirada amenazadora, refunfuñando: ¡Qué juventud! ¡Qué juventud! La sociedad está completamente desmoralizada y corrompida! No tienen estos pillos la culpa, sino sus padres... ah! en qué siglo vivimos!

Dice nuestro héroe, y entra en la iglesia, toma agua bendita, se santigua y va á rodillarse al lado del altar donde están á la sazon celebrando el santo sacrificio de la misa. Vedle puesto en cruz, llamando la atencion general con sus ademanes de verdadero energúmeno, dándose en el pecho sendos golpes que retumban bajo las sonoras bóvedas del templo como unos cañonazos de á treinta y seis, y cuyo estruendo es causa, no pocas veces, de que despierte alguna que otra vieja cotorrona, adormecida bajo el peso de la meditacion ó, mejor dicho, del sueño, si es que madrugára aquel dia más de lo acostumbrado.

Nuestro tipo, ó sea D. Santiago, con un libro de devocion en la mano, al parecer absorto en la sagrada lectura de los misterios de la pasion del Salvador, está, no obstante, pendiente de cuanto pasa en la iglesia. Si se apaga una vela, la enciende; si entran en la casa de Dios algun negro que viene de la *Plaza*, cargado con un jabuco lleno de legumbres, ó alguna negra con una canasta de

frutas, nuestro héroe, á imitación de Jesucristo, que echó fuera del templo á los mercaderes, hace primero señas á aquellos fámulos africanos para que *despejen*, y si se hacen los suecos, se dirige á ellos, y con palabras á veces no muy católicas, les obliga á abandonar el puesto.

Nuestro protagonista desempeña *grátis pro Deo* la importante plaza de perrero, y en el ejercicio de este noble empleo, muchas veces, á consecuencia de la poca ó ninguna docilidad de que parece hacen alarde los canes, se vé obligado á correr, ya tras de uno, ya tras de otro, ora á salir por una puerta, ora á entrar por otra, sudando tamaña gota, hasta conseguir su anti-perruno intento. A falta de monigote, ó por ausencia, ó por enfermedad del sacristan, D. Santiago se presenta en la sacristía, llena las vinageras, abre las gavetas, extiende sobre la mesa el amito, el alba, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla; y es de ver cuán ufano ayuda al sacerdote en los sagrados misterios. Terminada la misa, cuida de que no se cuele en la sacristía ningun muchacho por demás goloso y aficionado á vaciar las vinageras y á zamparse las *formas*. Si tal sucede, les echa un sermón de padre nuestro sobre la gula, y acaba por echarlos á puntapiés de la sacristía, única peroración, en el concepto de nuestro devoto, capaz de hacer efecto en el.... pues.... de los muchachos.

Si á alguna señora le dá en la iglesia algún desmayo ocasionado por el calor, ó por el olor del inciencio, ó por otra clase de olor, no siempre aromático, allí está D. Santiago con un pomito de agua de colonia, y si esto no basta, va presuroso á la sacristía y ofrece á la señora un bizcochito y una copita de vino generoso.—Dios se lo pague, exclama la señora suspirando! Dios se lo premie.... Sr. D. Santiaguito—porque es de advertirse que nuestro héroe es conocido hasta de los perros callejeros y obscenos que se cuelan en los templos.

No pocas veces, empero, son ineficaces el agua de colonia, el bizcochito y la copita de vino, para hacer que vuelva en sí la señora cuyos nervios entán como cuerdas de contrabajo. Entónces recurre D. Santiago á las friegas en los brazos, particularmente en el gran músculo llamado lagarto. Como con la mano.... digo mal, pues justamente dicha operacion se verifica con la mano, ó cuando mucho, con uno de los faldones de la casaca ó de la levita de nuestro héroe. Vuelve en sí la señora:—ay! amigo.... exclama, siempre tan fino, tan obsequioso!

En las fiestas solemnes es donde se luce nuestro buen nombre. En cuanto asoma la aurora su carita de rosa, D. Santiago se afeita, se pasa el peine y áun se toma el trabajo de cepillar su vetusta casaca negra. Escoge de la colección de antiquísimos pantalones el ménos roido y cuyas desflecadas trabillas y numerosos zurcidos, cual hoja brillante de servicios y testimonio visible de nunca bien cerradas cicatrices, bien acreedoras fueran para conseguir la correspondiente jubilación. Nada dirémos con respecto al chaleco, porque si bien por el aparente color, pudiéramos creer que es blanco, no lo es, y desde luégo calculará el ménos refinado elegante que su primitivo color era azul, matizado con pintas y ramazones blancas, todo lo cual testifica el contínuo y manual trabajo de la afanosa lavandera. Una camisa de sencillísima y zurcida

pechera, una corbata que *in illo tempore* fuera negra, ahora de color de ala de mosca, un sombrero idem, unos zapatos idem de idem, constituyen la *toilette* de nuestro devoto y despreocupado protagonista. Ya se vé, D. Santiago, á imitacion del más rígido anacoreta, es enemigo de la moda, aborrece á los sastres, á los sombrereros, á los zapateros, á los camiseros, y sobre todo, á las madamas, esas hijas de S. Luis, de las que por el número que ha invadido á nuestra capital, pudiera decirse con el poeta:

Una tras otra madama
retoña por donde quiera.

Empieza la función religiosa. ¿No le veis en el presbiterio, con la cabeza erguida, cual si él fuera el patrono ó el presidente de la fiesta? Miradle: allí vá acompañando hasta las gradas del púlpito al sacerdote encargado del sermón. Miéntras vuelve á su puesto, saluda á diestro y siniestro á sus amigos y áun á sus amigas, con ademan protector y con sonrisa estudiada, vulgo de bailarin de teatro. De paso endereza los ciriales, regaña á algun muchacho distraido, contesta á dos ó tres preguntas sueltas que le hace alguna calambuca, un si es ó no es curiosa, alaba el sermón ántes de haberlo oido, y por último, ocupa su puesto. No bien llega el orador á la peroración, ya nuestro buen hombre está de pié, dirigiéndose presuroso hasta la cátedra de San Pedro para volver á acompañar al predicador á la sacristía. Allí se deshace en felicitaciones, comparando al orador con Massillon, con Bossuet, con Flecher y con el célebre padre Lacordaire, á quienes no conoce sino de oidas, pero cuyos ilustres nombres sabe que son modelos en la elocuencia sagrada.

—¡Qué bien ha predicado V., padrecito! ah! tengo aún los ojos empapados, entumecidos. *(Sacando un pañuelo no muy limpio.)* Oh! cuando V. habló de.... porque hay ciertas materias que.... porque cuando uno está penetrado de esas eternas verdades, ocioso parece demostrarlas.... y cuyas....

—Me pareció que el auditorio estaba cansado....

—¡Cansado! ¿qué dice V., padre de mi alma? estábamos todos maravillados, enternecidos. No oía yo á mi alrededor sino sollozos, no veía mas que lágrimas y pucheros. A Doña Pancracia le dió un soponcio. Esa señora es mártir de su devoción. Socorríla, segun costumbre, con una copita de vino moscatel y media panetela.

—¡Qué elocuencia! exclamó volviendo en sí. ¡Qué sábio es el predicador! ay! ay! y qué bueno está el vino, D. Santiaguito... pues, como iba diciendo... ¡Qué sermón! ¿Recuerda V. aquello de.... no tengo ahora presente las palabras....

—Señora doña Pancracia, no hago memoria de.... porque, como dijo el orador tantas cosas buenas....

—Ay! pero cómo! cuando habló de.... y eso que estaba yo sentada tan léjos del púlpito, que apénas pude oir alguna que otra palabra, pero ¡qué bien! Dé V. al padre la enhorabuena.... ah! oiga V., dígale que en cuanto se pongan

baratos los huevos, le mandaré una tasa de leche quemada. Se pela el padre por ese sabroso plato, tanto que un dia le oí decir (es graciosísimo) que quisiera morir ahogado, hundiéndose en un tanque lleno de leche quemada. Tiene el padrecito unas ocurrrencias tan chuscas!

Volvamos á nuestro protagonista. Tenga ó no tenga voz, el bueno de D. Santiago canta durante la misa y aún se hace notable por su constante desafinación, circunstancia que precisamente llama la atención de los fieles devotos que concurren al templo, y como quiera que nadie se atreve á echarle en cara su falta de oido, se crée nuestro héroe dotado de facultades privilegiadas en el canto, se esmera cada dia más, y aún en su casa suele dar buenos ratos de música á su familia, y si no la tiene, á los vecinos, que no pueden sufrir mucho tiempo á ese nuevo *Lablache* y se mudan á otro barrio huyendo léjos de aquel aplicado filarmónico.

Sucede á veces que D. Santiago, á pesar de sus esfuerzos para que le dén de almorzar temprano en su casa, llega á la iglesia después de principiada la función. Es una fiesta solemne. El templo está lleno de bote en bote. Nuestro héroe no encuentra asientos en los escaños; no obstante, dirige la vista á un lado y á otro, y cual ave de rapiña, ya ha señalado su víctima. En uno de los mejores puestos está sentado un hijo de la Nigricia, calambuco tambien ó no calambuco, que los hay de todos colores.

Nuestro protagonista se abre paso, como pudiera hacerlo un predicador que se dirige al púlpito, se acerca al devoto africano, y como quien no quiere la cosa y con una serenidad imperturbable, se ladea, y dirigiendo una de aquellas dos mitades de su humanidad que cubren los faldones de su casaca, á manera de cuña, se abre un asiento que le cede con notable disgusto, pero sin escándalo, el oprimido usufructuario del puesto, que creyera en la igualdad de clases y condiciones en la morada de *El* que no tiene igual en el universo.

Es de admirarse la frescura con que D. Santiago se arrellena en el usurpado puesto. Saca su pañuelo, se limpia el sudor, se persigna, y sus trémulos lábios nos hacen creer que nuestro hombre está rezando. El mísero moreno ha quedado en pié. Empiezan entónces á murmurar las viejas concurrentes, á mirarle de reojo, quejandose del calor y áun muchas, por demás delicadas, se tapan las narices. La víctima infeliz, dando sendos tropezones, lastimando más de un inocente callo, se retira asaz mohino y aún abochornado. Recíbenle al paso, cual caimanes, unas cuantas viejas cotorronas y... ¡crás!... allá vá un buen pellizco retorcido, sin mirarle siquiera, y siguen rezando como si acabasen de dar una limosna á un pobre. Mecido el inocente africano entre pellizcos y empujones, cual mísera imágen de un santo llevado en andas, arriba sin saber cómo, á la puerta de la iglesia, no sin oir durante su tránsito palabras no muy lisonjeras.

Todo esto, como se vé, no es ni caritativo ni justo, pero no por eso deja de acontecer y muy á menudo.

Pero donde echa el resto nuestro santurrón es en las procesiones. Inútil es decir que el primero que se apodera del *guión* es el bueno de D. Santiago. Este es uno de sus triunfos. Ni un ministro de Hacienda, cuando se dirige por

primera vez á su despacho, lleno de halagüeñas esperanzas en hacer la felicidad de la nación y de paso la suya, se muestra más ufano que nuestro porta-guión. Ya sale la procesión. ¿No veis á aquel hombre que camina tan pronto hácia adelante como hácia atrás, tropezando á cada rato, gracias á las trabillas de sus pantalones, que de puro viejas, se han roto? No daría, empero, su puesto á ser alguno en el mundo en aquel momento. Oh! es de ver cuando se reunen en la sacristía estos señores, hablo de los calambucos, disputándose el insigne honor de llevar el estandarte de la iglesia.

—Sr. D. Matías, V. me disimulará; pero yo vine ántes que V.

—Perdone V., señor mio; yo estoy aquí desde las tres, tanto que no he comido.

—Caballeros, dice un tercero en discordia; he hecho durante mi última enfermedad, la solemne promesa de llevar el guión en cuantas procesiones y así.... permítame V. que....

—Pues, amigo mio, será para otro dia, grita otro que ya se ha apoderado del pendón.

Poco falta para que nuestros calambucos lleguen á las manos, y en honor de la gloria de Dios se dén dos mogicones y aún de palos.

Por último, por aquella máxima tan verdadera y forense entre nosotros de que: *beato el que posée*, D. Santiago, que ya tiene el susodicho estandarte, no lo suelta, y con paso majestuoso baja las gradas del presbiterio, orgulloso de su victoria, mirando á sus rivales con maligna sonrisa y á los concurrentes con la satisfaccion del triunfo. Concluida la procesión y de regreso al templo, cuesta Dios y ayuda el hacerle soltar el guión, que abandona al fin para cantar la *salve*, esto es, para desafinar desapiadadamente como si no estuviese en la casa de Dios.

Sueña el poeta con sus versos ó berzas, que todo se dá y con abundancia en el feraz Parnaso; sueña el amante con la beldad que por la vez primera hiciera palpitar su sensible corazón; sueña el curial con las tasaciones de costas que han de abonar los penitentes, quiero decir, los litigantes. Pues bien, D. Santiago, que no es ni poeta, ni amante (porque es casado) ni curial tampoco, sueña con la semana mayor. Ni los retirados, ni las viudas están más alegres cuando llega el dia de la paga que él, así que la iglesia empieza á celebrar los sagrados misterios de la pasion del divino Redentor.

Nuestro protagonista es, por lo regular, el primero que entra en la iglesia y el último que sale de ella, con tanta mayor razon, cuanto que siempre desempeña algún papel importante en las fiestas. Con efecto, ó se dedica á vender estampas del santo cuya fiesta se celebra, ó pide con una bandeja en la mano para las ánimas del purgatorio, por las cuales se interesa tanto como por sí mismo.

D. Santiago sabe de memoria el almanaque; está enterado de dónde se halla el circular; puede decir á punto fijo el número de monjas y frailes que hay en los conventos. Puede informar á cualquiera de lo que almuerzan, comen y cenan las dignas esposas del Señor; si Sor Encarnación sabe hacer con primor pastelitos y mazapan: si Sor Corazón de Jesus tiene suma habilidad para hacer relicarios

y rosarios y para bordar pañuelos y manteles. ¿Oís el toque funeral de las campanas? Pues D. Santiago explicará á V. lo que anuncia aquel lúgubre sonido. Es la muerte de Sor Teresa, á quien no pudo curar el Dr. Cataplasmas, médico alópata; ó el fallecimiento de Fray Lorenzo, cuya salud estaba encomendada al Ldo. Globulillo, doctor homeópata; lo cual prueba que cuando llega la hora, todos los médicos son iguales ante la.... muerte.

Nuestro protagonista está informado del dote que lleva la jóven novicia, si es bonita y por qué renuncia á las pompas de este mundo.

Sin ser convidado, D. Santiago asiste á los bautizos, celebra á todos los niños, arenga á los padrinos, y por supuesto, reclama su correspondiente medio. En las *administraciones* lleva uno de los faroles, dá la mano al Cura para subir al carruaje y áun á menudo hace el papel de calesero, no sin temor del sacerdote, á quien no placen ensayos de ese género. Nuestro buen hombre asiste á los entierros, llora con los dolientes; los consuela, les habla de las miserias de este valle de lágrimas, del que sin embargo nadie sale por su gusto. D. Santiago conoce á todos los agentes funerarios y está enterado del módico precio que llevan estos desinteresados industriales por sus piadosos trenes.

Inútil es decir que nuestro calambuco es hermano de dos ó tres cofradías, y fuerza es confesarlo, paga su contribución mensual con mayor gusto que la llamada *única*, verdadera *pesadilla* de los propietarios.

Llegar á ser hermano mayor, hé aquí toda su ambicion, y para cuyo logro pone en planta cuantos recursos le sugiere su talento y travesura, porque bueno es advertir que nuestro calambuco no tiene ni un pelo de tonto. Así es que trata contínuamente con los hermanos de la cuerda de *mejoras*, de *reformas*, y sabido es cuán mágico efecto causan siempre estas palabras fascinadoras en el ánimo de las masas. En las juntas habla hasta por los codos, no deja meter baza á nadie, propone revisar el reglamento, disminuir la cuota mensual, en vista de la morosidad ó *arranquera* clásica de algunos hermanitos, y concluye presentando un proyecto ventajosísimo para todos los individuos de la cofradía. "Entre muchos nada es caro, dice el orador; gracias á esta máxima admirable, á la cual se debe la invención de las suscriciones, las asociaciones y otras mil cosas acabadas en *ones*, como bribones, cada hermano tendrá el placer de que le entierren á costillas de los demás sócios, lo cual es una ventaja notable, si no para el difunto, á lo ménos para su familia, que no tiene que ajustar cuentas del gran capitan con las agencias funerarias." *(Aplausos y profunda sensacion entre los hermanos.)*

Al año siguiente, el orador es nombrado hermano mayor. Las cosas quedan como estaban y aún peor. Esto sucede en este pícaro mundo sublunar en todas materias, sobre todo en política.

No se crea, empero, que por haber logrado el objeto de su mayor anhelo varíe de hábitos nuestro tipo. Es siempre el mismo: concurre á todas las fiestas con una asiduidad que le envidiaría un empleado de S. M. En las fiestas que celebra la Hermandad que preside, se hace notable, no por su traje, que guarda constantemente una modestia en verdad que pasa de castaño oscuro....esto es,

de ala de mosca, sino por su aspecto, tan peregrinamente imponente, que si él se atreviese á mirarse á sí propio en un espejo no podria ménos de sonreirse.... así.... de.... compasión.

Tiempo es ya, paciente lector, de que nos traslademos al hogar doméstico de nuestro tipo. Hasta ahora hemos bosquejado lijeramente al individuo, que, obedeciendo quizás al impulso imperioso de sus inclinaciones, con ningun beneficio ni obra meritoria alguna ha contribuido en obsequio de la sociedad, pero tampoco perjuicio alguno ha causado. Cuando mucho, habrá llamado la atención general y hecho sonreir á aquellas personas sensatas y verdaderamente devotas para quienes, en todas las cosas, tanto profanas como místicas, los extremos son viciosos. Considerémos, pues, á D. Santiago en el interior de su casa, para deducir de su conducta como esposo y como padre, la moralidad, que no debe perder de vista el escritor de costumbres en sus cuadros sociales.

¿Quién es aquella señora en cuyo semblante están retratadas la amabilidad y la dulzura? Es la esposa de D. Santiago. Dos niñas más lindas que dos rosas matutinas, como diría un vate, ostentando las gracias, el donaire y aquel no *sé qué* que tanto distingue á nuestras esbeltas y manuables criollas, salen al encuentro de nuestro protagonista que acaba de entrar en su casa.

—Papaito, te estamos esperando hace una hora, para comer.

—Hijitas, he asistido á un bautismo, luego á una administración, en seguida á la junta. ¿Creen Vds., por ventura que no estoy ocupado? Hoy tampoco he podido ir á mi oficina. ¡Qué ganas tengo de que me favorezca la suerte con una buena lotería! aunque no sea más que para no ver la cara de perro dogo que me pone el jefe....

—Ah! ¿eres tú, chinon, exclama la mamá saliendo del aposento; aquí han traido este pliego....

—Veámos. No me engañaban mis presentimientos. Me quitan el empleo. Bah! para lo que yo ganaba.... Alegan que yo no asisto á la oficina ó que voy á mi destino á las doce, cuando todos los empleados empiezan á trabajar, esto es, despues que han chupado naranjas, bebido agua de coco, y leido todos los periódicos. Ya se vé, ellos no tienen que oir misa, &c. &c.

—Pues, es preciso, dice la esposa, buscar un buen empeño para que te devuelvan el empleo.

—No, no, ni por pienso. Vamos á comer. En cuanto ganemos nuestro pleito, serémos felices. ¿Has visto al abogado? ¿Vino el procurador?

—Hijo, yo no entiendo de pleitos, ni de autos, ni de enredos. Permíteme que te recuerde que el ojo del amo engorda al caballo y que en no *pateando* uno sus negocios, no valen abogados, ni procuradores, ni oficiales de causas. En vez de estar metido en la iglesia y asistiendo á entierros, bautismos, confirmaciones, sermones, circular, &c., deberias ocuparte de....

—Sabes, pichona, que para ser aficionada predicas muy regularmente.

—Te lo digo por tu bien y el de tu familia. Hoy ha venido el inquilino de nuestra única casita á pagar el alquiler vencido y como no has hecho aún el recibo se marchó diciendo que fueras á cobrar el dinero á su casa.

—Iré esta tarde despues del sermón que predica el padre Miguel. Es menester que vayan á oirle, niñas mias, y tú tambien Belen. Versa el sermón sobre la poca asistencia de los fieles á las funciones religiosas. Eso no reza conmigo, á Dios gracias. Desde mis más tiernos años he tenido un decidido entusiasmo por las augustas ceremonias de nuestra sacrosanta religión. Así como otros muchos niños de mi misma edad jugaban á *los soldados*, por más señas que todos querian ser jefes y no habia en efecto en todo el ejército más que un soldado, que, por lo regular era un chinito ó negrito del barrio; yo por el contrario, tenía en mi cuarto un altarito y yo solo lo hacía todo: cantaba misa, predicaba, hacía de *perrero*, digo mal de *gatero*, echando del cuarto á una porción de gatos intrusos, únicos concurrentes además de la negra cocinera ó de algun negrito que llenaba el puesto de sacristan. ¡Oh! dulces recuerdos de la niñez!

—Hablando de otra cosa, Santiago: sabrás que pronto se celebrará una boda.... ¿no adivinas?

—No por cierto. ¿Quién se casa?

—Nuestra hija Belencita.

—Cómo! ¿cuándo? ¿con quién?

—Es un partido ventajoso. El padre del novio ha venido varias veces con el objeto de pedirte la mano de Belencita para su hijo; pero como tú no tienes hora fija, y tan pronto vás á comer con el padre Vicente....

—Pues bien; dile, cuando vuelva, que me espere aquí mañana á eso de las doce.... no, no; que tengo que ir á ver al padre Julian que está rabiando de la gota.... Pasado mañana.... sí, eso es pasado mañana.... oh! mira, dile que vaya esta noche á casa del canónigo *, y allí hablarémos....

Basta ya, pacientísimo lector: solo me resta formular la siguiente

MORALIDAD.

Así como un marido niñera se hace despreciable desempeñando funciones que solo competen á las madres ó á las nodrizas, no ménos ridículo es el hombre, que, guiado por un celo exagerado, desatiende los deberes más sagrados y la felicidad de los más caros objetos en este mundo, so pretesto de servir á Dios, olvidando que hay un refran que con fundada razón dice: primero es la obligación que la devoción.

José Agustin Millan.

EL GUATEQUE.

Ven acá, Rufina mia,
Prenda de mi corazón,
Que esta noche hay diversión,
Algazara y alegría.
Cese la melancolía
Que esta es noche de gozar,
Tenga término el pesar,
No haya disgusto ni pena,
Que ya el tiplecillo suena
Y nos convida á bailar.

La gente con buena idea
A este sítio se encamina,
Porque el baile la domina,
Y divertirse desea.
Mi corazón se recrea
Viendo tanta animación,
Y siento tal emoción
En esta noche galana,
Que bendigo esta cubana
Y campestre diversión.

Tendrémos lechón asado
Y otras cosas que yo sé,
Vino tinto y buen café
Con miel de caña endulzado.
Que no abandones mi lado
Es lo que solo deseo;
Y si tienes estropeo
Y no quieres bailar más,
Verémos á los demás
Cual bailan el zapateo.

¿Tú no oyes del tiplecillo
Ese *tiqui-tiqui-tun*,
La algazara y el run-run
Que forma alegre el corrillo?
Aquí canta un guajirillo,
Más allá baila una indiana,
Acá un viejo y una anciana
Rien á más no poder,
Y todo es dicha y placer
En esta fiesta cubana.

¿No percibe ya tu olfato
En medio de tanto afan,
Del lechón que asando están
El olor sabroso y grato? . . . .
Pronto, mi bien, de aquí un rato
Antes que el baile se acabe,
Verás lo bien que te sabe
De ese lechón un bocado,
Con un platanito asado
Y un pedazo de casabe.

La mesa será un tonel,
La fuente será una yagua,
Y unas hojas de yamagua
Nos servirán de mantel.
Allí en confuso tropel
Irémos llegando todos,
Y entre los muchos apodos
Que los guajiros se dan,
Por sus novias brindarán
Tocando codos con codos

Cuando tú bailando estés
Sobre ese suelo que miras,
Envidiarán las guajiras
La soltura de tus piés.
Imitarán más de tres
El juego de tu cintura,
Bendecirán tu hermosura
Con voces descompasadas,
Y entre bravos y palmadas
Lucirás tu frente pura.

Entre el confuso barullo
De la divertida gente,
Te halagará dulcemente
De la música el murmullo.
Será mi mayor orgullo
El respirar junto á tí,
Y en todos verás allí
Del contento la divisa,
Si enseñas una sonrisa
En tus labios de rubí.

Yo al son del tiple tambien
Te cantaré sin pretesto
Las décimas que he compuesto
Para tí, mi dulce bien.
En tu fresca y pura sien
Pondré una cubana flor,
Admiraré tu candor,
Tus divinos labios rojos,
Y me abrasaré en tus ojos
Y me encenderé en tu amor.

Yo te juro hablar de aquellas
Horas de dúlcida calma,
En que bajo de una palma
Contábamos las estrellas.
Horas en que mis querellas
Arrullaron tus oidos,
Dulces momentos perdidos
Que recuerdo sin cesar,
Cuando logré fascinar
De dulce amor tus sentidos

Te hablaré de aquellos dias
Cuando enamorada tú
A la sombra del bambú
Tus contentos bendecias.
Horas en que repetias
Junto á mí tu juramento,
En que oiste el dulce acento
Del melodioso sinsonte,
Y allá en la cumbre del monte
El sordo rumor del viento

Ven, indiana encantadora,
Que ya es tiempo de empezar,
Y esta fiesta ha de durar
Hasta que raye la aurora.
Ven á bailar desde ahora
Hasta que sea de mañana,
Y al terminar la jarana
Dirémos juntos los dos:
¡Viva esta tierra de Dios!
¡Viva esta fiesta cubana!

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.
(El Cucalambé.)



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL AMANTE DE VENTANA.

EL AMANTE DE VENTANA.

Manda amor en su fatiga,
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.

REGLAS DE BUEN VIVIR.

Cosa es ¡vive Dios! de perder la chabeta, el ponerse á contemplar á sangre fria, las inexplicables peripecias de esta jaula de grillos que llaman mundo. Sucédense generaciones á generaciones, siglos á siglos y pueblos á pueblos; varíanse costumbres, ceremonias y fórmulas sociales; hoy se desecha por inútil y áun pernicioso, lo mismo que ayer se acogía como indispensable y vital; por el contrario se adopta como utilísimo lo que á juicio de nuestros formalotes y rancios antepasados era disolvente, pecaminoso y descomunal. *Allá van leyes dó quieren reyes*, decian nuestros abuelos. *Allá van leyes dó quieren locos*, dirán nuestros nietos.

La antigua metafísica nos enseñaba á despreciar las pomposas vanidades mundanas, y manifestándonos que la tierra era una posada en el breve tránsito de la nada á la eternidad; nos hacía mirar solamente al cielo, repitiéndonos sin cesar, ascéticos proverbios. Pero vino el siglo XIX; el siglo que se ha apresurado á llamarse positivo ántes que le adjudiquemos el título de egoista; cambiaron doctrinas y creencias y todo se lo llevó la trampa, y se volvió patas arriba. El fósforo aniquiló á la pajuela, el gas triunfó del aceite, y la diabólica invencion de Fulton hizo pasearse á los caballos en coche. *La gloria es humo*, decia la gente de peluca empolvada, cuando quería significar la nada de los objetos terrestres. Las ideas reinantes han vencido los argumentos de autoridad, sancionados por las generaciones pajueleras; y hasta las cosas han cambiado de nombre. *El corral de comedias* de antaño, es teatro; la escuela de las costumbres: el Templo de Talía. Y aquello de ogaño *cuadrillas de comediantes* se anuncian hoy bajo

el pomposo título de *sociedades de artistas dramáticos. In illo témpore*, no valdría un jóven un bledo si no vestía de cota encerrando sus robustas formas bajo la doble malla y se diría que carecía de precision si no era aquella á prueba de puñal: pero caminando los tiempos, vino el coleto de piel de búfalo en reemplazo de la cota, el cual á su vez fué derrotado por el engorroso trage á *la Valière;* sustituyendo á éste el bordado Figuron; y ganando á todos por último la palmeta nuestros *derniers* figurines de Paris, que magüer sean bellas creaciones de *L' Elegante*, ó fecundos partos de *Le Journal des Tailleurs*, no por eso dejan de ser antifilosóficos, desairados y horribles. Entónces el único mérito conocido en el hombre, era regalar pacíficamente al prójimo tajos y mandobles en abundancia, y el ramillete de una dama se adquiria por derecho de conquista, rompiendo en el torneo una docena de lanzas y de paso la cabeza de sus dueños, los cuales iban derechitos á dar al Eterno Padre una prueba de que los hombres cumplian el precepto evangélico de: *amaos los unos á los otros.* Hoy uno de nuestros *liones*, consigue un ramillete á muy poca costa, con solo solicitarlo de la amabilidad de una *amiga*, cuyo desdeñado amante lo compró por dos pesetas. Entónces al toque de oraciones, se rezaban éstas devotamente, sombrero en mano; retirándose enseguida todo individuo al hogar doméstico, y cuantos *donceles* se hallaban despues en la calle se acariciaban á estocadas; hoy cada hijo de Adan pasea las calles á la hora que le parece, sin que sea circunstancia *sine qua non*, echar mano á la tizona un yente y un viniente, por el solo delito de encontrarse.

Las pías memorias en favor de la órden de los dominicos ó los carmelitas descalzos, cedidas por los propietarios, con el piadoso objeto de que los RR. PP. disfrutasen de *bienes perecederos*, para provecho de sus estómagos, salvación del alma del donante y mayor honra y gloria de Dios se han convertido hoy en acciones de ferro-carriles, del canal de Tehuantepec, ó de la sociedad sobre *seguros de la vida.* Contra *los juicios de Dios* (1) de antaño, hay ogaño pragmáticas y leyes; porque hoy yá los hombres juzgan bien ó mal, y si apelas á los altos juicios en la forma que entónces, corres inminente riesgo de ir á presidio, porque en estos tiempos la divinidad deja obrar las segundas y áun las *terceras* causas. Entónces era mal caballero el que no arrostraba el mayor peligro por Dios y su dama, al paso que debía temblar de miedo ante la idea de las apariciones, brujas y energúmenos, (so pena de ser un incrédulo hereje) hoy el valor ante lo primero y el temor de lo segundo, no sería un miedo ni un valor, sino dos tonterías.

El homenaje rendido á los *héroes* de otros siglos, es patrimonio de los *genios* del nuestro, y las mil coronas de laurel del Cid, de Pulgar y de García de Paredes, se ostentan hoy sobre las sienes del poeta que escribe un *drama sentimental*: de la *prima donna* que *debuta* con una cavatina *di bravura*; del compositor de una ópera seria cuya sonora *orchesta* expresa por mil bocas las sublimes inspiraciones del autor, en la *entrada*, en *crescendo*, en el felicísimo duo

(1) Así se llamaban los duelos, en tiempo de la edad media. Al vencedor se le daba la razon en la cuestion que se ventilaba; pues suponían que no podía Dios dar la victoria sino al que defendiese la mejor causa.

allegro vivace, y en aquel *arpegio* que hacen tan original ocho compases en *pizzicatto*. Entónces estaba la política en las armas; hoy, unos dicen que está en la pluma, otros que en la fuerza de las necesidades, y yo de buena fé creo que reside en la sutileza de las uñas. Entónces.... pero ¿adónde diablos voy á parar? Perdona, pacientísimo lector, la filosofía social es mi fuerte, así es que con frecuencia me abandono á mis reflexiones y me duermo pasando mis ojos por las páginas de la historia. Pero quiero por ahora dejar las cosas como están, porque si continúo filosofando, será posible que me eleve tánto, que ni con telescopio me distingas. Basta de exordio, pues yo á pesar de haberte demostrado las peripecias del mundo, creo, así Dios me salve, que la flaqueza humana fué siempre la misma y que los siglos sólo han cambiado las formas; y ahora se me ocurren en prueba de esta verdad ciertos versos que leí, no sé cuándo ni dónde, y áun creo que me los hallé en la calle, los cuales te repito, sin que vayas á creer que son de mi cosecha: ¡Dios me libre! Dicen así:

Cayó el siglo de frailes comilones
Y se alzó el de políticos menguados:
El mágico poder de los doblones
Hizo *blancos*... y... *rojos* y... jaspeados.
Pero votos pronuncian á millones;
Mas para dar intrépidos y osados
Miedo á tu bolsa, á la que asaz despojos
Iguales son los blancos y los rojos.

Paréceme que las tales coplillas podrán no ser verso, pero son verdad, y de tal calibre que no la diría mayor el profeta Pero Grullo.

A todo ésto, me estoy riendo de contemplarte, pacientísimo lector, pues creo que ya empiezas á bostezar de aburrimiento. ¿Qué relacion tendrá todo lo que este hombre me cuenta, (dirás tú algo bravo y mohino) con el *amante de ventana* que me promete describir? Tén un poco de paciencia, que para todo habrá lugar y aunque yo soy un hombre algo pesado y algo así.... como Dios me hizo: soy incapaz de engañarte, ni venderte gato por liebre. Y te aseguro (aunque no bajo palabra de honor, porque es promesa yá demasiado tocada y llevada y porque tú puedes muy bien dudar, que yo sea hombre de palabra ni de honor): que yá le llegará su San Martin á nuestro tipo, y nos las habremos con él *vis é vis*. Por otra parte, tú serás capaz de negar á piés juntillos que exista nada de comun entre los grandes acontecimientos sociales y nuestros cupidos de ventana ó entre los torneos de la edad media, y los telégrafos amorosos de nuestras calles. Pero yo *el infrascrito doctor doy fé* de lo contrario; porque el *busílis* está en encontrar relaciones donde parece que no las hay, y yo me pinto solo para esa clase de negocios.

Vamos á cuentas. ¿No hay una grande analogía entre las *amorosas pláticas* de los apuestos y enamorados mancebos de los siglos caballerescos, y el *dolce far niente* de nuestras amarteladas parejas? ¿Entre la *noble castellana*,

entregada al adusto *Rodrigon* y la implacable *dueña*, y la señorita *de su casa*, vigilada por el ojo avizor de la obesa y respetable mamaita? ¿Entre los *bardos y trovadores*, y nuestros amantes de ventana? Trasládalos de la antigua Europa á la moderna Cuba. Sustituye el exótico y prolongado sombrero de *copa*, su casaca y su bota de charol, por el vistoso capacete de plumas, la esclavina y la bota estirada con espuela; y al mirar una ventana guarnecida por un amante, habrás retrocedido tres siglos. Pero de aquí infiere una consecuencia triste, y es que nuestra moderna Antilla, viene á ser la Europa del siglo XVI; porque es de notar que el *amante de ventana* ha caducado yá en toda la tierra; quedando fruto exclusivo del pais de los plátanos, del tabaco y de los huracanes. Las damas europeas, no tienen hoy amante de ventana, sino de sala; y áun éstos son los ménos favorecidos; porque si bien la sala es templo de amor para los *llamados*, hay otras habitaciones de fácil acceso para los *escogidos;* y hasta el título *amante* va cayendo en desuso por aquellas tierras, pues las señoras tienen *amigo*, las altas señoras *protejido* y las medianas *protector*. Lo cual no obsta para que alguna esté en plena posesion de los tres, ocupando cada uno un respectivo lugar, ni para que *ainda mais* la Rosa de Madrid tenga su *acompañante*, la azucena de Paris su *preferido*, y la flor de las riberas del Tíber su *cavaliero servente*. Y en último término del cuadro, suele aparecer un esposo, como lo manda nuestra santa madre la Iglesia, elcual contento y satisfecho, conjuga los verbos por pasiva, y es editor responsable y acusativo de cosa.

Pero basta de digresiones, y es tiempo de empezar el bosquejo de mi tipo. Creo haber dicho arriba que los siglos mudan el nombre á las cosas. En efecto, á lo que en tiempo de Hernan Cortés y en su pais se llamaba *velar á la dama*; se llama hoy lisa y llanamente *hacer el oso*, en todo lugar por esencia, presencia y potencia, y sólo está admitido (y por muy pocos) en Andalucía, último suelo que desalojaron los sarracenos y en la patria del cacique Guanagarí y de la Reina Anacaona.

Empezaré por la descripcion fisiológica de nuestro héroe y de este modo le conocerás á primera vista. Así, lector amigo, cuando en tránsito por las calles, te halles un hombre generalmente imberbe, ó llámase pollo, con un traje que consiste en frac negro, acaso en discordia con el último figurin, sombrero de copa y pantalon blanco, pero cuyo esmero supone largas horas de tocador: que pasea solo el tránsito de una cuadra y con la vista casi fija en una ventana, no prosigas tu investigacion; este es un amante de la clase de *aspirantes*. Porque es de advertir que el amante de ventana, se parece al empleado en Hacienda, en que se divide en *aspirante*, *meritorio* y *efectivo*. Si hallas el mismo sujeto, no ya caminando sino muy fijo; oprimiendo con su mano los hierros que aprisionan á la señora de sus pensamientos, lo cual le dá una vaga semejanza con el papion; y todo esto sucede á las primeras horas de la noche; este es nuestro hombre, que yá ha ascendido á *meritorio*. Mas si esta escena se representase de las diez de la noche en adelante, y al través de los hierros vieses el teatro á ménos de media luz, tén por cierto que el amante se halla ya en la clase de *efectivo*, y en posesion de todos los derechos y funciones de tal.

Hecha la division y retrato del *amante de ventana*, paso á examinarle más detenidamente bajo las tres fases en que se presenta el astro, siguiéndole como satélite.

Los Israelitas para hacer sus oraciones volvían la faz al Arca del Antiguo Testamento. Los Persas como adoradores del fuego, hacia el oriente; y los Mahometanos al templo de la Meca. Pero yo que no soy Israelita, ni Persa, ni Mahometano, sino cristiano católico, hombre simple, bonachon y montado á la antigua, vuelvo la vista donde tengo por conveniente á pesar de hallarme en una nueva Egipto que prescribe á sus hijos tener constantemente vista y pensamiento fijos en el *Becerro de oro*. En este concepto, pláceme dirigir mis líneas de mira á cualquiera calle de la Siempre Fidelísima Ciudad, y á la hora de las seis de la tarde.

Si tienes la paciencia de acompañarme durante unas horas, sabrás tanto como yo: te enterarás de las cualidades, venturas y percances del amante de ventana, y *cosas veredes que farán fablar á las piedras*.

Entra en aquella casa, y no digas á nadie la calle ni el número, porque podía llamarse alusion personal, y juntarse unos cuantos que se entretuviesen en medirnos las costillas, y desollarnos como á un S. Bartolomé, á tí porque me acompañas, y á mí porque te conduzco; lo cual ya ves que no tendría maldito el chiste para nosotros. Entra, repito, en aquella casa, y verás á nuestro héroe concluyendo su *toillete*, poniéndose de *punta en negro*, y preparándose para dar principio á sus conquistas. Yá sale á la calle: aún no tiene objeto ni direccion fija, puesto que no tiene dama. Pero los pollos del siglo XIX son como los caballeros andantes del siglo XIV, pues no pueden vivir si su Dulcinea, porque son amantes de *profesion*, y la mayor parte de ellos tienen por *única* ocupacion amar una vez al dia. ¿Comprendes tú cómo sale el marinero de Regla á la pesca de pargos, ó el cazador de la Isla de Pinos á caza de cotorras? Pues así ni más, ni ménos, sale de su casa un D. Narciso Majaderano, á caza de amadas; y navegando con viento largo por la costa de las ilusiones, va haciendo escala y pidiendo práctico, en cada puerto que halla en su derrotero, ó lo que es lo mismo, codiciando miradas y señas en cada ventana que halla al paso. Pero he aquí que llega á alguna donde á una mirada corresponde otra, y una insinuacion produce una sonrisa. Al instante se convence nuestro inteligente náutico de que aquel es un excelente punto de recalada, y significa su deseo de fondear en aquel puerto. Pone la proa; pero oportunamente el telégrafo yá establecido le indica que se *haga á la mar*, tomando *la vuelta de afuera* porque hay viento *de boca*. En efecto, y para dejarnos de metáforas, supuesto que yá D. Narciso ha dado unos cuantos paseos, y ha fijado yá sus reales en ventana determinada, sólo resta ponerse en comunicacion con la bella Elena de adentro, para lo cual siempre emplea uno ó dos dias de observacion, en que la dama aún no se da por entendida, y lo único que hace es dirigirle tal cual mirada, con el laudable objeto de que el aspirante no se aburra y abandone el puesto. Decídese él por fin á pasar á vías de hecho, y la indica con la mímica que Dios le dá á entender que desea hablarla; pero la bella Elena conociendo que aún no es

tiempo, le responde con el mismo simbólico lenguaje, que no es posible porque el implacable Agamenon los observa. Sin que podamos averiguar si ese estorbo de la felicidad es algun Papá severo; algun adusto Tutor, ó lo que tambien es posible, algun consocio del aspirante, lo cual se vé muchas veces, sin que por eso yo acuse á nuestras encantadoras Sirenas; porque ningun mandamiento de Dios ni de la Iglesia les prohibe tener un par de amantes en clase de supernumerarios. Pero sea ello lo que quiera, el caso es que existe el Dragon custodio del Jardin de las Hespérides, y son por consiguiente inaccesibles sus *manzanas de oro*; lo cual pone fuego á la pólvora de nuestro D. Narciso, mucho más cuando en aquel crítico momento desaparece su Elena de la ventana, ya bien sabe ella por qué. En tan inaudita calamidad vacila entre la idea de suicidarse, ó escribirla y comunicarle las penas que le aquejan, y la devorante pasion que ha despertado en su corazon la angelical belleza de su dueño. Puede suceder muy bien que no exista ni pasion en él, ni belleza en ella; pero en ese caso, no *hallarás* en él sino una doble mentira, es decir, dos pecados veniales que se perdonan con agua bendita. Combatido por ámbas ideas se resuelve al fin por la última, es decir, por hacer intérprete al papel de las pretendidas penas que destrozan su corazon, y elevar este sentido y lastimoso memorial al tribunal de su dama.

El héroe de Cervántes, D. Quijote de la Mancha, en la célebre batalla de los leones, cuenta la historia que vaciló largo rato para resolverse si debía dar el ataque á las fieras á pié ó á caballo: y no de otro modo, nuestro D. Narciso sostiene consigo mismo un interminable monólogo, meditando si será más conveniente escribir á su Elena en prosa ó en verso, porque es de advertir que el amante de ventana es poeta y pintor de aficion. Todo en este mundo tiene sus contras. La prosa es más fecunda y sobre todo más fácil: el verso es más expresivo, más sentido, y más *bonito*; con la ventaja de que eso puede lisonjear á la niña mucho más, pues le ofrece su amante una habilidad que manda delante á guisa de batidor. Estas y otras reflexiones le hacen decidirse por el canto de Thalía, y se resuelve á escribir. ¿Qué escribirá? Desde luego la mejor composicion es un soneto, al ménos así lo ha oido decir, y aunque escriba un *cien piés*, estampa con todo el siguiente expresivo título.

A.....

SONETO.

Mi corazon está muy enamorado
Y como la flor seca se deshoja,
Así se secará el desdichado
Si tú, Panchita, al verle tan angustiado....

Hasta aquí navega nuestro poetastro con felicidad, midiendo los versos por kilómetros, mas para continuar son los apuros, porque aquel *deshoja* de marras

llama imperiosamente un consonante, y el autor despues de haberse roido las uñas, y puesto en tormento las regiones cefálicas; desiste del temerario intento de fabricar sonetos, porque el tal consonantito no parece. Sin duda han desertado á otro idioma todos los consonantes en *oja*, pues por más que nuestro *poeta* suda y se afana por encontrar uno, no le atrapa ni con anzuelos, y el único que se le ocurre y aparece bullendo en su magin es.... *maloja*. Pero aún le queda un excelente recurso, pues si no puede construir sonetos en su taller, puede sin embargo recurrrir al del prójimo. En efecto, ¿qué partido toma el que necesita cocinar y no tiene negro cocinero? Muy sencillo: alquila uno. He aquí una paráfrasis de la situacion de nuestro héroe. Sus fincas no producen sonetos, ¿hay más que alquilar la fecunda musa de un paciente amigo? ¡Bello! Ya dí en el *quid*, dice para sí. Y acosado por esta luminosa idea, acude á un amigo que es "gran poeta y literato," y le canta una antífona en los términos siguientes:—Mi amigo: deseo un favor de V.—Sepa cuál, y si es posible.—Nada, que me haga unos versos para una niña, porque el caso es que.... (y aquí le espeta toda la historia *velis nolis*) y ya V. vé que.... pero no olvide de expresar ésto y lo otro (y le da la medida como á un sastre) porque quiero... pues. El amigo (si es más amable que yo) le construye los versos, que si no componen un soneto, son al ménos un buen sonsonete. Pero no le satisfacen al interesado, porque no están sentidos y

Nunca sobre las cuerdas de una lira
Que al uso mercantil se prostituye
El sacro fuego de las musas gira.

Por todo lo cual nuestro enamorado resuelve renunciar á los ecos de la poesía.

Una vez proscrito el idioma de los dioses, por las razones que para ello tiene, y entre otras porque no es posible usarle; se conforma, por no haber otro remedio, con hablar á su dama en el de los hombres, y apela al recurso de una carta erótica. Tampoco la literatura epistolar es el fuerte de nuestro tipo; pero lo que yo puedo asegurar es que ni S. Pablo, para escribir sus imponderables cartas á los de Corinto; ni Ciceron en las suyas á los Senadores, ni Feijóo en sus cartas eruditas, ni Montesquieu en sus cartas Persianas, se han fatigado tanto en borrar, poner, transformar, corregir, tachar y alterar la construccion fraseológica, como nuestro aspirante. Escribe una, la tacha, la rompe, la sustituye, y concluye por poner en limpio la que despues de mil limaduras y alambiques le ha parecido mejor, lanzándose á la calle y calculando los medios de hacerla llegar á su destino; lo que al fin consigue despues de haber dado algunos paseos por enfrente de la ventana; trono de la hermosura, templo de las ilusiones y recurso de los enamorados de pacotilla; llamando á un negrito de la casa, y encomendándole la misiva para la *niña* Panchita.

Puede suceder que tambien se la entregue en mano el mismo pretendiente al pasar de perfil por la ventana, lo cual es de muy feliz agüero, pues supone

que ya está la pareja de acuerdo, y ha precedido el *Ecce Epistolam* del demandante, y el *Fiat voluntas tua*; de la solicitada; y ya no resta más que el imprescindible vivo diálogo.

—¿Se ha enterado Vd. de ese papel?

—Lo he guardado.

Porque en efecto lo ha depositado en el archivo que tienen las jóvenes designado al objeto, es decir, en el seno.

—¿Y podré esperar la felicidad de....

—Verémos.... lo pensaré.

Las mujeres suelen decir *verémos*, cuando ven muy claro, y *lo pensaré*, cuando ya está pensado todo. Mas estos principios no son muy conocidos del amante de ventana, y por lo tanto continúa con impaciencia:

—¿Y cuándo podré saber?

—Quiere Vd. saber demasiado.

—Pero dígame al ménos si puedo tener ó no esperanza.

—Se lo diré en otra ocasion.

—¡Ah! sepa yo pronto si debo vivir ó morir.

—Retírese, por Dios; mamá nos observa.

—¿Y cuándo la volveré á ver?

—Mañana, anochecido. Adios, no puedo más.

—Pero ¿puedo esperar su amor?

—Quizás.... ¡Quién sabe.... las pruebas, y el tiempo....

Desde el momento en que la Dulcinea ha pronunciado las anteriores frases, y ha demandado *pruebas* y *tiempo*, ha cambiado la jerarquía del amante, ascendiendo á la clase de meritorio. Mas no creas, pacientísimo lector, que las tales puebas son pruebas legales, con arreglo al Derecho Romano ni al libro de las Pandectas; ni prescriben la previa informacion de testigos. Las pruebas á que ella alude son pruebas semejantes á las que se hacen con el vino catalan, con la sola diferencia de que en estas se experimentan los grados de fuerza del vino, y en aquellas se trituran los quilates de paciencia del meritorio. En cuanto al *tiempo*, no se trata del dios de los Paganos que lleva este nombre, ni del buen ó mal tiempo que puede hacer; pues el amor no es como las funciones de toros, que se anuncian *si el tiempo lo permite:* sino únicamente de averiguar hasta qué extremo puede perder un hombre su tiempo, sin aplicarle la calificacion de *tiempo perdido.*

Decretado de este modo el memorial de nuestro hombre, y elevado al rango de meritorio, se despide de *ella* con un triste y expresivo *adios*, y una lánguida mirada; en la que compone su rostro lo mejor que puede, y se retira aparentando estar pensativo.

Ni Escipion sobre las playas africanas, ni César en el Capitolio, ni Napoleon sobre las pirámides de Egipto, fueron más orgullosos y altivos que nuestro meritorio, al retirarse de su campo de honor; vá á dar cuenta á su amigo del feliz desenlace que ha obtenido, debido á su irresistible mérito. Porque es de advertir que el amante de ventana tiene un amigo, que es á la vez confidente, agente de negocios, consejero y secretario privado. Sin este elemento no habría

verdaderos goces en el amor. ¿Qué puede lisonjear una pasión, á ningun corazón de moda, si no hay á quien contársela? El ingenioso D. Quijote (y torno y vuelvo, por variar, á citarle) decía, cuando buscaba dama: "Si yo, por mal de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí un gigante, como de ordinario sucede á los andantes caballeros, y le venzo, y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviar el presente?" Y nuestro tipo, volviendo la oración por pasiva, dice para sí: "Si yo, por mi bella figura y dotes irresistibles, acometo á una belleza, la enamoro y la rindo, ¿no será oportuno tener un testigo de mi triunfo?" ¡Ah! jóven feliz! tienes razón. Los amantes racionales no saben gozar. Arrojan su corazón á los piés de una mujer, que acaso lo pisa: ó cuando más, tienen momentos de suprema y solitaria felicidad; pero breves y transitorios, que dejan casi siempre una huella indeleble de infortunios tan larga y profunda como la vida. Tú, amante modelo, tú, enamorado y conquistador de oficio, tú gozas cuando piensas, cuando hablas, cuando intentas, cuando ejecutas y cuando refieres. El Jardin de los amores te ofrece todas sus rosas sin una sola espina. ¡Salve, muestra ambulante de la felicidad de los tontos! Yo te envidio. Yo, que aunque por mis pecados me hizo Dios extravagante y feo, tuve sin embargo algunos lancecillos allá en mis mocedades, y te aseguro de buena fé que si pequé (aunque jamás por la ventana) en el pecado fué la penitencia. Y hoy que no hallo mi corazón exhuberante de creencias, temería un *sí* más que un *nó*, porque siempre ví peores consecuencias del *sí* de la mujer que de su *nó*. ¡Feliz aquél á quien dicen *nó*, porque al ménos oye la verdad! ¡Feliz, si no es amante de ventana!

Basta de apóstrofes, y sigamos al meritorio en su derrotero. Vedle, que ya se reune con el indispensable amigo, á quien da parte de lo ocurrido, refiriéndole el *vini*, *vidi*, *vinci*. El amigo, que de paso es tambien su corredor de número, le aconseja con calma y madurez la conducta ulterior que debe de observar; le dá el parabien y le comunica al mismo tiempo otro negocio de igual calidad, en que se cambian las bridas. Es decir, que el amante y su corredor son dos puntales que mútuamente se sostienen y apoyan, y con facilidad cambian de título. El corredor de aquí pasa á ser más allá el interesado, y *vice-versa*, por aquello de "*hoy por tí*, *mañana por mí*," de modo que es una bendición de Dios ver esos dos pimpollitos tan unidos y formando, con el espíritu de asociación que caracteriza al siglo, una poderosa alianza ofensiva y defensiva, escribiendo las cartas de *mancomun et in solidum;* corrigiéndolas y tomando sus disposiciones prévia sesión, de la que se saca su correspondiente acta.

No olvidemos que nuestro D. Narciso Majaderano se halla en la esfera de meritorio, esfera espinosa y difícil, pues en ella corre el protagonista un riesgo á cada momento. Atraviesa situaciones críticas y de prueba; está haciendo méritos ante el tribunal de la mujer, tribunal que muy rara vez falla en justicia; y por último, corre inminente peligro de que ella no se dé por satisfecha en lo que llama *pruebas de amor*; y al menor desliz, perder su gracia, que sólo la reconquistará (y eso aún en duda) después de hacer interminable la adución de pruebas y méritos, y haber pasado por las horcas caudinas. Por último, después de mil súplicas, dos mil plantones y un millón de paseos á todas

horas del dia y de la noche, se da ya por satisfecha nuestra nueva Areopagita, y resuelve en su alta soberanía dar á su amartelado pretendiente el *sí* por entero, *citada la parte para oir sentencia*, y por medio de cédula *ante diem*, y con la concisa fórmula de "Mañana á tal hora," lo cual significa que nuestro tipo va á dejar de pertenecer á la clase de meritorio y á ser elevado al rango de efectivo.

Aquí se me ocurre un ligero episodio. Una meditación filosófica que me está haciendo cosquillas, y no quisiera malograrla dejándola en el tintero. ¡Oh instabilidad de las cosas humanas! ¡Oh ciega fortuna! ¿Dónde estás, justicia y atención á los méritos? ¿Has visto, oh lector, á nuestro amante de ventana desde el principio? ¿has visto y te consta que todos fueron sacrificios, sufrimientos, méritos y *constantes pruebas de adhesión?* Pues á pesar de todo, ¿querrás creer que apénas de cien aspirantes asciende uno á efectivo? Sin embargo, ello es cierto, y más debo decirte para que te admires y te indignes. Generalmente, cuando el meritorio supone llegado su triunfo y coronados sus esfuerzos, es cuando se encuentra ocupada la plaza á que aspira, porque *ha sido dada por alto;* y que otro, sin sacrificios ni esfuerzos, le *ha soplado la dama*, por la sola cualidad de haberle agradado más; dispensándole ésta de ceremonias preliminares, lanzas y medias anatas. ¡Cosas del mundo! Todo en este valle de lágrimas guarda un perfecto nivel. En esto, nuestro tipo sufre igual suerte que otros muchos tipos de nuestra sociedad. El camino para las montañas no son los valles. Los que vemos en humildes puestos, rara vez llegan á las eminencias; los que ocupan éstas, puede casi asegurarse que no pasaron escalas, ni fueron jamás pretendientes ni recomendados.

Pero pasemos á ocuparnos de nuestro amante en *efectivo*, cualquiera que sea su procedencia. Bien sea que haya llegado á este puesto por favor especial, bien que algun milagro de la Providencia le haya traido á él, ascendido por rigorosa escala: el caso es que siempre es el mismo.

Supongámosle en su primera entrevista, y áun á primeras horas de la noche. Pero ya el diálogo tiene un carácter más reservado, y áun si la casa es de dos ventanas, en la una aparece la familia gozando del fresco, y en la otra la pareja, ya de acuerdo. Enumerar las frases de amor que mútuamente se prodigan los contrayentes, sería hablar de la mar, y además, yo nunca lo diría; porque lo creo caso reservado y de conciencia. Tú, pacientísimo lector, figúrate el coloquio del modo que te agrade; pues yo sólo tengo que decirte que su espíritu versa generalmente sobre acordar hoy de la manera que se verán mañana; cuántas veces podrá pasar el amante por la calle, y otras cosas de este jaez: cuyo testimonio prueba que Angélica y Medoro, Pablo y Virginia, Abelardo y Eloisa y los tan celebérrimos amantes de Teruel, son niños de pecho, ignorantes en cosas de amor, y no valen todas sus pasiones una bicoca comparadas con las de nuestra envidiable pareja. Estos pensamientos, asentados y exagerados con tales notas y comentarios que dejan muy atrás á los de César, conducen á él á presentar súplicas, y á ella á vacilar en la concesión, concluyendo por decretar "*como lo pide*," después de una ligera explicación en los términos siguientes:

—Panchita encantadora, dice nuestro amante con almibarado gesto, ¡qué feliz soy! ¿qué hubiera sido de mí, si me hubieras negado tu amor?

—¿Y me amarás siempre como ahora? interrumpe la niña, devolviendo el *tú*, iniciado en su amante.

—¿Puedes dudarlo? ¡ah, me ofendes si tal piensas....

—No lo dudo; tengo la mayor fé en tu amor, y te juro que eres el primero que ha merecido el mio.

Para la conciencia de los enamorados, el jurar en vano es *pecata minuta*. Y aún puede asegurarse, que si bien al segundo amante suelen confesar nuestras bellas que ha existido otro, porque aún están dotadas de cierta candidez; en cambio, todo el que llega del tercero en adelante, no pasa de primero, aunque el número ascendiese á la cuenta del millon y hubiese que hallarle por partida doble.

—¡Ay, Panchita, si aún pudiera yo merecer....

—¿Qué?

—Ya ves. Yo soy amante de la reserva, y á estas horas todo el barrio nos vé. Si pudiéramos conciliar otra....

—Y ¿cuándo? si no me es posible. Estoy tan observada.....

—Pero ¿no podríamos vernos cuando tu familia duerme?

—¡Ay! si los negros duermen en el zaguan.

—Sin embargo, con silencio.... Si tú quisieras.... Está uno aquí tan á la vista.... Y luégo.... por tí.... ¿á qué han de saber?

Así continúa el diálogo, presentando ella dificultades, sólo por el gusto de que él las allane; y por último, acuerdan que ella la noche siguiente tomará sus precauciones para poder verse á altas horas. Esta es, por fin, la capitulación, y ya ha sido concedida la petición del amante.

¡Válgame el diablo, por concesiones, tan perjudiciales á las mujeres como á los gabinetes y ejércitos! ¿Habeis hecho vuestra primera concesión? Pues ya os veo dominados omnímodamente, porque la primera arrastra la segunda.... la tercera y.... la cuarta.

Ya ves, lector amigo, que este amante se conoce á tiro de ballesta que no pasó por las clases inferiores. Si así hubiera sido, ella sería la que presentase el pliego de condiciones, y él lo observaría extrictamente, contentándose con que se viese que tenia amada; para poder decir á los espectadores, al retirarse de la ventana: "Miserables, vosotros no teneis quien os quiera, como yo." Pero nuestro héroe prescinde de esas bagatelas, y marcha derecho al bulto, por lo cual se retira después de haber obtenido el correspondiente permiso de venir al dia siguiente á la hora de más franqueza.

Puntual aparece á la hora citada, y ya la escena se presenta bajo muy distinto aspecto que la noche anterior. Todo yace en silencio; las ventanas de la casa están cerradas, y sólo en el ventanillo de una aparece una sombra blanca, dibujando en la oscuridad un perfil que deja adivinar esbeltos y mórbidos contornos; pero todo velado por una media tinta. En tal situacion, llega el amante, y después de los saludos misteriosos cambiados á *sotto voce*, recibe la bella las gracias por

su generosidad. Reitéranse las protestas de la noche anterior, que bajo éstas ó las otras frases, se reducen á repetir lo mismo que ya está más que dicho y redicho, y á conjugar el verbo *amar* en todos sus modos, tiempos y personas.

Mas como ya hemos dicho que la visitada aparece en un ventanillo que generalmente está alto, y no la descubre mas que medio cuerpo, al amante no le son muy gratas tales medidas de seguridad personal; y la suplica que no permanezca tan separada, pues esto les obliga á levantar la voz á un punto del diapasón, que puede delatarlos. Ella se niega, bajo pretexto de que si abre la ventana, pueden oirlo de dentro, levantarse bonitamente los durmientes y cogerlos *in fraganti;* y además, tiene.... cierta vergüenza de verse casi sola con un hombre.... pues es.... la primera vez de su vida que.... Replica él y torna á replicar ella, y el fin de la réplica es quedar ella vencedora por entónces; puesto que él debe saber que las mujeres lo hacen todo cuestión de calendario, y que aún no ha transcurrido el tiempo marcado por el reglamento para hacer nuevas exigencias.

Yendo y viniendo noches, porque en el amor no hay cosa más socorrida que un dia trás otro, se atreve él á repetir nuevamente la súplica.

—Panchita encantadora, exclama el D. Juan Tenorio de nueva especie, como por introduccion, ¡Qué amada eres! ¿Qué podrias tú pedirme que yo no viese una felicidad en otorgarte?

—¡Ay, amor mio! Gracias; yo tambien....

—Sin embargo, tengo cierto disgusto, porque....

—¿Por qué? ¡Ay! dímelo.

—Nó: no es nada; es una cosa muy sencilla, que me niegas y que no sabes cuánta felicidad me quitas.

—¿Qué puedo yo hacer? Habla.

—Varias veces te he significado el deseo de verte más cerca y contemplar tu hermoso semblante más de lleno. Siempre te has negado inflexible á esta demanda.

—Mira. No vayas á creer que esto es falta de amor. Es que como yo no tengo, como las demás, práctica en estas cosas, soy tímida y....

Porque como tú sabes muy bien, lector benévolo, ninguna mujer quiere ser como *las demás*, y todas son tímidas por.... ignorancia y.... falta de práctica.

—Ello es, exclama él con acento y rostro compungido, que me niegas....

—No, chinito; no es por tí, pero.... si me viesen.... mira.... creo que me moriría.... y la ventana hace ruido....

—Y ¿no podré esperar jamás contemplarte más de cerca?.... ¿Por qué me has de negar una dicha fundada en causa tan inocente? No pueden oirte.

—Bien, otra noche, que yo prepare á la mulata.

—¡Bravo! dice él para sí. Esto es ya aplazar.

En efecto. Aplazar es en la mujer casi lo mismo que conceder. ¡Segunda exigencia! ¡Segunda concesión! La cosa marcha. A la noche siguiente ya ha

desaparecido el estorbo de la madera, y no divide á la enamorada pareja más que los hierros.

Es de advertir que á tales alturas, ya han precedido las dádivas de costumbre. El gadejo de pelo; el *indispensable* cambio de retratos y todas esas frioleras, que si faltasen, creerian los amantes que estaban muy distantes de amar como Dios manda.

Pero como la ventura es quimérica en este pícaro mundo; y las dos hermanas inseparables, doña Fortuna y doña Desgracia, se entretienen en divertirse con el género humano, (que más valiera que se divirtieran en contar cuentos ó en amar por la ventana) quieren dar un susto al *feliz mortal*, y acordarle la realidad en los momentos de su mayor ilusión. Para este objeto, el Diablo, que todo lo enreda, y siempre anda suelto y sin dormir, dispone la inoportuna aparición de una oscilante luz, que al irse aproximando no deja ya duda de su causa. Tanto más cuando *incontinenti* se proyecta en la pared una sombra casi de forma cúbica. El oscilante resplandor de la luz se aproxima cada vez más, y á cierta distancia deja ver la forma esférica del Sereno, que (como tú debes haber adivinado) es el nocturno centinela, consuelo y tranquilidad de los que temen devolver de noche lo que hurtaron de dia; perseguidor de los niveladores de fortunas (vulgo rateros); espanto y sobresalto de las bellas y enamorados de ventana. El Sereno, luego que se halla á tiro de voz, y ha precedido el reconocimiento de la campaña, haciendo blanco de los rasgos de la luz las caras de los amantes, que las ocultan lo mejor que les es posible, prorumpe en el siguiente apóstrofe:

—¿Qué hace Vd. aquí á estas horas?

—Señor, tomar el fresco.

—Esta no es hora de tomar el fresco.

—Muy bien. Mañana lo haré á las doce del dia.

—Váyase Vd. á recoger, y cerrar esa ventana, ó doy aviso á la casa.

La órden es terminante. ¡Ay, amor! Tu sublime poesía sufre esta vez un ataque rudo de la prosáica vigilancia nocturna. Y tú, implacable Sereno, sin duda no has amado, cuando tan sin piedad destrozas dos corazones unidos por los vínculos de las simpatías. ¿Por qué los persigues? ¿No oyes los quejidos de una parida en aquella casa, que anuncian un sér más en el mundo? ¿No ves aquél velorio en aquella otra, que indica uno ménos? Pues deja algun lugar á la felicidad entre la vida y la muerte.

El amante fluctúa entre el iman de su amada y el inexorable Sereno. Se convence de que no le vale echarlas de guapo, y opta por retirarse.

Hé aquí lo que es el *Amante de ventana*, tal cual yo he creido observarle. Lo que te suplico, lector amigo, es que si casualmente hallas algun parecido en el retrato, no vayas á creer que yo hablo por experiencia propia, tanto más, cuanto que sería adoptar una costumbre que condeno. ¿Los padres de familia suponen acaso que con tener á la mujer en absoluta reclusión la moralizan? ¿Creen hallar un inconveniente al permitirlas la sociedad con el otro sexo decorosa y pública? ¿El temperamento de la mujer podrá jamás ser dominado por ese nimio é infundado rigor? No, por cierto. Si no penetra en la morada de la mujer,

el hombre que en calidad de amigo mañana puede ser amante, ella le acercará al redil; ella burlará la opresora vigilancia, y un barrio entero estará informado de las inclinaciones de una mujer, y llevará la alta y baja de sus amantes.

Concluyo con referir una experiencia, en la que atestiguo con todos los hombres que hayan visitado paises. En todos ellos he visto la mujer, más ilustrada, mas digna, más moral, ménos frívola, con más alta idea de sí misma, más convicción y noble orgullo, cuanto mayor ha sido la libertad filosófica, consideración social y confianza moral que ha merecido. Ya oigo algun filósofo de reata, que dice indignado y asombrado: ¡Vírgen santa! ¿Qué sería la mujer con tales elementos? Nos dominaría, y el hombre quedaría hecho su siervo.—A eso te digo, que tambien te domina hoy sin ellos, y será excusado que lo niegues, porque á mí me consta. De cien senadores, noventa votos son de las senadoras; de cien ciudades, noventa son regidas por las gobernadoras; de cien regimientos, noventa son mandados por las coronelas. Es imposible sustraerse al influjo de la mujer. Pues si han de mandar de todos modos, enseñad diplomacia á las senadoras; economía política y gubernativa á las gobernadoras, y ciencia militar á las coronelas; y al ménos, ya que mandan, mandarán ménos mal.

Doctor Cantaclaro.

UNA COTORRA.

Pacorrita, mi vecina,
Una cotorrita tiene,
Y la ha puesto en la cocina,
Porque siempre á hablar se inclina
Lo que ménos la conviene.

Y es bastante necedad
De la niñita Pacorra
Proceder con tal crueldad,
Porque la pobre cotorra
Dice siempre la verdad.

La referida muchacha
Es de buena condición,
Es en extremo bonacha,
Y es dulce su corazón
Lo mismo que remolacha.

Cuando la cotorra tal
De *fuerte* rompe su charla,
Yo me siento en el portal
De mi casa, y es cabal
Mi placer al escucharla.

La conducta de la niña
Atrozmente vilipendia,
Porque hoy, entre gresca y riña,
Quien guardar debe la viña,
Ese la roba y la incendia.

Se pregunta ella mismita,
Ella misma se responde;
Y haciéndose inocentita,
Dice á veces la maldita
Lo que más la niña esconde.

Y no crean mis lectores
Que aquí hay nada de invención.
Son de la cotorra flores,
Que esparce á los amadores
Con la más sana intención.

Aquella infame cotorra,
Con su corcobado pico,
Tan constante en su camorra,
Dice siempre de Pacorra
Lo que en seguidita explico.

—¿Cotorrita, y tu señora?
—Ella está en su tocador,
Y un hombre, que la enamora,
Con muchísimo primor
La está pellizcando ahora.

¡*Cácala*, perro borracho,
¡*Cácala*, perro maldito....
Pacorra tiene un muchacho
A quien luego sin empacho
Suele darle su besito.

Uno, dos, y otro después....
—El beso para el marqués
No te se olvide, cotorra:—
Todas las noches Pacorra
Besa dos hombres ó tres.

Vamos, Perico Maleta,
Toca pronto la trompeta....
¡Tu.. tu.. tu!.. Hola, Don Juan!
Vuélvase que está el poeta
Con Pacorra en el zaguan.

—Daca ese piojo, perico;
¡Qué rico piojo, qué ri..i..co!..
Déjame ver si lo cojo.—
Mi señora tiene un chico,
A quien luego pide el piojo.

—Y Pacorra?—Está cantando.
—Y tu dueña?—Está comiendo.
—Y la niña?—Está bailando.
—Y tu ama?—Está durmiendo.
—Y la bella?—Anda paseando.

—¿Y con quién?—Con unos cuantos
Que ella misma convidó.
—Tiene muchos novios, nó?
—Sí, señora; tiene tantos
Como plumas tengo yo.

Y prosigue de este modo
La cotorruela malvada,
Y en su charla endemoniada,
Lo más mínimo de todo
Nos le saca á la colada

Pero basta de camorra,
Que ya mi mente se empacha,
Y lo cierto se me borra;
Si es perversa la cotorra,
¿Qué tal será la muchacha?

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.

(El Cucalambé.)



Landaluze Dibujó. Fototipia Tareira.

LOS MATAPERROS.

EL MATAPERROS.

Sabido es que la educación es principal elemento de la verdadera felicidad humana; esto es, de la felidad comprendida como todo hombre civilizado la comprende; sin considerarla únicamente como fuente de goces materiales y medio de satisfacer toda clase de deseos, sino como base en que estriba la tranquilidad del ánimo y la quietud de la conciencia.

Esta felicidad en que todos soñamos y que todos deseamos alcanzar, echa sus primeras raices en nuestro corazón cuando el riego de saludables consejos y buenos ejemplos que en la infancia nos dán nuestros padres, es abundante hasta poder lograr que se arraigue bien la planta bendita, que al fructificar en nuestra madura edad, debe darnos firmeza para marchar rectamente y consuelos para derramar en el alma de los desgraciados. El hombre que es feliz, en el sentido que damos á esta palabra, es indudable que en sus primeros años tuvo padres ó allegados que se interesaron en hacerle poseer ese caudal inagotable de bienes que se adquiere en esa *educación* llamada doméstica: y el hombre más rudo, el más desprovisto de luces naturales, conoce instintivamente que debe educar bien á sus hijos, y que el respeto que les infunde hácia la religión y á sus mayores, debe en algún tiempo proporcionarles consideraciones y bienestar. Pero sucede á veces que la naturaleza dota á los padres de mal carácter, de la infáusta indolencia ó de poco afecto hácia su descendencia, ó bien á los hijos de carácter incorregible y perverso y de génio díscolo é inobediente. Otras veces una prematura orfandad sume á los niños en el desamparo, y ocasiones hay en que la necesidad del padre de mantenerse asíduo en el trabajo que proporciona los medios de subsistencia, y la falta del ojo avisor y del tierno corazón de la madre, abandonan al hombre en su niñez á sus propios impulsos é inclinaciones, y se vé crecer sin recibir ninguna educación. Todas estas situaciones ó circunstancias le son fatales si no encuentra una alma piadosa que dé asilo y entrada en su corazón á un generoso sentimiento de compasión, y la acoja benigna para proporcionarle alguna instrucción. La educación doméstica, es claro, no se recibe sino en casa, en el seno de la familia, de mano de los padres ó de los que hacen las veces de tales; pero en su defecto, puede en algun modo la

instrucción revelar al hombre sus deberes respecto á la sociedad; y además, es indispensable que el estudio, aclarando sus potencias, le dé á conocer las obligaciones que contrae con sus semejantes al reunirse á ellos.

El que, sin recursos de ninguna especie, se halla comprendido en alguna situación de las expuestas como fatales al porvenir, pasa á formar una especie de hombres desgraciados, que en todos los paises se encuentran y que en todas partes son despreciados. Diversos son los nombres que se les dán, según la edad que tienen y el oficio á que se dedican en su juventud, y adviértase que siempre son estos oficios perjudiciales á la sociedad. En Cuba los llaman, desde los ocho años en que empiezan sus fechorías infantiles, hasta los diez y seis en que varían de rumbo, *mataperros*.

De esta clase de hombres, y considerándolos en su primera edad, es de la que paso á ocuparme.—Voy á encerrar en reducido cuadro, este tipo, que es uno de los más notables de Cuba. Aunque no es ni hermoso ni fino, bien conozco que se necesita mano segura y buen pincel para que la verdad resalte y guste el colorido, hermoseando la figura, como sucede en un mendigo haraposo pintado por Murillo. Pero aunque no puedan mis esfuerzos lograr esto, trataré por lo ménos de presentarlo cual lo conocemos y cual lo he llegado yo á comprender.—Con lo dicho basta para que el lector sepa el objeto que le ofrezco y de dónde toma orígen.

Sabido ya que el mataperros no ha recibido ninguna educación y que no tiene sujeción de ninguna clase, naturalmente ocurre que debe tenerle antipatía á las escuelas, y efectivamente, es enemigo acérrimo de ellas, como asimismo de todo cuanto pueda ponerle barreras. La calle es su elemento favorito: es infractor de cuantas órdenes emanan del gobierno respecto á policía; nada como un pez, pues raro es el dia que no se dá un baño en el mar; siempre anda súcio y mal vestido y á veces descalzo y sin sombrero. Esto es señal de pobreza que no puede tomarse como infalible, pues muchos infelices desprovistos de fortuna se ven obligados á recorrer las calles mal vestidos y súcios, aunque no sean *mataperros*, aunque tengan quien mire por ellos y quién se interese en que sean honrados, aunque pobres.

Los comisarios de barrio le dán siempre caza, pero regularmente sabe evadirse muy bien de sus persecuciones, y si le oyen un momento, se disculpa á las mil maravillas y queda por inocente: es perseguidor de todos los animales que se encuentran á su paso, pero tiene una preferencia muy marcada hácia los perros: el que pasa á su lado lleva de seguro un buen porrazo, y al contrario del loco de Córdoba, de quien nos cuenta Cervántes en el prólogo de la segunda parte del Quijote, que á causa de un escarmiento creía que todos los perros eran podencos, no le hacen perder la costumbre las reprimendas y golpes que suele llevar de los dueños, pues tiene gran confianza en la lijereza de sus piernas. Vive generalmente en comunidad ó en *partidas*, como llama á sus reuniones, quetienen lugar en algunos barrios de la ciudad, y así dicen: yo soy de la partida de las *Canteras*, y otro se enorgullece con pertenecer á la de los *Joyos*.

El malojero, el ciego que pide limosna, el negrito que vá tranquilo á su mandado ó la devota que sale muy despacio de la novena, todos sufren algo de la diabólica inventiva del mataperros: en fin, es perseguidor de cuanto no es él mismo. No tiene hora fija para sus excursiones y fechorías; sin embargo, la noche es su más propicia y encubridora patrona: de noche es cuando despliega todo su génio inventor de cuanto hay malo. Su olfato, más fino que el del animal de quien es enemigo, le dá á conocer con anticipación todos los *bailecitos*, bautizos, entierros y ejercicios militares: vá á los primeros con intenciones de deshacer la reunión, y para lograrlo, ataca á los espectadores por una parte muy sensible, por la nariz; le sirve para su intento el asafétida ó la raiz de aroma, y para él es una gran diversión ver huir á *los mirones* con las manos en las narices. En los bautizos siempre trata de apoderarse del hisopo, de la vela ó del salero, para pedir *el medio*, y si no lo consigue, ya puede encomendarse el padrino á todos los santos, pues hasta la casa del ahijado le van persiguiendo sus gritos y sus silbidos: en los entierros se divierte en doblar á los muertos: el mataperros es el Cuasimodo de la iglesia más cercana á su casa. Pero sus diversiones favoritas son los ejercicios y fiestas militares. ¡Contraste raro! Tiene el mataperros el carácter más independiente y más enemigo de sujeción, y al mismo tiempo la más decidida afición á todos los actos militares, de los que la disciplina más rigurosa es el primer móvil, llevándole esta afición hasta el extremo de organizar militarmente sus partidas. Las de los barrios opuestos tienen á veces sus desafíos, y en campal batalla deciden sus contiendas á pedradas y garrotazos, sólo por sostener el honor del barrio á que pertenecen: estos encuentros son encarnizados, y los heridos y contusos son los que pagan cuando la llegada de algun comisario pone en precipitada fuga á los terribles contendientes. Otras veces el combate es singular y se efectúa entre los de más nombradía y fama que poséen las partidas, á los que se les dá el nombre de *gallitos*, tal vez por lo dispuesto que siempre se hallan á pelear: el buen ó mal éxito de estos encuentros acarrea respeto á los vencedores, pero no humillación á los vencidos, que vuelven á probar fortuna cuando *refrescan el golpe*.

Otra afición tiene muy marcada el mataperros, y es á la música; regularmente tiene buen oido, y apénas oye una contradanza, un paso doble, un vals, *los coge* y los silba perfectamente; de aquí sacan un gran recurso en su mocedad para pasar alegremente las noches de correrías, pues son pocos los que no aprenden á tocar algun instrumento, aunque sea de *oido*.

Además de las cualidades que he apuntado, resaltan en él muchas otras que por no ser primordiales y por temor de cansar, paso en silencio.

Llámanse comunmente travesuras todas las acciones ruidosas causadas por el génio vivo é inquieto de los muchachos: muy naturales son en la impubertad esas acciones que á veces mueven á risa; peculiar es de esa edad en que ningún pensamiento sério ocupa la imaginación, en que la salud y robustez, la fuerza y el vigor de la vida, los hacen casi una necesidad, esos juegos de ejercicios violentos, esas emboscadas con que se complacen en burlar á los que pasan por donde ellos están; pero cuando la perversidad del carácter, el abandono de los

padres ó cualquiera otra causa hace á un niño cifrar su única dicha y tener por sóla ocupación la holganza, las diversiones peligrosas; cuando el poco amor al estudio, que á casi todos es general, no se despierta en él por medio de la emulación ó de otra manera diferente; cuando sólo vive en la calle; cuando *pegar pajaritos* y *pelear gallos* es su único pasatiempo, entónces ya este muchacho es un mataperros, es un perdido, que ninguna utilidad puede proporcionar á la sociedad, y que engolfándose más y más en el piélago de sus vicios, acabará tal vez por perecer en un vergonzoso patíbulo.

Apénas entra en la pubertad el mataperros, ya sabe muy bien cuáles son las reuniones de los jugadores, siendo éstos sus únicos compañeros. Sabe *fincar* los dados muy bien y conoce perfectamente el manejo de las cartas de *pega* y las de *marca*. Ninguno de los tenebrosos misterios del tahur se le oculta: todos sus hábitos se los apropia; su sólo oficio es unirse al que gana para *cobrar su barato*, y vender á *poncala* lo que algún incauto le fía: es un *rayo*, ente despreciable, planta parásita que se apoya siempre junto al que gana, y que incesantemente perseguido por el vicio, es víctima infelíz del abandono de su infancia, y anda siempre ocultándose de la justicia y sumido en inmundos lupanares, en despreciables garitos y en compañía asquerosa. El repugnante vicio le arrastra á la senda peligrosa del crímen, y llega el dia en que se vé perseguido y es arrancado del seno de sus placeres nauseabundos, cuyo hábito ha adquirido en medio de sus criminales compañeros.

En medio de esta gente se encuentran hombres dotados de talento natural, que, bien cultivado, hubiera dado frutos útiles; esos hombres hubieran tal vez sido notables si se les hubiese educado bien.—En los paises sumidos en revolución, en las grandes ciudades en que las proporciones se presentan y abundan los recursos, si se aposenta la ambición en el corazón de algunos de ellos, cuando no están enteramente depravados, se apartan del camino que seguían, y con atrevimiento y buena suerte, llegan á ser célebres.

La fatal preocupación que existe entre nosotros de que los blancos no se dediquen á un oficio, es causa de que abunden los *rayos*, y de que, al crecer el mataperros, se encuentre en su oscura esfera, rodeado de entes que le pervierten y le afilian en sus sectas perjudiciales y asquerosas.

Así, pues, la especie del mataperros es un plantel de hombres de malas inclinaciones, de hombres perjudiciales á la sociedad, de hombres degradados. Las escuelas públicas son un medio de evitar la abundancia de esas gentes.

El que quiera reconocer el tipo que he tratado de pintar, paséese de noche por alguno de los barios apartados del centro de la ciudad, y él se le presentará; repare los dias de procesión esa caterva que corre armada de ramas detrás de las vendedoras, gritando con atronadora voz el indispensable *chichijó*, y le conocerá; y el que por casualidad se encuentre con el presidio y note algun criminal que, sin avergonzarse de su pública expiación, le pide una *cosita*, puede asegurar que aquél hombre fué en su infancia un mataperros.

José Joaquin Hernandez.

EL MÉDICO DE CAMPO.

.... Yo receto
Todo cuanto me dá gana.
.... Es ventaja
....
De un médico, ser lijero
De manos, caiga el que caiga:
Porque un hombre se acredita,
Los parientes no se agravian,
El boticario se alegra,
Y el muerto no habla palabra.

(D. Ramon de la Cruz).

Bonitos artículos *salen* de los médicos de todas partes; pero hay el inconveniente de que puedo enfermar mañana, y me pongan los médicos por haber escrito los tales artículos, *in artículo mortis*, lo cual no es muy agradable. Todo lo más que puedo hacer, supuesto que quieres, lector, tener una idea del que recorre nuestros campos, es darte ciertas apuntaciones, escritas nada ménos que por un indivíduo de la profesión, grande amigo mio, y que con declarar que se llama don Desiderio Tumbavivos, no tengo más que decir para encarecerlo, y para que tú y todos vean si es ó no es persona digna de fé. Puedes, pues, disponer de estas apuntaciones como mejor te cuadre; aunque sea poniéndolas en letras de molde; y yo salvo mi responsabilidad, pues si hay algo en ellas que no agrade á un hijo de Esculapio, allá se entienda con otro hijo de Esculapio que las escribió de su puño y letra. Además, si me decido á entregarte el manuscrito en cuestión, es porque se deduce de él, que un médico de campo es propio para figurar en un artículo de costumbres, no tanto porque él se empeña en ello, cuanto porque á la fuerza hacen que lo parezca las gentes á quienes ha ido á dedicar sus servicios. Y esto es todo lo que diría yo mismo si fuera á disculparme de tomarlo por sujeto de mis pobres observaciones. Así, pues, haz, lector, de los papeles lo que te plazca.

—"Luego que recibí mi título de licenciado y pude, parapetado con él, salir con mi cara lácia á hacer lo que indica mi apellido Tumbavivos, creí que lloverían los enfermos sobre mí, ó con más exactitud, que llovería yo sobre ellos. Pero pasaron dias y dias sin que un cristiano me llamase, por lo que imaginé dos cosas: ó que el pueblo se había asustado con la noticia de haber un médico nuevo, y no enfermaba nadie, temeroso de caer en sus manos, ó que mis cofrades más antiguos habian monopolizado todos los faltos de salud. Fuése cualquiera de ámbas cosas, (y yo me inclinaba á adoptar las dos), lo cierto es que por mi causa, aún no se habian tañido las campanas, y eso que no me faltaban conocimientos, ni práctica de hospitales. Bien es verdad que á los que mueren en éstos no se les dobla.

"Ello, consideraba yo ser muy triste haber pasado parte de mi florida edad yendo diariamente á las áulas á divertirme con mis compañeros, á arrojarles migajones de pan, y á oir lecciones que las más de las veces no comprendía, todo por obtener después de tantos afanes una profesión, y que ésta me viniese á fallar. Con que viendo que la ciudad no era para mí, decidíme yo á ser del campo.

"Salí, pues, un dia de mi casa, no á hacer aquella obra que en todos, ménos en el médico, es obra de caridad: la de visitar los enfermos. Yo no los tenía, y cuando el médico no tiene enfermos, fuera mucho exigirle que los visitase. Iba á verme con un señor amo de ingenio, gordo y sano, que necesitaba un facultativo en su finca, y á quien se me habia recomendado.

"Pocos dias después ya estaba yo en el ingenio *Concurso*, de la propiedad de don Próspero Débito, y ubicado en uno de los mejores y más ricos partidos de esta jurisdicción. Tuve mi sueldo, la comida y una criada á mi disposición, que era en una pieza lavandera, cocinera, costurera y cuanto más yo quería. Dejóseme además en libertad de *igualarme* en las fincas cercanas, y acudir adonde me llamasen. Instalado en la habitación que se me destinó, lo primero que hice fué colocar contra la pared cuatro ó seis listones de tabla á guisa de anaqueles, para plantar en ellos mi biblioteca, compuesta de las pocas, pero clásicas obras que á continuación se expresan. *Patología* de Roche y Sanson, *La Religiosa*, *Formulario* de recetas; tomos segundo y cuarto de *Gil Blas de Santillana*, *Fisiología* de Richerand, *Poesías* de Iglesias y un *Tratado de botánica* aplicada á la medicina. Con ayuda de tan buenos libros, era poco ménos que imposible verme perplejo, áun cuando se me presentara un caso de enfermedad más nuevo y extraño que los que se ven en el tomo de cartas inventadas y publicadas por Le-Roy, ó en los "atestados" donde vienen envueltos los pomos de zarzaparrilla, las cajas de píldoras de Morison ó Brandreth, y otros medicamentos.

"Pasaré por alto cómo los primeros dias de mi permanencia en la finca, teniendo poco que hacer, me dí á coger mariposas, de lo que no me avergüenzo cuando recuerdo que todo un emperador romano se entretenía en cazar moscas, y eso que no estaría tan desocupado como yo. Tampoco quiero hacer mérito de las terribles exigencias del *mayoral*, quien al anunciarme haber un nuevo

enfermo, me decía: "Fulano ha caído malo, póngalo usted bueno pronto, que me hace falta"—como si estuviese en el médico curar en un tiempo dado, aunque algunos lo han querido hacer creer. O cuando me echaba fuera á los convalecientes, ó cuando se tomaba la libertad de aplicar otros medicamentos que los prescritos por mí.

"Cuando vino D. Próspero á visitar su finca, preguntó á este mal hombre, qué tal lo hacía el licenciado Tumbavivos.—Los *tumba*, señor, respondió él: este año hemos tenido más muertos que el pasado.—Afortunadamente, mejor informado el amo, supo que de cinco descendientes de Cham, que habían sido enterrados, los tres debían su muerte á accidentes fortuitos: de modo que á todo tirar, sólo dos muertes pudieran achacárseme, lo que en más de cuatro meses, era bien poco para un facultativo que ha tenido tan buenos estudios como yo.

"Detendréme un poco tratando de mis correrías fuera del predio donde estaba asalariado, porque ellas son las que constituyen al verdadero médico de campo. Y debo aquí advertir que no es una regla general que todo facultativo que espolea caballo por esos caminos reales ha de ser médico de una finca. Bien sé que los hay propietarios, pero saliendo de casa, todos son iguales.

"El primer enfermo para quien fuí llamado no parecía atacado sino de un fuerte catarro, por lo que me limité á ordenarle un sencillo cocimiento de flor de borrajas y prescribirle que se abrigase. Pero cuando al siguiente dia pasé á hacerle mi segunda visita, salió á recibirme uno de la familia, y me participó que habiéndose llamado á otro facultativo, excusara volverme á molestar.—Pues no había yo de volver? pregunté.—Ya! pero como usted no recetó.—Y si no era necesario?—Siempre es preciso recetar cuando hay enfermo: tome usted.—Y poniéndome en la mano lo que juzgó deberme pagar, se despidió de mí.

"Dígame si no era muy natural que volviéndome yo medio mohino á mi casa, hiciese estas reflexiones.—La medicina es la que ha de darme á mí lo que busco, y esta gente me indica el camino que debo seguir. Debieran agradecerme que no les hiciese gastar dinero, y que les evitase la incomodidad de correr cuatro leguas y reventar un caballo para ir á la botica en busca de una medicina que en mi concepto no era necesaria; y léjos de eso han atribuido á ignorancia la buena obra de no haber recetado. Pues recetaré siempre, y me daré un aire de importancia de todos los diablos: quieren ser deslumbrados, los deslumbraré: quieren no entender al médico, no me entenderán. Ya dijo Lope de Vega que cuando el vulgo paga, justo es complacerlo; yo complaceré á este vulgo del campo, pues él es quien me paga, y si llega á hacerse natural en mí la pedantería á que recurro como medio para medrar, no me culpen, por Dios; sino culpen á estas gentes entre quienes me veo.

"Poco tuve que esperar para poner en planta mi resolución. Algunos dias fuí llamado con gran urgencia para asistir á un pobre labrador cargado de años y de familia. Acudí, pues, con la precipitación que demandaba el caso, y al llegar á su habitación, pude ver diez ó doce individuos que me aguardaban con la mayor ansiedad. Todos eran hijos y nietos del enfermo, y en sus semblantes ví pintados el dolor y la consternación. Eché pié á tierra, y entrando

en la casa, una mujer anciana, esposa del enfermo, me condujo al aposento de éste. Hecho el correspondiente exámen y las preguntas necesarias, conocí no haber más que una violenta indigestión; pero me guardé muy bien de decirlo.

Salí á la sala, y todos fijaron sus ojos en mí como si quisieran adivinar lo que pensaba yo del enfermo y de la enfermedad. Dirigiéndome á las mujeres, hablé así:

—Encuentro al paciente bastante abatido: el pulso no está *isocrono*, la lengua se halla *fulijinosa*, la respiración algo *luctuosa*, hay su calorcillo *mordicante* en la piel, y hay *tialismo*, ó sea salivación: todo lo cual me indica que ese hombre está enfermo, y por eso me han llamado ustedes. Mas á pesar de los *síntomas* que se me han presentado, no me aventuro á formar el *diagnóstico*, y no puedo decir si ese señor padece de una *peritonitis* ó de una *gastro enteritis*, pues son dos enfermedades éstas, que se parecen como dos gotas de agua. Pero traten ustedes de contestar á mis preguntas y saldrémos de la duda.

—Ha tenido calofríos el enfermo?

—Sí señor; respondió una de las muchachas que parecía más avisada.

—Bien! y ha tenido dolor en el *abdómen*?

—En dónde, señor?

—En el vientre, niña.

—Ah, sí señor.

—Bien: y fué dolor *lancinante*, *vivo*, *punjitivo*, *ardiente*, *circunscrito*, *extenso*, *fijo* ó *superficial?*

—Todo puede haber sido; pero el enfermo se quejaba, y eso denota que era fuerte.

—Bien dicho. Pues señor, es *gastro enteritis*, y si viene Hipócrates, que no vendrá, y les dice á ustedes que no es *gastro enteritis*, digan ustedes de mi parte á Hipócrates que es *gastro enteritis* y que se vaya á paseo.

—Bien, señor, ¿y cómo se cura ese *gato enterito*?

—Ya verémos. ¿Qué método quieren ustedes que siga con el enfermo? El método debilitante, ó llámese *antiflojístico*, ó el fortificante, ó sea *tónico*, ó el *contra-estimulante*, ó el *revulsivo*? La *Terapéutica* no rechaza ninguno, y cada cual tiene por partidarios sapientísimos autores.

—Lo que nosotros queremos es que el enfermo se ponga bueno.

—Y es cosa muy natural.

Figúrese cualquier cristiano amigo de observar contrastes, qué parecería un hombre, hablando, como dice Iriarte, en un estilo tan enfático, en la saleta de un miserable *bohío* formado de estacas y embarrado; donde todo demostraba la miseria y la desidia, y donde alternaban las personas con los perros, y los cerdos y las aves domésticas; y cómo sonarían mis técnicas frases en los oidos de una pobre gente, de todo punto ignorantes, y acostumbradas no más que á cabar la tierra y coger su poca ó mucha cosecha de maíz ó de patatas, ó á dirigir una enorme carreta por entre cangilones y lodazales. Pero yo había visto que esta gente no creía en el saber del médico, si cuando hablaba lo comprendían, y así es que hablé para que no me comprendiesen, haciendo al mismo tiempo la

triste reflexión de si sería cierto que en la ajena ignorancia estriba y está la piedra fundamental de una ciencia tan sublime como la que profeso.

Prescribí algunos remedios; pero recordando que si no recetaba perdía fama y dineros, pedí recado de escribir, que fué necesario corriese un muchacho á escape en el mejor caballo, á buscarlo á la taberna, distante de allí un cuarto de legua. Hé aquí mi receta, y es la misma que usé en todas las ocasiones que consideré no haber necesidad de medicinas, y persuadido de que no podía resultar en perjuicio del paciente, como ha de verlo quien estas apuntaciones lea.

RPE.—*Sacari albi . . . . . unciam*
Aquæ distilatæ. . libras duas.
Misce et addes y syrup rosat q. s. ad colorem.

LIC. TUMBAVIVOS.

Póngola en castellano en obsequio de mis colegas que ignoran el latin, que no son pocos.

RECETA.—*Azúcar blanco. . . . una onza.*
Agua destilada . . . dos libras.
Mézclese y agréguese sirope rosado en cantidad suficiente para que tome color.

—Esta, dije, es una bebida coloradita y que surte siempre los mejores efectos: se darán al enfermo tres cucharadas cada dos horas: teniendo especial cuidado de que no se mueva y de hacerla tibiar ántes.

Mi enfermo se restableció, yo quedé acreditado. El boticario, viendo que nueva y poco costosa medicina entraba en el reino de la farmacopea, se hizo lenguas de mí, y confieso que no poco le debo. Todos quedaron contentos, y más que todos yo, que me propuse continuar por una vía tan fácil.

De tal manera, que habiéndome llamado después un pobre hombre para que viese á su mujer, que á los dos dias habia de estar buena y sana sin ayuda de médico ni medicinas, por no tener más que un simple constipado, tuve con él el siguiente diálogo.

—No encuentro en la enferma ningun signo *patognomónico*: pero observaré los otros. Antes de todo, dígame usted si tiene *anorexia?*

—Cómo, señor?

—Quiero decir, si tiene falta de apetito.

—No señor.

—Y ha comido cola de pescado?

—Qué pescado del diablo, si nunca lo catamos!

—Pregúntolo, porque habiendo comido cola de pescado, pudiera estar atacada de una *colitis* simple, pero quizás sea su emfermedad una fiebre *gástrica*, ó para que usted me comprenda mejor, una *gastro duo denitis*: y me lo hace creer la circunstancia de que vivimos en clima cálido; si viviésemos en pais frio, diria que era una *gastro entero colitis*, ó séase fiebre mucosa: auque debo advertir á usted que no todos los autores convenimos en que la *gástrica* y la *gastro duo denitis*, la mucosa y la *gastro entero colitis*, sean enfermedades idénticas. De todos modos, lo que á usted le importa, es que sane su mujer.

—Sí señor.

—Pues vamos á examinarla de nuevo.

Héchololo así, volvíme al pobre marido, que aún no sabia lo que por él pasaba; y que á pesar de ello, estaba contentísimo por no haberme comprendido, y le dije:

—No es más que una *bronquitis*, y ya nos ayudará la patología á echarla fuera. Yo he asistido este invierno á diez individuos atacados de esa *flegmasía*, y he tenido la fortuna de que sólo nueve se me han muerto. El método que sigo en estos casos es infalible.

Dispuse un buen sudor de violetas para la noche, que era lo que habia de curarla; pero dejé mi receta para que diesen á la enferma dos cucharadas de la bebida cada hora, durante el dia.

Una mujer envió por mí, porque habiéndose una niña suya magullado un dedo al cerrarse una puerta, le sobrevino un tumor que llegó á tomar un aspecto algo feo.

—No es nada, señora, la dije; seis casos he tenido de niñas que se han machucado el dedo y todos han terminado bien. La causa de este accidente parece provenir de que, teniendo una niña puesta la mano en el marco de una puerta, se cierra ésta de golpe y la pilla el dedo. La estacion contribuye á hacerlos frecuentes, pues los vientos nortes que reinan tienen las puertas en contínuo movimiento si no están bien atrancadas.

La lanceta libertó á la niña de aquella incomodidad; mas para completar la curacion, receté mi bebida, con la diferencia de que pedí doble dósis, y dispuse la diesen toda la botella de una vez, seguro de que habia de agradarla.

Seis años pasé en el campo; al cabo de los cuales, con el buen nombre que habia adquirido, y más que todo, con algun metálico, pude volver á establecerme en la ciudad, donde, como lo saben todos, soy uno de los más afamados facultativos. ¿Débolo á que he continuado el sistema que adopté en el campo? ¿débolo á que me hallo en disposicion de presentarme con cierto lujo, y sea un hecho que un talento mediocre, si puede ostentar, consigue más que el verdadero sábio, á quien tienen arrinconado su pobreza y su timidez?—Cuestiones son estas que no trato por ahora de aclarar, ni quizás trataré de aclararlas nunca."

—D. Jeremías.

—Amigo editor.

—No veo inconveniente alguno en que publiquemos estas apuntaciones que acabo de leer. Primero, porque es un médico quien habla; segundo, porque al fin y al cabo, la pintura que él hace de sí, está muy léjos de convenir á todos los facultativos del campo, y mucho ménos á los de la ciudad, siendo cierto que alguno conozco yo, muy dignos del público aprecio, que honran su profesion, se desvelan por aliviar á la humanidad doliente con aquella cristiana caridad que nadie tanto como un médico tiene ocasión de practicar, y procuran desvanecer los errores del vulgo, en vez de hacer que se arraigen más, y y tercero, porque los pocos que se parezcan al licenciado Tumbavivos, bien merecen una leccioncilla inocente y festiva.

—Ya he dicho á usted que haga en ello lo que mejor le parezca, y quede usted con Dios.

J. M. de Cárdenas y Rodriguez.

EL AMANTE RENDIDO.

Por la orilla floreciente
Que baña el rio de Yara,
Donde dulce, fresca y clara
Se desliza la corriente;
Donde brilla el sol ardiente
De nuestra abrasada zona,
Y un cielo hermoso corona
La selva, el monte y el prado,
Iba un guajiro montado
Sobre una yegua trotona.

Jóven, gallardo y buen mozo,
A su rostro esa ocasión
Daba lánguida expresión
Su negro y naciente bozo:
Un enorme calabozo
Puesto en el cinto llevaba,
Y miéntras que contemplaba
Los bellos ramos de flores,
Sus mal gozados amores
El infeliz recordaba.

Amaba á la bella Eliana
Con entusiasmo y ardor,
Y era esta jóven la flor
Más preciosa de Vicana:
Tambien la linda cubana
Lo amaba constante y fina
Con esa mágia divina,
Con ese amor dulce y bueno
Que yo descubrí en el seno
De mi cándida Rufina.

La supo el guajiro amar
De mala idea desnudo
Pero era pobre, y no pudo
Llevarla al pié del altar:
Por eso con gran pesar
Se alejaba de su lado,
Y al soportar resignado
Su profundo sentimiento,
Al compás del blando viento
Así cantaba angustiado:

—Hoy que la suerte me arroja
Del partido en que naciste,
Y el desconsuelo más triste
Me apesadumbra y me enoja:
Hoy que fatal me acongoja
El rigor del hado impío,
Te consagro, dueño mio,
Mis más dulces pensamientos,
Y se pierden mis acentos
Entre las ondas del rio.

Me abrasaron de tus ojos
Los vivísimos destellos,
Porque son negros y bellos
Lo mismo que dos corojos:
Esclavo de tus antojos,
Te adoré con frenesí,
Y cuando amarte ofrecí
Con ardor inextinguible,
Fuiste á mi voz más sensible
Que el triste morivivi.

Con tus pupilas serenas
Desvaneces mis agravios,
Y son más dulces tus labios
Que la miel de las colmenas:
Oh! si supieras las penas
Que paso ausente de tí!
Suspiro ¡ay triste de mí!
Sollozo, y nunca me alegro,
Y es mi destino más negro
Que las alas del totí.

Ni el rústico son del güiro,
Ni el son del tiple cubano,
Calman el dolor tirano
De tu infelice guajiro:
Por tí sin cesar suspiro
Al emprender mi partida,
Por tí, mi prenda querida,
Dulce y bendita ilusión,
Llevo triste el corazón,
Llevo el alma adolorida.

Te quiero como al rocío
El lirio que Mayo dora,
Y te adoro como adora
El pez las ondas del rio:
Yo que he nacido bien mio,
Entre cedros y jocumas,
Que bajo de las yagrumas
Adoré los ojos tuyos,
Te quiero cual los cocuyos
Quieren del monte las brumas.

Pobre, muy pobre nací,
Merced á suerte enemiga,
Y esta desgracia me obliga
A separarme de tí:
Mas el ser yo pobre así
No es cosa que me atormenta,
Porque tengo muy en cuenta,
Aunque mi suerte es reácia,
Que ser pobre es gran desgracia,
Pero no ninguna afrenta.

Para volver á tu lado,
Paloma de esta ribera,
En seca y en primavera
Trabajaré denodado:
Seré peón de ganado,
En Guisa seré veguero;
Para conseguir dinero
Será el trabajo mi ley,
Y hasta cortaré yarey
En Cauto el Embarcadero.

¡Adios! El cielo permita
Que un buen porvenir te halague
Y en tu pecho no se apague,
La llama de amor bendita.
¡Adios!—Mi pecho palpita
Lleno de acerbos enojos,
De tus dulces lábios rojos
El acento oir no puedo;
Me voy. . . pero esclavo quedo
En la lumbre de tus ojos.—

Así concluyó el guajiro
Su tristísima canción,
Ahogando en su corazón
El más amargo suspiro:
Del agua vió el blando giro,
Oyó el rumor de la brisa,
Melancólica sonrisa
A sus labios asomó,
Y á todo escape tomó
El camino para Guisa.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.

[El Cucalambé.]



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL ZACATECA.

¡¡ZACATECAS!!

«Deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quiénes sois, de dónde venís, á dónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais. . .»
D. QUIJOTE.

¡Ahí están!—Ahí están esos simbólicos agentes que la gente grave llama sirvientes ó libreas, la generalidad *zacatecas*, y los muchachos pillos, *lechuzas* ó *sacatrapos*.

¡¡Los zacatecas!!

¿Qué importa que en la Habana existan Círculos de Recreo con secciones de instrucción? ¿Qué importan sus filones, destinados á actores extranjeros?—¿Qué importa que en ella se curen milagrosamente las más rebeldes enfermedades?—¿De qué le sirve á la capital de la Reina de las Antillas, que en ella se establezcan exhibiciones de pájaros más sábios que los hombres?—¿De qué le sirve la infinita variedad de castañas *para uso externo?*—¿Y de qué le sirve, en fin, haber adoptado cuanto nuevo, cuanto útil, cuanto admirable se ha inventado en el mundo?—*Pomada de Rodriguez*, *Agua Alabastrina*, *Rocío de los Alpes*, Bastones *á lo taco*, Abanicos de sube y baja, *Pozos Instantáneos*, *Esencia de la vida*, *Movimiento contínuo*. . . .

—Voy á coger resuello.

Beefsteak á la española, *Beefsteak término medio*, *Beefsteak Chateaubriand*, órganos de corneta, *kioskos* con cantina, cigarros del *chorrito*, aparatos de *Artic Soda*, tragantes inodoros, caramelos de plátano, dulce de Puerto Príncipe, dulce de Bainoa. . . .

—Voy á detener el resuello.

Cloacas pestilentes; *Agua de Florida*, *Agua de Colonia*, aretes, sortijas, dedales, baules, cintas de hiladillo, cajas de lata, cinta de ribetear, seda de colores. . . . ¡Ah!. . . . y *maní* tostado, y tijeras finas, y *Otard-Dupuy*, y *Udolphe*

Wolff, y las danzas *Ni te ocupes*, y *Yo lo ví*, y *Ya usted lo sabe*, y en los gallos *Voy veinte á diez*, y *La voy á peso*, y en el billar *Mingo*, y *bola*, y *El Cangrejo*...

¿De qué le sirve á la Habana todo esto? —¿Para indicar su progreso?— ¡Imposible!

La Habana no puede acreditar su adelanto miéntras haya *zacatecas*, miéntras existan esas figuras grotescas que cargan cadáveres ó los escoltan al cementerio, profanando acto tan piadoso con sus vestidos ridículos y ademanes groseros, miéntras los dueños de *Agencias funerarias* no sean arrastrados por el torrente que impulsa á los hombres de *fibra*, en pos de lo nuevo, en pos de lo desconocido. ¡Miéntras no arrojen á los Uberos tantas casacas viejas, tantos sombreros multiformes, tantos zapatos gigantes; con cuyos objetos confeccionan su traje de ceremonia los hombres que lo usan, con mengua de nuestra cultura, con mengua de nuestro progreso!

¡Atrás, ridículos fantasmas; atrás, vestiglos empolvados; atrás!

¡A vosotros, señores empresarios de agencias funerarias, corresponde la iniciativa; á vosotros, sí, á vosotros corresponde ordenar un eclipse total de zacatecas!

¡Que no figuren esos groseros espantajos, cerca ni léjos del luctuoso carro que conduce los restos de un hombre!—Decid á los cargadores:

—¡Idos con la música á otra parte! No tenemos ya casacas viejas para vuestros talles, ni sombreros abollados para vuestras cabezas, ni zapatones para vuestros piés. Vamos á introducir reformas en el ramo.—¡Idos, señores! ¡Fuera! Lechuzas ó sacatrapos, ó diablos: ¡¡Fuera!!

Pero dejemos las chanzas, que el asunto es sério, y es preciso probar que ese *artículo de lujo* mortuorio, no es otra cosa que un objeto de burla general, y el estimulante más activo de la risa en los momentos más solemnes y tristes de nuestra vida.

Y vaya un ejemplo:

En la casa de una decente familia ha fallecido uno de sus miembros más queridos y ha llegado la hora del entierro.—El silencio es profundo: la sala en que se halla el cadáver, entapizada de negro, está alumbrada por el triste resplandor de gruesos cirios: las personas invitadas para el cortejo fúnebre, llegan y ocupan los asientos con religioso respeto: los desgarradores lamentos de una desgraciada señora que ha perdido su esposo, los sollozos de inocentes niños que, sin conciencia de su desgracia, lloran porque ven llorar á su madre, oprimen los corazones de todos: y hasta los hombres más endurecidos y egoistas se identifican con los dolientes y enjugan las lágrimas que brotan de sus propios ojos....

Pero, de repente, se presenta un individuo de rostro colorado como un tomate, y con una nariz al parecer formada por un pellizco; con la mitad de la cabeza oculta en una cosa que á él le parece sombrero, aunque tiene la figura de un cuñete de manteca, y el resto del cuerpo en una casaca tan estrecha que le impide bajar los brazos: en unos pantalones tan cortos como calzoncillos de baño, y los piés con juanetes inclusive, en medias blancas que, dándoles la

apariencia de jamones en sus forros, van á esconderse, en parte, en las sinuosidades de un par de zapatos de algunas toneladas de porte.

Agréguese á esto la circunstancia de que el sombrero no impide que caigan sobre las cejas de su dueño algunos mechones de pelo áspero y espeso, humedecidos por el sudor constante que vierte de todos sus poros este hombre acostumbrado á la holgura de las alpargatas, y que sufre espantosas fatigas por la *ferocidad* de su calzado; y.... ya no es menester otra cosa para reconocer al zacateca.

Y ya no se necesita más para olvidar el cadáver y todos sus accesorios.

Y los lamentos de la viuda.

Y los sollozos de los niños.

La presencia del zacateca cambió la decoración, y el drama se convirtió en sainete.

Las lágrimas en burlas.

Los suspiros en risa.

¡Hé aquí vuestra misión, cuervos de los entierros!

—Otro ejemplo.

Miéntras que en otra casa una pobre madre llora sin consuelo al inocente hijo de sus entrañas, que voló á la mansion de los ángeles, un hermoso coche pintado de azul, y tirado por una gallarda pareja de caballos, conduce al cementerio el cadáver del niño.

Lujosos carruajes, ocupados por personas distinguidas, rinden á los padres del pequeño difunto el triste tributo de la amistad, acompañándolo al sepulcro...

Pero está lloviendo, y el cochero que guia los caballos del carro funerario estalla su fusta para obligarlos á apresurar el paso, y el cortejo fúnebre casi vá á la carrera.

Doce hombres vestidos de azul hacen esfuerzos por seguir al lado de los caballos del coche que conduce el cadáver.

¡Son zacatecas!

Pero no todos pueden correr como las bestias, y en su mayor parte quedan rezagados.

Uno corre más que los caballos y tiene que moderar sus brios naturales.

Otro, ahogado por un monstruoso pañuelo entero que le sirve de corbata, detiene el paso por temor de una asfixia inminente.

Más adelante, otro procura correr sólo con el pié derecho, porque es empresa imposible sufrir el dolor del juanete del izquierdo.

Un zacateca grueso y corpulento, navegando en más de cinco brazas de *agua.... pura*, y con viento fresco, se sienta en la trasera de un carruaje, mirando á todas partes con ojos de.... *poeta.*

Otro se despoja de la casaca para evitar que pierda *su mérito* con la lluvia.

Otro envuelve su sombrero en un pañuelo mugriento.

¡Y todos llevan, en las manos, gruesos ramilletes de flores!

¡Y todos parecen venturosos paraninfos!

¡Y todos, en fin, van derramando de sus bocas perlas, y corales, y rubíes.

y esmeraldas, y flores más exquisitas que las que llevan en sus manos, batiéndose en retirada con los pillos callejeros.

¡Oh! zacatecas! zacatecas!

Por vuestra causa se han mezclado las más escandalosas carcajadas de risa burlona, con los desgarradores lamentos que exhala la pobre madre del niño que acompañais al sepulcro.

La risa de los que han formado de vosotros un espectáculo grotesco y degradante, les impide ocuparse, en los momentos en que conducís un hombre muerto, de aquellas ideas que asaltan al pensamiento al abrirse una tumba!

¡Atrás, fantasmas empolvados, atrás!

"¿Qué dirán las naciones extranjeras?"

Nada ganan los hombres, que nacieron con otra misión más digna, con exhibirse á sus semejantes para procurar su risa, recorriendo en un carretón las calles de la Habana, con esponjas en la cabeza y los rostros pintados, gruñendo como cochinos, y rebuznando como borricos, para solemnizar la fiesta del Carnaval; pero.... es Carnaval y.... pase: pase, aunque aquellas esponjas cubran cabellos rubios como el oro: pase, aunque el humo de pez oculte colores de rosa: pase, aunque aquella pintura ensucie poblados bigotes y espesas patillas: pase, pase todo, porque.... en el Carnaval todo pasa; aunque siga al carretón una turba de muchachos gritones, aunque luevan piedras sobre las esponjas, sobre las patillas, sobre los bigotes.... pase; porque aunque estos individuos tienen vocación y disposiciones para ello, no son zacatecas!

No conducen en sus hombros, ni en un carro, el cadáver de un hombre!

Todavía es tiempo, señores sacatrapos ó como os llameis; todavía es tiempo de que recobreis vuestros derechos de hombres, aunque sigais cargando muertos, porque el trabajo no envilece, porque ganar el sustento de cualquier modo que se haga, no degrada, con tal de que se conserve la dignidad y el decoro.—Id á la presencia de vuestros empresarios, y decidles resueltos:

—"No queremos ser zacatecas, pero deseamos ganar el sustento. La vanidad, ó el deseo de figurar hasta despúes de muertos, hace que muchos de nosotros marchemos, al paso de los caballos, á un lado y otro de los carros mortuorios; porque la *generosidad* de los albaceas y herederos de los que fueron, nos ha convertido en *artículos de lujo,* y vosotros, señores agentes funerarios, nos pagais porque desempeñemos ese oficio, cargando muertos y acompañándolos hasta su sepulcro. Pero ya que es absolutamente indispensable que los llevemos sobre nuestros hombros, porque algunos han de prestar este indispensable servicio.... ¡salvadnos del ridículo, señores agentes funerarios!

"No queremos vuestros sombreros, ni vuestros zapatos.

"No queremos asemejarnos á las bestias, cargando los aparejos que vosotros llamais casacas!

"No queremos sufrir más las burlas de los muchachos, que nos llaman á gritos *lechuzas* y *sacatrapos*!!

"¡Buscad, señores empresarios, *alguna cosa nueva* para nosotros, así como la buscais para vuestros coches, para vuestros caballos, para vuestros túmulos y

sarcófagos; y de esa manera no llamarémos la atención del populacho con la basura que llevamos á cuestas!

"No queremos galones ni vestirnos *de corto* con zapatos de corte bajo; ni guantes de Jouvin, ni chalecos á lo Robespierre.... ni jabones de almendras, ni aceites y pomadas de la Sociedad Higiénica de París, ni perfumar nuestros pañuelos con Agua de Florida; no queremos *sportmans* ni *marquetis*, ni largas levitas, ni cortos saquitos.... pero sí deseamos una ropa decente y modesta, á propósito del oficio que desempeñamos, para que no traiga sobre nosotros las burlas del pueblo!!"

—¡Hacedlo así, zacatecas, hacedlo así!

Hacedlo, ántes de que vuestros empresarios os manden con la música á otra parte!

Adelantaos, *lechuzas!*

Avanzad, *sacatrapos!*

Haceos superiores á vosotros mismos: y ya que el anatema universal os designa como aves de mal agüero, soltad las plumas con que cubren vuestros cuerpos las agencias funerarias, obligándolas á compraros otras cosas mejores!

¡Probad á aquellos que os contemplan riendo, que vosotros tambien sois capaces, vestidos de otro modo, de marchar con decoro al lado de un cadáver!

¡Probad que tambien podeis llevar vuestro grano de arena para aumentar los materiales con que se construye en el Siglo XIX, el grandioso obelisco del progreso!

Y no creais, caballeros, que pretendo perfeccionaros, para la época en que pudiera necesitar vuestros servicios, porque siempre he preferido andar sólo que mal acompañado, y si fuera posible que después de muerto, pudiera pronunciar algún discurso, pediría que sin escolta y *bajo mi palabra* me permitieran marchar *sólo* al lugar de mi destino, como á los militares constituidos en arresto.

¡Creed, zacatecas ó sacatrapos, que en medio del estruendo de los órganos, en medio del ruido atronador de los *guayos* y los timbales que los acompañan, llegarán á vuestros oidos, si cambiais de sistema, el entusiasta ruido de los espontáneos aplausos de nuestra población agradecida.

Juan Francisco Valerio.

DON CHANO Y PETRONILA.

Flaco servicio fué por cierto el que me hizo, á principios de este mes, un antiguo conocido mio, recomendándome, desde la población en que reside, á un par de indivíduos, marido y mujer, que pasaban á la Habana á ventilar no sé qué asunto, y al mismo tiempo á solazarse una corta temporada con *las novedades* que brinda la popular capital.

Instintivamente conocí, apénas hube leido la carta de recomendación, que se me venía encima un nublado; pero armándome de valor, hice que mi mujer preparara en casa lo necesario para recibir á los huéspedes, que según anunciara la carta aludida, debian llegar á ésta, en uno de los dias de la semana, sin decir cuál, y me resigné de antemano con mi mala ventura, ó sea con la pejiguera que me proporcionaba mi dichoso amigo.

Cuatro dias después, era un sábado, á eso de las dos de la tarde, un coche se detuvo á la puerta de mi domicilio, y al mismo tiempo oí una voz, así como de *boyero*, que gritaba:

—¡Eh, amigo, no *jarrée* más y *bótese* al suelo á *prieguntar* si por aquí vive *el amigo de mi compáe!*

—¡Mire usted qué señas trae este tio panarra! saltó el cochero, poniendo una cara feroz y sin moverse del pescante.

Al presentarme yo en la puerta, oí que la mujer decía á su compañero:

—*Asina* no acabamos en todo el dia con este *gelengue; abájese usted de la volanta, don Chano*, para que *sépamos prontico* lo que buscamos.

—Aquí es, señora, me apresuré yo á decir; apéese usted, señor. . . .

—¡Adios, *de señorío* está la cosa! exclamó en su tono de voz natural la indivídua aquella.

—Vamos, *desatraca* del *critin* ese *cuerpazo de fragatona, Pretonila*, que

ya tengo maduras las costillas de tanto *apeñuscamiento* dijo *don Chano*, dando resoplidos.

Petronila trató de seguir el consejo de su marido; pero siéndole imposible bajar del coche por medio del estribo; saltó del carruaje de un modo tan brusco, que cayó sentada junto á la acera, lastimándose una rodilla, á consecuencia de lo cual prorumpió en mil exclamaciones.

—¡Qué *guacarnaca* eres, *Pretonila!* gritó *don Chano*; ya te has hecho *un juraco* en el *pellejo* por no saber *brincar*: mira, así se hace.....

Y esto diciendo *don Chano*, quiso saltar del coche; pero no ménos torpe que su mujer, cayó de bruces y se aplastó las narices contra el suelo.

—*¡Mardita sea mi suerte!* gritó *don Chano*; *¡ya me he rompío las ñatas...!*

Tales fueron los auspicios bajo los cuales entró en mi casa este par *de gíbaros*.

Como debe ser breve el relato que me propongo hacer de las peripecias ocurridas á mis dos huéspedes en el tiempo que permanecieron en la Habana, diré, que apénas repuesta Petronila del susto que llevó al caer del coche, se despojó de las medias, aduciendo como razón concluyente, que ella no se las ponia *en Guatao* sino cuando habia procesión.

A renglon seguido, pidióle á mi mujer *un taburete de cuero*, para sacarlo á la calle y *recostarse* contra la pared, á ver la gente que pasara.

—Hija, aquí no usamos semejantes sillas, le contestó mi esposa; ahí tiene usted esa de rejilla donde sentarse; pero sin sacar ninguna fuera, porque aquí tampoco se acostumbra que las señoras se sienten en la calle, como se hace en el campo.

—¡Vámos, *doña! ¿Taburete de ahujero* yo? ¡ni que lo piense! Esa es *comía fina pá ganso*; eso *ginca* la rabadilla y hace unas *jesperas de los demongos*....

Acertó á pasar á la sazón ante la casa un chino, vendiendo helados, y que pregonaba así:

—*¡Geláo, mantecáo, piña....!*

—¿Qué es eso? preguntó *don Chano*, riéndose; ¿qué dice, que está *jalao?*

—¿Y qué vende el chino *langaruto?* interrogó á su vez Petronila; *¿manteca de puerco*? ¿si tendrá *la lombris* esa que llaman *trinchina?*

—No, señora, le repliqué yo; lo que pregona es un refresco que se llama mantecado.

—¡Ah, bueno, pues *mérqueme* un poco de *refresco de manteca*....

Se llamó al chino y se le compró el helado.

Apénas Petronila tomó la primera cucharada, hizo una mueca horrible, exclamando:

—¡Qué *caliente* está *el mantecon* éste! ¡Está *gerbiendo* y *gecha jumo el condenáo!*

Y Petronila se puso á soplar la copa.

No sé en qué paró aquella peregrina escena, porque *don Chano* me daba mucha prisa para que yo lo llevara á *una barbería á tusarse*, y á *mocharse las mechas*, como él decía, añadiendo que no le era posible aguantarlas con *el calol* de la *suidad*.

Tuve, mal de mi grado, que salir con *don Chano* en dirección á la peluquería más próxima; pero como pasásemos ante una bodega, me asió por un brazo, pretendiendo el muy bellaco que entráramos en la taberna á tomar *un casito del jugo que produce la caña*, para *refrescarnos* el gaznate y celebrar la *recienvenía* al pueblo de la *jaba....* no, de la *jabana*, como dijo él corrigiéndose

Ya pueden ustedes suponer los esfuerzos que tendría yo que emplear para convencer á mi hombre de que aquello me era imposible. Díjele, pues, que si deseaba tomar algo, yo le llevaría á un café, donde estaríamos en nuestro terreno.

—No, *paisano*, me replicó el campesino; ¡si yo estoy *jarto* de beber café: como que no *jago* otra cosa desde que salí del sitio esta *madrugá!* Caña es lo que necesito ahora, aguardiente de caña ó *coñaque*, que es *bebía* tambien *estomangal*.

Hícele la explicación necesaria, y una vez convencido de que no lo engañaba, penetramos en *La Perla*, donde *don Chano*, que era un consumado *mascaridrio*, tomó una *turca* furibunda, pues habiéndole traido una botella de cognac, la empinó, vaciando casi el completo de su contenido.

Salimos de allí, al fin, para la peluquería, teniendo yo que sostener por la calle á *don Chano*, que iba dando *tumbos* y tropezando con los transeuntes.

Todo aquello, sin embargo, eran tortas y pan pintado en comparación del mal rato que me hizo pasar *don Chano*, tan luégo como estuvimos en el establecimiento.

Su primer acto de *salvajismo* fué quitarse el saco de dril cazador y la corbata *colorada*; abrirse hasta el estómago la camisa de rayas verdes y soltar los *zapatones de baqueta*, apoyando con fruición ambos piés desnudos en las losas de mármol, porque, segun advirtió, le dolían mucho *los juanetes* á causa de *los trompezones* en los *jadoquines* y necesitaba coger fresco por los *carcañales* miéntras *lo raspaban*.

El peluquero dió principio á la operacion; mas como estaba ahogado en risa, viendo cuanto hacía su estrambótico parroquiano, desempeñaba con muy poca destreza su tarea, y en uno de sus accesos de hilaridad, en vez de cortar un mechon de pelo á *don Chano*, le aplicó un tijeretazo en una oreja, que hizo dar al *sitiero* un salto tremendo desde la silla hasta el extremo opuesto, y lanzar al propio tiempo una interjección mayúscula, exclamando en seguida, vuelto hácia mí:

—¡Ya usted lo vé, *paisano!* Si yo hubiera traido *mi machete*, ahora abría á este *sinvergüenza* en canal, por haberme querido *tumbar una guataca*, con lo que me hubiera quedado sordo, lo *mesmito* que la *agüela de Pretonila*.

El peluquero, no obstante, se reía á más no poder, pues el caso no era para ménos, contemplando á *don Chano* en medio del salon, sin zapatos, casi sin camisa, rojo de cólera y palpándose la lastimada oreja.

La gente se agolpaba á las puertas al escuchar las imprecaciones de *don Chano*, y yo no sabía lo que me pasaba en tan inesperado caso.

El dueño de la peluquería acudió apresuradamente desde el interior; interpuso

sus buenos oficios; curó á *don Chano*, lo mejor que supo, con tafetan inglés; despidió á los curiosos, y por último, otro peluquero llevó á feliz término la operación de cortar *las greñas* á *don Chano*, quien consintió en ello, á condición de que le dejasen sujetarse ambas orejas miéntras *lo pelaban*, por *mieo*, dijo él, de otro *mochazo* como el de *endenantes*.

Cuando, en unión de *don Chano*, llegué á mi casa, una escena, no ménos alarmante que la enarrada, había tenido efecto.

Tambien Petronila había sufrido una catástrofe. Sentada en un mecedor, tan violentos impulsos hubo de imprimirle, que cayendo de espaldas con *el sillón*, hízose una herida en la cabeza, al chocar ésta contra la máquina de coser.

Segun se supo después por ella misma, se había *mareao con los jamaquiones*, *igualito* como le sucedía cuando se embarcaba en *la canoa*.

Calculen ustedes lo que habría en mi casa, con tamaño acontecimiento. Tuvo que venir el médico; tuvo que intervenir la policía, porque el alboroto fué espantoso, y yo me hallé á punto de pegarme un tiro, con tantas sorpresas y disgustos, sobrevenidos en el espacio de tan pocas horas.

Afortunadamente, Petronila sanó pronto de su herida, por lo que de allí á cuatro dias, ella y *don Chano* se alejaron de la Habana, echando pestes contra *un pueblo*, en el que, como me dijeron, parecía que había *cosa mala:* pues *acabaditos* de llegar, ella se había *caido para atrás*, rompiéndose *la cayuca*, y á él, medio le habian *tasajeado* una *guataca;* sintiendo únicamente no haber tenido allí *su machete* para vengarse del peluquero.

Por lo que á mí hace, escribí al antiguo conocido, poniéndolo como nuevo por haber enviado á mi casa á un *don Chano* y á *una Petronila* semejantes.

FRANCISCO DE PAULA GELABERT.

MI HAMACA.

A D. AGUSTIN MARISCAL.

De una yagruma encumbrada
Y un corpulento mamey,
Con dos jicos de yarey
Tengo mi hamaca colgada;
En ella el alma cansada
Goza de dulce recreo,
Y cuando del cielo veo
Los deslumbrantes colores,
Me divierten los rumores
De los montes que poseo.

Cuando de cantar me antojo,
Lo hago meciéndome en ella,
Y su enjicadura bella
Es de pita de corojo.
En ella me hago un manojo
Cuando mi calor se aplaca;
Me embeleso en la oajaca
Que en el dagame halla abrigo,
Y entusiasmado bendigo
Los vaivenes de mi hamaca.

Mecerme en ella es mi gloria,
Mi dicha es tenderme en ella,
Y de nuestra patria bella
Recordar la triste historia.
Allí traigo á la memoria,
Sin mal que me mortifique,
La dulzura del behique,
La humanidad del semí,
Las penas del naborí
Y las gloras del cacique.

El ronco rumor del trueno
Retumba en la inmensidad,
Y ruje la tempestad
De las nubes en el seno.
Mas brilla el cielo sereno,
Alegre el sinsonte trina,
Y en mi hamaca peregrina
Gozo de dulce contento;
Y me duermo al son del viento,
Y sueño con mi Rufina.

¡Oh! mi hamaca es un tesoro,
Es una prenda preciosa,
Una joya primorosa
Que yo bendigo y adoro:
Sin ella, suspiro y lloro
Y se desconsuela mi alma;
No encuentro placer ni calma
Del monte entre los verdores,
Ni me inspiran los rumores
Que el viento forma en la palma.

En las noches del estío,
Hermosas, claras y bellas,
Al brillar de las estrellas
Meciéndome gozo y rio.
Dentro de ella desafío
El calor de la estación,
Mi ardoroso corazón
Con sus vaivenes se inspira,
Y ufano pulso mi lira
Y entono alegre canción.

Con eficacia y vigor
Trabaja mucho el montuno,
Con un sol como ninguno
Ardiente y abrasador:
Vierte copioso sudor
Tolerando su destino;
Mas el viento vespertino
Del sol el ardor aplaca
Y halla el guajiro en su hamaca
El descanso peregrino.

Canta el labrador contento,
Aunque el cansancio lo rinda,
Porque la hamaca le brinda
Cómoda cama y asiento:
Su pausado movimiento
Infunde al pecho alegría.
Por eso yo amo la mia
En el monte y en el yermo,
Y de noche en ella duermo
Y en ella canto de dia.

Ama la hermosa guajira
El agua de la corriente,
Dó calma su sed ardiente
Y retratada se mira:
De la flor de la jejira
Ama los bellos colores,
Pero ama más que á las flores
Y quiere más que á su vida,
La hamaca en que adormecida
Sueña sus dulces amores.

En otro tiempo á la hamaca
La idolatraban ufanos,
Los indios camagüeyanos,
Y los indios de Macaca.
Por eso yo, cuando opaca
Brilla la luna en el cielo,
Cuando la noche su velo
Extiende triste y luctuoso,
En mi hamaca soy dichoso
Y en ella encuentro consuelo.

Bendígate Dios mil veces,
Dulce hamaca que poseo,
Tú que formas mi recreo
Y mis penas desvaneces.
Bendita tú, que le ofreces
Reposo á mi alma abatida;
Tú eres mi joya querida,
Mi más preciado tesoro,
Rústica prenda que adoro
Y descanso de mi vida.

Juan C. Nápoles Fajardo.
(El Cucalambé.)



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

EL VIVIDOR.

EL VIVIDOR (GUAGÜERO.)

Mucho abundan las malas inclinaciones en ese inmenso al par que *diminuto* congreso de vástagos aún tiernos, á quienes calificaré de niños, porque sólo tienen de uno á siete años de edad. Háilos predispuestos á alzar las manecitas contra el indivíduo que se les aproxima, y á esto llamo yo desarrollo de los órganos de *combatividad* y *destructividad;* háilos tales, que para reducirlos á que no hagan lo que hacer no deben, es preciso obsequiarles con un trozo de cualquier comestible, y á éstos, sin acordarme de la frenología, les llamo yo glotones, y si prefieren lo mejor, gastrónomos; háilos que gustan de pedir en todas partes, valiéndose de halagos y gracias, que magüer infantes, saben que son de efecto, y á éstos pláceme llamarlos *guagüeros.*

Estas y otras pasiones innatas de la humanidad han sido siempre las mismas, y sólo una recta educación ha logrado ahogarlas en el naciente corazón en que brotáran; pero la recta educación es árbol cuyas raices no quieren regar la mayor parte de los nacidos, y de aquí la palidez de sus hojas, y de aquí tanta rama parásita como pone yermos los ricos jardines de la sociedad, ocupando el lugar de las útiles plantas de cultivo, ó bien nutriéndose del jugo de las pocas que afortunadamente se consiguen.

Si la Frenología no miente, esa cuestión de las pasiones es cuestión de bulto, y aún de *bultos* que determinan la inclinación de la persona; pero como no abunda la modificadora educación, no sería ocioso que este siglo de las máquinas nos ofreciese una con que aplanar el bulto maligno y dejar luego á todo el *operado* mundo en completo olor de santidad.

Pero en tanto abulten los bultos; en tanto no lleguen á ser las cabezas superficies planas, séame permitido sacar al proscenio de Cuba uno de sus más ostentosos bultos, en la persona del elegante D. Críspulo Intruso, caballero sin oficio, aunque muy oficioso y de bastante beneficio.

Don Críspulo es hombre de mediana estatura, más grueso que no grueso, *de nariz roma, pero largo olfato;* grandes y salientes ojos que amenazan divorciarse de la órbita, boca grande que enseña invariablemente unos dientes, que á no ser por el lugar á que se arraigan, los tomaría cualquiera y yo tambien por unos colmillos. No usa bigote, y sí una patilla en figura de jamón, que imprime en su rostro cierto aire joco-sério; su cabello es corto; su cintura (que dudo si la tiene) es flexible, y su marcha un contínuo encadenamiento de reverencias.

Se sienta, para tocar la guitarra, apoyando la parte inferior de una pierna sobre el muslo de la otra, y de su muy abierta boca llueven tonadas picantes, en cubano y en congo, más que llovían mogicones sobre el cabailero de la Mancha, cuando el cabrero con él se entretenía; ó bien remeda á perros, gatos y cabrones; ó nos dá un fiel traslado de la riña entre una vieja y un gangoso; ó cuenta, prévia imitación expresiva, el lance ocurrido entre dos tartamudos, que mútuamente se creian burlados, y acababan por acariciarse á pescozones. Al llegar en su narrativa al momento de más acción, se levanta y dá de pescozones á una silla ó de empellones á un tolerante amigo de su satisfacción, con lo cual el interés mímico se aumenta y D. Críspulo se oye celebrar entre las risas de sus adeptos.

En los juegos de prendas le destinan siempre aquellas sentencias de más risible cumplimiento, y es de ver á don Intruso saltando en un sólo pié, como de intento resbala, y dá con su humanidad en tierra, cayendo en la posición más ridícula, suceso que (y es flaqueza universal) hace desternillar de risa á los circunstantes.

He dicho que D. Críspulo no tenía oficio, y que era oficioso; esta última circunstancia es su piedra filosofal, es el filón de su mina, es su *hoy* con doblones.... en cuanto á su *mañana*, mucho será que deje con que le digan misas; porque le sucede lo que al sacristan del proverbio, que sus dineros se vienen cantando y presto se van del mismo modo.

Han sonado las ocho de la mañana en ese reloj de la catedral que á todos pertenece y que nadie puede adjudicarse. D. Críspulo acaba de despedirse de Morfeo, arregla su muestra, fuma, se viste aseándose ántes y.... ¿Y creereis que de la suntuosa casa en que mora, saldrá para su aposento un criado con una taza de café destinada á D. Críspulo? Todo ménos que eso. A imitación del gran Conde cuando arrojó el bastón á la sitiada plaza para reanimar á sus tropas, D. Críspulo dice resueltamente: *Vamos á buscarlo.* Y sale, marcha, dobla y llega á casa del Ldo. Risueño, quien, vuelto de espaldas hácia la puerta, y arrellanado en un sillón saborea mentalmente el queso de Chester que lée anunciado en un periódico. Como la puerta no está cerrada, D. Intruso entra en puntillas hasta acercarse al mueble sostenedor del Licenciado, pónele á éste las manos en los ojos, y desfigurando la voz y haciendo de tartamudo, le dice por ejemplo:

—¿Qui-qui-qui-quién-so-so-so-soy?

El Licenciado rompe en una estrepitosa carcajada y.... ya ganó D. Críspulo el café, la lectura del diario y hasta el almuerzo.

Durante éste, ya sabe D. Intruso cuál es su obligación; así es que cuando

más atareado se halla el Licenciado Risueño en buscar todavía masa en el descarnado hueso de una costilla *empapelada*, presenta aquél su copa, la cual pone casi bajo la barba del señor de la mesa, y éste, sospechando lo que va á suceder, sonrie y se la llena de Saint-Julien hasta los bordes. Entónces don Críspulo dice con estentórea voz:

—*¡Bomba!*

—*¡Bomba!* repiten todos.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, ni buscar vara de medir, se desborda mi héroe como sigue:

El comer es muy natural
y es cosa tambien sencilla;
pero á mí me maravilla,
que despues de un comer tal
aún quieras sacar carne á esa costilla!!

El Licenciado derrama su copa de vino, de resultas del acceso de risa que le produce la *ocurrencia.*

Todos rien del mismo modo. El improvisador continúa *materializando* entónces, y acordándose de sí propio:

El desconsuelo de no haber cogido
masa ninguna en tan feroz campaña,
se cura, es muy sabido,
con una botellita de *champaña.*

Pocos momentos después, improvisaba don Críspulo á *la blanca espuma que tenía delante de sus ojos* (y al alcance de su mano).

Terminado el almuerzo, el Licenciado Risueño, que ya tiene alegría para más de tres horas, desea renovarla, espirando ese tiempo, y en suplicante voz convida á don Críspulo á *hacer penitencia con él al mediodía* (por la tarde, calculo yo).

Pero mi héroe ha hecho un profundo estudio del corazón humano, y sabe que en su *carrera*, *hacerse desear* es la primera base, de modo que se niega rotundamente á aceptar la invitación, á pretexto de tener que ir á la quinta N., de cuyo marqués habitador ha recibido un dia ántes las más fundadas quejas por su ingratitud.

No miente don Críspulo en lo de ir á sentarse á la mesa de un marqués, aunque sí en lo de las quejas de éste; pero es el hecho, que vá y que se le recibe con agrado.

A las doce, abandona don Críspulo al Licenciado Risueño. Es la hora de refrescar, y todo un señor don Críspulo no ha de pasarlo con la garganta seca, ni sin engullir tres ó cuatro pastelillos de crema. Antes, cuando en la Dominica reinaba cierta loable y atraedora franqueza, don Críspulo tomaba allí los dulces

sin tener que agradecérselos á nadie, y luégo ¡tiene él tantos amigos! no faltaba en las mesas quien le pagara el bul, ó la cerveza sóla, ó el coñac, ó el brandi, que á todo hacía y hace el veterano paladar de don Intruso. Ahora que ya se encierran los dulces en dicho establecimiento, no deja don Críspulo de comerlos, nada de eso; él variará de medios, pero desistir del fin ¡locura! ¿De qué sirven la imaginación y los amigos? Además; él no ha aprendido todo *lo que sabe* para sufrir privaciones; él tiene su moneda peculiar, más ó ménos corriente; él tiene vinculada la risa y la reparte en cambio de efectos.

Cuando se tomó la nueva determinación en la Dominica, pensó don Críspulo en utilizar los servicios de un *amigo* localista para satirizar el hecho; pero no tardó mucho en variar de idea. ¿Qué me importa? se decía: vale más reservar la pluma de mi amigo para cuando muera el conde Z.; pues, no obstante mis versos necrológicos, no vendrá mal un elogio que enseñaré á la familia del finado como debido á *mi influjo.*

A las dos, minutos más, minutos ménos, sube don Críspulo las escaleras del marqués, sombrero en mano si siente que alguno baja, sombrero en cabeza cuando no hay esos temores, y arreglándose la patilla y llamando al centro el lazo de la corbata, si sus muchas contorsiones lo han desorientado, como es fácil. Al entrar ¡qué saludos á la alta familia! ¡qué retorcerse dentro de su chaleco! y sobre todo ¡qué palabras!

—¡Querido señor marqués! V. E. ha de disimular si soy importuno; pero éste, éste, señor marqués, (señalando al corazón) éste me arrastra á dar más de cuatro pasos.... ¡Qué quiere V. E.! ¡Las afecciones!..... ¿Mi señora la marquesa se halla buena de aquella lijera hinchazón? (Era gota.) El señor marquesito (un niño de dos años) siempre tan caballeroso: ¡digno hijo de sus padres!

Y á este tenor cuanto dice en aquellos primeros momentos.

Después, y como sabe que ha ido allí para hacer reir, se coloca en su terreno; saca fuerzas de flaqueza; manda á sus lábios que se abran y á sus dientes que se muestren; excita sus nervios; evoca su memoria, y cuando ménos lo esperan, se oye un fuerte maullido y se vé á mi héroe hacer como que espanta un gato que supone hallarse debajo del sofá.

Los dos primeros maullidos (muy bien remedados) se reciben con gravedad; el tercero, más fuerte, hace desplegar los lábios; el cuarto llama á la risa, el quinto y el sexto, muy alborotosos, á las carcajadas.

A este punto hace una transición don Críspulo, que por lo repentina, lleva en sí el mayor efecto, y se pone á hablar como los negros de Africa, ó bien á imitar la disparatada fraseología de un inglés que no sabe y quiere imitar el idioma castellano.

Así pasan las horas, hasta que llega la de sentarse á la mesa. Don Críspulo tiene buen cuidado de sentarse en frente del marqués, para que éste no pierda uno sólo de sus gestos. Durante el servicio y trasiego á los estómagos de la sopa, la olla y todos los principios y aperitivos, don Críspulo es puramente mímico; la palabra cede entónces el puesto á la acción, y mi héroe, que no es

mal prestidigitador, se traga la servilleta, hace desaparecer el cuchillo y otras curiosidades á ese tenor.

Pero las hábiles y prontas manos de los sirvientes han cargado con toda aquella batería de suculentos manjares, y sustituídolos con otra de dulces de todas clases, no omitiendo los vinos generosos y la Champagne en lugar de Chateau-Laffitte, Chateau-Margau, Priorato, etc. ¿Qué hace esa pícara musa que no se dá á conocer en situación tan crítica? Nada, sino recapacitar, ó tal vez, recordar lo que, magüer malo, se conserva en la memoria. Por fin, empuña la copa don Intruso, dá el imprescindible alerta, por medio de la palabra ¡bomba! y dice:

—Al caballero Anfitrión, á quien tantos favores le merezco:

Tu cuna á los cielos sube
y ha de ser sostenida un dia
por ese rubio querube,
que para decir que es grande,
hijo es, diré, de sus padres.

Aquí la aprobación general, y acaso de buena fé, es decir, en la creencia de que lo que se ha oido es un bello trozo poético.

El don Intruso, después de otras improvisaciones, vé que todos hacen ánimo de dejar los manteles, y levantándose el primero, copa llena en mano, pronuncia, dirigiéndose al marqués:

Siguiendo el constante uso
de tan noble corazón;
¿no habrá siquiera un doblón
para don Críspulo Intruso?

Y produce efecto la cuarteta, y don Críspulo no sale de casa del marqués sin él ó más del doblón.

Por la noche, si hay un baile, un concierto con ambigú y entrada gratuita en alguna parte, á esa parte irá á gozar don Críspulo Intruso y abonará su escote en moneda labial, nasal y gutural.... Las letras alfabéticas son para don Críspulo letras de cambio.

Cuando la función es de teatro, ¿podrá no asistir don Críspulo, y lo que vale más aún, podrá costarle eso un óbolo?—Mil veces no, y la razón es categórica. Entre sastres no se pagan hechuras. Don Intruso vá sin pena de su bolsa á la ópera italiana ó rusa; pero ¿no toca él la guitarra, y no canta, y....? Luego don Intruso es un *artista*. La comedia es para él una diversión *de regalo*: ¿por qué nó? nadie es más *cómico* que don Intruso.

En punto á *tibios* solaces de amor platónico, don Críspulo es una verdadera nulidad. Las huríes de quince mayos, las sílfides de diez y seis, las ondinas de veinte no dicen nada á su corazón.... Sin duda el amor *á las artes* impide en

él todo otro amor; ó acaso el tiempo, *que es oro*, no le deja lugar para atender al Dios ciego y consagrarse á la vez á sus afanes de vividor.

Cuando se dan los aguinaldos y se abren los otros aguinaldos de morado cáliz, época del año en la que los que hacerlo pueden, se trasladan á nuestros feraces campos, entónces mi héroe vá tambien á ellos por ferro-carril, conducido entre las maletas del hacendado. Durante el viaje: ¡haz reir! le grita su conciencia, y él la obedece, porque además, se lo grita la conveniencia.

Hagámosle entrar en el cafetal Verdoso, donde ha de pasar los dias de la Pascua. Es de noche; llueve á más y mejor; los amigos del propietario y don Críspulo sostienen una conversación adecuada á la borrascosa noche; hablan de escenas de bandidos.

—¡Oh! dice don Críspulo, de mí puedo asegurar que ignoro si es buen mozo ó feo el caballero don Miedo.

—¿Será posible? le interpela sonriendo y guiñando (los ojos por supuesto) uno de los circunstantes; repare Vd. que pueden salirle cuatro de esos foragidos y......

—¡Ba! ¡ba! ¿y qué son cuatro hombres?.... cuatro hombres no son más que cuatro bípedos.

—Es decir que Vd......

—Es decir que yo no temblaría delante de los cuatro.

El jóven que sostuviera ese breve diálogo con don Intruso se dirige á su adlátere y le habla al oido.

—¡Bravo! muy bien! piensa el otro riendo.

—Pero es necesario hacerlo con el mayor sigilo.

—Desde luégo.

—De no ser así, quedaríamos burlados y *él* triunfante.

Y pasa aquella noche, y todo el siguiente dia, y.... pero ¡chitón! no precipitemos los acontecimientos.

Cuatro mañanas después, miéntras que don Críspulo había ido á una cacería con parte de los concurrentes, el dueño del cafetal, los dos interlocutores misteriosos, el mayoral y tres *guajiros* que no trabajaban ni habitaban en la finca, hallábanse reunidos en el *batey*.

—La recompensa, decía el dueño, será arreglada al servicio.

—Descuide Vd., respondía el mayoral, que yo conozco á *mi gente* y sé cómo hacen las cosas cuando están *comprometíos*.

—Lo primero ha de ser echar mano á las riendas, y luégo, ya saben Vds.

—Sí, señor, ya *tóos* sabemos.

—Pues bien, ahora, silencio, y hasta la noche.

—*Jasta* la noche.

En aquella misma noche había un baile en el inmediato pueblo, y como es de esperarse, no faltarían á él nuestros personajes. Los más, partieron á caballo, y en el quitrin tomaron asiento el dueño y don Críspulo, siguiéndoles en una volante los dos amigos iniciados en cierto secreto que muy pronto dejará de serlo.

¡Oh! y cuán alegres iban y cuán ajeno don Intruso de que allí, en el extremo de la *guardaraya*, los cabalgantes que distinguía galopando hácia él, eran....

A los ocho minutos, ya se hallaban al lado de la pareja del quitrin, la que hizo parar uno de ellos; miéntras que los tres restantes avanzaron, pistola en mano, hácia el estribo, é intimaron directamente á don Críspulo la órden de bajar ó sujetarse á perder la vida.

El dueño del cafetal enseñó una pistola en actitud de defensa, y uno de los amigos que detrás seguían en la volante, disparó otra, á lo cual respondieron los foragidos con dos detonaciones.

Entretanto ¿qué hacía don Críspulo? ¿qué hacía el valiente delante de cuatro despreciables bípedos? ¡Infeliz! Nada podía hacer, porque.... una fuerte convulsión le había privado de conocimiento.

Lleváronle á la casa de vivienda, donde á fuerza de espíritus lograron despertarle á la vida, y cuando le vieron fuerte, contáronle minuciosamente los pormenores del chasco.

Esta vez el pobre don Críspulo no fué dueño de contenerse en los límites del respeto, y con la más impotente de las iras, provocó á duelo á cuantos habían tomado parte en el asunto, sin exclusión del dueño de la finca. Todos formaron un coro de risa homérica, y esa fué la respuesta concedida á sus denuestos.

Cada vez más burlado, más escarnecido y sin fuerzas para sembrar el respeto en derredor suyo, contraidas las facciones, mantúvose unos minutos en el más severo silencio. Aguardaban todos el resultado de esa ira concentrada, y por fin...... le vieron sacar el pañuelo y llevárselo á los ojos. Don Críspulo lloraba como si la mano férrea del destino hubiera sepultado para siempre sus esperanzas. ¡Pobre don Críspulo!

Todos, al verle así, se compadecieron de él, y dando el ejemplo el dueño de la finca, abrieron los porta-monedas y le reunieron ocho onzas de oro, las cuales hicieron de súbito lo que el pañuelo malamente desempeñaba; es decir, le enjugaron las lagrimas y hasta redujeron á invisible átomo las horrorosas cuanto amenas señales de su ira.

Porsupuesto que eso ni lo enmendó, ni ménos enmendó á los otros; así fué que tres noches después, cuando nuestro héroe dormía á pierna suelta, *desvaporando* el champagne de la cena, acercáronse dos á su lecho histórico, y con gran cautela, pusieron tres sillas encima de aquel mueble de descanso, atando luégo á una mano del durmiente un cordel bastante largo para que pasase por el ojo de la cerradura del aposento, y hecho esto, se salieron bonitamente y cerraron la puerta.

A los pocos minutos ¡zás! allá vá un tirón del extremo saliente de la cuerda; pero como don Críspulo tiene sus motivos para no ser lijero de sueño aquella noche, resulta que ni se dá por entendido; empero, los urdidores son tenaces y no se alarman por eso. Ahí vá otro más fuerte, otro, otro; por fin, se oye un ruido que á favor del silencio de la noche, suena como si los techos hubieran bajado al suelo, y tras ese ruido, otro de gritos desesperados fabricados en el almacen de don Críspulo.

Allí fué Troya. No bien despertó don Críspulo, trató de sentarse, soñoliento aún, y á su movimiento, las sillas colocadas en equilibrio, habían pasado del lecho á la tierra produciendo estrépito,

Entraron todos con luces en el aposento, y fingiendo la mayor sorpresa, preguntaron á don Intruso.

—Qué ha sucedido?

Este, con las pupilas dilatadas y la boca abierta, no supo contestar una palabra; mas no tardó mucho, viendo la alegría de sus amigos, en conocer que acababa de ser víctima de un nuevo chasco. Aunque sin ganas esa vez, se llevó una sábana á los ojos, y todos, no por lástima, que bien conocieron el artificio, sino en celebración de ese mismo artificio, le regalaron unos cuantos doblones.

Así son las diversiones pascuales de don Intruso.

Hay otra clase de *guagüeros*, entre los que la flexibilidad no llega tan á su colmo; éstos se dan mucha importancia, y aunque tambien mendigan la amistad de los ricos, no así su dinero, es decir, el socorro momentáneo.

La *aristocrácia guagüera*, que así llamo yo á la posición de los tales señores, se desdeñaría de recibir un doblón, y mucho más de hacer reir para conseguirlo. En cambio, visita todas las casas posibles donde haya una rica heredera, jóven, jamona ó vieja, y como él tiene sus atractivos, los pone en juego, las enamora, y es milagro que no logre, á despecho de la oposición de padres ó hermanos de su pretendida, una blanca mano y el oro que la adorna; en este caso, el *guagüero aristocrático*, ó sea *coburgo*, ha tocado el *summum* de la felicidad.

Pero si la mano, en vez de ser blanca y tersa, es prieta y rugosa, ese *guagüero* pasa entre los suyos por un hombre casi inhábil; no es un génio *guagüero*, es sólo una mediana *coburga*.

Oir los diálogos que sostiene con la amante, es cosa de quedar absorto. Segun los tales diálogos, el amante *guagüero* es el modelo de los amantes; aquella pasión es la primera que ha concebido y será tambien la última; ántes de conocer á la heredera, ni siquiera se vió nunca tentado á bailar ni á dirigir la palabra á mujer alguna; su cortedad es digna de todo encarecimiento; tiembla delante de su bella, porque el verdadero amor es tímido, y así lo habrá ella leido en las novelas, etc.

El *guagüero*, sea cual fuere la raíz á que debió sus ramas, es siempre un cosmopolita, y como sabe lograr con gestos lo que desea, puede tambien decirse que es políglota. Nada importa que su víctima sea un ruso, un inglés, un sueco, él se hará comprender de todos y á todos explotará con el expresivo idioma de la mímica, para cuyo estudio, no sólo tiene dos caras como Jano, sino setenta ú ochenta, que son otras tantas caricaturas.

Veámosle en un bautismo.

En pié, delante de la criatura recien cristiana, la contempla en silencio, casi la admira por largo tiempo, y luego finge salir del extásis, se inclina y la marea á fuerza de sonoros besos, preludio de las siguientes frases que no tardan en salir de sus lábios:

—¡Qué hermoso es! qué ojos tiene! cómo sonrie el angelito! vá á ser un grande hombre! bien se vé que ha de tener mucho talento! se parece á su padre y á su madre! tiene la nobleza de expresión que distingue á éste y la belleza y dulzura que todos reconocemos en aquella!

Todo esto después de haber tomado el medio ó el dobloncito, y cuenta que si es lo último bien se le conoce en el rostro.

Una ó dos horas despues de la solemne ceremonia, se procede á la comedia del baile, con su prólogo y epílogo de dulces, refrescos, champagne y otros sólidos y líquidos.

Don Críspulo no baila; no dá ese trabajo á sus piés; pero en cambio, dá ejercicio y mucho á su estómago, haciéndole dispensa de infinitos buenos bocados; así es que, miéntras los aficionados á Terpsícore barren el rojo polvo de los ladrillos, don Intruso barre las mesas del ambigú, de las cuales, no contento con extraer aquello que demanda su natural golosina, recoge provisión que encierra en los bolsillos, é item más, saca en una bandeja licores y dulces con que brinda á ciertos de sus amigos, que, atraidos por la música, ocupan lo exterior de las ventanas, amigos puntales que sostienen esas rejas y á quienes prueba muy bien la generosidad de don Críspulo, generosidad tanto más profusa, cuanto que nada cuesta al obsequiante, generosidad *sui géneris*, que basta sola para la apología de mi excelente protagonista.

Corazón tan flexible como su cintura, ojos tan movibles como sus manos, boca mas elástica que una sanguijuela y estómago ancho, todo eso tiene don Intruso que lo caracteriza. Entrad con él en una habitación cualquiera donde gima un paciente, donde ya la muerte haya asomado su repugnante catadura y amenace herir á un triste: le vereis llorar como los parientes del moribundo y rehusar frases que él y muchos llamarán *de consuelo* y es mi gusto llamar de *impertinencia*. En los entierros, él es quien sostiene á la desmayada ex-consorte, él quien lleva á la imprenta las frases de invitación para que se las devuelvan en papeletas, él quien llega primero después del fúnebre paseo á decir á los que sufren: aquí estoy yo; sufridme y agradeced la puntualidad de mis molestias.

Con un olfato de perdiguero, el vividor huele desde léjos á su víctima y adivina si vá ó nó *metalizada*: esta es su expresión. En el primer caso, aproxímasele sonriendo y le regala el más halagüeño de todos los saludos de su catálogo; en el segundo, finge no haberla visto, y si la víctima se acerca á saludarlo, le corresponde friamente y no tarda mucho en pretextar alguna ocupación y separarse de la planta sin jugo, de cuyas ramas nada espera su imaginación de parásito.

En los cafés, convida para que abonen los convidados, y fortuna muy grande será que no se le haya olvidado la bolsa cuando toma un sorbete, en cuyo caso finge el mayor disgusto y protesta contra su memoria, que lo expone siempre á escenas desagradables. Otras veces toma otro giro su pantomima, y se le vé sacar una onza de oro para que de ella, á pesar de la angustia que nos proporciona diariamente la reducción de oro á plata, se cobren un medio real de la copa de licor ó del vaso de refresco que ha regalado á su estómago.

El es el primero en hablar mal de esos *entes* que viven á costa del prógimo, proceder extraño que sólo se explica por medio de las anomalías mundanas y por la natural inclinación del culpable á hacerse enemigo *in nómine* de la culpa.

En un café, en una fonda, en un establecimiento cualquiera, nadie llamará con más imperio al dependiente, ni se dará más ridículo aire de personaje; eso es preciso: cuando una cosa falta, hay que buscar modo de suplirla.

Los periódicos que lée grátis, y donde imprime grátis elogios que no escribe sin cálculo, son un carril por donde ruedan hasta el bolsillo de don Intruso las obsequiantes onzas del celebrado.

Este es, lectores mios, el *guagüero* conforme he creido encontrarlo, y aunque subdivido en dos ó más clases, creed que la diferencia entre unas y otras no pasa de ser una exterioridad; en el fondo, no se vé mas que un tipo, un tipo que, por fortuna, cuenta en la Isla de Cuba muy pocos representantes.

Ahora, permitidme concluya este débil escrito, llamando la atención de ciertos hombres acaudalados que tan en perjuicio de la sociedad emplean buena parte de sus rentas.

Redúcese todo á preguntarles: ¿El *guagüero* es útil ó nocivo á la sociedad? y si es lo último, como no podrán ménos de confesarlo, ¿deben ellos en conciencia favorecerlos? Además ¿no hay hombres verdaderamente dignos de su apoyo, á quiénes en cambio relegan al olvido y hasta al desprecio? ¿No hay artes que fomentar? ¿No hay caridad que ejercer? ¡Ah! preguntas son éstas que se responden por sí sólas.

J. García de la Huerta.

LAS MONTERIAS.

Yo habitador de los bellos
Campos que el Hórmigo baña
Sin ninguna pena estraña
Alegre trabajo en ellos:
Negros tienen mis cabellos
Los vivos rayos del sol,
Y al gozar el arrebol
De la aurora esplendorosa,
Soy feliz cual la babosa
Que vive en el caracol.

Soy labrador y hacendado
En estas tierras cubanas,
Sé correr en las sabanas
Sé manejar el arado:
Soy un montero acabado
Tras los puercos cimarrones,
Tengo un par de navajones
Que ni con piedras se mellan,
Y bravos perros que huellan
Los más ocultos rincones.

Pasado mañana es dia
De correr y de vocear,
Porque ya es tiempo de dar
Principio á la montería:
No es pequeña la alegría
Que sienten mis buenos perros,
Cortantes están mis hierros
Y me enajena el placer
Porque voy á correr
Montes, maniguas y cerros.

Correré por las montañas
Bajo guásimas y siguas,
Y de las grandes maniguas
Revolveré las entrañas,
Mi perro entre las marañas
Buscado se internará,
Y si con el rastro dá
De algun puerco cimarrón,
Enhastaré mi jerrón
En un palo de jibá.

¡Oh placer! ya me parece
Ver realizados mis sueños,
En esos montes risueños
Donde la macagua crece:
Ya juzgo ver como mece
El blando viento los berros,
Como á orilla de los cerros
Luce la flor del tabaco,
Y como salta el berraco
Perseguido por los perros.

Ya imagino que me encuentro
Dando dilatadas vueltas
Bajo las palmas esbeltas
Que se elevan monte adentro:
Ya supongo que en el centro
De esos florecientes montes,
Oyendo de los sinsontes
Los dulces y alegres trinos,
Veo entre ceibas y espinos
Los cubanos horizontes.

Ya en mi ardiente fantasía,
Presumo á cada momento
Sobre un jobo corpulento
Ver comiendo una jutía:
Oiré crujir la baría
Recostada en el jagüey,
Y haré que del babiney
El fango mi planta esparza,
Aunque me rompa una zarza
Mi sombrero de yarey.

Fumando viejo tabaco
Y oyendo ladrar los perros,
Por llanos, breñas y cerros
Correré tras el berraco;
Si lo veo y lo sonsaco
Y me escuda algun ateje,
Es muy fácil, aunque ceje,
Que al golpe de mi jerrón,
Le atraviese el corazón
Y sin aliento lo deje.

Cuando compuesto lo tenga
Sobre una vara colgado
Haré en el monte un picado,
Que salga á dó me convenga.
Entonces antes que venga
La noche con su tristura,
Antes que la sombra oscura
Se extienda sobre los cerros,
Oiré si ladran los perros
Otra vez en la espesura.

Cuando esté de dar cansado
Y de vocear esté ronco,
Me sentaré sobre el tronco
De algun mamey colorado:
Contemplaré embelesado
Los guallos de la colina,
Y sobre la blanca y fina
Cáscara de un anoncillo
Con la punta de un cuchillo,
Gravaré: *Isabel Rufina.*

Si llego á perder mi rumbo,
Y el hambre me causa pena,
Quien sabe si una colmena
De algun almácigo tumbo:
Si monte adentro me zumbo,
No soy yo un montero bobo,
Y si mi ruta enjorobo
Cuando más la sed me apriete,
Le pegaré mi machete
A las raices de un jobo.

¡Oh, Dios Dios mio, Dios mi o,
Que te adoro y no te veo!
Con cuanto anhelo deseo
Ir de las rocas en pos!
Oh! corra el tiempo veloz,
Vengan esos bellos dias
En que yo en las tierras mias
Goce en momentos tan gratos
Los buenos y malos ratos
Que brindan las monterias.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.

(El Cucalambé.)



Landaluze Dibujó. *Fototipia Tarcira.*

LA VIEJA CURANDERA.

LA VIEJA CURANDERA.

Gran auxiliar ha sido siempre en este mundo la credulidad, la fé ciega, para cuantos embaucadores han explotado el candor y la sencilléz de la mayoría de las gentes.

Si no hubiese crédulos, no habría engañadores. La historia de la humanidad corrobora este aserto.

Por eso la crítica severa, la sátira mordáz, la burla en todas sus manifestaciones, es lo que únicamente puede oponer el correctivo á esa generalizada tendencia á dar crédito á cuanto ofrece un carácter ilusorio, maravilloso y fantástico.

Y pues que de curar se trata, cúrese ántes que nada el entendimiento de tanto incauto, de tanto ignorante, de tanto pobre de espíritu como por ahí pulula, para echar por tierra el predominio, todavía subsistente, de los que á favor de esa debilidad intelectual, labran su bienestar y fomentan su conveniencia.

Hecho por demás curioso es desde luego esa inveterada monomanía que se observa en diversidad de personas, sean de la clase y condición que fueren, de constituirse en preconizadoras, digámoslo así, de ciertos medicamentos, de ciertos remedios eficacísimos, con los cuales pretenden sanar todas las dolencias y evitar que cundan las enfermedades entre la especie humana.

Por eso el número de curanderos y de curanderas es portentoso. Raro es el que al oir que álguien se queja de algun padecimiento, no ofrezca al instante el lenitivo. La medicina, pues, se halla al alcance de todo el mundo, porque la medicina parece ser patrimonio universal.

Y en vano la ciencia progresa; en vano la verdad esparce la luz sobre las sombras de los errores, de las preocupaciones, de la ignorancia, porque, como dice un escritor moderno, "la verdad no satisface á la fantasía; la realidad, por grandiosa que sea, no sirve de alimento exclusivo á esta curiosidad y á esta insaciable aspiración que nos arrastra y que es tanto más poderosa, cuanto más desgraciados son los pueblos, porque entónces se une maravillosamente á la imperdible y consoladora esperanza de un porvenir de felicidad, que no teniendo

fundamento lógico en lo presente, se hace posible por medios fantásticos y prodigiosos. Así el más pobre es el que más sueña con las riquezas y el más enfermo el que más sueña con la salud, constituyendo esta esperanza lo que un novelista ha llamado *la felicidad de la desgracia*."

Estos delirios de la imaginación, estos sueños pertinaces y este constante anhelar lo que no se posée, es precisamente lo que explotan los farsantes, los embaucadores de todo género, puesto que segun puede comprobarse á cada paso, el tiempo de los alquimistas y de los astrólogos, parece que aún no ha pasado, como que á juzgar por la enseñanza de la historia, ha de prolongarse indefinidamente.

Sólo á favor de estas consideraciones se concibe la existencia de *la vieja curandera*, de esa especie de bruja, en cuyos hechizos y sortilegios fundan su esperanza más de cuatro infelices, desprovistos de todo discernimiento y de toda cultura; carencia absoluta de fuerza moral que es la que constituye la mayor fuerza de inercia que se conoce.

Un ejemplo palpable de este funesto atraso en las clases populares, lo presentaba, no hace aún muchos años, una vieja curandera que tenía su residencia fija, en el barrio de Jesús del Monte. Llamábase doña Amparo del Apazote y Malvabisco, y contaba con una clientela numerosa que acudía diariamente á su vivienda á consultarle, no sólo acerca de sus propios padecimientos físicos y morales, sino á buscar remedios para las enfermedades de sus gallinas, de sus perros, de sus gatos y de sus caballos.

Doña Amparo para todo tenía un específico, una droga, una yerba profiláctica, que ella propinaba á trueque de sonantes pesos duros, con que sus clientes recompensaban sus afanes y *su ciencia* profunda y acertada.

—Amparito, le decía una mujer llevando en brazos un perro chino; aquí tiene usted á *Botifarra*, que está siempre *titiritando* como si tuviera *calofrío*; démele un remedio que lo cure pronto, y yo le pagaré á usted lo que sea.

—¡Ay, hijita de mis entrañas! contestaba Amparito, pestañeando, gesticulando y echando bocanadas de humo del cabo de tabaco que tenía en la boca; eso se lo curo yo en un *santiamén* á ese preciosísimo animal de casta fina, de los que traen la suerte; espérate, déjamelo reconocer para asegurarme si *el tembleque* le ha *provenío* de mal de ojo ó de *cualesquiera* otra contingencia maléfica que le haya *motivao* una *perrunancia* natural.

—¡Qué sábia es usted, Amparito, qué sábia, Ave María Purísima! ¡Qué bien he hecho yo en traerle á *Botifarra* para que me lo cure!

—No me interrumpas, que estoy en este momento en brazos de la ciencia y entre las profundidades de la medicina más honda; yo te diré dentro de un *instantico* lo que tiene *Longaniza*.

—No, Amparito, no se llama *asina*; su nombre es *Botifarra*, porque parece talmente *una rellena*.

—Bueno, hija, lo mismo da una cosa que otra. ¡Cómo se conoce que tú no entiendes de *culinaria*!

Terminada esta consulta y suministrado el remedio al perro chino,

preséntase en casa de doña Amparo, el *guagiro* don Basilio, llevando del cabestro á su *arrenquin.*

—*Güenos* dias le dé Dios, *señá* Amparo; aquí le traigo á *Rompemonte,* que le ha *caío* una *garrapatera* en las *guatacas,* de los *demongos,* y venía á ver si usted me lo sanaba con esa mano de santo que tiene, que Dios se la deje gozar por muchos años, como yo para mí deseo y la *compaña.*

—¡Hola, don Basilio! ¿qué buen viento lo ha echado por estos barrios, despues de tantísimo tiempo como hacía que no lo *percataba* por *mi bohío*?

—Ya le dije *endenante, señá* Amparo, mi *venía* ha *sío* porque á *Rompemonte* se lo están comiendo *vivito* las garrapatas.

—¡Pobre *criaturita*....!

—Y dígalo, *señá* Amparo, un *animá* tan *bragao,* que no hay otro como él *que coma pan* en *toos* estos *arriabales,* ni quien le eche la pata al gualtrapeo ni á la galucha.

—No se apure, don Basilio; ya verá usted con qué facilidad le quitamos los bichos.

—¡Ojalá *y* su boca *digiera verdá, señá* Amparo! Era capáz de darle á usted *una gala tamaña*....

—Bueno, bueno, don Basilio, le cojo la palabra; veremos si dentro de una semana *Rompemonte* no se halla limpio de polvo y paja.

—¿*Porvo*? ¡qué vá! si lo acabo de bañar en el *Biyanó*!; el *probe* no tiene más que garrapatas, que se pegan como *sanjigüelas.*

—Lo del polvo es un decir, don Basilio; y para que vea usted que es verdad que se cura su caballo, no tiene usted más que procurarse una calavera de perro manchado, que despues de haber padecido *gusanera* y de haberse curado con el collar de tusas, haya muerto de cualquiera otra cosa.

—¿De veras, *señá* Amparo? usted sabe más que las brujas; *ahoritica* voy á encargarle al negro José *Rafé,* que me *precure* la calavera del perro *mancháo,* y le regalaré una mano de *plántano* y una jaba de yucas y de *moniatos.*

Trás el *guajiro,* acude doña Feliciana, cuyo único hijo de doce años, más malo que *Júa,* como dice ella, á consecuencia de una caida, está arrojando sangre por la boca.

—¡Ay, Amparito de mi corazón, *por vía suyita,* déme uno de esos remedios *maníficos* que usted sabe, porque Manuel Canuto se me desgracia si usted no pone la mano en él y lo salva de *la pelona.*

—¿Y qué ha sido eso, doña Feliciana?

—*Ná,* Amparito, que Manuel Canuto se había *trepáo* á una mata de *cirgüela,* y desde abajo, un pícaro mataperro de la Vívora, le estaba gritando: —"¡Manuel Canuto, miéntras más largo más bruto!"—Mi hijo, por lo consiguiente, que tiene como yo la sangre hirviendo en el cuerpo, fué á apearse de la mata de *cirgüela* para darle una *estropeadura* al sinvergüenza que lo estaba insultando, cuando se le resbala un pié y cae boca abajo en el suelo. No se figure usted, estuvo como dos horas *privao,* y desde entonces está echando

sangre por la boca, por lo que me temo que le venga una *etiquencia* que se lo lleve al país de Canillas.

—Pues eso es sencillísimo, doña Feliciana; no tiene usted más que darle la miel de güira, y *como con la mano.*

—Pero es que yo tengo que estar todo el santo dia pegada á la batea, y no puedo estar viniendo á donde usted; por eso yo le agradecería que de una vez me diera la receta como se hace, que yo se lo pagaré á usted aunque sea con unos *lavaitos* que le haga.

—No, yo no necesito que me laven; yo misma me *machuco* mis trapos; y como *mi sabiduría médica* no es cualquier cosa, hay que pagarla con *cheques* y no con *lavaduras.*

—Bueno, Amparito, hoy estoy sin una peseta; pero mañana tengo que cobrar unas *muditas*, y con eso le abonaré su trabajo.

—Pues siendo así, oye bien *el secreto curativo*, para que no te equivoques; no tienes más que buscarte la güira cimarrona; la partes por la mitad, le sacas todas *las vicisitudes*, ó lo que es lo mismo, el bagazo; te buscas una vacija sin estrenar, la pones con un poco de agua á la candela; le echas un *rial* de azúcar candi, un *rial* de goma en polvo y dos cucharadas de miel de abeja, y en esta *infusión*, *zampas* la *bagacera* que *háigas* sacado de la güira cimarrona; lo *regüelves todítico* y lo dejas hasta que se consuma y quede reducida á una tacita. En seguida le rezas al jarabe *sietes Padres Nuestros* con sus *sietes Aves Marías* y haces que lo santigüe una niña de estado honesto, porque sin esta circunstancia no le haría efecto al muchacho; y desde ahora te prometo que Manuel Canuto, así que *háiga* tomado la medicina milagrosa, queda curado para mientras viva.

—¡Ay, Amparito, déjemele besar los piés, porque ya estoy mirando á mi hijo bueno!

Y dicho ésto, despidióse doña Feliciana de la vieja curandera, hasta el dia siguiente.

Por este tenor, la tal doña Amparo del Apazote y Malvabisco, hace su agosto, *curando* á todo bicho viviente y explotando la torpe credulidad, no sólo de las gentes incultas é ignorantes, de la gente de medio pelo, sino tambien de otras, puesto que suele prestar asímismo sus servicios, como despues veremos, á determinadas personas, las que por su posición, su carácter y demás circunstancias, parece que no deberían nunca descender al extremo de recurrir á la *ciencia oculta* de una miserable vieja curandera cual la doña Amparo.

¡Ah! verdaderamente la casa de esta bruja embustera es á todas horas *un jubileo*, como dicen sus más entusiastas parroquianas.

—Amparito, vengo á que me diga como haré para curarle *el moquillo* á mis gallinas; se oye de pronto á una individua que se cuela de rondón en el domicilio de la curandera.

—Mira, te daré un manojo de hojas de sábila, las *machucas* bien y las echas en el agua que beben las gallinas: remedio santo; no vuelven á tener moquillo en toda su vida.

—¡Ay, quién lo hubiera sabido!

—Sí, para adivino Dios....

—Usted es la adivina, Amparito; usted que sabe más que las vivijaguas.

—Yo sé lo que he aprendido estudiando con los sábios de la antigüedad, que enseñan secretos para remediar todos los sinsabores y los sufrimientos del cuerpo y del alma.

—¿Y usted se salvará, Amparito? preguntó un tanto espantada la parroquiana, haciendo con disimulo la señal de la cruz.

—Eso no es cuenta de nadie, *doña Tal*....

Al oir esto, márchase apresuradamente la estúpida cliente, temblando de miedo, despues de haber pagado las hojas de sábila.

La fama de la curandera crece de este modo de una manera sorprendente. Unos la créen inspirada por Dios; otros que se halla en relaciones con los espíritus infernales, y tiénenla por adivina y por milagrera y por cuanto se le antoja al vulgo imbécil.

Preséntasele uno con un sietecueros; ella le asegura que aplicándose el catívo-mangle, sanará en seguida.

¿Padece otro de reumatismo? pues que use el gengibre si quiere curarse.

Alguien se queja en su presencia de que no duerme de noche á causa de la plaga de mosquitos que invade su aposento. Betibé con ellos, y no quedará uno; aconseja doña Amparo.

Fuéronle á consultar una vez qué plan curativo debía adoptarse para salvar á un pobre campesino que se hallaba en un estado fatal por haberse quedado dormido á la sombra del guao.

La vieja curandera se sonrió como con lástima del que le hacía la consulta, y prévio el pago correspondiente, reveló el secreto, que segun dijo, era *claradito*, como que consistia nada ménos que en hacer tomar al paciente el cocimiento de la raíz del mismo guao; de la propia manera, añadió, por un rasgo de generosidad en ella poco frecuente, que la *ciguatera* se cura con la espina del mismo pescado que haya producido el mal, hecha polvo y tomado como café.

Sería interminable el relato de la multitud de específicos propinados por doña Amparo; y así, para terminar, referiré una célebre *cura* que hizo ella en cierta ocasión, la que bien pudo costarle caro.

El caso fué el siguiente:

Una mujer casada, bella, con suficientes bienes de fortuna, sin hijos y muy enamorada de su marido, cuando llevaba ya ocho años de matrimonio, principió á notar que su compañero no sentía por ella todo aquel entusiasmo, aquel ardor, aquella complacencia que hasta entónces habia parecido él experimentar por sus gracias y sus cariñosos y tiernos arrumacos.

¡Gran sorpresa primero; extremado descorazonamiento más tarde; suma desesperación por último!

Una íntima amiga de la afligida casada, acérrima partidaria de la curandera, tanto aconsejó á Clementina, que así se llamaba la infeliz esposa, el que consultara á doña Amparo del Apazote y Malvabisco, capáz por sí sola de cambiar el sino, la estrella, el hado del mortal más perseguido por el infortunio, que persuadida

al fin la inconsolable hermosa por las observaciones y calurosos discursos de su amiga, consintió en ir con ésta á casa de la curandera, con quien tuvo una larga y solemne entrevista, y de la cual salió tan satisfecha y convencida de que su desgracia podía tener remedio, que desde aquel momento enjugó sus lágrimas y se dispuso á seguir al pié de la letra cuanto le previniera doña Amparo.

Pero refiramos los pormenores de la sesion secreta.

Al ver entrar á Clementina, la vieja curandera se extremeció de gozo. Aquella era una buena presa. La cosecha de relucientes doblones tenia que ser abundante. Preparó por tanto sus baterías y dió principio á sus farándulas y alucinaciones.

Clementina se sintió sobrecogida y su primer impulso fué marcharse; pero la amiga sugetándola por un brazo la detuvo, y pronunciando varias palabras en voz baja á su oido, logró tranquilizarla.

—A esta gran señora la conduce á mi casa uno de esos desengaños del mundo que no encuentran consuelo sino en la medicina celeste que solo yo hoy puedo administrar; dijo la curandera, mostrando una actitud imponente.

—Amparito, dijo la que acompañaba á Clementina; á usted dejo confiada la amiga más querida de mi corazón; sálvela usted de las garras del demonio que la persigue; ahuyente de su lado al enemigo malo; haga que nazcan flores de nuevo en su camino; cúrele el alma, como usted sabe hacerlo, que ella le recompensará espléndidamente su buena obra.

Y dichas estas palabras, salió de la habitación la oficiosa amiga, para dejar en toda libertad á la curandera.

—Vamos, dime tu pena; explícame la causa de tu aflicción; ábreme tu pecho sin ninguna reserva; dijo doña Amparo, tomando por la mano á Clementina, que aún estaba temblorosa, y haciéndola sentar á su lado.

—Mi marido ya no me quiere, me deja por otra, cuando sabe que yo me muero por él....

—Luego lo que tú padeces es mal de amores....

—¡Soy muy desgraciada! contestó Clementina, echándose á llorar.

—Yo te curaré, mi alma; no llores....

—¿Cómo hacer para que mi marido se arrepienta y vuelva á mi lado tan tierno y tan amante cual lo era en los primeros años de nuestro matrimonio?

—¡Bah, bah! eso depende de la medicina que yo le administre.

—¡Una medicina! No la tomará: él hace su santo gusto.

—Eso lo veremos. Necesito que me dés una onza á cuenta, para comprar ciertas yerbas carísimas y maravillosas que me hacen falta y con las que he de preparar el brevaje prodigioso.

—Aquí la tiene usted.

—Ahora, déjame hacerte algunas preguntas: ¿el dia de tu boda, al volver de la iglesia, entraste en tu casa con el pié derecho?

—Yo no sé si fué con el derecho ó con el izquierdo; estaba en ese momento muy trastornada....

—Pues de ahí nace tu desgracia.

—¡Válgame Dios! ¿será posible....?

—¿Pero no vés, hija, que cuando tú no te acuerdas, es prueba de que entraste con mal pié en el matrimonio? ¿A que á la mañana siguiente, almorzando, derramaste el salero en la mesa?

—De eso sí me acuerdo: mi marido fué á cogerme la mano para besármela; yo quise retirarla con el natural pudor; tropecé con el salero y lo derramé.

—¿Ya lo vés, mi vida? *te salaste* desde aquel momento....

De esta suerte prosiguió doña Amparo, dirigiendo nécias preguntas á Clementina y convirtiéndolo todo en sustancia, esto es, tratando de convencerla de que cuanto habia hecho ó dejado de hacer, concurría á justificar su desventura.

Era por tanto preciso que ella interviniese, que pusiera en juego sus mágicos recursos y se valiese de su influencia con los hados celestes, para separar de Clementina tantas calamidades.

La heroina de mi cuento, como pueden ustedes calcular, no habia recibido una sólida educacion; lejos de eso, su madre la habia mimado con exceso y dejádola seguir sus naturales impulsos. Era por lo tanto fanática, supersticiosa; creía en brujas, en apariciones, en milagros, en qué sé yo cuantas sandeces.

Doña Amparo *la caló* pronto y procedió en consecuencia.

—Desde esta noche, díjole despues de una larga pausa á Clementina, colocas debajo de las almohadas de tu marido, una de tus ligas; pero ha de ser de seda verde ¿entiendes? La seda *influye mucho* y el color, no digo nada, como que es el de la esperanza. La liga es el símbolo del lazo estrecho; atrae, sujeta, reune. Por ahí empezará tu marido á sentir deseos de acercarse á tí de nuevo... Con eso, y con el específico que voy á preparar, hecho de unas yerbas que tienen la virtud de ablandar el corazón más duro, tu marido, que despues de todo, no tiene otra cosa sino que *le han echado daño*, dejará cuantos enredos tenga en la calle, para volver á estar más enamorado de tí que Abelardo y hasta que el mismo Cupido.

A lo expuesto, añadió doña Amparo cuantas instrucciones le pidió Clementina acerca del modo de hacer tragar á su marido el precioso líquido, y despidiéndose hasta el dia siguiente, ámbas mujeres se separaron, yéndose más consolada la esposa á su casa y poniéndose acto contínuo la curandera á confeccionar el específico, en cuya ocupación pueden ustedes contemplarla en la lámina adjunta, de pié ante *su laboratorio*, con el característico cabo de tabaco en la boca, rodeada de todos sus utensilios y adminículos y manipulando las consabidas *yerbas medicinales*.

Dos dias despues de la escena que dejo descrita, á eso de las doce de la noche, llegó el esposo de Clementina á su casa, y á poco de estar en ella, principió á sentirse indispuesto; pero de tal modo, que no siéndole posible sufrir el malestar, llamó á su mujer para suplicarle le preparase una tasa de té, por ver si se aliviaba.

Era que nuestro hombre se habia comido aquella noche en *Las Tullerías*, unas cuantas docenas de ostras, y contra lo corriente en él, le habian sentado mal esta vez los tales mariscos. Al efecto, y como no era fácil proporcionarse á aquella hora un vaso de leche, el antídoto segun aseguran de esta clase de indisposiciones, optó por el té, para ver si lograba, cual dicen, *entonarse* el estómago.

Clementina, que estaba ya completamente embaucada por la vieja curandera, juzgó aquello providencial, máxime cuando doña Amparo le habia hecho creer que el específico por ella preparado, tenia tal virtud, que si su marido lo tomaba, teniendo fiebre, por ejemplo, ó cualquiera otra enfermedad, no solo se alcanzaba que obrase el efécto apetecido en la parte moral, sino que además quedaría al punto *limpio de calentura*, ó curado de toda otra dolencia que lo aquejase.

La ocasión, pues, era propicia y Clementina la aprovechó. Hizo el té á su marido, vertiendo en el líquido varias gotas del inapreciable medicamento, y sin vacilar, diólo á beber al enfermo.

Mas como la indisposición de éste era séria, en vez de experimentar el menor alivio, sintió que se agravaba su mal, empezando á quejarse de una manera lastimosa.

La alarma de Clementina fué extraordinaria. Se sobrecogió mucho; asaltáronla terribles remordimientos y trémula y convulsa y en un estado de excitación indecible, hizo que fuesen corriendo á buscar un médico.

—¡Yo he tenido la culpa! decia loca de espanto, agitándose por la habitación; ¡yo, que sin duda le he dado un veneno....! ¡yo lo he matado....! ¡esa maldita vieja me ha hecho cometer un crímen....! ¡socorro....! ¡socorro....!

No era tanta la gravedad de su marido, que no se hallase en estado de enterarse del sentido de aquellas exclamaciones. ¡Aquí fué Troya! Como la conciencia lo acusaba de algo, su imaginación principió á divagar: creyó al momento, que la ofendida esposa se habia vengado de él de una manera inhumana; que le habia dado un tósigo, aprovechando su descomposición de estómago; y á su vez se llenó de angustia y se vió perdido y empezó tambien á pedir socorro.

Acudió el sereno, acudieron los vecinos y acudió al fin el médico; el que hecho cargo de lo que pasaba, y áun ántes de examinar al doliente, apresuróse á dar parte á la policía.

Varios funcionarios de ésta se trasladaron á aquella hora á casa de la vieja curandera, la que al ser requerida, declaró que todo era un puro embuste. Que no habia tal veneno ni habia tal específico, sino un sencillo brevaje hecho con unas yerbas inocentes. Que aquello constituía su industria; que ella era curandera y que lo mismo que le acontecía á los médicos, unas veces acertaba con sus remedios y otras nó; siendo por lo tanto *legal* el caso.

No obstante tales explicaciones, quedó detenida; pero al dia siguiente fué puesta en libertad, porque el esposo de Clementina se halló curado de su indigestion de ostras, gracias á los auxilios de la ciencia médica, y se comprobó debidamente que el *específico* de doña Amparo no era más que un jarabe de yerbas insignificantes.

Eso sí, á consecuencia del susto que ámbos habian pasado, se reconciliaron los esposos; jurando él no volver á faltar á su mujer y ella no acudir jamás á consultar á ninguna vieja curandera.

Francisco de Paula Gelabert.

LAS MODAS AL PRINCIPIAR EL SIGLO XIX.

PRELIMINARES DE UN BAILE OFICIAL EN LA HABANA EN 1803.—LA ESTATUA.—FIESTAS.

I.

La humanidad pasaba á fines del 18º siglo por una de sus faces de transicion social en la que desaparecían no solo las más radicales creencias, sino que se reñían y confundían; se rechazaban y se restablecían en hervidora multitud desde las formas políticas hasta las pueriles modas de la fantasía exajerada y caprichosa. Respecto de las conmociones políticas la revolucion de 1776 en las colonias inglesas dió orígen á la actual existencia de los gobiernos americanos; en cuanto á todas las manifestaciones sociales la de 1789 en Francia se hizo cargo de desnudar al mundo de todas sus vestimentas; y trastornar lo de abajo para arriba, lo de arriba para abajo: fué su bello ideal realizar una sociedad en contradiccion con la que habia ántes: no solo suprimió las testas coronadas, sino á las testas sin corona de todo distintivo, inclusas las *pelucas* y á los hombres los *calzones*. *Sans-culots* se proclamaron los franceses—las demás naciones no imitaron la moda; ni aún aceptaron el *sanculotismo*, sino modificandole aun en la expresion; y tradujeron, por lo ménos los españoles, en *descamisado* la palabra.

Pero Francia era la reina del mundo de la fantasía y de la elegancia: cuando no habia *figurines* mandaban á Inglaterra una *muñeca* con los trages de sus *modistas* y cuenta el Abate Prevost, en su *Pro y Contra*, que en tiempo de guerra se permitia oficialmente el tránsito de la muñeca, libremente, desde el campo enemigo como obsequio á las damas.

La Habana muy lejana del movimiento parisien nunca fué por completo extraña á la influencia de las modas francesas: tenia sus enciclopedistas vergonzantes además, como toda España y como está habia recojido de velas en

su entusiasmo *gálico* ante las escenas sanguinarias de ese pueblo que todo lo exajeraba. No es esto decir que ya por los años de 1800 en adelante no hubiera empezado á mirar con ménos horror sus modas que el *gran* Napoleon, entónces grande, iba haciendo predominar.

Permisiones de la Providencia! Fué un dicho célebre del astuto corso, que *nadie era grande ante su camarero* (ayuda de cámara) y efectivamente un *camarero* ó *page* ha escrito 8 tomos en dos secciones sobre su vida en el Hogar que nunca hubieran escrito sus grandes biografos: allí es ver al héroe en disputa con la franco-americana Josefina sobre modistas; allí enterarse de su plan de recepciones *alejando de ellas* las amigas plebeyas de la futura Emperatríz; y la resistencia de ésta á esos sacrificios de la vanidad.

De cualquier modo la historia suntuaria tiene que reconocer en Napoleon á uno de los restauradores de los trages de la Francia anteriores á la revolución, que no se llamaba desde entónces sino la *tormenta última*, como podia un antillano hablar de los *ciclones*, que hasta hace poco decíamos *huracanes*. La influencia francesa, ese trastorno en la moda duró segun razon desde 1795 á 1804.

II.

Se aproximaba el 4 de Noviembre de 1803 dia en que se celebraba el del rey D. Cárlos IV en España y en sus Indias. Debia, al besamanos oficial, durante la mañana, agregarse un *sarao* por la noche en donde eran de extremarse las galas de los felices moradores de la Habana. La creacion de los regimientos *fijos* en las ciudades americanas habian *militarizado* á todos los vecinos nobles y pudientes, que viene á ser lo mismo. Los coroneles y la oficialidad y todos los cadetes eran vecinos ó naturales. Los *fijos* de la Habana y Santiago de Cuba, así como los jefes de las *milicias disciplinadas*, acentuaban ese cuadro. Mandaba al fijo de la Habana el Marqués de Casa-Calvo, las Milicias el Marqués del Real Socorro, el Conde de Casa-Bayona, la caballería de milicias D. Martin Ugarte; y eran Zayas y O'Farrill, Morales y Sotolongo los demás apellidos que pueden los curiosos leer en la *Guia del Ejército* (de Madrid) *para* 1803.—De Inspector general figuraba el Conde de Santa Cruz y Mopox, que tuvo altas comisiones del Gobierno.

Parecia una familia la poblacion en que los hombres unidos por los vínculos de la sangre y amistad rodeaban al Marqués de Someruelos, popular gobernante por su bella índole, y ofrecian sus respetos y omenage en el besamanos que se esperaba; miéntras las señoras y las jóvenes y sus adoradores se preparaban para más alegres ocupaciones. Los poetas de esa época D. Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel María Perez, naturales de la Habana y Cuba respectivamente sirvieron en los Regimientos fijos de sus ciudades natales. En cuanto á la fiesta de que nos ocupamos fué Zequeira *gran parte*, como que pudo repeitr: *et quorum pars magna fui*. Era el cronista y en especial para que describiera el acto de descubrir la estátua del *Sr. D. Cárlos III* que le erigía el pueblo tiernamente

agradecido á su augusta predileccion por la Habana, cuya restitucion sobre puso á toda idea de conquista y ventaja. (1)

La cuestion de *trages* en la recepcion y baile era de alguna importancia, porque sin comunicaciones directas con Francia, y sin periódicos de modas, la desnudez francesa, que habia vuelto á Grecia y á Roma en busca de túnicas casi transparentes habia logrado ir influyendo en las sérias y retraidas costumbres castellanas. Las jóvenes vestian de una manera que no aceptaban las matronas, ni las hijas de la familia de la aristocracia oficial; y como suele suceder la reaccion que habia comenzado en Fa ancia, no se anunciaba aquí ni en algunos años despues, Reunidas las señoras más nobles en la morada de la Condesa de Mopox acordaron que se excluyesen del baile los trages y tocados que vulgarmente se llamaban *á la Cisalpina* en la Habana: en estos el escote era repugnante; y aún lo que entónces se tuvo por honesto y recatado hoy sería reprobado por las actuales costumbres. Para que mis lectores recuerden lo que entónces pasaba me parece conveniente copiar el retrato de una jóven *pelona* á la *cisalpina, despues de modificado* en estas tierras. Debo advertir que se publicaba un *Almanaque Americano* en Filadelfia y casi siempre traia las modas moderadas francesas, en cuya lengua se escribía, siendo una de las autoridades de las damas con la *Guía de Forasteros de Madrid;* que traia *retratos* de los reyes y reinas. El nº 13 de la *Miscelánea literaria* algun tiempo despues pintaba así á la *petímetra:* "Una moza relamida... los brazos desnudos hasta los hombros, el pecho descubierto, un túnico de muselina tan clara, que toda se traslucía... pelada de cabeza, con sólo un tupé de pelos por delante: que caían sobre la frente á manera de flecos."

Las organizadoras del baile acojieron para el trage y tocado el retrato de María Luisa, la reina, en la guía de aquel año: tenía algo de la moda en llevar el cabello caido sobre la frente, como ahora se usa, en risos: el de la parte posterior algo desordenado cayendo por el cuello y sobre las megillas. El talle muy alto, bajo el brazo, casi *increible*, muy estrecho, *inconvenientemente* estrecho; la manga muy corta pero manga al fin.

En cuanto á los hambres los que no tenían uniforme y eran pocos de los invitados, aunque no se usaba el frac negro, la cosa no era peligrosa. El nº 12 del *papel periódico* de la Habana, lo describía en sus exajerados *petrimetres, pancraciastas* posiciones.

"Calzón, corbata y botas en creciente
Casaca, chaleco y pelos en menguante."

Había pocas *cruces* y condecoraciones: no era llegada la época de decir con un burlón:

---

(1) Antonio de Viana y Ulloa, miembro laborioso de la seccion de Educacion, al referirse en 1817 á este suceso en su *versificacion del Resumen de la Historia* de España que adicionó y terminó sobre la obra del P. Isla fué el eco de la gratitud habanera.

«Laureles siega en tierra lusitana
«Pero todos los cede por la Habana.»

"En los tiempos de bárbaras naciones
de las cruces se colgaban los ladrones,
en los tiempos que corren de las luces
en los ladrones cuélganse las cruces.

Los *petrimetres* se hacían notar por el uso de sus pantalones que sustituían á los *calzones:* anchos hasta tener una amplitud *turca* en los muslos, estrechos en el botin; *chalecos hombligeros* con un botón, casacas (no fracs) abiertas á la *francesa:* pienado á lo *Tito* á punta de tijera por detrás, con un *tupé* hábilmente risado sobre la frente; sombrero doblado y

"en cien varas de olan envuelto el cuello
y el cogote á manera dedonado."

III.

Amaneció el 4 de Noviembre de 1803 y el estampido de los cañones saludó al alba con estrépito y en señal de regocijo; y despertó á los leales habitantes de la Habana anunciándoles que se celebraban los dias de S. M. La designación de ese dia para *inaugurar* la estátua del augusto padre del rey, traía conmovida toda la población. Tambien tenía así el pueblo, los *menores* y los *medianos*, un motivo de plausible entretenimiento. Las cortinas, los adornos de las casas no se limitaban al paseo ó *Nuevo Prado*, á cuya entrada (donde hoy está la *India*) debía colocarse la estátua de Cárlos III, (ahora en el de *Tacon.*)

Además de los árboles del *paseo* estaban embellecidos los alrededores con *arcos* de palmas, flores y frutos, segun usanza del país en sus regocijos. Había un pequeño pueblo *rural*, con 2,000 vecinos, capitanía de partido a la vista de las murallas, era *Guadalupe* que *echó el resto*, no sólo con sus arquerías de palmas, sino con las demás decoraciones entre ellos las que rodeaban los retratos de *Cárlos* y *María Luisa* en lucido trasparente que fué obsequio del *Capitan del partido de Guadalupe.*

Desde temprano se notó el movimiento de las tropas que debían solemnizar la inauguración: el gobierno dispuso que concurrieran las seis compañías de granaderos que se escojieran de los veteranos y milicias disciplinados, al mando del coronel D. Juan Francisco del Castillo, primogénito del Marqués de San Felipe y Santiago Conde del Castillo y grande de España. Es de consiguiente que figuraran en ellos los de *Pardos* y *Morenos* como se distinguiron siempre en el servicio nacional, ostentando algunos de sus oficiales en sus pechos la *Real Efigie*, con que se premiaban sus merecimientos.

Procedióse después del besamanos al acto de la inauguración: más de mil

carruages, pocos coches y muchas *volantas* conducían á las señoras y concurrentes del órden civil. A las tropas formadas con la caballería (Dragones) se agregó una compañía de *Guardias Reales*, tomada de los Cadetes de la guarnición, niños de las principales familias ó hijos de capitanes que tenían obción á cordones, que habían de hacer los honores.

El marqués de Someruelos se acercó á la estátua, cubierta con una gran bandera nacional y la descorrió al grito de *¡viva el rey!* que repitieron las innumerables voces que le oyeron. El aplauso se dirijía al reinante; pero el obsequio recaía en el simpático *Padre del Pueblo*, con cuyo nombre se designaba al ilustre predecesor. Las salvas, los repiques y el oleage de las gentes al dirigirse por el *Paseo* hácia la *Punta*, presentaban un cuadro indescriptible en que rebozaba la alegría de un pueblo entero. La compañía de cadetes, ó los *Guardias Reales* de ocho en ocho centinelas rodearon la estátua, hasta muy avanzada la noche.

El clero secular con su nuevo Obispo, D. Juan José Diaz de Espada y Landa, y los regulares, concurrieron al besamanos y al acto de inaugurarse la sstátua: así como la *Real Marina*, cuya oficialidad era el ornato de las reuniones familiares, siendo como era la Armada, aspiración de nobles aficiones de los cubanos que en ella brillaban.

En cuanto al mérito de la obra de *Cosme Velázquez*, ahí pueden verla los lectores al entrar en el *Paseo de Tacon.*

Cuando la noche pretendió estender sus sombras se encontró contrariada por el inmenso número de luces que iluminaba el *Paseo*, las calles, las casas y el campo de los alrededores, con *fogatas* como en un dia de S. Juan. Claro es que conforme se aproximaba el concurso de curiosos á la mansión del Gobierno era mayor el entusiasmo y la brillantéz. Fueron muy vistosos los vários uniformes, pues cada regimiento lo tenía especial: el del fijo de la Habana, que usaban Zequeira, Chenard, Junco y otros vecinos popularmente reconocidos; aquel por sus versos y como *bastonero*, con el capitan Ayudante Mayor D. Gabriel Bachiller y Mena, de todos los *bailes oficiales*; el otro por su prócera estatura, á quien, seguía en talla el Capitan de Granaderos de las Milicias de Infantería, D. Francisco de Morales y Gonzalez de Carvajal; el ultimo por su elegancia en el vestir. Reunía el uniforme el color del pavellón: rojos los vivos, bocamangas y cuello, amarilla la solapa y blancos la casaca, calzón, &c. Era amarillo el uniforme de los Dragones, con vivos y vueltas y solapas, calzón y chupa azules. Estos y los demás uniformes lucían, como correspondía á la solemnidad de las fiestas, dedicadas á los dias del Rey y á la inauguración de la Estátua: pensamiento de D. Tomás Romay, acuerdo de la Sociedad Patriótica años antes, y que cantó el conde Colombini en sus *Grandezas de la Habana* desde 1798.

Los bailes de esa época no se parecían á los actuales: ni el africano *danzón*, ni las *obleas*, ni el *dormido* fueron conocidos: principiábase por un *minuet*, que en el de noviembre de 1803, tuvo que ser de *Corte*. Seguíanle las *gabotas* y contradanzas *ensayadas* con muy complicadas figuras: formando las parejas los

bastoneros de damas y caballeros. El *wals* y la *galop* terminaban los saraos. En los bailes de temporada y familiares, solían resucitar alguna *alemanda* y aún escabullirse un vergonzante *buscapié*; pero se bailaba con preciso *aprendizage*: no era un caos de seres que se movían á compás, aún tan muelle y tenuemente que hoy parece que los mueven alambres contra la voluntad de los desdeñosos danzantes. El baile, y los bailes de Palacio, eran objeto de ocupación quince dias ántes y quince después: los primeros para hablar de ellos y prepararlos; los segundos para su crónica hablada.

Han pasado muchos años del suceso, y los recuerdos de las conversaciones de mis mayores fijos están en mi memoria, y aún mi alma se conmueve al ponerlos sobre el papel. Sirvan para fructuosos paralelos entre el *hoy* y el *ayer* de la vida social.

A. Bachiller y Morales.

LA VIEJA DENGOSA.

Con matizadas flores en las sienes,
Y jazmines detrás de las orejas,
Salió del tocador dando vaivenes,
La más fiera y dengosa de las viejas:

Se le cayó una flor, en el momento
De sentarse en la puerta de la calle,
Y encorvando su talle,
La tomó, sin alzarse del asiento.

—¡Ay! esclamó la tal ruborizada:
Te perdí y te encontré, flor matizada,
Sin una contusión, sin una esguince.
¡Feliz yo, si pudiera
Hallar de esta manera
Otra más bella, que perdí en mis quince!....

1804 JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.

EL PETRIMETRE.

Un sombrero con visos de nublado,
Unjirse con aroma el cútis bello,
Recortarse á la *Titus* el cabello,
Y el cogote á manera de donado:

Un monte por patilla, bien poblado,
Donde pueda ocultarse un gran camello,
En mil varas de olan envuelto el cuello,
Y en la oreja un pendiente atumbagado.

Un coturno por bota, inmenso sable,
Ajustarse el calzón desde el sobaco,
Costumbres sibarítas, rostro afable
Con Venus, tédio á Marte, gloria á Baco;
Todo esto y mucho más no es comparable,
Con la imágen novel de un currutaco.

1804 MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.



Landaluze Dibujó. *Fototipia Taveira.*

LA PARTERA.

LA PARTERA Ó LA COMADRE.

Acababan de dar las doce de una de estas últimas noches, cuando cierta individua que se llama Dorotea, despertando sobresaltada, empezó á dar voces á su marido, que se llama Crisóstomo, y el cual á la sazón dormía profundamente, si bien armonizaba la estancia conyugal con tan estrepitosos y prolongados ronquidos, que éstos redoblaban el espanto en el ánimo de la ya harto conturbada Dorotea.

—¡Crisóstomo! ¡Crisóstomo! repetía cada vez con mayor apresuramiento, puesta en suma confusión la pobre mujer.

Crisóstomo no por eso se movía, ántes arreciaba los ronquidos.

—¡Qué hombre, qué hombre! murmuraba Dorotea, bañada en un sudor frio; parece un salvage, roncando; en cuanto coge el sueño, ya no lo despierta ni un cañonazo.... ¡Y tiene valor de decir que oye todo lo que pasa á media noche....! En el *otro mundo*, si acaso....

—¡Crisóstomo! ¡Crisós....! ¡ay! exclamó Dorotea; y echando mano á una de sus *chancletas*, la disparó á la cabeza de su marido, cuyo lecho no he dicho aún que estaba colocado frente al suyo.

—¿Qué... qué... *qué fué*? ¿Quién me ha tirado? preguntó Crisóstomo, sentándose en la cama y mirando á todas partes con recelo.

—No se trata ahora de *queques* ni de *cusubés*, contestó Dorotea, empezando á increpar á su marido, sino de que te levantes y vayas corriendo á buscar á la partera.

—¿Cómo? ¿es posible? preguntó con voz mal segura Crisóstomo, pareciendo sorprenderle y alarmarle mucho tal anuncio.

—Sí, tengo *novedad*, repuso Dorotea, haciendo muecas.

—¿Yo no te dige que *iba á ser* á media noche? Ahí lo tienes: ¡qué fatalidad!

—¡Maldito si te desvelaba tal aprensión! Hace una hora que te estoy

llamando, y tú *ronca que te ronca.* Me ha costado un trabajo *del diablo* despertarte.... Si no hubiera tomado el partido de tirarte *el chancletazo,* todavía estarías hecho un berraco. ¡Vaya *un maridito* que tengo yo....!

—Sí, y por cierto que tu condenado zapato *me cojió de filo* y me ha hecho un *chichón* aquí, en esta parte de la cabeza; mira, tienta....

—¡Quita allá! no eres tú mal *chichón.*

—Pero volviendo á lo que importa, dí, chica, ¿no será *eso* aprensión tuya?

—El aprensivo eres tú ahora, á la sola idea de tener que salir á la calle. ¿Tienes *mieditis*? Hazte acompañar por el sereno.

—¿Sereno? de seguro que no se encuentra en estos instantes uno, ni *para un remedio.* Después de todo, yo no lo hago *por miedo,* sino para que me alumbre.... Luego estas calles de por aquí se hallan tan oscuras á media noche; hay tantas piedras, tantos cajones de basuras y tantos perros hambrientos, que ladran espantosamente y se echan con tales ganas sobre cualquier bulto que vén.... La verdad es que *estas cosas* deberían ser de dia....

—Estás perdiendo tiempo, Crisóstomo; ya debieras haberte vestido.

—Con eso y que no estuviera *Panchita* en su casa.... era lo que nos faltaba.

—No me anuncies más calamidades, Crisóstomo, ni me angusties más el alma de lo que la tengo: ¡buen modo de infundirme valor!

—¿Y yo qué te digo, mujer?

—Vamos, acaba de salir; despierta á Desideria para que mate la gallina y lo prepare todo, y en seguida, vé y tócale la puerta á doña *Polonia,* que ya sabes ha recomendado mucho que sin falta la llamen; anda, no te detengas; mira que creo que esto no me vá á dar tiempo.

—No, hija, espera á que venga *Panchita,* porque de lo contrario ¿en qué nos vemos?

—Bueno, pues vuela.

—¿Quién me mandaría *á mí* á casarme, para verme ahora en estos trotes? salió diciendo Crisóstomo, quien como ya ustedes habrán comprendido, era *un infelizote.* ¡Pobres maridos! añadió, arrancando un hondo suspiro de su acongojado pecho.

—¡Ay, sí, pobres mujeres, que somos las que pagamos el pato! replicó Dorotea, empezando á darse paseos por la habitación.

Transcurrieron unos veinte minutos, al cabo de los cuales se presentó en el lugar de la escena la doña *Polonia,* quien entró muy afanada, tropezando con todo y haciendo muchas preguntas á la vez.

—¿Qué es eso, *Doroteita,* conque yá? ¿Esta todo preparado? ¿Han puesto el caldo á la candela? ¿Y *la cabeza de San Ramon,* la han traido? ¿Compraron el vino seco? ¿No falta nada, absolutamente nada?

—Todo, todo está listo, doña *Polonia*; yo no me he descuidado.

—Bien hecho, *china*; pero nó, no te sientes, corazón; sigue dando tus paseitos....

—¡Ay, doña *Polonia*! ¿crée usted que saldré en bien?

—¡Toma, pues ya lo creo; estando yo aquí, no faltaba otra cosa! ¿Si sabré donde tengo mi mano derecha? Además, que eso es lo mismo que beberse un vaso de agua....

En esto se sintió rodar un coche, el cual se detuvo á la puerta de la casa.

—Ya está ahí la partera, dijo Dorotea; corra á abrir, doña *Polonia.*

En efecto, á los pocos momentos entró en la habitación *Panchita*, una parda *rechoncha*, muy *carona* y con unos ojitos que apénas se le veían.

—¡Gracias á Dios, comadre! dijo Dorotea; tenía un miedo de que no estuviera usted en su casa....

—Pues mira, hija, no ha sido poca suerte: *apenitas* llegué de otro parto, sentí los golpes que daba don *Clisóstomo*... Por *un tris* no me encuentra... Como tengo tanta *crintela* y ninguna se halla sino *cormigo*.... Verdad es que con este genio que Dios me ha dado, yo me *carto* la voluntad de todo el mundo y á nadie molesto, ni soy intrusa, ni me ando *con cotufas* como otras.... En dándome á mí chocolate *á pasto*, panetela, cerveza, jigote, un buen mazo de tabacos que *ardan solos*, que no sean *mabingas*, y en poniéndome una cama cómoda donde *arrecostarme* de cuando en cuando, ya estoy al otro lado....

Doña *Polonia* no hacía más que mirar á *Panchita*, arrugando el entrecejo y diciendo para sus adentros: —"¡Tú serás buen albañil;—pero á mi no me trabajas!"

—A ver, usted, don *Clisóstomo*, saltó *Panchita*, volviéndose á nuestro asendereado marido que la oía con la boca abierta, espantado de *las cortas* exigencias de la comadre; quítese *la chupa* y *quédeseme* en mangas de camisa, para cada vez que yo lo necesite; porque aquí, *amigo*, hay que meter el cuerpo y hasta sudar la gota gorda; conque prepárese y no se me venga haciendo *el chivo loco*, pues ya usted sabe que *cormigo no hay tu tia.*

—¡Ah! ¿conque yo tambien he de tomar parte y estar en el cuarto? Mire usted que yo soy *muy poquito* y no sirvo para estos lances *apretados.* ¿No podría ser que me librara de este compromiso y....? ¡Ah! ¿para qué me quiere usted aquí, pudiendo valerse de doña *Polonia*, que es muy eficáz y tiene unas fuerzas....?

—No, no me gusta *la carne de puerco*, contestó con cierto tonillo *Panchita*, haciendo un mohin.

—¡Oiga usted, *ñá Pancha*, que es como debe llamarse la que es tan *rechonchua*; *no se tire*, que yo á usted *no le he echado maloja*!

—¿Sí? ¿á mí me dice usted eso? pues mire, don *Clisóstomo*, desde ahora le digo, que yo no ejerzo aquí mi profesión, si esta mujer *no me sale* del cuarto.

—¡Vámos, por Dios, *no peléen*, dijo interviniendo Dorotea; háganlo siquiera por mí....!

—Es claro, si no hay motivo, observó Crisóstomo, entregándole un enorme tabaco á *Panchita*, la que se tranquilizó al punto, encendiendo el puro y empezando á arrojar bocanadas de humo, que causaban suma molestia á Dorotea.

—¡Ah! y á propósito *de pelea*, añadió Crisóstomo, dirigiéndose á su mujer;

me estabas tú haciendo burla por lo que te decía ántes de salir, acerca de la oscuridad de las calles, de las piedras y de los perros; pues mira, no hice más que rebasar la primera *cuadra*, cuando oí unos ladridos tremebundos y ví desembocar dos perrazos como dos leones, que se estaban *fajando*, pero que al verme, dejaron *su trifulca* y se me vinieron encima.

—¿De veras? dijo Dorotea sonriéndose, pues á la sazón disfrutaba de un momento de tregua; ¡quién te hubiera visto! ¿Saldrías *aventado* por supuesto...?

—Salí *á espeta perros*, ya lo creo; pero tropecé con una maldita piedra, caí boca abajo y me hice *un raspón* tremendo en esta rodilla.

—¿Y te cogieron los perros? preguntó Dorotea, riendo ya de buena gana.

—¡Qué habían de cogerme! me levanté rápido como una exhalación, y *me abrí á las cuatro patas*, no parando hasta llegar á casa de *Panchita*, con un palmo de lengua fuera.

—¿Y qué hay del chocolate? preguntó la partera, interrumpiendo la relación de Crisóstomo; porque veo que esto vá largo, y hasta *por la mañanita*....

—Lo están haciendo, comadre; contestó Crisóstomo.

—Pues que lo batan mucho para que tenga espuma y quede bien espeso y no como *agua de borraja*; yo tengo un *palardal* muy delicado y no me gustan *chapucerías* en nada, y ménos todavía en lo que he de *tomar por la boca*....

Como segun había dicho la comadre, el alumbramiento aún tardaría algo en verificarse, nuestra satisfecha *Panchita* se repantigó en una butaca que allí le habían colocado, y miéntras llegaba el chocolate *muy batido y bien espeso*, principió á relatar sucesos y aventuras, que segun ella, le habían ocurrido en el ejercicio de su profesión.

Entre los vários lances que refirió, más ó ménos interesantes, hubo uno que produjo no poco efecto en su auditorio, contribuyendo á ello sobre todo, doña *Polonia*, la que parecía hallarse allí solo para indisponer los ánimos y promover disgustos; tipo que abunda por desgracia en todas partes y en todas las épocas, como una de tantas plagas que afligen al género humano.

Doña *Polonia*, pues, que por espíritu de emulación quizá, le tenía tirria á la comadre, puesto que ella tambien la daba de inteligente en obstetricia (¡ahí es nada!) oíala refunfuñando y dirigiéndole foscas miradas, que parecían presagiar algo extraordinario contra la susodicha, quien por su parte no daba ya gran importancia á la hostilidad que á ojos vistas manifestábale la vecina de Dorotea.

—Aquí donde ustedes me ven, yo he pasado mis buenos sustos desde que soy partera; decía *Panchita*, volviéndole casi la espalda á doña *Polonia*.

—¿Desempeñando su oficio? preguntó Crisóstomo que siempre se apeaba por las orejas.

—¡Qué, nó! yo no me he asustado nunca *en el pleno uso de mi derecho facultativo*; replicó con sumo énfasis la comadre.

—¡Ya decía yo! repuso Crisóstomo.

—Pero no interrumpas, hombre; observó Dorotea, cuya curiosidad estaba ya excitada.

—Pues, si señor, prosiguió *Panchita*, una noche fueron á buscarme á mi casa dos hombres, y al nombrarme á una persona para mí de mucha *prosopopeya*, en *seguidita* salí con ellos dos, los que haciéndome subir en un coche, después de vendarme los ojos, por mi propia conveniencia decían, me llevaron, para mi gusto, allá por *el Torreón*, porque yo sentí el *fresquecito* de la mar que me daba en la cara.

—¡Vaya una gracia! saltó doña *Polonia* con desenfado; ¿y no podía ser por el Paseo de Roncali ó por la Alameda de Paula en que tambien hay mar?

—¡Ya metió usted *su cuchareta*! ¡Cómo había de faltar! Yo sé lo que me digo: á mí me llevaron allá por *el Torreón*, insistió la comadre sin mirar á su interlocutora.

—Pero, criatura, ¿no iba usted con los ojos *tapados*? arguyó doña *Polonia* con la mayor impertinencia.

—¿Y para qué tengo yo tan buen *orfato*? Pero siguiendo mi cuento, al cabo de un rato llegamos á una casa que estaba casi á oscuras y en donde me encontré á una mujer que necesitaba de mi auxilio.... Media hora después, dió ésta á luz un niño *de este tamaño*, añadió *Panchita*, abriendo los brazos, con el que apénas podía yo, porque pesaba sus dos arrobas completas....

—¡Echa, echa arrobas! murmuró doña *Polonia*.

Panchita, sin darse por entendida, prosiguió imperturbable su relato.

—Miéntras estaba vistiendo á aquel *muchachon*, ví dos ó tres veces á uno de los hombres que habia ido *cormigo* á la casa, mirándome con mucha fijeza, como si me estuviera retratando....

—Eso era sin duda que se habia enamorade de usted, saltó doña *Polonia* con cierto retintin.

—¡Usted me anda buscando y me vá á encontrar! replicó la comadre.

—¿Y qué tiene de malo lo que yo digo? De ménos nos hizo Dios; repuso doña *Polonia*, siempre en son de burla.

—Cállese por favor, doña *Polonia* ó doña *Demonia*, y déjeme acabar mi cuento, pues ya Doroteita empieza otra vez á hacer pucheros y se vá á quedar á la mitad mi historia *de facinerosos*....

—¡Adios, ahora salimos con que eran ladrones! exclamó doña *Polonia*, haciendo grandes aspavientos.

—Ladrones, y no como quiera, *salteadores de camino*, como que despues que hube finalizado mi tarea y cuando ya me disponia á irme de aquella casa, muerta de miedo, dando por bien empleado el que no me abonasen *mi cuota respectiva*, me agarra por un brazo uno de aquellos *fariseos*, y me dice con una voz *aguardientosa:*

—Espérese, *máma*, que todavía falta *lo mejorcito;* quítese esas argollas *de relumbron* y *bote* aquí cuanto traiga en la *faldiquera*, que esa mujer que está ahí en la cama, necesita tomar caldo, mucho caldo y no hay *mejengue*....

—¡Ay, *la desplumaron!* ¡que lástima le tengo, *comadrita*! exclamó doña *Polonia* con acento zumbon.

—Me está pareciendo que voy á tener que *arriarle* á usted *un galletazo*, por interrumpir á cada instante *mi discurso;* contestó la partera.

—¡Atrévase, atrévase! dijo la amenazada.

—Vamos, comadre, siga su *hablación* y no haga caso de lo que le diga esta señora, que es muy *jaranera;* pero que no tiene malas intenciones.

—Pues como iba diciendo, me desbalijan hasta de la última *hilacha;* me vuelven á montar en el coche, con los ojos vendados como ántes, y despues de una carrera de un cuarto de hora, me bajan por fin en el Parque. Entónces el que hacia de cochero, levantando *el chucho*, me dice:

—Como no corra usted *prontico* para su casa, *máma*, le sacudo una mano *de chuchazos*, que la hago bailar un danzón....

—¡Jesús, quien la hubiera visto á usted salir á escape, huyendo de que le dieran una entrada como *para sí sola!* prorrumpió la incorregible doña *Polonia.*

—Lo que más siento, don *Clisóstomo*, prosiguió *Panchita*, es que aquellas argollas eran de oro macizo, regalo de un caballero muy generoso, que me las habia ofrecido en agradecimiento de haberle salvado á su señora; sin contar por otra parte, un billete de cien pesos que aquella noche me habian satisfecho en *una casa grande*, como retribución de mi trabajo.

—¡Qué de bolas, *María Manuela!* *¡Eso es viento, varona!* dijo doña *Polonia*, echándose á reir descaradamente.

Al oir esto la partera, púsose al fin de pié, y avalanzándose hácia doña *Polonia*, iba ya á enristrar con ella, cuando Crisóstomo, interponiéndose entre ámbas, tanto les suplicó, les rogó y les hizo presente lo crítico de las circunstancias, como que á Dorotea á consecuencia del susto, le habia dado una convulsión, que en vista de ello las contendientes tuvieron á bien moderar sus ímpetus y aplacar su furor.

No sé como sería, pero de allí á poco, y cuando ya la paciente habia vuelto en sí de su pasagero ataque de nervios, *Panchita* y doña *Polonia*, á quienes Crisóstomo habia obsequiado con algunas copitas de Jeréz y buenas *brevas de calidad*, departian amigablemente, saboreando sendos tragos de superior chocolate.

Dos horas despues, la escena habia variado por completo. Doña *Polonia* corria de acá para allá, trayendo unas cosas y llevando otras; *Panchita* se desgañitaba, la pobre Dorotea gemía y Crisóstomo no sabia lo que le pasaba.

Llegó un momento crítico en que *Panchita*, gritando con todas sus fuerzas, dijo:

—¡Una gallina..! ¡una gallina..! ¡que me traigan una gallina corriendo..! ¡esta niña ha nacido *media* ahogada y es menester darle vida *de ese modo....!*

—¡Busque usted la gallina, don Crisóstomo! díjole doña *Polonia*, empujándole; ¡vaya al patio; *menéese*, hombre....!

La negra Desideria entregó el ave á Crisóstomo, el cual se la puso debajo del brazo, y entró de nuevo en el cuarto.

—¿Y la gallina? preguntó *Panchita.*

—¿Eh? ¿eh? hizo Crisóstomo, enteramente perdida la cabeza; ¿la ga.. la ga..? no sé.

—¡Pero, hombre de Dios, si la tiene usted ahí debajo del brazo, *apachurrándola!* saltó doña *Polonia.*

—¿Quién, yo? dijo Crisóstomo, abriendo ámbos brazos y soltando al plumífero animal, que de un salto se puso en la sala.

—¡Bah, bah, este hombre está atontado! exclamó *Panchita;* dejen, ya no es menester: á fuerza de nalgadas, he hecho revivir á esta *perrona;* oiga usted, don *Clisóstomo,* como *berrea* su hija. . . .

—¿Con qué es hembra? ¿no decia usted que *iba á ser* varón. . . .?

—¡Cosas del mundo, don *Clisóstomo!* Es la primera vez que me he equivocado, porque tengo un tino. . . .

—Si digera que es un puro *desatino* cuanto dice y hace; murmuró doña *Polonia* de modo que no la oyera *Panchita.*

—¡Pronto, don *Clisóstomo,* una buena taza de caldo para Doroteita y otra para mí, que me estoy muriendo de debilidad! dijo con la mayor frescura la comadre.

Nuevas carreras, nuevos tropezones, y nuevo atolondramiento por parte de Crisóstomo, al que *Panchita* no dejaba sosegar un instante.

—Pero, hombre, ¡qué desgracia! decia aquel de allí á poco; nacer hembra, cuando yo queria *un varoncito.* Se me figura que no voy á querer ni una *miaja* á esa *chillona.*

—Y es su vivo retrato de usted, don *Clisóstomo:* aquí sí que se conoce que no ha habido trampa: *igualita, igualita* á papá; observó la partera con la mayor confianza, alzando en alto a la recien-nacida.

—¿Qué ha de parecerse ese *monifato* á mí?, replicó Crisóstomo; ¿tengo yo las narices tan aplastadas y esas orejas torcidas?

—Ya verá usted de aquí á pocas horas, cómo se compone y lo bonita que le parecerá entónces, replicó *Panchita,* concluyendo de vestir á la muñeca; ¿á qué no vá á saber usted *qué regalarme,* cuando venga pasado mañana á curarle el ombligo al *brujoncito,* por el acierto que he tenido. . . .?

—¡Las cosas de *Panchita!* contestó Crisóstomo, pesándole ya la broma, al ver el giro que le habia dado la interesada parda.

—Pero, señor ¿y el paladeo? preguntó ésta de pronto.

—Tendrá que ir á buscarlo don Crisóstomo; dijo doña *Polonia.*

—¡Cómo. . . .! ¿yo? exclamó Crisóstomo extremeciéndose al oir que tenia que echarse de nuevo á la calle, cuando aún era de noche.

—Me parece que no han de mandarme á mí á la botica, habiendo en la casa *unos pantalones;* replicó doña *Polonia* con cierto gesto.

—Y pídalo con *chicoria,* don *Clisóstomo,* añadió *Panchita,* sin hacer alto en la resistencia de éste.

—Pero vamos á ver, dijo nuestro acobardado hombre, sonriendo afablemente á la partera por ver si la conquistaba: ¿no sería lo mismo darle á esta *cabecita pelada,* un poco de agua con azúcar?

—Tambien lo dudo y lo *dificurto* contestó *Panchita,* arrojándole una espesa bocanada do humo á la cara á Crisóstomo; ¿no sabe usted, santo varon, continuó,

que el paladeo es para *hacerle las entrañas* á la niña? Así lo recomienda la ciencia; pero ya se vé, como usted no ha estudiado en las *jaulas* ni en las *arcademias*....

No hubo escapatoria: doña *Polonia* proveyó á Crisóstomo de un pomo y del dinero necesario para comprar el paladeo, y lo acompañó hasta la puerta, que cerró con precipitación, porque tuvo miedo de la oscuridad de la calle.

Calculen ustedes como iría el pobre Crisóstomo, recordando la historia *de facinerosos* que le habia hecho *Panchita.* Para más desgracia la botica estaba algo distante, por lo que apretó el paso á fin de llegar presto.

Al doblar una esquina, dos hombres le salieron al encuentro.

—Alto ahí, *trasnochador!* díjole uno de ellos.

—¿A dónde vá usted? preguntóle el otro.

—A buscar un paladeo, contestó Crisóstomo, dando diente con diente, de puro aterrorizado.

—¿*Paladeo*, eh? Una *arria de palos* te vamos á dar ahora mismo, si no sueltas lo que traes.

—¡Misericordia, señores *ladroncitos!* dijo Crisóstomo en su atolondramiento, cayendo de rodillas.

—¡Ah, pillo, y nos llama *ladrones!* exclamó uno de los asaltantes.

—A ver, ¿qué es esto que trae en la mano este bribón? dijo el otro; ¿un revólver?

—Un pomo.... un pomito para el *pala.. dedeo*, balbuceó Crisóstomo.

—Este deberá ser algun tunante, algun *envenenador*, cuando anda en la calle á las cuatro de la madrugada con un frasco de *este calibre*....

—No tiene encima más que un miserable billete de á peso.

—Pues quítale la levita y el chaleco.

—Y el pantalon ¿no se lo quitamos tambien? Es de casimir y de media campana y lo podemos *pulir*.

—Sí, que lo *desenvaine* y corriendito, que veo allá abajo un punto luminoso..

Y ámbos ladrones, despues de despojar hasta del sombrero á Crisóstomo, echaron á andar con paso acelerado.

Por lo que hace á nuestro hombre, que habia quedado así en paños menores y lleno del más profundo terror, emprendió una carrera homérica hasta su domicilio, contra cuya puerta se arrojó, causando gran estrépito.

Doña *Polonia* acudió á abrir muy sobresaltada; pero al ver entrar despedido á Crisóstomo en calzoncillos, con el pelo erizado y sin habla, lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Eso es que don *Clisóstomo* ha dejado caer el pomo en la calle y se ha perdido el paladeo; dijo *Panchita* desde el cuarto.

—¡Qué paladeo ni que niño muerto, si don Crisóstomo ha perdido en la *refriega* hasta *los calzones!* replicó doña *Polonia* aún no bastante repuesta.

Afortunadamente Dorotea hace ya mucho tiempo que está curada de espanto con tantas ocurrencias extraordinarias como le suceden á su marido, por lo que su impresion fué muy leve.

—No queda duda, don *Clisóstomo*, dijo *Panchita*, así que *el robado* se puso otra ropa, que ésta ha sido para usted una verdadera *noche de perros*

—¿De *perros* nada más? contestó con la mayor ingenuidad Crisóstomo; ¿pues y los *ladrones* dónde me los deja usted . . . .?

De allí á media hora empezó á amanecer, y Crisóstomo molido, extenuado y cayéndose de sueño, tuvo aún que llenar la última formalidad, ó sea la de acompañar hasta su casa á la comadre, la que involuntariamente habia sido causa de que le ocurrieran á él en aquella noche tantas peripecias.

¡Felices los que al verse reproducidos en el matrimonio, no tengan que experimentar otros contratiempos, en una ciudad como la Habana, que los propios y necesarios de traer y llevar á la comadre!

Francisco de Paula Gelabert.

ÍNDICE.

Advertencia.—Por un error se encabezó en la página 81 el artículo con el título de «El Médico de Campo» debiendo entenderse «El Médico de la Ciudad.» y la lámina se fijará en la página 197 ó sea repetida 157 por equivocacion.

Otra.—La Poesía de Nápoles Fajardo de la página 213 corresponde al año de 1848 en vez de 1804.